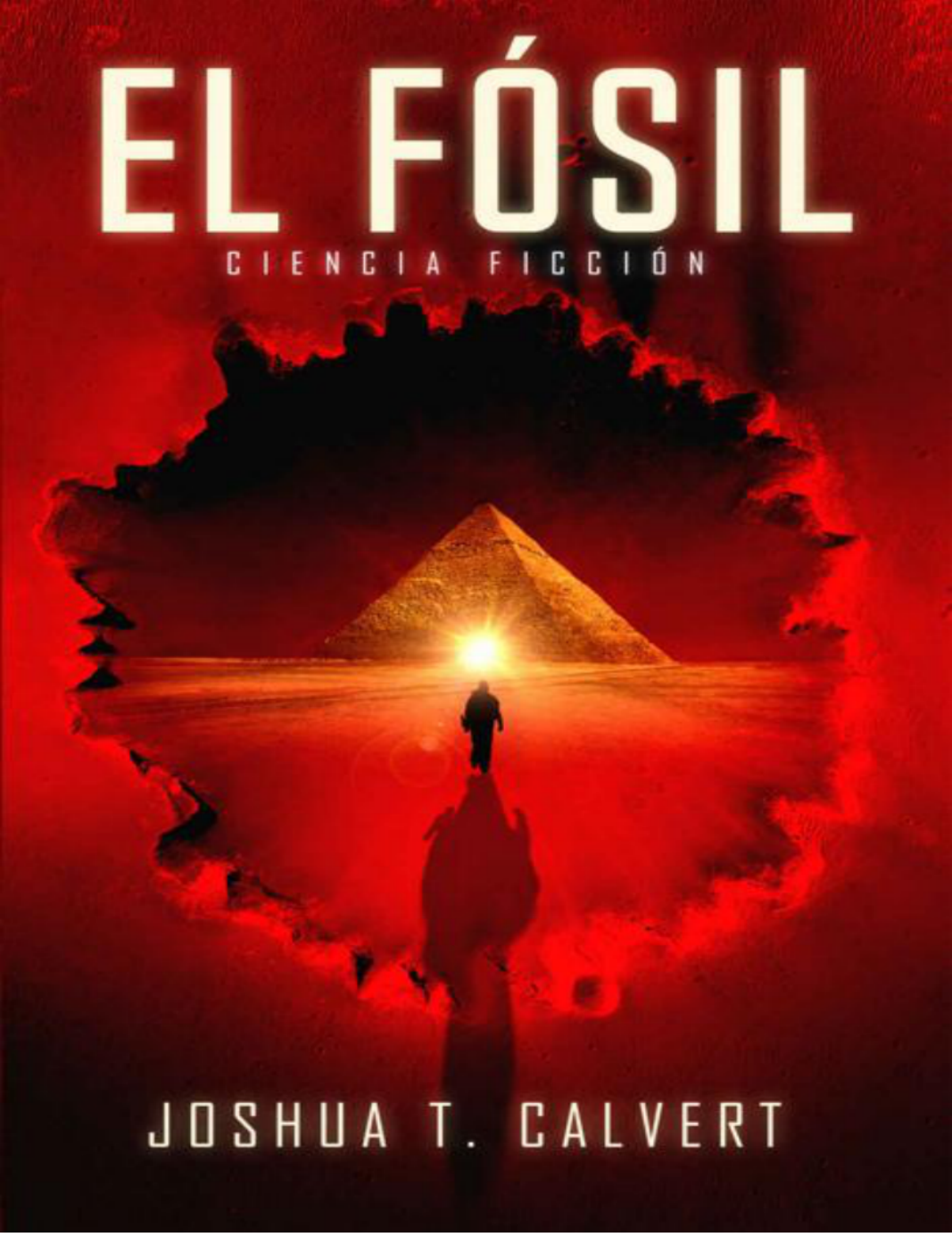
EL FÓSIL

CIENCIA FICCIÓN



JOSHUA T. CALVERT

EL FÓSIL 1

JOSHUA T. CALVERT

ÍNDICE

Dedicatoria Y Agradecimientos

Prólogo
1. El visitante, 2042
2. Ágata Devenworth, 2042
3. Dan Jackson, 2018
4. Filio Amorosa, 2042
5. Ágata Devenworth, 2042
6. Dan Jackson, 2018
7. Filio Amorosa, 2042
8. Interludio, 2042
9. Ágata Devenworth, 2042
10. Dan Jackson, 2018
11. Filio Amorosa, 2042
12. Filio Amorosa, 2042
13. Ágata Devenworth, 2042
14. El Observador, 2042
15. Dan Jackson, 2018
16. Filio Amorosa, 2042
17. Ágata Devenworth, 2042
18. Dan Jackson, 2018
19. Filio Amorosa, 2042
20. Filio Amorosa, 2042
21. Ágata Devenworth, 2042
22. El Asesino
23. Ágata Devenworth, 2042
24. Dan Jackson, 2018
25. Filio Amorosa, 2042
26. Ágata Devenworth, 2042
27. Dan Jackson, 2018
28. Filio Amorosa, 2042
29. Ágata Devenworth, 2042
30. Filio Amorosa, 2042
31. Ágata Devenworth, 2042
32. Filio Amorosa, 2042
33. Ágata Devenworth, 2042
34. Filio Amorosa, 2042
35. Ágata Devenworth, 2042
36. El Intruso, 2042
37. Filio Amorosa, 2042
Epílogo

Postfacio
Índice De Personajes

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

Este libro está dedicado a mi pareja, Ellada Azoidou. No solo ha apoyado mis esfuerzos literarios desde el primer día con sus fantásticas portadas, sino que, durante muchos, años ha apoyado todo lo que se me ha ocurrido hacer. Ha sido mi ángel guardián griego; siempre como la persona más servicial, más comprensiva y, sobre todo, la más resiliente que he conocido a lo largo de este viaje llamado Vida.

Cuando pienso en cubrirla con las palabras de agradecimiento que hay para ella en mi corazón, me siento como un joyero al que se le presenta una impecable piedra preciosa. ¿Qué material podría engastar tal perfección natural, una joya que eclipsa todo lo que hay a su alrededor?

Estuvimos sentados juntos en una prisión iraní, casi nos secuestran en Kirguistán, acampamos con contrabandistas uzbecos y convalecimos de fiebre tropical en un hospital vietnamita con el mundo cayendo a nuestro alrededor... ¡literalmente! Cuando recuerdo estas cosas, me sorprende lo que puede unir a dos personas en este mundo. Y este mundo es un lugar hermoso, porque te ha creado y ha tenido la amabilidad de hacerte capaz de soportar a este perro viejo y aburrido, por lo que le estaré eternamente agradecido. A riesgo de sonar demasiado helénico y romántico: eres mi ambrosía. Nutrido por ti, nunca pasaré hambre.

Aunque no me atrevía a escribir una dedicatoria en ninguna de mis novelas anteriores, ya era hora de hacerlo. Sin ti, nunca hubiera tenido el valor de publicar mis historias. No son mis libros, sino nuestros, ¡σε αγαπάω!

PRÓLOGO

TRANSCRIPCIÓN DE LA AUDIENCIA A PUERTA CERRADA DE LA ONU DC-4-88 SOBRE EL DESASTRE DE LA OPERACIÓN ESPERANZA ROJA, NUEVA YORK, 4 DE FEBRERO DE 2040. FUENTE: ARCHIVOS DE LAS NACIONES UNIDAS.

Abreviaturas utilizadas en la transcripción: SG – Secretario General, JE – Jefe de Estado, EE – Enviado Especial, S – Sujeto

SG Mombatu: Doctora Amorosa, usted es la única sobreviviente de la explosión del *Mars One*. ¿Puede explicar por qué?

S Amorosa: Señor, creo que la respuesta a su pregunta ya se ha publicado en todos los canales de noticias del mundo y se ha analizado hasta el más mínimo detalle desde entonces.

SG Mombatu: Doctora Amorosa, si pudiera ofrecerle un consejo, sería que se tomara esta audiencia con seriedad y se limitara a responder nuestras preguntas. De lo contrario, esta se convertirá en una sesión muy larga y desagradable para usted.

S Amorosa: De acuerdo, señor. Durante el reingreso, recibimos un mensaje de error de EDI. Aparentemente, parte del sellador de espuma se había expandido y había causado una pequeña fisura en el escudo térmico del *Mars One*. Eso permitió que el plasma penetrara en la cubierta de aluminio del control de la válvula derecha y eso, en última instancia, causó la destrucción de la nave. Justo antes de la explosión, cuando estaba claro que no íbamos a lograrlo, el comandante Vlachenko me ordenó que revisara las cubiertas de carga.

JE Phelps: Pero usted sobrevivió, Doctora Amorosa. ¿Cómo explica eso?

S Amorosa: No puedo, señor. Simplemente no puedo explicarlo.

JE Greulich: ¿Qué es lo primero que recuerda después del accidente, Doctora?

S Amorosa: Estaba en el agua y vi que la superficie se alejaba de mí, así que traté de nadar hacia ella.

JE Phelps: ¿También vio alguna parte del "Objeto"?

S Amorosa: No estoy segura de recordar.

JE Phelps: ¿Qué se supone que significa eso? ¿No está segura?

S Amorosa: Señor presidente, estaba luchando por mi vida y no

entendía dónde estaba ni qué estaba viendo. Vi muchos escombros, muchos restos, fuego en la superficie del agua y casi no podía respirar porque mi traje se había dañado.

JE Phelps: Entonces, ¿diría que es posible que el Objeto no haya sido destruido, como se supone?

S Amorosa: Con todo el respeto, señor, desde mi regreso de Marte, ya no sé lo que es posible.

JE Greulich: Señorita Amorosa, ¿podría volver a contarnos lo que encontró?

S Amorosa: Señor Canciller, yo...

JE Greulich: Escuche, Señorita Amorosa. Fue miembro de la primera misión tripulada a Marte y estoy seguro de que no tengo que contarle los preparativos y los compromisos financieros de la comunidad internacional que se requirieron para hacer realidad esta misión. Ahora bien, usted formaba parte de ella. Así que tendrá que disculparnos si tiene que responder algunas preguntas más de una vez. No estamos interesados en los medios de comunicación ni en su futuro libro "revelador"; lo que nos interesa son los hechos sobre los que le estamos preguntando aquí mismo. ¿Lo entiende?

S Amorosa: Sí, señor. Fue en la cuarta semana después de nuestro aterrizaje en el puesto avanzado Olimpo Cero. Aún estábamos clasificando qué equipos y suministros se habían utilizado en las misiones no tripuladas anteriores y poniendo en marcha el reactor nuclear Kilopower, traído dos años antes en el MMR. El Doctor Marks y yo fuimos asignados a buscar la entrada a los túneles de lava identificados en las imágenes de satélite.

SG Mombatu: Y los encontraron.

S Amorosa: Sí, señor Secretario General. Encontramos una entrada donde menos lo pensábamos. Era una depresión alargada en el regolito, que se curvaba ligeramente hacia el noreste y que nos condujo a una de las cuevas más grandes. Estaba a unos sesenta metros por debajo de la superficie, y vimos que incluso a esa profundidad los valores de radiación ya eran mínimos debido a la capa de basalto que teníamos encima.

SG Mombatu: ¿Tomaron la decisión de trasladar su puesto de avanzada allí de inmediato?

S Amorosa: Sí, señor. El comandante Vlachenko nos ordenó que empezáramos a trasladar las cosas de inmediato, porque la próxima tormenta de arena estaba a solo dos semanas, según los pronósticos.

JE Phelps: ¿Tomaron esa decisión por su cuenta?

S Amorosa: No, señor. Hubo una breve discusión, momento en el que Vlachenko sugirió que el Doctor Marks y yo revisáramos los otros túneles que conducían más abajo de la cueva principal.

SG Mombatu: ¿No consideró que eso era peligroso?

S Amorosa: No, señor. Pensé que sería una buena idea explorar los otros túneles alrededor de nuestra futura base. Era muy posible que hubiera antiguas cavernas de lava debajo de nuestra cueva, que luego podrían colapsar en un terremoto.

SG Mombatu: ¿Y encontraron alguna de esas cavernas?

S Amorosa: No, señor.

SG Mombatu: Más bien, encontraron El Objeto. Cuéntenos al respecto.

S Amorosa: Estábamos a unos trescientos metros por debajo de la zona de aterrizaje cuando nos encontramos con un túnel que se estrechaba. El basalto de las paredes era antiguo y la temperatura era mucho más baja. Ahí es donde vimos la luz.

SG Mombatu: ¿Vieron una luz? ¿Qué tipo de luz?

S Amorosa: Yo... No lo sé, señor Secretario General. A mayor profundidad en el túnel solo vimos... una luz.

SG Mombatu: ¿Una luz artificial? ¿Luz del sol que entraba por una grieta?

S Amorosa: No, no había contacto con la superficie ni fuentes de energía. No había nada ahí abajo. Y no era una luz que emitiera calor. Simplemente estaba allí, flotando en la oscuridad, brillando.

JE Phelps: Comprenderá si digo que todo eso es bastante difícil de creer, doctora.

S Amorosa: Sí. Yo tampoco sé cómo se supone que debo creerlo, señor. Soy científica.

JE Phelps: Continúe, por favor.

S Amorosa: Al principio nos quedamos como paralizados, luego permanecimos mirando con asombro, pero finalmente nuestra curiosidad se impuso y nos dirigimos hacia la luz, pero cuando llegamos a donde la habíamos visto, ya no estaba. Éramos solo nosotros y nuestras linternas.

EE Nikitu: Pero no estaban solos, ¿verdad?

S Amorosa: No, señor, no lo estábamos. Ahí es donde encontramos El Objeto, en una formación de algún tipo de roca, algo que parecía andesita.

SG Mombatu: ¿Cómo describiría El Objeto?

S Amorosa: No... puedo, señor.

JE Phelps: En su informe, dijo que había descubierto un fósil, ¿no es así?

S Amorosa: Así es, señor. Creo que sí.

JE Greulich: ¿Cree?

S Amorosa: Mis recuerdos son... difusos, señor, y... los estoy... perdiendo más y más... es difícil de explicar.

JE Greulich: Entonces esfuércese más. Se le ha hecho un chequeo médico completo y no le pasa nada.

S Amorosa: Sí, señor Canciller. Lo más probable es que fuera alguna clase de fósil que descubrimos en una burbuja de roca vidriada.

EE Wrzlawa: "¿Vidriada?"

SG Mombatu: Señor Enviado, deje que termine.

S Amorosa: Gracias, señor. Sí, piedra que se había vuelto transparente. Parecía ámbar pulido.

SG Mombatu: ¿Y el fósil? ¿El Objeto?

S Amorosa: Solo puedo guiarme por lo que dicen mis notas, que se refieren a un esqueleto humanoide.

JE Greulich: "¿Humanoide?"

S Amorosa: Según mis notas, observamos ciertas irregularidades, proyecciones óseas de la parte posterior del cráneo y de los brazos, y las dimensiones del esqueleto fósil eran mucho más grandes que las de un cuerpo humano. Excepto eso, no registramos diferencias importantes. Debo reiterar que estoy tomando esta información de mi registro personal y no tengo ningún recuerdo real de nada de esto. Es muy posible que estuviera... sufriendo de... algún tipo de síndrome de estrés postraumático.

SG Mombatu: ¿Durante la misión? ¿Qué trauma? ¿Y cómo sacó El Objeto a la superficie?

S Amorosa: No lo recuerdo, señor Secretario General.

SG Mombatu: ¡Orden, por favor! ¿Podría la asamblea guardar silencio? Doctora Amorosa, los registros e informes de ocho agencias espaciales confirman que no fue hasta dos días después que se puso en contacto con el control de la misión en Viena e informó de un hallazgo. Los datos de la caja negra muestran que, durante el reingreso, el peso neto de su vehículo había aumentado en aproximadamente trescientos kilogramos, por lo que debo preguntarle de nuevo: ¿Qué era El Objeto?

S Amorosa: No sé, señor.

SG Mombatu: ¿Qué sucedió en los dos días entre su hallazgo y su informe al Control de la Misión?

S Amorosa: Yo... Sencillamente no recuerdo. Lo lamento.

SG Mombatu: Entonces, ¿lo que les está diciendo a los jefes de estado y a los enviados especiales de este comité es que no recuerda ningún detalle del Objeto, de cargar El Objeto a bordo del *Mars One*, o de algo sobre su rescate del Pacífico?

S Amorosa: Así es, señor Secretario General. Yo... todo se ha desvanecido. Desapareció.

EL VISITANTE, 2042

El hombre del traje negro llegó a pie. Se detuvo frente a una casa blanca, una villa suburbana de esas que solo se encuentran en las afueras del este de Nueva York. Era una casa de dos niveles de la Edad Dorada, sus limpios y relucientes paneles de madera blanca y sus oscuras tejas del techo, libres de cardenillo y musgo, mostraban claramente que había recibido un mantenimiento regular.

Cuando el hombre del traje se detuvo para pararse en la primera piedra del corto camino que conducía a la puerta, el pastor alemán que yacía en el pequeño porche levantó la cabeza con repentina vigilancia. Al primer paso del hombre, el perro se levantó de un salto, evaluándolo. Al segundo, comenzó a ladrar y tirar de la correa corta sujeta a la pared por un gancho.

Era un ladrido ronco lo que hizo que el hombre del traje negro se detuviera. Se demoró un momento, mirando al perro y luego a la puerta, hasta que dedujo que el animal no podía alcanzar el felpudo.

Continuó hacia el porche hasta que estuvo de pie sobre la alfombra, un conejo de dibujos animados sonriente le dio la bienvenida.

—Tranquilo, grandullón —apaciguó al animal que aún ladraba, ahora mostrando sus afilados dientes caninos y gruñendo entre ladridos.

—¿Qué pasa? Solo vine a visitar a tu ama, ¿está bien? —El hombre del traje negro sonrió—. Y cuando me vaya, recibirás un regalo, ¿qué te parece?

Dio unas palmaditas en el bolsillo izquierdo de su chaqueta hecha a medida, pero el perro no estaba convencido y tiró con fuerza de la correa, mostrando los dientes ahora relucientes.

El hombre suspiró y tocó el timbre. Era el sonido anticuado de un timbre antiguo, reconfortante y estridente al mismo tiempo.

—¡Está bien, está bien, amiguito, relájate! —dijo, volteándose para dirigirse al perro nuevamente con una sonrisa amistosa que no tuvo ningún efecto. Ahora el perro estaba a solo un palmo de distancia de su pierna derecha. Miró a uno y otro lado de la calle, pero no vio a nadie.

La puerta se abrió y vio a una mujer de poco más de sesenta años al otro lado de una puerta mosquitera, con abundante cabello castaño y sorprendentemente pocas arrugas para su edad. Ella le devolvió la

mirada, con curiosidad.

—¿Sí?

—¿Señora Jackson?

—Sí, soy yo. ¿Y usted es?

—¿Puedo pasar? —preguntó, en lugar de responder.

—Está bien —dijo ella, después de que sus ojos se encontraron por un instante.

—Gracias. —Él asintió amablemente y se abrió paso junto al perro, que en este punto había ladrado hasta quedar ronco.

—¿Qué te pasa, Jimmy? —preguntó la mujer, extendiendo la mano con el dedo índice levantado—. ¡Siéntate!

Jimmy obedeció, se sentó y bajó la cabeza sumisamente un par de veces antes de lamerse la boca y soltar un gemido. Pero empezó a ladrar de nuevo, cuando se asomó entre las piernas de la mujer y vio al hombre del traje negro.

—Tendrá que disculparlo —le dijo a su visitante, y cerró la puerta detrás de ella, bloqueando el ruido perturbador del can—. Normalmente es un perro muy dulce. Tal vez sea el cambio de clima.

—No se preocupe —respondió el hombre con una sonrisa—. ¿Por qué no nos sentamos en la sala?

—De acuerdo. ¿Quiere algo de beber?

—No, gracias —respondió, negando con la cabeza—. No bebo.

—Entiendo. Bueno, me prepararé un poco de café si no le importa.

—Por favor, hágalo, señora Jackson.

—¿Por qué no espera en la sala?

El hombre del traje negro asintió y se dirigió a la espaciosa sala de estar, donde vio un juego de sofá gris con una colección de cojines repartidos al azar, y un antiguo escritorio de secretaria, y sobre el escritorio una pantalla de exhibición en un marco de montaje. Frente a él, un par de lentes de Realidad Aumentada yacían sobre la madera oscura. Se acercó al escritorio. La pantalla se extendió y la tocó con un dedo.

La imagen cambió y apareció un programa de procesamiento de texto. Unos segundos después, un texto.

—¡Oiga!, ¿qué está haciendo? —dijo su anfitriona mientras entraba en la habitación con una taza de café.

—Nada —respondió él, y ella se relajó.

—Bien. Ahora dígame, ¿por qué está aquí?

—Hay algo que me gustaría pedirle, señora Jackson. —El hombre del traje negro dio un paso hacia ella y sonrió—. ¿Goza de buena salud?

—No.

—¿Qué es lo que la aflige?

—Comenzó con un infarto que tuve hace muchos años, cuando mi

esposo desapareció —explicó—. Eso causó que se formara tejido cicatricial en mi ventrículo izquierdo, y por eso tengo palpitaciones cardíacas. Los médicos dicen que es algo con lo que tendré que vivir —se encogió de hombros—. Me he acostumbrado. Trato de mantener un estilo de vida saludable.

—Entiendo. ¿Extraña a su marido? —preguntó cortésmente, y ella asintió.

—Sí. Lo extraño mucho.

—Señora Jackson, ¿por qué no nos sentamos?

El hombre del traje negro señaló el sofá y ella obedeció. Ambos se sentaron y él cruzó las manos sobre su regazo.

—Por favor, cuénteme todo sobre su esposo.

—¿Todo? —preguntó ella, mirándolo con confusión.

—Sí, todo. Tengo todo el tiempo del mundo.

Ella le contó.

Muchas horas después, terminó su historia, sollozando.

—Gracias por compartirlo conmigo. Y ahora voy a liberarla de este dolor, ¿de acuerdo, señora Jackson?

La viejita asintió y el hombre extendió una mano a su rostro. Un dedo índice pálido le tocó suavemente la mejilla y luego se retiró.

Un momento después, la mujer abrió los ojos. La taza de café vacía se le cayó de la mano y rodó por la alfombra marrón. Comenzó a temblar.

De repente se agarró el pecho con las manos. El ladrido del perro volvió a sus oídos, esta vez acusador, penetrante, a pesar de la ronquera.

El hombre del traje negro se puso de pie y se dirigió a la puerta. Con un movimiento fluido, la abrió y empujó la puerta mosquitera.

Jimmy estaba fuera de sí, ladrando furiosamente, los ladridos ásperos de vez en cuando se convertían en gruñidos y gemidos antes de volver a subir de intensidad.

—Y ahora llegó momento de tu regalo —dijo el hombre del traje negro amistosamente, mientras metía la mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y sacaba un pequeño bote de gas pimienta. Con calma lo levantó a la cara del perro y lo roció en los ojos. Los ladridos se convirtieron instantáneamente en gemidos de dolor.

El hombre se acomodó la chaqueta y salió del patio a grandes zancadas, giró hacia el sur y se alejó calle abajo.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Ágata miraba la caja de cartón sobre su escritorio como si fuera una canasta de mimbre con una serpiente dentro. No se atrevía a quitar la tapa, sabiendo que si lo hacía, la serpiente podría saltar y morderla con su veneno mortal.

Y ese veneno tenía un nombre: Pena.

Se reclinó en la silla de su oficina, suspiró y dejo de prestar atención al ruido de fondo de la oficina integrada, como acostumbraba a hacer. Luego, con una serie de movimientos precisos y deliberados, giró la caja.

El lado que ahora estaba frente a ella, escrito con rotulador negro, decía: "Jaydon R. Hawthorne". La escritura parecía apresurada, garabateada, y eso despertó algo dentro de ella parecido a la rabia.

—Agente Devenworth.

Levantó la vista al rostro ceñudo del director Miller. Era delgado, características faciales marcadas, con barba canosa muy corta y cabello gris corto a juego, con matices de negro como un movimiento de resistencia contra el paso de los años.

Ágata lo miró a la cara y levantó una ceja, como siempre hacía.

—Lamento mucho lo de tu compañero —dijo Miller. Sus fríos ojos azules parecían contener una genuina simpatía, cosa bastante rara.

—¿Cuál es el pero?

—Pero… tienes que llevar esta caja abajo, para que la esposa de Hawthorne pueda recoger sus cosas.

—Lo haré en unos minutos.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Devenworth, pero hazlo hoy.

—¿A qué viene esa prisa repentina? —preguntó—. La suspensión de dos semanas que me diste comienza hoy, ¿no?

Él ladeó la cabeza ligeramente.

—Te di dos semanas de vacaciones pagadas, para que te recuperes de tu última asignación —dijo.

—Qué manera tan elegante de decirlo. Tomamos una mala decisión, arruinamos una misión y no te gusta. No te culpo.

Ágata se quedó mirando la caja y el nombre de Hawthorne escrito allí, como si eso pudiera traerlo de vuelta o hacerle ver su rostro. Los detalles se desvanecían rápidamente de su memoria y eso la asustaba. Por supuesto, podía imaginarse su rostro, pero no confiaba en su

recuerdo de los detalles. ¿Cuál era la profundidad de esa línea entre la nariz y la boca? ¿Cuántas arrugas tenía en la frente?

—No es así —respondió el director, con firmeza—. Eres la más lista de mi clase, Devenworth. Déjame decirte algo: cuando acabe el año le diré a Washington que te recomiendo para el puesto de subdirectora.

No fue muy ceremonioso o enfático; después de todo, seguía siendo Jenning Miller, y no había nada que despreciara tanto como la sensiblería.

Desde que se hizo cargo de la División de Agentes de Campo, la habían enviado a una serie de seminarios de liderazgo ejecutivo, que había completado, aunque solo a regañadientes, porque detestaba perder el tiempo más de lo que odiaba las conversaciones triviales. Pero en realidad había descubierto que algunos de estos seminarios no eran una completa pérdida de tiempo. Una cosa que había aprendido era que había algunas personas que eran tan serias que podrían pasar por robots, y esa era la mejor manera de tratarlos: como robots. El director Miller era una de esas personas, y ella lo sabía bien, ya que también aprendió a reconocer el robot en sí misma.

—Gracias por las flores —dijo con frialdad—. Pero estoy segura de que no viniste a mi escritorio para adularme.

—Directa, como siempre —respondió Miller—. Te enviaré de vuelta al campo.

—¿Eh? —Ágata dejó la caja con las cosas de Hawthorne y fijó la mirada en su jefe.

—No me mires así.

—Es mi mirada de intriga.

Miller resopló.

—Te enviaré en una misión contra los Hijos de Terra.

Ágata entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas, y ahora la mirada que enfocaba en su superior era hipnótica. “No te irás hasta que me digas lo que quiero oír”.

—Tienes mi atención.

—No necesito tu atención. Yo doy las órdenes y tú las cumples, ¿recuerdas?

Como no respondió, resopló de nuevo y negó con la cabeza.

—Sí, te enviaré tras los Hijos de Terra. Y lo hago porque te conozco, y sé que abordarás esta misión usando la cabeza, y seguirás el procedimiento, como siempre, y olvidarás el… este asunto de Hawthorne…

Ágata lo interrumpió.

—Está muerto —dijo tajantemente—. No tienes que fingir por mi bien.

—Tendrás un nuevo compañero.

—¡No! —protestó de inmediato, pero la mirada del director era severa.

—Sí. Ya tomé la decisión, aunque de hecho no ha sido mía. La orden proviene directamente de Seguridad Nacional. El secretario hizo un trato con Europa para que hagamos algunos intercambios de agentes con el propósito de conectar mejor nuestras actividades y generar confianza.

Ella se repantigó en su silla con genuina incredulidad.

—¡Tienes que estar bromeando! ¿Ahora permitiremos que agentes extranjeros nos acompañen?

—No, no solo dejaremos que nos acompañen, también cooperarán. Tu compañero tendrá la autoridad de un investigador junior.

—¡Pero si ni siquiera conoce la ley!

—No he dicho nada sobre él.

—No, no lo hiciste. Pero no conoce nuestras leyes —dijo ella, impasible.

—Las conoce. Estudió derecho europeo y americano en Bruselas y Los Ángeles. Hicieron su tarea cuando eligieron a sus candidatos para el programa de intercambio. Pero aun así, este acuerdo solo se aplica a las investigaciones de los Hijos de Terra, debido a la naturaleza global de la amenaza.

—Entiendo.

—Quiero verte en la sala de conferencias en cinco minutos para la sesión informativa —ordenó Miller—. Tu nuevo compañero ya está allí.

Por el repentino tono más profundo que adoptó su voz, supo que lo había cabreado. Los demás en la oficina probablemente no se habrían dado cuenta, porque solo veían la máscara completamente impenetrable que todos llamaban “cara”. Pero ella lo conocía desde hacía mucho tiempo y lo suficientemente bien como para notar los pequeños detalles.

—¿Tengo otra opción? Mi último compañero también me fue impuesto, y ya sabemos cómo terminó —se quejó.

—Voy a fingir que no dijiste eso. ¿Se te ocurrió alguna vez que podrías estar lastimando a Hawthorne con esa declaración?

Su jefe estaba molesto e hizo un gesto desdeñoso en su dirección cuando ella no respondió. Al fin, dio media vuelta y desapareció entre los cubículos.

“No, porque no puedes lastimar a un muerto”, respondió en su mente, aunque sabía que no era cierto. Le dolía, y mucho. Hawthorne había sido un buen hombre y un agente aún mejor, y la prueba era que aún pensaba en él. Nunca habría pensado eso de nadie más en la agencia, jamás de los jamases.

Pero además de eso, sus dos años trabajando con él habían

demostrado lo que siempre había temido de trabajar con un compañero: sentir y luego tener que llorar. El duelo era algo que nunca había aprendido a hacer, y detestaba el territorio desconocido, donde no tenía el control de todo, hasta el mínimo detalle. Este era un territorio al que un compañero no pertenecía, y después de su última experiencia en ese departamento, sin importar lo bien que se entendieran, sin importar lo bien que hubieran conectado, seguía preocupándose por él en cada nueva misión. Cuando se preocupaba, no podía pensar con claridad. Cuando cedía a su pragmatismo innato, no había nada sobre lo que construir una asociación fructífera.

Sin embargo, podía ver un resquicio de esperanza en el último encargo del director. A pesar de su reciente fracaso, el único en su carrera, le estaba confiando un nuevo caso, y uno importante. Siempre había tenido a los Hijos de Terra en la mira, y si una cosa era segura, era que ella era la única en la división que podía hacer que cualquier movimiento contra ellos tuviera éxito. Pero nunca podría decir eso, porque en el momento en que lo hiciera, tendría otra queja por mala conducta en su escritorio. No es que le molestara cuando alguien en la división se quejaba de su "estilo de comunicación" (obviamente, cualquiera que tuviera tiempo para enviar quejas es que no tenía suficiente trabajo real que hacer), pero cada vez que alguien acudía al director, siempre había problemas.

Nunca vuelvas a hacer eso, bla, bla, bla. Vale, no lo haré, bla, bla, bla... Una completa pérdida de tiempo.

Lo que no era una pérdida de tiempo eran los Hijos de Terra, un ejército de chiflados con los recursos de un pequeño estado occidental y el fanatismo de auténticos terroristas, tres atributos que no solían venir en un solo paquete y que habían confundido al mundo entero, por no hablar de la propia Ágata, desde hace dos años.

Así que, después de respirar hondo, se levantó de la silla y, echando un último vistazo a la caja con las cosas de Hawthorne, salió de su cubículo y se dirigió a la sala de conferencias con paredes de cristal.

Los otros agentes con los que se cruzó en el camino la saludaron con miradas inseguras desde sus cubículos. Ella solo asintió en silencio. Al acercarse a la sala de conferencias, ya podía ver a su nuevo compañero a través del cristal. Estaba sentado en la larga mesa de madera, vestido con una chaqueta de cuero marrón y vaqueros, reclinado en la silla de manera casual, con sus botas de vaquero sobre la mesa.

Estupendo. Un imbécil.

Lo primero que hizo cuando cruzó la puerta fue presionar el botón al lado del interruptor de la luz. Oscureció los cristales de las paredes. Evidentemente, solo eran ella y el europeo por ahora.

—Tú debes ser la agente especial Ágata Devenworth —comenzó.

Su acento era alemán y su sonrisa amplia. Tenía el cabello corto y rizado, un rostro llamativo con una barba de tres días que lograba lucir descuidada y bien arreglada al mismo tiempo. Era el tipo de hombre que muchas mujeres encontrarían extremadamente atractivo, un hecho del que él parecía ser muy consciente.

—Si siempre eres así de listo, resolveremos este caso en poco tiempo —respondió ella, acercándose a él y dando un apretón de manos de cortesía.

—Pano Hofer, Europol —dijo, levantándose, y sus mandíbulas dejaron de trabajar el chicle el tiempo suficiente para que su sonrisa fuera aún mayor—. Tu expediente dice que tienes cuarenta y uno. Ahora bien, ¿por qué mentiría RH?

—Vaya, adulación. Qué imaginativo.

Ágata se sentó en una de las sillas junto a él y cruzó las manos sobre el regazo de su traje pantalón azul oscuro.

—¿Un mal día? —preguntó él. Aún sonreía mientras se volvía a sentar, cruzaba las manos sobre el estómago y volvía a poner los pies sobre la mesa, uno cruzado sobre el otro a la altura de los tobillos.

—Podría decirse así.

—Comprendo. ¿Casada?

Ágata, irritada por la pregunta, lo miró alzando una ceja.

—¿Por qué lo preguntas? Si digo que no, ¿vas a pensar que hay algo mal en mí?

—No...

—O tal vez para una mujer soltera, sacas los mejores halagos que aprendiste del... —hizo una pausa e imitó un conjunto de comillas en el aire—, ¿Manual para el verdadero donjuán?

—Crees que me has descifrado por completo en menos de un minuto, ¿no? —preguntó Hofer. Su sonrisa amistosa no había vacilado ni por un instante, y ella no lograba decidir si era un idiota o un tío genial.

—Sí.

Su nuevo compañero descruzó las manos y, con un guiño, la invitó a continuar.

—Tienes acento alemán, del sur de Alemania, probablemente. Pero vistes marcas italianas “exclusivas”: Gucci y Versace, si estoy viendo bien. Tus botas de vaquero no son de fabricación estadounidense: los tacones son demasiado cortos. No son el tipo de cosas que usas en Alemania. He estado allí lo suficiente como para saber que no haces muchos amigos allá si eres tan extravagante. Así que pienso más bien en la Italia de habla alemana, Tirol del Sur o Trentino. Te gusta destacar y proyectar confianza porque vienes de una familia pobre sin mucha posición social. Tu madre vivía de la beneficencia pública y se

esforzó demasiado para criar a los niños, tu padre abandonó a la familia, tal vez ni siquiera lo conociste. Tuviste que crecer más rápido de lo necesario, y nunca tuviste a nadie que sirviera como un modelo correctivo o positivo. —Ágata señaló sus botas sobre la mesa.

Los ojos de Hofer se entrecerraron, dándole una expresión más seria, y en su boca se dibujó una mueca. Ahora no era una sonrisa relajada, sino una gélida mientras Ágata continuaba.

—Luego, tuviste una breve etapa de problemas con la justicia, porque en tus años rebeldes quisiste levantarte como el salvador de tu madre y tus hermanos, lo cual intentaste lograr en la calle con métodos cuestionables. Tus ojos delatan una cierta profundidad que la máscara cuidadosamente construida que llamas rostro trata de ocultar. Puedo imaginar que tu madre murió joven, y eso te devastó y te despertó la necesidad de cambiar tu vida. Estudiaste Derecho, porque tenías algo que demostrarte a ti mismo, pero como hijo de una madre soltera de un barrio pobre nunca pusiste un pie en el mundo académico, porque nunca sentiste que pertenecieras allí y siempre te sentiste inferior. Así que hiciste lo mejor que podías hacer y te alistaste en la policía, donde puedes vivir tu sueño de mejorar sin tener que vivir con miedo de que alguien descubra lo que realmente eres: un advenedizo que vive con miedo de que un día alguien no se deje engañar por la chaqueta de marca y la sonrisa segura y vea que lo único que te hace sentir como antes es quedarse dormido frente al fútbol virtual con una botella de cerveza y una bolsa de patatas fritas. ¿Y bien? ¿Qué tal lo hice?

Ágata lo miró directamente a los ojos. Hofer abrió la boca para decir algo, pero no dijo nada. La puerta de la sala de conferencias se abrió por un momento y luego se cerró de nuevo con un chirrido.

El director Miller y su equipo habían entrado. Miller fue a la cabecera de la mesa, el subdirector Warren Shapiro ocupó la silla a su izquierda. Los otros dos eran las secretarias de Miller, Betty Johnson y Liza Degeunes, quienes tomaron asiento frente a Pano y Ágata e inmediatamente desplegaron sus pantallas holográficas.

Miller fue el único que no se sentó de inmediato. En vez de ello, frunció el ceño y miró primero a Hofer y luego a Ágata. Su mirada se fijó en ella y se endureció.

—Volviste a tus insolencias habituales, ¿no? —preguntó.

—Solo respondí a una pregunta —contestó Ágata y levantó las manos inocentemente.

Hofer, que había quitado los pies de la mesa nada más abrirse la puerta, había recuperado la sonrisa e incluso le había guiñado un ojo antes de volverse hacia el director.

—Eso es correcto —dijo—. Solo le pregunté algo y ella me dio una respuesta.

—Es así con todos —respondió Miller, a modo de disculpa.

Se ajustó los puños, cuadró los hombros, y finalmente se sentó. Con un movimiento de su mano, activó el holotanque que recorría la superficie de la mesa.

—Eso es decepcionante. Pensé que me estaba dando un trato especial —dijo Hofer con una gran sonrisa.

—Escucha, lo que sea que hagáis en vuestro tiempo libre no es de mi incumbencia —dijo Miller con impaciencia—. En este momento la Secretaría me vigila y, apenas termine esta reunión, volaré directamente a Washington. Desafortunadamente, en mi posición no tengo permitido decir lo que realmente pienso sobre todo este asunto del intercambio de agentes, así que vamos al grano, ¿de acuerdo? Antes de que me salgan más canas.

Cuando el director determinó que nadie se atrevía a agregar algo más, asintió satisfecho.

—Director Miller. Autorización para el caso de Dan Jackson —ordenó, y el holocampo verde fluorescente entre la mesa y el techo se activó para mostrar la imagen de un hombre con cabello castaño. Sus ojos se veían afables, y las gafas un poco grandes le daban un aspecto de profesor distraído.

—Acceso concedido —farfulló el asistente del sistema.

—¿Quién es? —preguntó Ágata.

—Este es el Doctor-Doctor-Doctor Dan Jackson —explicó Miller—. Tres doctorados: arqueología, antropología y lingüística.

—Espera un poco, conozco ese nombre de alguna parte. —Ágata se inclinó hacia adelante, como si estuviera tratando de recordar algo—. ¿Ese es el... teórico de la conspiración que desapareció?

—Algo así. La revista Time una vez lo llamó el Erich von Däniken canadiense, porque era un partidario moderno de la "Teoría de los antiguos astronautas".

—¿Era? —preguntó Hofer.

Su inglés era sorprendentemente bueno, aunque Ágata pensaba que tenía un acento británico ligeramente esnob mezclado con el alemán.

—Ha estado en la lista de desaparecidos durante más de veinte años —dijo Ágata, sin apartar los ojos del holograma del científico, que giraba lentamente en el sentido de las agujas del reloj.

—¿Estás familiarizada con el caso?

—Leí un artículo sobre eso. En el Instituto, cuando estaba haciendo una presentación sobre pseudociencia.

—¿En el Instituto? Eso fue hace más de 20 años —dijo Hofer—. ¿Estás diciendo que aún lo recuerdas?

—Nunca olvido nada.

Ágata se encogió de hombros como si esto fuera lo más normal del mundo.

—Bien, entonces, una pregunta diferente, ya que parece que tienes una ventaja de conocimiento, ¿qué es exactamente la "Teoría de los antiguos astronautas"?

—Estaba llegando a eso —interrumpió Miller.

Hizo algunos gestos diferentes. El holograma fue reemplazado por varios paneles de pinturas antiguas, hallazgos arqueológicos, una pared larga y un dispositivo que parecía una rueda incrustada de conchas.

—La "Teoría de los antiguos astronautas" es un término general para cualquier pseudociencia que proponga la hipótesis de que en algún momento de la historia, los extraterrestres visitaron la Tierra e influyeron en las civilizaciones de la época. Explican cosas como la construcción de las pirámides con el argumento contundente de que los extraterrestres deben haberlas hecho. Os he dado acceso a ambos a todos los archivos de la NSA sobre el tema, y Europol ha hecho lo mismo. Así que por favor ponte al día con esta mierda.

—¿Qué podría tener que ver el tal Dan Jackson con nuestro caso? Ese logo en la pared justo detrás de mí dice "CTD": "División Antiterrorismo". No me parece que un loco que no ha sido visto en décadas pueda ser miembro de los Hijos de Terra, que apareció hace solo dos años.

Ágata tenía toda su atención centrada en su jefe y no se inmutó por su resoplido.

—Quiero que encontréis a Dan Jackson —respondió Miller sin rodeos, devolviéndole la mirada penetrante.

—No puede hablar en serio —espetó Hofer. Su sonrisa siempre presente se había desvanecido en un instante.

—Sí, hablo en serio, y si prefieres mantener tu trasero en esa silla por más de cinco minutos a sentarte en el próximo vuelo de regreso a Bolzano, te recomiendo que cierres la boca y escuches —gruñó Miller, y con un dedo levantado le hizo señas a Ágata para que también se callara—. Sé lo que vais a decir —continuó—. No somos detectives privados, no somos policías, no buscamos personas desaparecidas, bla, bla, bla. Callaos y escuchad. Hace dos días, la esposa de Jackson murió. No tenía hijos ni familia a quien heredar, por lo que todo pasó al estado. Ahora, ¿adivinad qué encontraron los funcionarios que revisaron sus cosas? Un manuscrito inacabado, de Jackson, que comienza con la frase: "No somos los gobernantes de este planeta".

Miller volvió a hacer un gesto con el brazo y las imágenes de los artefactos arqueológicos desaparecieron. Con un movimiento de su mano, la mesa cambió a una película de pantalla extendida con un texto en movimiento que decía: "Evidencia del FBI. Ultra secreto".

—Ese es el eslogan de los Hijos de Terra —advirtió Ágata.

—Correcto. La investigación inicial del FBI dice que este

manuscrito nunca vio la luz del día. Ahora bien, yo no creo en las coincidencias, ni tampoco el Secretario de Seguridad Nacional. Así que os asigno el caso a vosotros dos. Encontrad la conexión entre este pseudocientífico loco y los Hijos de Terra —ordenó el director, terminando la proyección holográfica al cerrar su mano abierta en un puño.

—Esta es una transferencia disciplinaria —se quejó Ágata.

—Tu otra opción es comenzar tu licencia de dos semanas ahora mismo —replicó Miller, y como ella permaneció en silencio, sus labios esbozaron una sonrisa tensa—. Me lo imaginaba. Tomaos todo el tiempo que necesitéis, cargad los costes en la cuenta de gastos, pero encontradme una conexión que pueda mostrar a la Secretaría sin que se ría.

Dicho esto, Miller y su séquito se pusieron de pie y abandonaron la sala de conferencias, dejando a Ágata y Hofer solos de nuevo.

—Bueno, esto es magnífico —murmuró Hofer con un suspiro.

—¿Qué hiciste para terminar castigado? —preguntó Ágata.

DAN JACKSON, 2018

La primera vez que Dan Jackson vio la Montaña Pirámide con sus propios ojos, no había nieve. Solo experimentar la vista frente a él, (no en una imagen satelital, un video o una foto, como incontables veces antes), fue increíble.

Nada podría haberlo preparado para tal magnificencia. Una montaña de piedra que sobresalía casi tres mil metros del perpetuo hielo antártico, con forma de pirámide perfecta. Quedaba fascinado con cada pirámide que encontraba, pero esta era inigualable. Comparada con este descomunal megalítico, la pirámide de Keops de 140 metros parecía francamente insignificante.

—Entonces, ¿aún crees que esta cosa fue construida? —le preguntó Peter Gould a Dan, gritando para hacerse oír debido al ruido de los rotores del helicóptero mientras salían. Se ajustó la capucha alrededor de la cara a causa de la nieve que soplaba.

Dan esperó hasta que el helicóptero despegó y los estudiantes de la estación McMurdo se dirigieron hacia la excavación con las cajas de suministros.

—Sí, lo creo —confirmó, juntando sus pesados guantes antes de soplar, como si eso pudiera hacer una pequeña diferencia en el frío antártico.

—¿Ves esa entrada? —Dan señaló hacia una abertura rectangular donde la oscuridad de la montaña se encontraba con la blancura inmutable de la nieve que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones.

En respuesta, Gould le dirigió una mirada curiosa que podría haber significado "por supuesto que la veo" o "¿de qué narices estás hablando?"

—¡Esta excavación ya le ha costado a la Fundación Humana dieciséis millones de dólares, y apenas comenzó hace dos semanas! ¿Qué te dice eso?

—¿Que hay alguien por ahí tan loco como tú, pero con mucho más dinero? —supuso Gould, ganándose un suspiro resignado de Jackson.

—De todos modos, ¿por qué me acompañas?

Gould se encogió de hombros.

—Solo para asegurarme de que el dinero del señor Karlhammer se gaste correctamente.

Con el frío, su rostro estaba adquiriendo un brillo rojizo, como si

hubiera bebido demasiado vino, lo que Dan también consideraba una posibilidad.

—Quieres decir que eres mi niñera —dijo Jackson con un suspiro y los hombros tensos.

—No soy tu enemigo, Doctor Jackson, créeme.

—¿Por qué debería? Parece que quieres reírte de mis teorías, como todos los demás.

—Porque soy pragmático. Si te equivocas, Doctor, la Fundación Humana está acabada. Es así de simple. Por lo tanto, me aferro a la posibilidad infinitesimal de que tengas razón y, cuando todo esté dicho y hecho, todos seremos ricos —dijo Gould, apresurándose para seguir el ritmo de Jackson, quien se alejaba dando pisotones sobre la nieve hacia la entrada, a la montaña. Mientras lo hacía, apretaba su maletín contra su pecho, mirando a su alrededor con nerviosismo como si el hielo pudiera cobrar vida y tragárselo.

—¿Hacerse rico? ¡Hacerse rico! Eso es lo que todo el mundo quiere, hacerse rico —gruñó Dan decepcionado, y sus palabras fueron dispersadas por el viento como hojarasca. “Pero ¿para qué?” añadió en sus pensamientos. Te vuelves rico, y pasas tu precioso tiempo en esta tierra en el lujo, sin haber dado nada útil al mundo.

—¿Qué? No entendí lo que dijiste —jadeó Gould, ya sin aliento por haber corrido los pocos metros en el frío para alcanzarlo. No pertenecía aquí, en el fin del mundo, el lugar más hostil de la tierra.

Pero Dan podía decir lo mismo de sí mismo. Siempre había detestado el frío y se sentía mucho más cómodo en Siria, Egipto o Mesopotamia. Claro, rodeado de mosquitos y escorpiones, pero al menos no había riesgo de que el cincel se te congelara en la mano.

—No importa —respondió Jackson, y no volvió a hablar mientras recorría los últimos cien metros hasta la entrada.

La abertura del pasaje era del tamaño de una puerta estándar y había sido toscamente tallada en la montaña. Después de aproximadamente un metro, el pasaje se convertía en un cilindro perfectamente redondo que había sido perforado para inclinarse en un ángulo descendente hacia las profundidades, al corazón de la pirámide. Cuando entraron, un carruaje metálico se acercó, tirado por dos cables de acero, y se detuvo frente a ellos.

La tenue y fría luz del día que entraba por la entrada desapareció después de unos pocos metros, tragada por la oscuridad de abajo. Dan pensó que apenas podía distinguir la luz del sitio de excavación en la parte inferior, pero no podía estar seguro de que no se lo estuviera imaginando.

—¿Ahí es donde se supone que debemos ir? ¿Ahí abajo? —preguntó Gould, tragando saliva.

Dan asintió.

—Sí, ahí es donde se supone que debemos ir.

No estaba muy entusiasmado con la idea de subirse a este teleférico eléctrico y sumergirse profundamente en la oscuridad debajo de una montaña; perdón, de una pirámide. Pero ahí es donde se encontraba su investigación, y el proyecto más prometedor que jamás había dirigido. No podía dejar que todas esas conversaciones nocturnas con Luther fueran en vano. Al menos, para Dan eran conversaciones. Para Luther, probablemente fueran discusiones: siempre habían sido personas muy distintas, y eso nunca iba a cambiar. Y otra cosa que nunca iba a cambiar era que sus dos genios muy diferentes estaban ligados para siempre en un abrazo mortal. Luther era un brillante hombre de negocios, tan idealista y visionario como Dan, aunque nunca lo admitiría.

Recordó su última conversación en Zell am See, en el chalet obscenamente caro de Luther, mientras contemplaban el lago a través de la impresionante fachada de cristal. Hasta el día de hoy, cuando cerraba los ojos, podía oler el whisky de malta de 18 años que habían estado bebiendo.

—No podemos rendirnos, Dan —había dicho Luther—. No podemos dejar de buscar respuestas donde a nadie se le ocurriría indagar.

Eso había sido exactamente lo que Dan necesitaba escuchar, después de haberse acostumbrado a un torrente interminable de malicia y burlas del mundo científico a lo largo de los años. Cuando lo llamaron tipo Stargate, lo tomó como una insignia de honor, en especial porque siempre había sido un gran admirador de la serie. Sus doctorados en arqueología, antropología y lingüística no cambiaron nada. Cualquiera que pensara más allá de los estrechos límites de los paradigmas de investigación actuales era rápidamente marginado, y por una simple razón: todos los grandes (Einstein, Newton, Darwin, Schrödinger y tantos más) no solo habían sido científicos sino también visionarios, cada uno soportando el ridículo de sus compañeros, en diversos grados, hasta que el campo estuvo listo para reconocer su genio.

Dan Jackson no se veía a sí mismo como un científico a ese nivel —no, nunca se le habría ocurrido nombrarse en tan ilustre compañía — pero sí se veía, como ellos, como un visionario tan comprometido con su causa que podía soportar todo el desprecio y la burla de sus colegas, cuyo reconocimiento deseaba tan desesperadamente. Tenía que hacerlo, porque sabía que los avances trascendentales solo podían originarse derribando muros. Y los muros solo se podían derribar con sangre, sudor y lágrimas.

—Oye, ¿te encuentras bien? —Gould había confundido la vacilación de Dan con miedo.

—Estoy bien —dijo Dan, y se sentó en el pequeño carruaje eléctrico.

Era algo así como un trineo, de menos de tres metros de largo, en el que Dan tuvo que deslizarse sobre el frío metal, tachonado con numerosos ojales y ganchos para las correas de seguridad, para dejar sitio a Gould que se acomodó detrás de él con cierto temor.

—Trata de relajarte. No te preocupes, es un viaje corto.

La caja de control estaba unida a una manivela retráctil. Dan la colocó en su posición y presionó el botón marcado con la flecha hacia abajo. Un momento después, el carruaje cobró vida y descendió a la oscuridad, lo suficientemente rápido como para crear una ligera corriente de aire a su alrededor y hacer que el frío se sintiera un poco más helado.

A medida que se acercaban a la luz del sitio de excavación al final del estrecho túnel, los olores a polvo antiguo y piedra mohosa se intensificaron. Estos eran olores con los que Dan estaba más familiarizado que los de su propia casa pues había pasado la mayor parte de los últimos diez años en excavaciones en Egipto, Mesopotamia y América Central. Le sorprendió que el mismo olor pudiera surgir aquí, en el antiguo hielo, que solo pudo haber conservado todo en un estado congelado.

—Nunca sabré cómo puedes hacer este trabajo —dijo Gould detrás de él, y Dan creyó sentir un poco de calor en la nuca. Pero se desvaneció tan rápido que creyó haberlo imaginado.

—Y yo nunca sabré cómo puedes procesar números día y noche, cuando en realidad no significan nada —respondió Dan.

—Pero sí significan algo. Significan muchos puestos de trabajo, y estoy seguro de que no tengo que recordarte que la Fundación Humana, de la que eres cofundador, es una organización sin ánimo de lucro. Lo que hago significa evidentemente algo.

Dan escuchó un resoplido ofendido detrás de él.

—Por supuesto que tienes razón. No quise ofenderte. Es solo que, cuando todos piensan que eres un chalado y niegan con la cabeza apenas te das la vuelta, e incluso los empleados de tu propia organización se ríen de ti a tus espaldas todo el tiempo, a veces es demasiado —suspiró, arrellanándose un poco en su asiento.

—¡Escucha! Quiero creerte, y creo que el señor Karlhammer también, de lo contrario no estaría tan ocupado organizando eventos para recaudar fondos ni persiguiendo a las celebridades.

—Oh, simplemente lo hace porque le gusta.

—Es por eso que os complementáis tan bien.

—Lo hicimos una vez, tal vez —respondió Dan, y se alegró de que Gould no insistiera.

Unos segundos más tarde, su trineo llegó al final de la travesía. En

un espacio del tamaño aproximado de la nave de una pequeña iglesia, una docena de personas los esperaban; parecían una fiesta de Hombres Michelin con sus chaquetas y pantalones térmicos, sus rostros enmarcados por capuchas forradas de piel bien ajustadas. Además del profesor Patchuvi y su asistente, el Doctor Ross, todo el equipo estaba formado por estudiantes, lo que le recordó a Dan lo lejos que estaba su trabajo aquí de todo lo que hacían, y ni siquiera estaba pensando en la asombrosa distancia hasta el asentamiento humano más cercano.

—Señor Jackson, ¡qué placer verle finalmente aquí! —dijo Patchuvi, dando un paso para ayudar a Dan a salir del trineo. Era un indio bajito de piel ocre y ojos centelleantes. Dan alguna vez pensó que le faltaba un tornillo, pero solo rebosaba de entusiasmo y audacia.

—Gracias, Profesor Patchuvi. Y por favor llámeme Dan.

—Por supuesto, Dan. Por favor llámeme Mitra. Él es mi asistente, James.

El profesor señaló al estadounidense alto con la nariz aguileña, a quien Dan se había encontrado una vez brevemente en una conferencia en Alejandría.

—Me alegra verte de nuevo —dijo, y le estrechó la mano.

Gould luchó por salir del trineo, se veía un poco molesto porque nadie lo había ayudado a salir debido a que toda la atención estaba en el otro hombre. Mientras tanto, Dan supuso por el incómodo silencio que era hora de decir algo.

—Gracias a todos por estar aquí. El trabajo de un arqueólogo es tedioso: y por tedioso me refiero a una mala paga que nunca conduce a la fama y, por lo general, se ríen de ti por pasarte el día golpeando rocas o por estar desempleado. Ahora todos vosotros trabajais para mí y para Luther, así que al menos tenéis un empleo, pero eso podría hacer que el ridículo sea mucho más doloroso. Nadie me cree, y eso significa que nadie os cree a vosotros. Es por eso que quiero deciros cuánto aprecio que hayáis tomado tiempo de vuestros semestres y vuestros grupos de investigación para venir aquí y hurgar en el frío en busca de evidencia que respalde mis teorías.

»No, va más allá de la simple apreciación. Me siento verdaderamente honrado. Estoy en deuda con todos y cada uno de vosotros. Por favor, llamadme Dan y no dudéis en hacerme cualquier pregunta en cualquier momento. Estamos haciendo algo verdaderamente pionero aquí, y no podemos permitirnos desperdiciar energía en obstáculos jerárquicos, en los que de todos modos nunca he puesto mucha atención. No hay nada especial en mí, solo soy el mono más ruidoso del circo.

Se produjo un murmullo de risas, y Dan supo que, si bien era posible que no hubiera roto el hielo (si eso era posible aquí en el lugar más frío de la tierra), al menos todos se habían relajado un poco. Eso

tendría que servir para empezar.

Se sintió bien expresando lo que significaba para él su presencia y su confianza. Después de todos estos años de intentos fallidos por probar sus teorías, tal vez eso fue lo que lo hizo volar aquí con un cincel y un cepillo.

Dan levantó la vista para ver que el equipo aún estaba reunido, mirándolo expectante. Frunció el ceño.

—Volvamos al trabajo, ¿de acuerdo?

—Muy bien, ya escuchasteis al hombre —gritó Patchuvi, tal vez demasiado fuerte, y juntó sus manos enguantadas, lo que provocó un sonido sordo—. ¡Regresad al trabajo!

Cuando los estudiantes hubieron desaparecido por los diversos pasadizos que se bifurcaban desde la caverna de paredes de hielo, Patchuvi se volvió hacia Jackson y Gould.

—Supongo que os gustaría una actualización.

—Ciertamente —dijo Dan, asintiendo con entusiasmo, al mismo tiempo que Gould estaba haciendo una mueca malhumorada en aparente preparación para una avalancha de aburrimiento.

—Vale. Este de aquí es el primer espacio que abrimos, después de haberlo identificado en los gráficos de la sísmica de reflexión. Inmediatamente después de perforar el pozo, quedó claro que se trataba de un sistema de túneles planificado y diseñado con precisión. En este momento estamos limpiando el hielo de muchos de los pasajes y constantemente encontramos nuevas cámaras a medida que avanzamos.

Dan sintió un cosquilleo de excitación en sus entrañas. Esta era, quizás, la sensación que había estado esperando, pero no debía dejarse llevar. Estaba demasiado familiarizado con estar al borde de lo que pensaba que era un gran avance para luego sentirse decepcionado.

—¿Qué pasa con los chicos de magnetismo en casa? ¿Ya han descubierto algo?

—Sí. Usando los datos de nuestros escaneos, crearon modelos de ordenador extremadamente claros.

Patchuvi hizo una pausa, parecía disfrutar alargar el momento.

Dan raspó el suelo con los pies, impaciente.

—¿Y bien? ¡Continúe!

—Detectamos concentraciones elevadas de iridio en las paredes de roca —anunció el profesor con un amplio gesto, terminando con una amplia sonrisa y mostrando unos dientes demasiado blancos.

—Eso es... es... —Dan se quedó sin habla, y en lugar de terminar su frase caminó hacia la pared a su derecha y colocó sus manos enguantadas sobre la delgada capa de hielo que cubría la roca.

Gould intervino.

—Um, disculpe, señor Patchuvi —dijo, negando con la cabeza,

claramente confundido—. ¿Puede explicarme lo que acaba de pasar?

—Profesor Patchuvi —corrigió, y su sonrisa degeneró en una mueca tan pronto como se volvió para mirar al financiero.

—Perdóneme, Profesor —dijo Gould sardónicamente, poniendo los ojos en blanco—. ¿Podría por fis, por favorcito, explicarme de qué carajo estaban hablando? ¿Podría intentar fingir que está hablando con un estudiante de primer año, o que esta es la primera vez que enseña?

Patchuvi estaba a punto de lanzar una diatriba, pero Dan se le adelantó.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la anomalía del iridio, señor Gould?

—No.

—El evento de impacto que probablemente puso fin al período Cretácico y comenzó el Paleógeno hace unos sesenta y seis millones de años.

—¿Impacto...? —preguntó el contable pensativo—. Ese fue el cometa, ¿verdad?

—Meteorito.

—Cierto.

—De todos modos, la roca sedimentaria del límite Cretácico-Paleógeno tenía concentraciones elevadas del elemento iridio y otros metales del grupo del platino, que es como sabemos hoy dónde está la línea entre el Cretácico y el Paleógeno. Esta densidad inusualmente alta de estos elementos específicos es única en toda la historia del planeta, y tuvo que haber sido traída a la Tierra en estos meteoritos —explicó Dan con paciencia, aunque estaba ansioso por correr por los pasillos y ver todo de una buena vez.

—Bien, entonces, ¿este lugar es antiguo?

—Parece que no comprende, señor Gould. Este lugar no solo tiene más de sesenta millones de años, sino que fue construido.

—¿Construido? ¿Por quién? En ese momento no había solo... bueno, ¿qué? ¿Dinosaurios en el planeta?

—No, se extinguieron al final del período Cretácico... por el impacto. —Dan negó con la cabeza y señaló, uno por uno, varios de los pasadizos que se alejaban de esta cámara en un patrón en forma de estrella. De su interior salía la luz amarilla de las bombillas colgantes alimentadas por los cables que cubrían las paredes y conducían a otro pasillo, y el rítmico zumbido de los generadores diésel a la distancia.

—Así que... —Gould hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Eso significa que, después de los dinosaurios, alguien estuvo aquí y que alguien construyó esto?

Dan permitió que una sonrisa se deslizara por su rostro, aunque lo que realmente quería hacer era saltar de alegría.

—Sí, señor Gould, eso es exactamente lo que significa —dijo, conteniendo su entusiasmo.

—Así que tenías razón —susurró Gould—. ¡Perro viejo, tenías razón!

—No del todo… aún no. Aun si la altura de los pasillos es aproximadamente correcta, no tenemos la prueba definitiva de que tenga razón.

—Estás diciendo que la gente hizo este lugar, mucho antes de que el *Homo habilis* que conocemos caminara por África... ¿Qué, hace más de dos millones de años?

—Sí, señor Gould. Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Dan miró hacia el techo y puso ambas manos sobre sus labios casi congelados.

“Estoy tan cerca” pensó.

Sintió lágrimas brotar de sus ojos.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio palmeó la cabeza de Oscar y lo rascó detrás de las orejas.

—Todo está bien, chico —le explicó al golden retriever, para tranquilizarlo—. No tienes que bajar conmigo.

Oscar dejó de jadear para relamerse los labios y luego la miró expectante con lo que podría haber sido una sonrisa.

Ella suspiró y metió la mano en el bolsillo de su mono. Los ojos del perro seguían todos sus movimientos.

—Pero no se lo digas a papá, ¿de acuerdo?

Lanzó una golosina al aire y él hábilmente la atrapó entre sus mandíbulas. Esta desapareció, tan rápido como había aparecido.

—¡Ahora sal de aquí, tengo que concentrarme! —Filio le hizo señas al perro para que se alejara, y el can salió corriendo por la puerta hacia el puente del Ocean's Bitch.

Suspiró y volvió a mirar la visualización que tenía delante, que ocupaba toda una pared. Se puso las gafas de datos. La imagen satelital del Océano Índico se actualizaba cada media hora. Mostraba una vista casi sin nubes del profundo mar turquesa que rodea un archipiélago: las Maldivas. Llevaba dos años trabajando en el barco chatarrero Ocean's Bitch. Ahora mismo mantenían una posición a cuarenta millas náuticas al este de la isla principal de Malé, tal como ella les había aconsejado.

—¿Y? —preguntó Romain, apareciendo de repente en la puerta del puente. El capitán era un apuesto francés de poco más de cuarenta años, nervudo como un buzo profesional pero con una sonrisa de Casanova. Detrás de él, Oscar se deslizó por la puerta, trotó hacia Filio y acarició con el hocico el bolsillo de su mono, el que contenía las golosinas para perros.

Romain levantó una ceja y ella puso los ojos en blanco.

—¡Traidor! —reprendió a Oscar, ahuyentándolo.

—Él no distingue a un amigo de un enemigo cuando hay comida en juego —se rio el francés con su suave acento. Se acercó a ella para examinar la gran pantalla—. ¿Y? ¿Estás satisfecha?

—Necesito más tiempo para los cálculos.

—¿No has estado calculando esta súper ecuación tuya durante más de un año?

—Sí, porque es complicada. Tú, Tomás, Jane, Alberto, ninguno de vosotros entiende, porque sois buzos y no tenéis títulos avanzados en

matemáticas —explicó, alejando la imagen de satélite hasta que estuvieron mirando casi todo el Océano Índico, con India al norte, África al oeste y Australia al este.

—Modo de dibujo —ordenó, y con un dedo extendido rodeó una gran área en medio del océano—. Esta es el área donde, desde hace apenas dos años, unas ochocientas naves chatarreras registradas, como la nuestra, han estado buscando los restos del *Mars One*. ¡Ochocientas! Parecen muchas, pero no lo son. Cuando el transbordador explotó y se quemó en gran parte en el reingreso, las partes se esparcieron en una zona tan amplia que ni los dioses podrían ayudarnos a encontrar todas. Estadísticamente, no merece la pena buscar a ciegas como lo estamos haciendo.

—Lo entiendo —suspiró el capitán, en un intento de hacerla callar, pero Filio se estaba emocionando, tal vez por el cansancio que la había atormentado durante tanto tiempo, o tal vez estaba empezando a sucumbir por la tensión constante.

—Ahora, el hecho de que pueda hacer cualquier tipo de modelo sobre la ubicación probable de la sección de popa se debe solo a dos cosas: una, hay partes de este océano que, relativamente, no se ven afectadas por las corrientes profundas; y dos, conozco casi todo lo que hay que saber sobre *Mars One*.

Ahora se estaba poniendo nerviosa y amplificó la vista a su posición actual.

Romain le pasó un brazo por encima del hombro y le sonrió.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

Filio le devolvió la sonrisa, complacida con su alentadora respuesta, pero sus ojos no podían ocultar el hecho de que a él también se le agotaba la paciencia. Aún tenían suficientes fondos para seguir así durante unos meses pero después... sanseacabó. Desde que su patrocinador, Francis Montgomery, se había retirado hace un tiempo, llevándose su dinero, el futuro no parecía tan aventurero como al comienzo de su búsqueda.

Aún recordaba muy bien la euforia que estalló cuando *Mars One* se estrelló, por macabro que parezca. Todos querían saber de qué trataba esa misteriosa misión y cómo podían ganar dinero con ella. Los diez millones de dólares que las agencias espaciales NASA, ESA y Roskosmos habían aportado para quien encontrara la caja negra se habían elevado a veinte después de unos meses, para disgusto de la comunidad de cazadores de tesoros de todo el mundo. Sobre todo porque había un millón más sobre la mesa por cada pieza de escombros de más de veinte centímetros cuadrados.

Eso, por supuesto, solo puso la fábrica de rumores a toda marcha y provocó un frenesí entre los cazadores de tesoros en todas partes. En poco tiempo, el Océano Índico estaba repleto de chatarreros, como se

conocía a los cazadores de fortunas de los cuatro rincones de la tierra. Luego, cuando el legendario cazador de tesoros y buzo Workai Dalam encontró la caja negra y obtuvo los veinte millones de dólares, las cosas comenzaron a volverse verdaderamente insólitas.

Pero ni siquiera eso fue lo que, al final, atrajo al mundo entero a este rincón del sur de Asia. Eso sucedió cuando las agencias espaciales quintuplicaron la recompensa por cada pieza recuperada de la nave. Eso no solo generó más codicia y más inversores, que tomaron a cualquier capitán disponible bajo su cobijo financiero, ansiosos por equiparlos durante años a cambio de dividir los honorarios del buscador, sino que también generó rumores. ¿Qué habían descubierto en la caja negra que les hizo desear tanto el resto de los despojos?

Filio lo sabía, por supuesto. Querían El Objeto.

—Creo que pronto estaré lista —dijo al fin, mirando pensativa las largas nubes que se arrastraban suavemente sobre el azul infinito del océano en la pantalla.

—Y yo —dijo Romain—, creo en ti. —Sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes blancos—. Pero hoy, debes tomarte un descanso y venir abajo conmigo. Tomás preparó ragú de calabacín.

—Vale. Te sigo —le aseguró, pero después de que Romain saliera de la sala de reuniones, su mirada permaneció en la pantalla. Cerró los ojos y las imágenes del accidente volvieron a ella. Impresiones irreales de restos ardiendo en el agua, un destello de luz, ella en su asiento presurizado viendo llamas calientes bailando sobre el cristal de la cabina. Luego, un vago recuerdo de cómo se desabrochó el cinturón, cayó e intentó asirse a algo.

Ahora se sostenía, con los codos rígidos y las manos firmemente apoyadas sobre la mesa frente a la pantalla, jadeando por aire como si acabara de correr un maratón. Cuanto más se empeñaba en regresar al *Mars One*, más a menudo se le aparecía el accidente en sus sueños y más fuerte la impresionaba. Tenía que saber qué había sucedido en Marte. ¿Por qué sus amigos, todos en el equipo, tuvieron que morir en la misión? ¿Por qué no podía recordar nada?

El dolor y el trauma eran una cosa, pero saber que has sido parte de un desastre que nadie puede explicar, y menos tú misma, era otra. Simplemente no podía recordar, y a medida que pasaba el tiempo, sus escasas impresiones de la estancia en el planeta rojo se desvanecían cada vez más rápido. Recordaba su preparación para la misión, hace ya varios años. No se encontraron lesiones físicas, por lo que debía haber una razón psicológica para que su cerebro se desconectara. Pero le resultaba inconcebible. Filio siempre había tenido una psique sana; de lo contrario, nunca habría sido seleccionada para la primera misión tripulada de la humanidad a Marte. Ahora ella era la única sobreviviente de un desastre histórico, pero no había nada que

pudiera hacer para cerrar el capítulo.

"Por supuesto que sí", se corrigió. "Puedo encontrar El Objeto. Tengo que encontrar El Objeto".

Pero también sabía que no podía permitir que su obsesión la dominara. Como Workai Dalam, que dio un giro justo después del hallazgo más importante de su carrera, la caja negra, y volvió al juego. En las entrevistas de esa época, había mostrado tal seguridad de que sabía exactamente dónde se encontraba el gran premio que hizo que todos los demás cazadores de tesoros se cagaran de miedo. Pero luego desapareció, para nunca más ser visto: al parecer, el barco se fue a pique en una gran tormenta al este de Seychelles. Al menos, los restos de su barco parecían confirmarlo. El hecho de que su cuerpo nunca fuera encontrado no sorprendió a nadie, dadas las corrientes en esa zona.

Pero su leyenda perduró y se convirtió en una especie de santo patrón de los chatarreros. La mayoría de los barcos tenían su fotografía en alguna parte, su rostro era como un talismán que les recordaba a los aventureros y buscadores de fortuna que el tesoro estaba ahí afuera y que a veces, podías lograr lo imposible. Una foto de él colgaba en el puente del Ocean's Bitch en este momento. Para Filio no era extraño que los chatarreros tendieran a ser supersticiosos. Siendo realistas, el noventa y nueve por ciento de ellos terminaría pasando mucho tiempo en muchos lugares peligrosos y no encontraría absolutamente nada.

Filio miró, por última vez, sus cálculos garabateados en los innumerables trozos de papel sobre la mesa frente a ella. Luego salió de la sala de reuniones.

El Ocean's Bitch era un barco viejo, botado a finales de los noventa, hacía ya casi cincuenta años. Probablemente era una de las últimas naves con motores diésel, que ahora mismo rugían en una sala de máquinas que siempre apestaba a aceite y grasa. Era como un museo flotante, de una época en la que la humanidad aún descuidaba la cantidad de CO_2 que se bombeaba a la atmósfera. La única razón por la que podía navegar era que la nave estaba registrada en Mauricio: después de las transiciones energéticas por las que pasaron la mayoría de las naciones, la isla se había reposicionado como el último refugio de los pecadores climáticos, aquellos que no habían desechado sus cacharros escupe-hollín por motivos económicos o sentimentales. A veces se sentía culpable por no haber alquilado nunca alguna de las naves de propulsión eléctrica más nuevas, pero en este punto ya se había encariñado tanto con esta tripulación y el Bitch hasta el punto de que casi nunca pensaba en ello.

Miró los tres brazaletes de la Fundación Humana que llevaba en su muñeca derecha. "Con los brazos abiertos. Viviendo un futuro

compartido" decía uno. Los demás solo llevaban la imagen azul del planeta Tierra y el logo de la Fundación. No usaba estos brazaletes por orgullo y principios, o como un símbolo de esperanza, o porque apoyara los innumerables esfuerzos de la Fundación Humana para salvar el mundo al comprar sus boletos de lotería mensuales, aunque eso era un efecto secundario agradable...

No, Filio usaba los brazaletes como un símbolo de esperanza para sí misma. Jugaba en la lotería más cara de la Fundación, un juego llamado Sueño Espacial, donde el ganador obtendría un boleto a Marte. No la próxima misión, sino la tercera, que estaba programada para 2044. Hubiera preferido formar parte del *Mars Two*, pero a caballo regalado no se le mira el dentado. Por supuesto, era demasiado buena en matemáticas para permitirse tener esperanzas, pero tenía que intentarlo todo, literalmente todo, para volver al Planeta Rojo y averiguar qué les había pasado a ella y a su equipo. Tenía que saber por qué su vida había sido destruida.

Filio bajó las escaleras hasta el salón, que estaba junto a la cocina, y vio a Jane y Alberto hablando en la pequeña sala de estar. Tomás y Romain estaban en la cocina, sosteniendo cuencos de aluminio para la mesa y preparándose para servir a la tripulación de la olla humeante de ragú.

—Oye, Filio —la llamó Jane. Estaba sentada justo debajo de la vieja pintura al óleo del HMS Terror y el HMS Erebus, representados en un tormentoso mar polar. —¿Puedes explicarle a este estúpido español que la película Luna no es realista?

—¿Qué?

—Ya sabes, Luna, tiene como treinta años, ese tipo de espectáculo unipersonal de Duncan Jones —explicó la rubia—. El personaje está solo en la luna y descubre que es un clon que sigue siendo desechado y reemplazado por una nueva versión de sí mismo.

—Oh, sí, la recuerdo. Buena película —dijo Filio, asintiendo.

—Sí, pero era totalmente irreal, ¿no? —insistió Jane, mirándola expectante con esos brillantes ojos suyos.

—Bueno, sí. Cuando el tipo sale de la base, se mueve como si estuviera en la baja gravedad de la Luna —comenzó Filio, sentándose y acomodándose a la mesa—. Pero mientras está en la base, se mueve como si estuviera bajo los efectos de la gravedad terrestre.

—¡Ja! —exclamó Jane triunfalmente, mostrándole a Tomás sus dos dedos medios para dar más énfasis.

El español sonrió a modo de rendición y le guiñó un ojo, divertido.

—Bueno —respondió con una sonrisa—, al menos sé lo suficiente como para no nadar hacia un pez ballesta que sale de una grieta.

La expresión de Jane se volvió malhumorada.

—Es una gran película, Alberto —dijo Filio—. Si tuvieras que

filmar cada película de ciencia ficción con total realismo, la audiencia se quedaría dormida en diez minutos. El espacio es un lugar bastante aburrido.

—¿Fue aburrido ir a Marte? —preguntó Tomás. Acababa de acercar una silla después de dejar el ragú en medio de la mesa.

Filio mantuvo su expresión facial controlada, fingiendo que esta pregunta no la conmovía. Si fuera honesta, tendría que responder "no lo recuerdo". Pero no iba a admitirlo. Decir la verdad ya le había causado problemas en el pasado, es decir, ser desacreditada frente a toda la comunidad de exploración espacial y ser expulsada de la ESA y del proyecto Marte, en general, le había costado todo por lo que alguna vez vivió.

—El vuelo no es aburrido porque siempre hay algo que hacer. Cuatro meses pasan bastante rápido cuando tienes que estar al tanto de las montañas de datos que los satélites que lanzamos a la órbita de Marte estaban enviando. Cuando estás en un entorno hostil, a decenas de millones de kilómetros de cualquier tipo de ayuda, quieres estar lo más preparado posible. Cualquiera que estuviera aburrido obviamente estaba en la misión equivocada.

—Es exactamente por eso que me encanta bucear —intervino Romain con un guiño de comprensión. Filio mostró una sonrisa de agradecimiento—. Bajo el agua hay un lugar que es tan extraño como el universo infinito allá arriba, pero a diferencia del espacio, hay formas de vida extrañas a tu alrededor.

—Además de una cucharada de ragú —retumbó Tomás en su bajo profundo alemán. Sonreía con su bigote épico y, con un fornido brazo, servía vez tras vez la cena de la tripulación con un enorme cucharón de aluminio.

—Mmm —tarareó Alberto, expresando su agradecimiento mientras tragaba su primer bocado—, delicioso.

—Gracias. ¡Ah, la receta original de Renania!

—Si vuelves a adjudicarle el ragú a tu país, tendré que declararte la guerra, en nombre de Francia —se rio Romain.

—Bueno, ya hemos visto cómo resulta eso —replicó Tomás, y los dos hombres entrechocaron sus latas de cerveza en un brindis.

Filio disfrutaba cada noche con esta extraña tropa de buzos y marineros que habían apostado toda su vida en encontrar el premio gordo aquí. Estas eran personas que eligieron el riesgo sobre la idea de pasar la vida en un escritorio de 9 a 5 haciendo rico a alguien más.

—Oye, Capitán —llamó Jane al otro lado de la mesa, sobresaltando a Filio para que regresara al presente con su repentina interrupción—. ¿Cuándo tomará el timón nuestra astronauta?

—Pronto —dijo Romain, sonriendo amablemente en dirección a Filio.

—Sí, entonces, ¿por qué pasas las noches escuchando a este comedor de ranas decirte cómo gobernar este viejo balde oxidado? —le preguntó Jane a Filio, arrancando un trozo de baguette y metiéndoselo en la boca—. Quiero decir, obviamente no estáis follando.

Filio decidió fingir que no había escuchado esa última parte.

—Es solo que después de abstraerme en mis cálculos todo el día, tengo que hacer algo práctico o me volveré loca —mintió—. Además, estoy considerando obtener mi licencia *offshore* uno de estos días, así que estoy feliz de aprovechar esto al máximo.

—Bueno, eres ambiciosa, lo admito —respondió Jane—. Supongo que tendrías que serlo. De lo contrario, no serías la astronauta que se impuso ante varios miles de candidatos.

El resto de la noche pasó volando y, antes de que lo notara, estaba ayudando a Tomás a limpiar la cocina. No mucho después de eso, volvió a sus cálculos. Sentía que estaba al borde de un gran descubrimiento, como si al fin estuviera a punto de concretar todas estas fórmulas que había estado desarrollando todo este tiempo. Era como si hubiera una llave, justo frente a ella, que abriría todas las puertas a la solución, y lo único que tenía que hacer era girarla. Pero aún no la había encontrado.

Más tarde esa noche, mientras daba cabezadas frente a sus cálculos una vez más, una luz parpadeante la despertó. Era su terminal de mano, oculta en algún lugar del impenetrable revoltijo de papeles que había convertido la sala de reuniones en la imagen misma del caos.

Con un bostezo, la alcanzó reflexivamente, parpadeando para alejar la obstinada somnolencia de sus ojos. Tuvo que parpadear de nuevo antes de poder ver la pantalla con algo de claridad. Era un nuevo correo.

—Lee el nuevo correo —ordenó mientras bostezaba, pero solo recibió un zumbido en respuesta. Cuando terminó el bostezo, repitió la orden de manera más reconocible.

—Correo entrante del remitente certificado Fundación Humana, Recursos Humanos, Oficina Central. Para: Doctora Filio Amorosa. Asunto: Puesto vacante. Mensaje: Estimada Doctora Amorosa, Me gustaría aprovechar esta oportunidad para llamar su atención sobre la oferta de trabajo adjunta, y me gustaría mucho escuchar lo que piensa al respecto. De hecho, hemos creado este puesto específico pensando en usted, y creo que descubrirá que hemos sido extremadamente complacientes con respecto a sus necesidades salariales. La Fundación Humana no solo está dedicada a los intereses de nuestro planeta, sino también a los intereses de su personal...

—Deja de leer —interrumpió Filio al asistente digital, negando con la cabeza—. Eliminar correo.

Un tono suave le indicó que la orden había sido ejecutada, y volvió a meter la terminal en el revoltijo de papeles. No la entendieron. Nadie lo hacía. A Filio no le interesaba el dinero ni un empleo. Lo único que le importaba era lo que le había pasado a ella y a la misión en Marte, y el viaje de regreso.

La Fundación Humana solo quería tenerla en su bolsillo porque esperaba que pudiera darle información sobre la misión a Marte y lo que había detrás de ella. Como todos los otros grandes interesados, solo quería saber qué había sucedido, pero ella misma no lo sabía.

Sin embargo, lo que sí sabía era que la Fundación Humana no tenía un programa espacial y no financiaba ni apoyaba uno aparte de la lotería de astronautas, que usaba para financiar sus propios proyectos, aunque una parte del dinero también iba a la NASA. Su objetivo principal era salvar este planeta y, de hecho, consideraban que los viajes espaciales eran contraproducentes para lograr ese objetivo, como lo resaltaba su intrépido líder Luther Karlhammer en cada una de sus apariciones en televisión. Mirar las estrellas, decía, solo distrae de las cosas que hay que hacer aquí y ahora en el mundo real, nuestro único hogar, para salvarlo.

De hecho, estaba de acuerdo en gran medida con el carismático sudafricano, pero necesitaban alternativas, y esas se encontrarían en el espacio, la última frontera de la humanidad. Pero si era honesta, eso ni siquiera le importaba. Lo único que le importaba era descubrir qué era esa cosa, El Objeto que había destrozado su vida, dejando atrás solo registros y datos de sensores. En la Fundación Humana se encerraría en una jaula de oro y renunciaría a su última oportunidad, por pequeña que fuera, de arrojar luz sobre esa oscuridad.

No, gracias.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Tres días después, Ágata y Pano estaban en un sótano de los Archivos Nacionales de Nueva York, revisando carpetas llenas de documentos escritos a mano así como registros digitales en sus pantallas de visualización.

Ágata se sentó en un escritorio viejo y polvoriento abarrotado entre cajas de archivos de plástico a prueba de humedad, hojeando los diversos archivos digitales. Pano se sentó detrás de ella en una silla de oficina que había visto días mejores. Sus botas de vaquero estaban sobre una caja, y hojeaba archivo tras archivo en papel; su aburrimiento era evidente. Cada vez que terminaba uno, lo azotaba deliberadamente sobre la creciente pila de carpetas marrones detrás de él.

—Si continuo leyendo, voy a empezar a creerme esta mierda —murmuró.

Como Ágata no respondió, siguió hablando.

—¿Sabías que en Bolivia hay un antiguo complejo de templos megalíticos llamado Puma Punku? Allí hay un muro de piedras, cada una de las cuales pesa más de cien toneladas, y están apiladas con tanta precisión que en la mayoría de las uniones ni siquiera serías capaz de meter una hoja de papel. A principios de este milenio, los científicos que la estudiaban llegaron a la conclusión de que ni siquiera podían construir esta estructura con las herramientas modernas de su época. Entonces, ¿cómo es posible que los mayas lo hayan hecho?

—Incas —lo corrigió Ágata.

—Ellos también. Lo que sea. ¿Alguna vez has visto esa pared? Me resulta increíble imaginar que los incas pudieran construir algo así sin tecnología avanzada.

—Mira, solo porque no podamos concebir algo no significa que sea una prueba de que lo hicieran extraterrestres, o de que hubo una civilización perdida más avanzada que la que somos hoy. Ni por asomo —rebatió Ágata, sin siquiera apartar la mirada del archivo en su pantalla de visualización—. Tarde o temprano, los científicos siempre descubren cómo lo hicieron, y todos los pirados terminan por sentirse bastante estúpidos, supongo.

—¡Pero hay más! —Pano cogió uno de los archivos que había puesto en la pila detrás de él y lo hojeó rápidamente—. Aquí. El

mecanismo de Anticitera. Alrededor de 1900, se recuperó un objeto de un naufragio griego. El naufragio data de alrededor del 70 a.C. El dispositivo era de metal fundido, con engranajes y diales, y funcionaba como un reloj astronómico, pero era mucho más preciso que cualquier otro hasta la era moderna tardía. A veces se la conoce como la máquina milagrosa. —Dejó el archivo a un lado y cogió otro —. Luego está el sarcófago de Palenque. Presta atención. Este fue encontrado en la cámara funeraria del rey Pakal en México. La tapa del sarcófago tiene estos dibujos extraños, que obviamente muestran al rey sentado en un cohete y manejando algunos controles. Pero esta talla fue realizada en el siglo VII. ¿Cómo explicas eso? —Otro archivo —. ¡Aquí, mira, las huellas del río Paluxy! En el lecho de un río en Texas, encontraron huellas humanoides que tenían más de cien millones de años. Los teóricos de Paleo-SETI ven esto como una prueba de que los humanos y los dinosaurios existieron al mismo tiempo, o si no, tuvo que haber una cultura alienígena humanoide en ese momento. —Arrojó ese archivo a la pila y uno nuevo llegó a su mano—. El siguiente. Los pozos de Abusir. En Egipto, cerca de Giza, tienes estas losas de piedra hechas de diorita, una de las rocas más duras del mundo. Encontraron estas losas con perforaciones de alta precisión, obra de taladro de núcleo. No podrían haber sido hechas por los egipcios. Aún en nuestros días, se necesitarían los más modernos taladros para hacer perforaciones similares.

—No crees toda esta idiotez, ¿verdad? —preguntó Ágata, volviéndose hacia él por primera vez. Su expresión dejó absolutamente claro que solo había una respuesta correcta.

—Sí, bueno, pero hay más. El manuscrito Voynich, minuciosamente redactado en un idioma completamente desconocido y único, que aún no ha sido descifrado hasta el día de hoy. Lo que sí sabemos es que no se basa en ningún sistema de lenguaje conocido en la historia humana y está lleno de imágenes de plantas y constelaciones extrañas. Se encuentra en Yale, donde aún lo están estudiando porque hay tantas cosas que no...

Se detuvo cuando la única respuesta de Ágata fue una ceja levantada.

Pano cerró el archivo con un suspiro.

—Está bien, está bien, ¿qué tienes?

—Tengo los archivos de préstamos de datos —respondió ella—. En dos ocasiones se revisaron artículos y libros sobre paleo-SETI y los antiguos astronautas. Adivina cuándo.

—¿2040?

—Sí. Y en 2018, y luego en la década de 1960, cuando las ideas de Erich von Däniken eran populares.

—Espera, fue en 2018 cuando Dan Jackson desapareció, ¿verdad?

—preguntó Pano, inclinándose para acercar su terminal de mano hacia Ágata. Ella hizo un gesto con la mano y la terminal emitió un pitido, informándole que había recibido un archivo.

—Mmm... Su última ubicación confirmada fue la Estación McMurdo en la Antártida... Eso fue en mayo de 2018. El préstamo se hizo en junio de 2018. ¿Prueba?

—Un punto de los datos —lo corrigió ella—. Otro punto de los datos es que, en esa época, el treinta por ciento del material prestado fue denunciado como robado. Pero nunca fue rastreado.

—¿En la era de Internet? ¿Por qué alguien se molestaría siquiera en robar algo del Archivo Nacional? —preguntó Pano—. Eso no tiene sentido.

—Tal vez eran archivos o libros que aún no se habían publicado en línea. Quiero decir, estamos hablando de 2018 —sugirió ella.

—Tal vez. Pero ese no es el motivo por el que estamos aquí, ¿verdad?

—Tienes razón. Estamos buscando algo más, y creo que lo he encontrado. Rachel Jackson, la difunta esposa de nuestro triple Doctor, tomó prestado un libro sobre pirámides en mayo de 2018: un montón de pirámides específicas descubiertas en Egipto por una conocida egiptóloga llamada Ángela Micol. Ahora sabemos que se trataba de pirámides escondidas, más grandes que Giza, pero no tan bien conservadas. En ese momento, eso aún era controvertido.

—¿Así que eso es lo que hemos estado buscando? —preguntó Pano, mirando el polvoriento sótano—. Si eso es todo, podríamos haber llamado.

—Si quieres saber la verdad, siempre obtén tu información tú mismo. De lo contrario, es como construir una casa a partir de conjeturas: si una pieza no se sostiene como creías que lo haría, todo tu caso se vendrá abajo.

—Bien. ¿Entonces, en qué estás pensando? ¿Su esposa quería terminar su manuscrito? —preguntó, no muy convencido.

—No lo sé —admitió Ágata, y se levantó abruptamente—. Lo que sí me indica es que ella no estaba tan desinteresada en el trabajo de su esposo como piensa la NSA. Y eso, a su vez, significa que tienen muy pocos datos sobre lo que le interesaba. Algo bastante inusual en estos días, ¿no crees?

—Mmm. Es verdad. Entonces, ¿está tratando de ocultar el hecho de que estaba investigando en el campo de su marido, pero va y revisa cosas del Archivo Nacional sobre ese preciso tema? —El interés de Pano se estaba despertando, y también se puso de pie.

—Exacto. El seguimiento de IA de la NSA se sintoniza principalmente con palabras clave relacionadas con terrorismo y amenazas, y por lo general se enfoca en Internet. No creo que hayan

extendido la red de rastreo de datos sin control hasta el Archivo Nacional —dijo Ágata, alisándose el traje pantalón que le quedaba perfectamente—. Deberíamos catear su casa.

—¿Pero seguramente el FBI ya estuvo allí y lo arruinó todo?

—Arruinaron todo, pero después de que se encontró el manuscrito, Seguridad Nacional ordenó a todas las agencias que dejaran todo intacto y que no dejaran entrar ni salir a nadie —explicó ella, cogiendo su chaqueta oscura, con CTD en letras grandes en la espalda, de donde la había colgado en la silla—. Vamos.

Salieron del sótano y pronto estaban en su Tesla 6 perteneciente a la flota del CTD, rumbo al norte, a lo largo del río Hudson. Desde el viaducto sobre calle West, tenían una buena vista más allá de los muros de contención, hasta la parte superior de la bahía de Hudson. Un gigantesco buque portacontenedores con cuatro altos rotores Flettner, como torres de vigilancia de gran tamaño, estaba saliendo de la bahía, en línea recta hacia el Atlántico.

El tráfico era escaso y Ágata miró por la ventana mientras el modo de conducción autónoma del Tesla la conducía a ella y a su nuevo compañero de manera infalible hacia su objetivo.

El día era inusualmente brillante para principios de otoño, e incluso había algunos rayos de sol irregulares que atravesaban la espesa capa de nubes grises aquí y allá. Donde lo hacían, revelaban el intenso tráfico de drones sobre el nivel de la calle: innumerables drones taxi y tal vez más drones de entrega de paquetes, como un enjambre de hormigas voladoras que alimentaban el hambre insaciable de la ciudad por lo más nuevo y lo último, los productos de sus sueños.

Pano, acomodado en el asiento junto a ella, dejó caer el New York Times en su regazo y también los miró.

—Difícil de creer, ¿no? —dijo—. Hace apenas 15 años, habrías mirado hacia arriba y no habrías visto nada volando por ahí.

—Lo sé. Es increíble lo rápido que está cambiando el mundo.

—Te refieres a lo rápido que la Fundación Humana está cambiando el mundo.

—Sí.

Apartó la mirada de los cientos de puntos negros que volaban por encima de ellos y desaparecían entre los rascacielos de Manhattan.

—¿Crees que Karlhammer está detrás de los ataques a los miembros del Senado y el Congreso? —preguntó el italiano, señalando el retrato del hombre de impecable peinado en la editorial del New York Times. En la foto, vestía una camiseta que decía: “Salva al planeta, sálvate a ti” y su aspecto irradiaba una estudiada mezcla de dandy y estudiante universitario.

—Es difícil imaginar que alguien sea tan estúpido. Y, para ser

honesta, no le veo pinta de terrorista al "Autoproclamado" Salvador del Planeta —respondió Ágata. Hizo un gesto vago detrás de ella, hacia donde volaban las naves rotatorias—. Lo que su fundación ha hecho por la Tierra habla por sí mismo.

—Pero los muros de contención siguen ahí —rebatió Pano.

—Bueno, no puede arreglar todo lo que arruinamos en la historia humana de una vez, ¿o sí?

—Vaya, realmente eres una admiradora, ¿no?

—No. ¿Podemos seguir concentrados en el caso? Cuanto antes terminemos con esto, antes podremos volver a hacer algo útil, ¿verdad?

Ágata miró desafiante al europeo hasta que él finalmente sonrió y volvió a concentrarse en el periódico.

El viaje a Long Island tomó un poco menos de una hora. La casa de Jackson era una de las encantadoras casas coloniales suburbanas que salpicaban Avenida Connetquot, cerca de Connetquot River State Park Preserve. El automóvil se detuvo frente al número 22, de paneles de madera blanca y techo de tejas en buen estado.

El césped delantero estaba completamente acordonado con cinta amarilla que decía "ESCENA DEL CRIMEN". Allí los esperaban dos agentes con chaqueta del FBI. Uno de ellos, un hombre mayor cuyo cabello ya comenzaba a encanecer y cuyo vientre se extendía más allá de su cinturón, los saludó a la distancia mientras salían.

—¡Ah, llegasteis!

—Ahí lo tienes —dijo Pano—. Si necesitas más pruebas de que nos han metido en el baúl de los recuerdos, las estás viendo.

Ni siquiera se molestó en bajar la voz. Mientras lo decía, cerraban las puertas del automóvil.

Ágata rodeó el elegante vehículo con matrícula federal. Se presentó a sí misma y a su nuevo compañero.

—Soy la agente especial Devenworth, y este es el Capitano Hofer.

Los dos hombres del FBI parecieron preocupados por un momento antes de volver a sonreír. Probablemente se sintieron aliviados de que al fin pudieran irse a casa, pero eso aún no iba a suceder.

—Agente Malone —dijo el hombre corpulento a modo de presentación. Señaló a su colega más joven, con corte de pelo perfecto y las clásicas gafas oscuras—. Este es el Agente Juárez. ¡Adelante!

Señaló la propiedad acordonada con cinta y comenzó a girar como si fuera a marcharse. Ágata levantó una mano para detenerlo.

—No tan rápido, Malone. ¿Estaba aquí cuando acordonaron la propiedad y llegaron los forenses? —preguntó.

—Sí. Fue esta mañana. La señora murió anteayer por la tarde, fue encontrada anoche, y esta mañana recibimos la llamada de la policía cuando se percataron de que su esposo estaba en la lista nacional de

personas desaparecidas. Así que vinimos, revisamos todo y encontramos el manuscrito —dijo Malone, rascándose el estómago. Parecía tener prisa por llegar a alguna parte.

Ágata arqueó una ceja para sus adentros, pensando que "alguna parte" era probablemente una tienda de donuts. Hizo un gesto hacia la puerta del porche delantero.

—Venga conmigo. Puede que tenga un par de preguntas.

El oficial mayor hizo una mueca, pero asintió y le indicó al otro hombre que la acompañarían.

Pano levantó la cinta de la escena del crimen para poder pasar por debajo y juntos caminaron hacia el porche.

Ágata notó una correa de perro en el suelo a su derecha. Se volvió hacia Malone.

—¿Un perro? ¿Dónde está ahora?

—Lo encontramos detrás de la casa con el cráneo destrozado.

—¿Qué? —preguntó Pano.

—Detrás de la casa. —Malone señaló la pared a su izquierda.

—Bueno, ¿dónde está?

—Ni idea. La policía se lo llevó y supongo que se deshicieron de él. —El agente del FBI se encogió de hombros.

—¿Alguna huella dactilar? ¿Hubo una autopsia?

Ante la pregunta de Pano, Malone se irritó y su tez cambió de amarillo pálido a un rojo más profundo.

—Escuche, ¿quién carajo es usted para venir a dar órdenes? —espetó—. ¿Capitano? ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Y ese acento? ¡No responderé nada hasta que se identifique, amigo!

—Justo lo que necesitaba, una úlcera estomacal que camina y habla —murmuró Ágata, atrayendo una mirada furiosa del agente. Parecía que Malone quería decir algo, pero lo pensó mejor y solo rechinó los dientes—. Viene conmigo, es de la Europol y ha sido asignado a esta investigación. Este caso es ahora un asunto de Seguridad Nacional. Si tiene algún inconveniente, dígaselo al director de CTD, Miller.

Ella le tendió su terminal con una mirada de "¿qué esperas?". Cuando él se limitó a mirarlo, ella se encogió de hombros.

—Creo que no. Ahora... conteste a la pregunta del Capitano Hofer.

—Había una huella digital utilizable en el collar del perro, pero no obtuvieron ningún resultado en la base de datos. Los vecinos tampoco vieron ni escucharon nada, por lo que la señora Jackson es la única sospechosa. Pero, ¿qué vas a hacer, enjuiciar a una mujer muerta por crueldad con un animal muerto? No lo creo. Así que solo se llevaron al pobre perro. —La voz de Malone aún temblaba.

—Envíe las fotos a mi terminal.

Ágata extendió su dispositivo y esperó hasta que el agente sacó el

suyo e hizo el gesto de enviar el archivo, y el de ella emitió un pitido de confirmación.

—Gracias. Vamos adentro. ¿Hofer? Ya que eres el encantador de este equipo, ¿por qué no vas a hablar con los vecinos? Tal vez nuestros dedicados colegas se hayan perdido algo.

Malone gruñó. Pano miró brevemente a Ágata, sonrió con amabilidad e incluso hizo una mínima insinuación de una reverencia antes de desaparecer por un costado de la casa.

Estaba oscuro dentro porque los oficiales habían cerrado las persianas, evidentemente para protegerse de las miradas indiscretas de los vecinos.

Ágata señaló vagamente hacia las ventanas de la gran sala de estar.

—¿Podría abrirlas?

Al principio, Malone pareció dudar, pero luego le hizo una señal a Juárez y accionaron los interruptores en las paredes para subir las persianas. Todo el piso era un solo espacio, excepto la cocina que era una habitación separada.

La luz del día la inundó cuando Ágata entró en la sala de estar, donde el cadáver pálido de la señora Jackson yacía en el sofá, tendida con los ojos abiertos y las manos contorsionadas. Las instrucciones habían sido no mover ni sacar el cuerpo, y nadie lo había hecho.

Ágata abrió el informe forense en su terminal y se desplazó hacia abajo.

—Interesante. Una huella dactilar en la mejilla derecha, ninguna coincidencia en las bases de datos. ¿Cómo puede alguien en esta época tener huellas dactilares que no están en ninguna base de datos?

Mientras escaneaba, se preguntó qué decía el archivo forense sobre la probabilidad de errores de escaneo o contaminación. Esta era solo la típica jerga legal que alguien escribiría cuando no tiene una explicación pero no quiere pasar por todo el papeleo que requeriría un caso especial.

Ágata se acercó al papel de aluminio que aún estaba extendido sobre el paragüero del secreter de madera. Aún mostraba el documento que había alertado al FBI sobre el plan. Pasó rápidamente por el galimatías de antropología hasta que llegó a la frase: “Nosotros no somos los gobernantes de este planeta”. La siguiente oración decía: “Más bien, somos los herederos y debemos tratarlo en consecuencia”.

La verdad, no suena como alguien que fabrica bombas, pensó mientras apagaba la pantalla con un gesto. Se volvió de un negro apenas brillante.

—¿Agente Juárez? —Ágata llamó al joven agente latino, quien estaba en el comedor contiguo y acababa de subir la persiana de la última ventana—. ¿Podría moverse un poco a su izquierda y apuntar la linterna en mi dirección?

—Sí, señora —respondió.

Cogió su linterna e hizo lo que ella le había pedido.

—Interesante.

—¿Descubrió algo? —preguntó Juárez, sorprendido.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió ella, observando una pequeña mancha grasienta en el centro de la pantalla. Era del tamaño de la yema de un dedo—. Agente Juárez, ¿podría explicarme cómo alguien escribiría texto en una pantalla de visualización?

—¿Es una pregunta seria?

—Solo hago preguntas serias.

—Bueno, usted dicta el texto, se guarda en el terminal y aparece en la pantalla —dijo, molesto por la pregunta, y se acercó a ella—. O podría usar el teclado virtual en un auricular RA.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien usó la función táctil en una pantalla de visualización para ingresar información?

—Ni idea... ¿Hace cien años?

—¿Tiene un escáner biométrico? —preguntó, estudiando el lugar con mayor detenimiento.

—Em...

—No importa. Si va a mi coche, encontrará una caja plateada en el maletero. ¿Podría traerla?

—Por supuesto.

Con algo de irritación, Juárez salió de la casa.

Ágata miró a su alrededor, pero no vio nada más que le llamara la atención, así que siguió leyendo el informe forense.

—No hay otras huellas dactilares en el apartamento que no pertenecieran a Rachel Jackson, pero una huella desconocida en el collar del perro y otra en su rostro. Mmm.

Cuando Juárez volvió a entrar, ella señaló la pantalla y él abrió la caja, sacó el pequeño escáner biométrico y lo usó para iluminar la pantalla.

—Déjeme adivinar —dijo ella—. ¿Una huella, pero ninguna coincidencia en nuestras bases de datos?

—Um, sí —respondió Juárez, sin levantar la vista del dispositivo y escaneando la pantalla nuevamente.

—Muéstreme.

El agente le entregó el dispositivo y ella lo sostuvo junto a su terminal. Las máquinas tardaron un momento en intercambiar sus códigos de autenticación y luego apareció la imagen escaneada de la huella dactilar en su terminal. La comparó con las otras dos huellas desconocidas y pudo ver de un vistazo que eran idénticas.

—Mire eso.

—¿Tiene algo?

—Sí —dijo, y cuando Juárez se dio cuenta de que no iba a decir

nada más, se dio la vuelta y salió de la sala, negando con la cabeza.

—¿Quién eres? —murmuró Ágata a la imagen de la huella dactilar en su terminal.

Entrecerró los ojos.

—¿Devenworth? —dijo una voz detrás de ella.

Era Pano, que acababa de entrar.

—¿Mmm?

—Los vecinos no vieron nada. Dicen que no escucharon al perro y que no vieron a nadie inusual —le informó, y su expresión revelaba que no les creía, igual que ella.

—Los llevaremos a todos al Departamento y los interrogaremos. Obviamente hubo alguien aquí. Encontré una tercera huella dactilar, idéntica a la del collar del perro y a la de la mejilla de la señora Jackson. —Ágata señaló el cuerpo y la pantalla en el secreter—. Justo ahí.

—Allí, donde se habría mostrado el texto. Bueno, esa es una gran coincidencia. —Pano frunció los labios y cruzó sus poderosos brazos sobre el pecho.

—Al parecer, alguien quería que viéramos esta línea de texto en particular.

—E investigáramos —agregó Pano.

—Bueno —dijo ella—, funcionó. Quienquiera que sea, tiene mi atención.

DAN JACKSON, 2018

—Jackson, espera —llamó Gould, persiguiendo a Dan con pasos rápidos que resonaban en las paredes lisas. Como siempre, llevaba su maletín, aunque ahora lo apretaba contra su pecho, como un escudo, y miraba alrededor frenéticamente como si los fantasmas de este lugar pudieran descender sobre él en cualquier momento.

—¿Qué es lo que quiere, señor Gould? —preguntó Patchuvi, entornando los ojos. No ocultó su disgusto por la presencia del rácano.

—¡Jackson! —repitió Gould, ignorando al otro hombre.

Dan se detuvo frente a un pasadizo que conducía al oeste y se dio la vuelta con impaciencia apenas disimulada.

—¿Sí, qué quieres?

—¿Puedes explicarme qué significa todo esto?

—Lo que significa es que a principios de la Era Paleozoica, hubo criaturas que construyeron esta pirámide, o al menos lo que sea que haya debajo —explicó el arqueólogo con tranquilidad.

—Pero, ¿quién construiría algo en la Antártida?

—En la primera fase cronoestratigráfica, la Antártida tal como la conocemos hoy aún no existía —intervino Patchuvi en un tono condescendiente y una expresión burlona.

Gould percibió el sarcasmo.

—No me dedico a estudiar rocas, profesor —replicó, visiblemente molesto, pinchando al profesor en el pecho, su dedo índice dejó un cráter en la gruesa chaqueta de plumas—. ¿Quiere tocarme las narices todo el tiempo? ¡Bien! Eso sin duda va a ser muy útil para mi informe.

—Ajá, entonces está aquí para auditarnos, ¿es así? —replicó Patchuvi, entrecerrando los ojos y haciendo una mueca en un triunfo imaginado.

—Bueno, no estoy aquí para ser tratado como un tonto, ¿entendido? Conozco a los de su especie, todos los atontados que solían recibir una paliza en la escuela, ¿por qué no regresa en el tiempo a donde adquirió esta actitud de pobrecito? —Gould se enfadó con el otro hombre, sin dejar ninguna duda de que planeaba tener la última palabra en esta conversación.

Dan suspiró e intervino:

—¿Podríamos calmarnos, por favor? Estamos a punto de dar el último gran paso que va a apuntalar todas nuestras teorías, y todo nuestro trabajo, con pruebas que nadie va a poder refutar. Ahora bien,

no desechemos todo por enfrascarnos en disputas insignificantes. Señor Gould, estoy tratando de responder la mayor cantidad posible de sus preguntas, pero intente concentrarse y no siga interrumpiendo. Como estoy seguro de que puede entender, quiero familiarizarme con esta instalación lo más rápido posible. Y tú, Mitra, por favor, no le hagas la vida más difícil de lo que ya es aquí abajo. Luther es quien lo envió aquí, ciertamente no vino por voluntad.

Patchuvi suspiró y asintió de mala gana. Gould también asintió y se volvió hacia Dan con una mirada expectante.

—Para responder a la pregunta —dijo, golpeando con su mano enguantada la pared cubierta de hielo donde se encontraban—, la cronoestratigrafía es un método para clasificar diferentes tipos de roca por su edad. El Paleoceno fue el período comprendido entre unos sesenta y seis y cincuenta y seis millones de años antes de Cristo. O para ser más precisos, "antes de ahora", porque así datamos en realidad. De todos modos, el Paleoceno contiene tres edades o niveles: el más antiguo es el Daniense; luego tienes el del medio, el Selandiense; y por último, el Thanetiense. Lo que estamos viendo se hizo en el Daniense, lo que significa unos pocos millones de años después de que el meteorito que mató a los dinosaurios impactara en la Tierra. En ese momento, no había Ártico ni polos helados. Al comienzo del Daniense, lo que ahora es América del Sur, Australia y la Antártida eran un solo continente, y su clima era, en general, cálido y húmedo. Los únicos lugares en la Tierra que podrías llamar templados eran el Polo Norte y el Polo Sur, en otras palabras, donde nos encontramos ahora.

—Así que estás diciendo que aquí mismo, había un clima agradable... ¿como en Europa? —preguntó Gould, visiblemente asombrado, y miró a su alrededor como si estuviera tratando de controlar su imaginación pero sin mucho éxito.

—Eso es lo que estoy diciendo. Por otro lado, si hubieras estado en Europa en el Daniense, habría sido tan caluroso como Camboya en la actualidad ..., tal vez un poco más.

Gould asintió, comenzaba a comprender.

—¿Por eso siempre te enfocaste en la Antártida en tu investigación?

—Correcto. En ese momento era el lugar más habitable de la Tierra.

Dan hizo un gesto hacia el pasaje detrás de él, donde un cable de alimentación colgaba como una guirnalda a lo largo de la pared derecha. El brillo amarillo de los reflectores que colgaban de él a intervalos muy espaciados parpadeaba ocasionalmente, como si estuvieran en un búnker que estaba siendo bombardeado.

—Vamos.

Sin esperar respuesta, Dan se dirigió por el pasillo. A través de su guante, la roca a ambos lados y por encima de él se sentía tan suave como el linóleo cuando pasaba la mano sobre ella. Pero cuando quitaba la fina capa de hielo que la cubría, la superficie de la roca se veía extrañamente áspera. Cada exhalación formaba una gran nube que rápidamente se congelaba en el instante en que entraba en contacto con la pared.

Al fin llegaron a la habitación más grande que los estudiantes de Patchuvi habían descubierto hasta ahora y Dan se quedó atónito. Era una gran cámara, más o menos de unos cien metros de longitud, pero de forma ovalada. Había una docena de reflectores que iluminaban el techo e innumerables luces más pequeñas colgaban de las paredes, pero eran insuficientes para ahuyentar los millones de años de oscuridad de este lugar. Parecía como si estuviera en otra dimensión. Era como si hubiera atravesado un portal del tiempo y emergido dentro de una burbuja hecha de pura oscuridad y tranquilidad.

Aquí reinaba un silencio opresivo, tan total y tan denso que creyó poder tocarlo si fuera capaz de llegar lo suficientemente lejos, hasta que el ruido de un pequeño grupo de estudiantes trabajando al otro lado de la cámara lo rompió. Eran sonidos que le resultaban demasiado familiares. El ruido metálico del martillo y el cincel, y el zumbido de los taladros y equipos de alta frecuencia resonaron en esa caverna perfectamente formada.

—¿En qué están trabajando? —preguntó Dan.

—Están analizando la composición del material estructural —explicó Patchuvi—. Estamos haciendo eso en todas las cámaras.

—¿Qué han encontrado hasta ahora?

—Nada aún. Apenas están comenzando el análisis de las capas de sedimentos.

—¿Hay alguna? —preguntó Dan, mirando las sombras distantes de los estudiantes que trabajaban afanosamente en las paredes bajo la tenue luz de la lámpara.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, está claro que estas son construcciones de muros, hechas de acuerdo con un plan. No parece que hayan sido afectadas por depósitos de sedimentos —dijo Dan.

Dio dos pasos a su izquierda, sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y comenzó a usarlo para raspar el hielo de la pared. Patchuvi negó con la cabeza con decisión.

—Algo tan antiguo no existiría en su forma original.

—¿Alguna vez ha mirado esto? ¿Se parece esta pared a algo que haya visto en Egipto o Mesopotamia?

—No, pero esos lugares no son tan fríos y secos como aquí.

—¿De qué estáis hablando? —interrumpió Gould y levantó su

maleta a la defensiva cuando los dos arqueólogos se volvieron para mirarlo.

—Mira, las estructuras de piedra antiguas normalmente están comprimidas por las capas de sedimento encima de ellas. Pierden su forma original por la actividad tectónica y sísmica, por la presión de la superficie cambiante de la Tierra, como dije, y antes de eso, por supuesto, por la *corrasión* —explicó Dan, golpeando con su bolígrafo la pared grisácea.

—¿Corrosión?

—*Corrasión* —corrigió Patchuvi, poniendo los ojos en blanco y suspirando—. Desgaste causado por el viento y el clima. Es inusual, lo concedo, pero también lo es este lugar. No creo que haya habido nunca ningún tipo de excavación en ninguno de los polos, por lo que no tenemos valores de referencia. Según todo lo que sabemos, el paisaje aquí se ha mantenido prácticamente inmutable durante todos estos millones de años porque no ha habido polvo que llevase el viento.

Patchuvi cruzó las manos frente a su boca y sopló en sus guantes polares acolchados, pero apenas salió de su boca, el aire que exhaló quedó tan frío como el ambiente.

—Ya veremos —dijo Dan pensativo—. Ya lo veremos. Ahora, muéstrame el resto de la instalación y envía un mapa a mi tableta, ¿quieres?

—Por supuesto.

El recorrido por el sitio de excavación tomó varias horas más, porque seguían deteniéndose. Dan comenzó a pensar que en realidad ya no deberían llamarlo excavación, sino más bien descubrimiento, porque de hecho no estaban excavando nada: todo estaba expuesto y no había capas de tierra, piedra o polvo que eliminar como lo habría en cualquier yacimiento arqueológico en Europa, Asia o África. Si bien todo parecía abandonado hace mucho tiempo, y ciertamente no mantenido de ninguna manera, al mismo tiempo daba la impresión de que solo había sido suspendido. Debido a que no vivían criaturas en estos túneles, no había humedad y debido a que el frío había cubierto todo el lugar con una capa impenetrable de muerte, no había necesidad de mantenimiento. Aun así estaba asombrado, incluso después de todo lo que había visto en su carrera, de que este lugar pudiera haber permanecido tan intacto durante millones y millones de años.

Por lo que podía decir, las cámaras y los pasillos formaban un complejo bastante extenso. El mapa enviado a la tableta de Dan se había hecho mediante escaneo láser y mostraba cuán vasto era. Ochenta pasadizos, doscientas trece habitaciones, cámaras y cuevas; era realmente increíble. Dado que el estudio en realidad se había

realizado con un dron, había grandes secciones a las que el equipo aún no había llegado. Sin embargo, una cosa estaba clara, y era que no había objetos ni fósiles en ninguna parte. Todo estaba vacío y prácticamente estéril, y algo sobre eso seguía dando vueltas en la mente de Dan. Era casi como una casa que había sido inspeccionada minuciosamente, embalada y desalojada por alguien.

—La alta concentración de iridio, ¿dónde la midió exactamente? —preguntó Dan cuando se detuvieron en una habitación alargada que se veía tan lisa y carente de rasgos como todas las demás que habían visto.

—En las capas de roca sedimentaria más abajo en la montaña —respondió Patchuvi.

—¿Quiere decir la pirámide? —espetó Gould. Se había mantenido impresionantemente callado durante las últimas horas, pero no pudo mantener la disciplina por más tiempo.

—La pirámide y la montaña son la misma cosa.

—No lo entiendo. ¿No me dijo, señor Jackson, que la naturaleza aborrece la simetría?

—Así es —asintió Dan—. Y esta pirámide no es perfectamente simétrica, si la mides. Pero parece que en este caso la naturaleza, por pura coincidencia, estuvo bastante cerca.

—Pero te vi en CNN cuando dijiste que no crees en las coincidencias.

Dan sonrió.

—Así es, y sigo sin creer en ellas. Pero tampoco tengo otra explicación. Los datos no apoyan la idea de que esta montaña sea artificial, porque los estratos rocosos identifican claramente las diferentes épocas. El que está en la parte inferior tiene la anomalía del iridio, por lo que significa Paleozoico temprano. El de arriba no, lo que significa que esa roca se depositó allí durante millones de años. Eso hace que la forma simétrica sea muy difícil de explicar.

—Pero tal vez hubo una pirámide construida aquí hace más de 60 millones de años, y luego creció por algún proceso natural. ¿Sería eso posible? —reflexionó Gould, sus labios estaban tan fríos que se estaban volviendo azules.

—En este punto, tengo que considerar que todo es posible. Lo que va a ser importante ahora es averiguar qué edad tiene la roca en estas paredes. ¿Cuándo podemos esperar los primeros resultados? —preguntó Dan, girándose hacia Patchuvi, quien acababa de tomar un sorbo de un termo humeante. Se lo pasó a Dan, quien gruñó su agradecimiento antes de tomar su propio sorbo.

—Enviamos las primeras muestras de las paredes de los pasillos y cámaras a Viena hace una semana —dijo el profesor, limpiándose la nariz con el dorso de la mano—. Deberíamos tener los resultados

mañana a primera hora.

—¿Por qué Viena? —preguntó Gould.

—La universidad de allí cuenta con un acelerador de partículas que realiza la espectrometría de masas para nosotros, que es lo que debemos hacer para fechar materiales como este.

—Oh.

—¿Pensó que podríamos hacer eso aquí? —Patchuvi resopló, una vez más menospreciando al contador—. No, cada vez que debemos hacer eso, necesitamos un helicóptero para recoger algunas cajas de muestras. Es por eso que toda esta operación requiere mucho, muuuuucho tiempo, señor Gould.

—Entonces estaré ansioso por ver esos resultados mañana —dijo Dan, pasándole el termo al contador, quien sonrió con un gesto de agradecimiento mientras el profesor levantaba una ceja con desaprobación.

A Dan no le importaba Peter Gould, a quien consideraba básicamente un vulgar cicatero, un chupatintas sin visión, pero eso no lo convertía en una mala persona. No creía que hubiera gente mala. Solo personas con las que puedes tener mucho en común y con las que podrías llevarte bien, y aquellas con las que no y con las que no podrías. Así eran las cosas, y no debería causar problemas entre él y Gould, razón por la cual encontraba la abierta hostilidad de Patchuvi más irritante que la ignorancia de Gould.

—Pues llegados a este punto, me vendría bien dormir un poco —anunció el financiero, sofocando visiblemente un bostezo, mientras le devolvía el termo a Patchuvi.

Dan hubiera preferido seguir adelante, para ver la siguiente habitación y el siguiente pasillo, aunque era completamente consciente de que no habría nada nuevo que ver. Pero aún existía la pequeña posibilidad de que encontrara algo que los drones y los estudiantes no habían detectado. Después de todo, por eso había venido.

—Muy bien, volvamos al área de expedición —dijo Dan antes de que Patchuvi pudiera decir algo.

Creyó atisbar una respuesta contraria en el semblante del profesor. Antes de ese punto, habían atravesado una segunda caverna, del mismo tamaño que la primera. Aquí era donde los estudiantes habían tomado las últimas muestras. Pero esta “caverna de expedición”, como aparentemente se la llamaba, estaba mucho mejor iluminada, y había seis tiendas de campaña aquí, cada una de las cuales parecía medio globo pegado al suelo liso de la caverna y brillaba con una luz blanquecina desde el interior. Estaban conectadas por túneles de carpas, y su número era una indicación de cuántos expertos de varios campos llegarían en los próximos días y semanas para ampliar el

trabajo que se estaba realizando aquí. La Fundación Humana estaba apostando por todo en esto, eso estaba claro. Luther había cumplido su palabra, y eso le dio a Dan esperanza para sí mismo, el futuro de su fundación y el estado de ánimo de Luther.

Cada una de las tiendas era del tamaño de una casa pequeña, pero aun así se veían pequeñas en esta gran cámara. En medio del grupo de tiendas de campaña había cuatro bloques de generadores blindados, de los cuales salían cables gruesos que serpenteaban hacia cada tienda. Una cosa era segura, tendría que dormir con tapones para los oídos. Pero ya que la alternativa era congelarse hasta morir, no iba a quejarse.

Al mirar este asentamiento humano de otro mundo, y al darse cuenta de que debió haber costado sumas titánicas de dinero transportar todo esto (más todo el combustible diésel para hacerlo funcionar), a esta oscuridad remota y helada al fin del mundo, Dan encontró de repente, totalmente razonable que Luther lo hubiera obligado a llevarse a Gould. Podría ser que reducir algunos costes aquí y allá podría mantener la expedición funcionando el tiempo suficiente para encontrar algunas respuestas.

Patchuvi le dio un breve recorrido por la pequeña ciudad de tiendas de campaña. La carpa de entrada servía de vestuario. Tenía unos treinta casilleros, dos de los cuales habían sido preparados para Dan y Gould. Aquí cambiaron sus gruesos trajes térmicos por vaqueros y suéteres de cuello alto con el logo de la Fundación Humana, y caminaron a través de la brillante luz blanca del túnel de la primera tienda hacia la segunda. La cúpula de la tienda también estaba revestida con una especie de material aislante inflable de color blanco grisáceo, que parecía espuma de poliuretano pero era ligeramente translúcido. No era lo que se dice cálido, pero no se comparaba al frío que hacía afuera. Para Dan, era como un gélido día otoñal y se cruzaba de brazos para mantenerse caliente. Parecía que tendría que acostumbrarse a estar en constante frío, aunque probablemente debía haberlo esperado.

Esta tienda era una sala de trabajo con seis mesas largas, donde los estudiantes clasificaban muestras de rocas en varias cajas de plástico y luego las etiquetaban. Cuando Dan entró, todos los ojos se fijaron en él y la mayoría de los estudiantes asintieron asombrados. Eso lo hizo sentir incómodo, y solo pudo hacer un breve saludo con la mano antes de indicarle a Patchuvi que se apresurara.

—Ese es el comedor, y también nuestro taller. No tenemos tanto espacio, así que a la hora de comer despejamos el área de trabajo, limpiamos las mesas y colocamos las sillas —explicó Patchuvi.

Dan y Gould asintieron y siguieron al profesor a través de una sala de almacenamiento y luego el baño con tres duchas, tres inodoros

químicos y tres lavabos. El baño estaba lleno de un penetrante y desagradable olor a disolvente. Dan no quería pensar en cómo olería cuando la expedición alcanzara su dotación completa de personal.

A continuación estaban las dos tiendas para dormir, con diez literas triples, la mayoría de las cuales aún estaban desocupadas. En la tienda del fondo había solo dos camas ocupadas, una por Patchuvi y otra por su asistente James, quien había abandonado el recorrido antes, para ocuparse de otras tareas.

—Dormiré en la tienda de campaña con los estudiantes —anunció Dan.

Patchuvi lo miró con incredulidad.

—¿Hablas en serio?

—Sí. No quiero que terminemos con dos clases de personas aquí, o que siempre me estén mirando como si pudiera simplemente señalar con el dedo y explicarles el universo. Eso terminará tan pronto como me escuchen roncar y se despierten en la misma habitación conmigo todas las mañanas. Siempre es así —explicó, y regresó a la otra tienda donde casi la mitad de las camas estaban ocupadas. Allí, tomó una litera inferior libre, arrojó su mochila debajo y se quitó los zapatos. Se metió debajo de la manta, con toda la ropa puesta, para calentarse.

Gould se quedó en la otra tienda con Patchuvi, lo que a Dan le pareció maravilloso. Aún estaba pensando si levantarse e ir al baño para mantener un mínimo de higiene cuando se quedó dormido.

FILIO AMOROSA, 2042

Alguien la despertó por la mañana sacudiendo suavemente su hombro.

—Oye, pequeña. Llegó la hora —dijo Alberto con su familiar acento español.

Filio asintió somnolienta y miró su reloj de buceo. 7:30. *Tres horas de sueño*, pensó, negando con la cabeza con exhausta incredulidad. Si seguía así, pronto ni siquiera sería capaz de recordar su propio nombre.

Con las extremidades rígidas, rodó para salir de la litera y se quitó los tapones para los oídos. A pesar del zumbido constante de los motores, con los tapones lograba al menos dormir un poco, es decir cuando lo lograba. Al pasar por el comedor de camino a la cubierta trasera, cogió un plátano y, sin detenerse, lo peló y se lo metió robóticamente en la boca.

La cubierta detrás de la voluminosa superestructura del Ocean's Bitch era un espacio largo y plano, completamente techado, con estantes en el medio para todos los tanques de oxígeno y el equipo de buceo.

Romain y Jane ya estaban allí, sacando sus chalecos BCD de sus ganchos, preparando sus máscaras y trajes de neopreno, y recogiendo sus herramientas en cajas.

Tal como habían acordado, Tomás se quedaría en el puente y se encargaría de la guardia. Alberto estaba de pie junto a los tanques de aire y saludó a Filio cuando entró.

—Bueno, parece que estás lista —dijo.

—Muchas gracias —dijo ella con desdén.

—En serio, pequeña, necesitas dormir más. Sé que te esfuerzas al máximo, todos lo sabemos y lo apreciamos. —Su tono era suplicante, y su rostro terso y bien afeitado parecía mostrar genuina preocupación —. Pero no tienes que probarnos nada, Filio. Todos sabemos que eres un miembro insustituible de nuestra pequeña familia de soñadores y excéntricos, y haríamos cualquier cosa por ti. Tal como lo harías por nosotros. Sabes que puedes saltarte esta inmersión. De verdad. No te perderás nada.

Pero sé que si me pierdo algo minúsculo, me lo habré perdido todo, pensó. Pero lo que dijo en voz alta fue:

—No hay problema, estaré bien.

—¡Atención, compañeros! —La voz de Tomás estalló

repentinamente desde el altavoz ubicado debajo de la cubierta—. Tenemos visita, aproximándose al norte por el noreste.

Alberto demudó su semblante y Filio también vio su cuerpo tensarse. Todos corrieron hacia el lado de estribor, donde Romain y Jane se inclinaron sobre la barandilla y miraron hacia adelante.

—Oh, *putain* —maldijo el capitán, y con furia, manoteó una cuerda que colgaba cerca.

—¿Quién es? —preguntó Filio, apoderándose de los binoculares del francés. Se inclinó sobre la barandilla, se los acercó a los ojos y escudriñó el horizonte.

No le tomó mucho tiempo descubrir la otra nave, dirigiéndose directamente a su posición.

—Es el Gloucester —gruñó, y le entregó los binoculares a Alberto.

—¡Mierda! Maldita sea, nos siguen a todos los lugares de inmersión a los que nos acercamos —se quejó Romain encolerizado, y su acento francés se hizo más marcado, como siempre cuando se enfadaba—. Y ni siquiera hemos encontrado nada aún. ¿Qué narices quieren?

—Deben habernos seguido desde Malé cuando repostamos —conjeturó Filio. No se enfadó, probablemente porque estaba demasiado cansada para hacerlo. Pero el Gloucester iba a ser un problema si encontraban algo aquí, porque entonces sería una carrera. La idea de que la tripulación del otro chatarrero pudiera venir y arrebatarles el premio de las manos, y lograrlo sin haber hecho nada más que perseguirlos, era bastante difícil de digerir.

—Y bien, ¿qué hacemos? —preguntó Alberto después de devolverle los binoculares a Romain—. ¿Bajar de todos modos?

—Por supuesto. Llegaremos allí lo más rápido que podamos, así que si hay algo, lo sacaremos antes que ellos —respondió Romain, apretando los puños.

—O, podríamos intentar un enfoque diferente —sugirió Filio, y todos los ojos se volvieron hacia ella—. Podemos alejarnos y volver aquí por la noche. Si el pronóstico del tiempo es correcto, estará nublado. Eso significa que no habrá luz. Si apagamos todo, nos perderán.

—Pero eso también significa bucear en la oscuridad, solo con nuestros reflectores de buceo, y aun así podrían encontrarnos por radar, o simplemente podrían mantener esta posición —advirtió Jane.

—Tenemos que salir de su alcance de radar al menos una vez. Podríamos fingir que volvemos a Malé a por combustible.

—Jane tiene razón. Si deciden quedarse y ver por qué queríamos bajar aquí, estamos jodidos. —Romain negó con la cabeza—. Vamos a bajar.

Filio quería responderle algo, pero pudo ver que el francés estaba

decidido. Cada vez que tenía esa mirada, no había forma de cambiar su opinión.

Romain presionó el botón al lado del altavoz y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tenemos?

La voz de Tomás sonaba metálica.

—Si mantienen su velocidad, su curso intersecará nuestra posición en unos 15 minutos.

—¡Intersecarse! —gritó Filio de repente, y una sensación de calor y escalofríos brotó de la coronilla y descendió hasta las plantas de sus pies—. ¡Esperad!

—¿Qué? —Romain, Jane y Alberto preguntaron, al mismo tiempo, mirándola como si fuera un fantasma.

—¡Tengo que ir a mis cálculos! —gritó, y corrió hacia las escaleras sin decir una palabra más.

—¡Oye! Tenemos que bajar —le gritó Romain, enfadado, pero ella no le prestó atención y desapareció dentro de la nave en un santiamén.

Jadeando, Filio llegó a su escritorio y comenzó a hurgar frenéticamente entre los cientos de hojas de papel llenas de ecuaciones, diagramas geométricos y notas. Dejó escapar un siseo de frustración cuando la mitad de ellas cayeron al suelo, pero rápidamente logró encontrar el fragmento que estaba buscando. La clave no había sido alguna pieza del rompecabezas que le faltaba, sino un error en el cálculo de dos intersecciones, un error tan claro para ella ahora que nada le hubiera gustado más que castigarse por ser tan tonta.

—¿Qué está sucediendo? —escuchó a Romain preguntar frenéticamente detrás de ella, su voz temblaba de rabia.

—Id sin mí, si no queréis esperar —respondió, agregando un suspiro—. Lo siento, estoy muy exhausta y estresada. ¡Y creo que acabo de precisar mi cálculo para la ubicación probable de la popa del *Mars One*! Solo tengo que agregar un último número.

—Pero, ¿y si te equivocas y perdemos esta recompensa? —respondió Romain, aún molesto y jadeando por haber corrido tras ella.

—Sé que estoy pidiendo mucho. Pero, por favor, confía en mí —le rogó, luego puso una mano en sus brazos que ahora estaban cruzados sobre su pecho. Sus ojos se encontraron por lo que pareció una eternidad, tiempo durante el cual ella pudo ver el profundo afecto que él tenía por ella, y que siempre provocaba sentimientos de culpa porque ella nunca podría corresponder.

—Está bien —suspiró, cediendo al fin—. Solo espero que tengas razón. En dos meses, el dinero para pagar a la tripulación se habrá acabado, y eso te incluye a ti. Eso me rompería el corazón.

—Bueno, no voy a permitir que eso suceda —le prometió, aunque

sabía que tal vez no podría cumplir esa promesa. Aunque sus cálculos fueran correctos, el área objetivo aún sería extensa. La búsqueda había pasado de encontrar un grano de arena en el universo a encontrar una aguja en un pajar, algo que al menos ofrecía una chispa de esperanza.

—Avisaré a los demás y cambiaré de rumbo —dijo Romain después de otra mirada prolongada.

—Sí. Aún tenemos que sacarnos de encima a esos tipos.

—Déjame eso a mí —le aseguró Romain con una sonrisa maliciosa —. *Les bastardes* no sabrán quien acabó con ellos.

—Asegúrate de que sepan quien lo hizo —dijo ella, riendo.

—Ves, ni siquiera entiendo bien tu idioma.

Dicho esto, dio media vuelta y se dirigió hacia el puente, ahuyentando a Oscar, que había aparecido en la puerta con una mirada de confusión.

Filio no perdió el tiempo y extendió sus notas en el suelo. Su sistema era completamente lógico en su cabeza, pero hubiera parecido un desorden incomprensible para cualquier otra persona. A veces se preguntaba si se había vuelto loca. Si hubiera estado observando a otra persona haciendo lo que ella estaba haciendo: obsesionada, sin dormir y garabateando notas en cientos de trozos de papel, habría llamado al psiquiátrico sin pensarlo dos veces.

Pero para ella no había vuelta atrás, solo adelante, como siempre que había algo que deseaba, y ¿qué podría ser una motivación más fuerte que saber por qué sus camaradas, sus amigos, su familia habían estado destinados a morir allí arriba, en la atmósfera superior de la Tierra, hace tantos años?

Se detuvo, exhaló profundamente y examinó los fragmentos. Como siempre, se acercaba infaliblemente al lugar que quería. Para su sorpresa, pasaron apenas cinco minutos antes de que el error fuera corregido y la clave estuviera en su mano.

No cabía en sí de emoción mientras corría hacia el puente, apretando una hoja de papel en la que había garabateado un montón de coordenadas. Romain estaba allí, al timón ahora; Tomás vigilaba al Gloucester mediante un par de binoculares. Filio sabía por el rugido de los motores diésel que ya estaban funcionando al máximo. El Ocean's Bitch se abría paso entre las suaves olas como un viejo tractor, y la espuma que levantaba barría la cubierta de proa y se estrellaba contra las ventanas del puente.

—¡Lo tengo! —gritó, agitando el papel en la cara de Romain.

Los ojos del capitán no se movieron, pero frunció el ceño y vociferó para hacerse escuchar debido al rugido de los motores.

—¿De qué carajo estás hablando?

—¡Sé dónde tenemos que buscar!

—¿Estás segura de que tienes razón? —preguntó con escepticismo.

Parecía nervioso. Algo en sus ojos parecía decirle, “más vale que la tengas”.

—Estoy absoluta y completamente, segura —respondió ella, con un entusiasmo apenas contenible.

Una sonrisa cautelosa aunque optimista se dibujó en el rostro de Romain, e hizo un gesto hacia la gran pantalla de control ligeramente inclinada en la estación del timonel.

—Pon las coordenadas ahí.

—Aún tenemos a los ingleses pisándonos los talones —gruñó Tomás, señalando la ventana a estribor.

—No por mucho tiempo —replicó Romain con una sonrisa malvada. Alcanzó el micrófono de la radio en el montaje que estaba sobre su cabeza y se lo acercó a la boca.

—Habla el capitán Romain Alhy del Ocean’s Bitch, llamando a la Guardia Costera.

Al principio, la única respuesta fue estática y ruido, pero después de unos segundos, una voz melodiosa dijo en inglés:

—Aquí Okamalé, te escucho.

Romain continuó:

—Okamalé, queremos denunciar un posible caso de tráfico de drogas y posibles actividades de contrabando.

Filio y Tomás lo miraron fijamente, boquiabiertos.

—Vimos al Gloucester, distintivo de llamada Uno-Dos-Dos-Efe-Diez, cargando paquetes blancos de una Zódiac. Puede que no sea nada, pero tal vez no queráis correr ningún riesgo. Solo queremos hacer nuestra parte. Apreciamos todo lo que hacéis, de verdad.

—Gracias por el aviso, Ocean’s Bitch, nos encargaremos. Si detecta que se están llevando a cabo otras actividades potencialmente ilegales, no dude en ponerse en contacto con nosotros de nuevo. Okamalé fuera.

Romain devolvió el micrófono al montaje, sonriendo.

Tomás estaba furibundo.

—¿Sabes... lo que has hecho? —balbuceó.

—Sí. Nos deshicimos de nuestra sombra.

—¡Nos has convertido en un objetivo para cada chatarrero en los siete mares! Cuando el Gloucester aclare todo con la Guardia Costera, se lo dirán a todo el maldito mundo. Estás rompiendo todos los códigos, y no hay ningún lugar donde puedas volver a repostar, los capitanes se encargarán de eso —advirtió Tomás. Su cara se estaba poniendo roja por la agitación—. Esto es... una catástrofe —fue lo único que se le ocurrió para concluir.

—No, *mon ami*, solo estoy jugando a la ruleta y poniendo todas las apuestas en un número.

—¿Qué número?

—¿Filio?

Filio cambiaba nerviosamente su peso de un pie al otro y trataba de parecer estoica.

—Pero, ¿y si está equivocada?

—No lo está.

—Pero, ¿por qué de repente estás tan seguro?

—¿Sabes por qué? ¡Porque tiene que tener razón! No es que tengamos muchas opciones. El dinero casi se ha agotado. Vale, no iba a decírtelo así, pero Montgomery decidió no continuar con la financiación. Eso significa que en dos meses estaremos varados. De hecho, si no encontramos nada ahora, en este viaje, no tenemos dinero ni para el gasóleo y se acabó. Así que estamos apostando todo a Filio, y si ella tiene razón y encontramos algo, no puedo permitir que nuestra sombra venga tras nosotros y nos lo quite.

Tomás abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo antes de decir algo. Filio pensó que lo hacía parecer un pez.

—De todos modos, hemos ganado tiempo. Los Estados musulmanes no pierden el tiempo cuando se trata de asuntos relacionados con las drogas. Será remolcado a puerto y revisado exhaustivamente, ¿y qué chatarrero no lleva porros a bordo en alguna parte? —explicó Romain.

Tomás emitió un gruñido final y se dirigió a la puerta.

—Iré a decírselo a los demás.

Cuando el alemán hubo desaparecido del puente, Romain miró a Filio y sonrió.

Filio levantó la barbilla y asintió.

—Gracias —fue lo único que dijo.

—Te lo has ganado, pequeña.

—¿Es necesario que sigáis llamándome así? —se quejó Filio, poniendo los ojos en blanco—. ¿Solo porque soy una enana?

—Sí.

Ambos se rieron incontrolablemente. Toda la presión que se había acumulado hasta este punto se desvaneció.

—Oye, no olvides que la NASA ahorra mucho dinero contigo —logró decir Romain, mientras controlaba la risa.

Hizo algunas correcciones al timón mientras Filio revisaba las coordenadas que había ingresado.

—La ESA —lo corrigió, enfocándose en sus coordenadas.

—Lo que sea. Ellos también. Trajes espaciales más pequeños, menor peso de despegue, diseños que ahorran espacio.

Ella resopló y se volvió para mirarlo.

—No me habían descrito con tanta dulzura desde mi álbum de poesía en tercer grado.

—¿Son estas las coordenadas? —preguntó Romain, cambiando de tema y enfocándose en la pantalla. En ella, un área de unas treinta

millas náuticas cuadradas al sur del último atolón de las Maldivas estaba sombreada en rojo.

—Sí, esas son las coordenadas —susurró Filio, mirando la imagen, hechizada.

Era un momento surrealista, ver su objetivo y sus deseos más profundos concentrados en este único lugar en un mapa. Todo podría haber sido tan simple, si lo hubiera visto antes. Dos años de arduo trabajo, incontables reveses y una persistente y siempre presente duda de sí misma, de repente se estaban desvaneciendo en estas treinta millas cuadradas de mar.

No puedo creerlo.

—Lo tendremos mapeado con el sonar en poco tiempo —dijo Romain triunfalmente, con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabes, hay algo liberador en quemar tus puentes. De aquí en adelante, solo hay un camino a seguir, y es hacia adelante. O atraviesas la pared o te estrellas. Es todo o nada. Pero qué más da para el Ocean's Bitch, ¿verdad?

—Bueno, así son las cosas ahora —murmuró Filio mientras calculaba rápidamente el tiempo que necesitarían para llegar al área sombreada en el mapa. Ocho horas. Ocho horas se interponían entre ella y la oportunidad de recuperar su antigua vida, o al menos encontrar algún sentido a su pasado y su futuro.

INTERLUDIO, 2042

El senador Bob Brown se sentó en el asiento trasero de un GMC E-Falcon y este lo condujo a través del ligero tráfico de media tarde en dirección al capitolio. Los SUV eléctricos en la flota de automóviles del Senado eran espaciosos, por lo que él y su esposa Bárbara tenían mucho espacio para repasar cómodamente las notas para sus próximos discursos.

En los treinta años que llevaba en el Congreso, nunca se había dado a la tarea de escribir sus discursos en una terminal de mano. Los escribía todos en papel. Naturalmente, por ese motivo mucha gente, en especial los demócratas, por supuesto, lo llamaron ludita, opuesto al progreso; pero esa no era la única razón.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Bárbara, levantando la vista de una de las hojas frente a ella.

—Estoy pensando en las consecuencias políticas que va a causar este discurso —admitió, recogiendo las páginas repartidas entre ellos y ordenándolas—. No me mires así, Barb.

Su esposa se había bajado las anticuadas gafas de lectura hasta la punta de la nariz para mirarlo por encima de la montura. Esta era la mirada que siempre ponía cuando quería indicarle que tenía algo que decir.

—¿Por qué no? ¿Porque sabes que tengo razón? Entonces supongo que no necesitamos hablar de eso.

—No es tan simple. Aún en mi propio partido, solo un puñado de senadores y congresistas están dispuestos a hablar en contra de la Fundación Humana. Y solo unos pocos de ellos apoyarían un proyecto de ley para despojarla de su condición de organización sin ánimo de lucro —explicó. Al mirar hacia adelante entre su conductor y su guardaespaldas, pudo ver que el edificio del Capitolio se agrandaba gradualmente.

—Pero tu argumento es tan sólido que nadie podría rechazarlo, o casi nadie —le aseguró ella, inclinándose hacia adelante para colocar su pequeña mano en su antebrazo—. Y además, eres el mejor orador que conozco.

—Gracias, Barb.

—Para eso estoy aquí, cariño. Ahora, repasemos la parte del medio otra vez, ¿de acuerdo? Y esta vez, haz tu voz un poco más profunda cuando llegues a la parte de penetración de mercado, para enfatizar

ese punto.

—Sí, sí, eso está bien.

El senador Brown se aclaró la garganta, cogió la tercera página de la pila de papel apenas organizada y comenzó a leer.

—Cada uno de ustedes se beneficia de alguna manera de la Fundación Humana. ¿Recuerdan el Proyecto Océano Limpio? Ha estado activo durante veinte años, absorbiendo y desechando silenciosamente el plástico de nuestros océanos. ¡Y ha tenido tanto éxito con el 90% de los desechos plásticos, que sería fácil olvidarse del problema! Bueno, ese fue un proyecto de la Fundación Humana. Luego están los increíbles avances en el tratamiento del cáncer y las enfermedades autoinmunes, que también son un logro de la Fundación.

»Pero hay más, mucho más. Reducción de los niveles de CO_2 en la atmósfera con Aliento Terrestre Uno, la alfombra de algas para filtrar CO_2 en el Pacífico, y la instalación complementaria Aliento Terrestre Dos en el Atlántico, nuevamente, un proyecto de la Fundación Humana. Por supuesto, podría continuar con la lista interminable de tecnologías revolucionarias que le debemos a la Fundación: Hipertrack, el renacimiento de los viajes en aeronaves que sacaron tantos vehículos de nuestras carreteras, los continuos avances en electromovilidad. Y seré el primero en reconocer que, sin la Fundación Humana, nunca hubiéramos aterrizado en Marte hace tres años.

»Pero, mis estimados colegas del Senado, hay un pero. Dado que la mayoría, si no todos, de nuestros avances de las últimas décadas provienen de la Fundación, debemos recordar que, en última instancia, la Fundación Humana es una sola persona: Luther Karlhammer. Y yo les pregunto, queridos colegas senadores, ¿cuándo, en la historia de este gran país, hemos permitido alguna vez que una sola empresa se apodere de la mitad de todos los mercados que mueven nuestra economía? La respuesta, apreciados colegas, es ¡nunca! Y sorprendentemente, la Fundación Humana ni siquiera es una empresa, sino una organización sin ánimo de lucro. Luther Karlhammer vive en su palacio de Ciudad del Cabo, y más que un altruista parece un emperador. Las instalaciones de su fundación están protegidas por los ejércitos privados más peligrosos que el dinero puede comprar, algo que la fundación puede permitirse fácilmente. Por ello les pregunto, senadores, ¿eso les suena a fundación benéfica?

—Bien, y ahí mismo haces una breve pausa —lo interrumpió Bárbara gentilmente y sonrió cuando él asintió.

—Obviamente no. Durante mis más de treinta años en esta cámara, me he labrado la reputación de ser un conservador, sobre todo en el sentido de conservación de los valores, pero también soy pragmático y estoy orgulloso de ello. Soy muy consciente de que más de la mitad de

la población mundial participa en el sistema de lotería de la Fundación Humana. Soy consciente de que no podemos suprimirla, ni deseo hacer tal cosa. Pero lo que pido hoy, con toda la urgencia posible, es que nosotros en los Estados Unidos reclasifiquemos la Fundación Humana como una empresa con ánimo de lucro. Debemos reunir toda la fuerza del Servicio de Impuestos Internos para que nos respalde y otorgar a la Fundación Humana todos los derechos y obligaciones de una estructura corporativa en la que todos los estadounidenses tienen derecho a participar... Nosotros... eh... —se detuvo, mirando primero a Bárbara y luego por encima del hombro a la ventana.

—¿Qué?

—¿Adónde se fueron todos los coches?

Aún se preguntaba por qué todo el tráfico a su alrededor había desaparecido por completo cuando los dos kilogramos de explosivo plástico que estaban envueltos alrededor de la placa de titanio que protegía la batería del GMC E-Falcon explotaron.

El vehículo y todos sus ocupantes se elevaron en una gigantesca bola de fuego a apenas ochocientos metros del Capitolio.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

El director Miller había asignado a Ágata y Pano una oficina que podían despejar y usar. Ahora estaban sentados en ella, mirando la televisión, estupefactos. Las imágenes del asesinato del muy popular senador Bob Brown y su esposa Bárbara estaban en bucle permanente en todos los canales. Había imágenes que mostraban la explosión desde diferentes ángulos, luego los transeúntes que gritaban huyendo presas del pánico y los primeros agentes de seguridad pública y bomberos que llegaban al lugar e intentaban extinguir las llamas del cacharro.

La presentadora de noticias, una rubia con maquillaje meticulosamente aplicado para que se pareciera a cualquier otra presentadora de noticias femenina, estaba superpuesta en la pantalla y, junto a ella, mostraba el videoclip de un hombre hablando directamente a la cámara. Detrás de él, la bandera de los Hijos de Terra colgaba de una pared: el rostro alienígena estilizado, un ojo negro y el otro identificable como la Tierra.

—¿Por qué aparecen para asumir la responsabilidad? —preguntó Pano, negando con la cabeza—. Todo el mundo sabe que fueron ellos.

—Viven para estos videos.

—Pero ¿por qué? "Oye, ¿escuchaste que Luther Karlhammer y el crítico más influyente de la Fundación Humana fueron atacados hoy? Sí, fuimos nosotros". Es como poner un letrero que diga que el océano es azul y el sol amarillo.

—Quieren atención y la obtienen. Cada vez que aparece esa bandera en las noticias, más gente los conoce.

—Maravilloso. Obviamente, están tan empeñados en atacar a la Fundación Humana tan fuerte como puedan que ni siquiera el Senador Brown resultó un objetivo demasiado sensible para ellos.

Pano apagó la pantalla de vídeo y giró su silla para mirar a Ágata. Ella se volvió lentamente para mirarlo, como si aún estuviera viendo imágenes en la pantalla negra.

—Entonces, ¿qué piensas?

—Creo que tienes razón —concedió Ágata—. Está claro que los Hijos de Terra quieren destruir a la Fundación Humana en los Estados Unidos haciendo que parezca que le están haciendo un favor. Seguro que te das cuenta de que el asesinato del antagonista más famoso de la Fundación Humana va a desencadenar una de las mayores

investigaciones de las últimas décadas. Y va a ser muy politizada; si no produce los resultados correctos o si se cometen errores, van a rodar cabezas…

—… y eso significa que lo primero que debe hacerse es empantanarse y envolverse en las conexiones más dementes y descabelladas con cualquier cosa, como sucedió en el pasado con Unabomber. —Pano concluyó su argumento con un resoplido despectivo—. La posibilidad de que lo entendieran al revés, y de que los Hijos de Terra en realidad se la tienen jurada a la Fundación Humana, será lo último que considerarán, porque nadie se va a jugar el cuello cuando el Secretario y el Presidente estén encima de ellos.

—Siempre es así —dijo Ágata con apatía, encogiéndose de hombros—. Necesitan al malo, y si no lo atrapan rápido, cogerán a cualquier chivo expiatorio para salvar su propio pellejo político.

—Y ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Nada —respondió ella con resolución—. Nuestro trabajo es descubrir cuál fue la conexión de Dan Jackson con los Hijos de Terra.

—¡Pero todo está conectado! —protestó, mirándola como si acabara de empezar a hablar en chino—. Puedes verlo, ¿no?

—Tal vez sea así. Parece bastante probable que alguien plantó este documento en su casa para corroborar un vínculo entre Jackson y la Fundación Humana, y de allí a los Hijos de Terra. No creo en las coincidencias, y dado que lo de la bomba ocurrió solo medio día después, voy a suponer que alguien quiere aumentar las apuestas en este caso hasta que no tengamos más remedio que llegar a esa conclusión. Pero eso no significa que, si comenzamos a pensar en una imagen más grande que la que el director Miller estaba buscando, nos vaya a soltar.

Pano la miró por un momento y luego sonrió.

—Y una vez que huelas el humo, no dejarás que eso te detenga, ¿verdad?

—Así es —admitió Ágata, y cogió su terminal de la mesa llena de archivos detrás de ella—. Llama al agente Mitchell Fanning, nivel tres.

Esperó un segundo y luego se acercó el terminal a la oreja.

—Hola, Fanning. Necesito que envíes a mi terminal las imágenes de todas las cámaras de tráfico y vigilancia en un radio de cien metros del lugar del ataque. Sí, todo lo que tengas. Por supuesto. Sí. El código de autorización es cuatro, tres, dos, dos, dos, uno, siete. Bien. Gracias.

Ágata volvió a dejar el terminal, aparentemente satisfecha.

—Miller lamentará haber dicho que podíamos usar todos los recursos del departamento.

Pano sonrió.

—Probablemente solo lo dijo porque sabía que no los necesitaríamos.

—Sí. Hasta que lleguen esos archivos, deberíamos repasar nuestros resultados una vez más —sugirió, y volvió a coger su terminal—. Bien, entonces el examen y el informe de la autopsia ahora están completos, y dan como causa de muerte una insuficiencia cardíaca aguda como resultado de la cicatrización del tejido de la válvula cardíaca. Parece que Rachel Jackson estaba al tanto de esto, pero se negó a operarse por ello. Sin signos de traumatismo externo. Los resultados de los análisis de sangre son normales, excepto por la bilirrubina ligeramente elevada, lo que sería compatible con una infección viral o bacteriana leve. No hay residuos de toxinas u otras sustancias extrañas. Claramente, quien haya dejado las extrañas huellas dactilares no la mató.

—También tenemos los informes del interrogatorio de los vecinos. —Pano señaló su propia terminal. La suya se veía diferente a la de Ágata, más como un fragmento de vidrio flexible y rectangular—. Todos dijeron que no vieron ni escucharon a nadie, y el polígrafo revela que no estaban mintiendo. Tres de ellos estaban afuera, en sus propios jardines en el momento en que murió el perro y no notaron nada. Pero los detectores de mentiras no mienten, así que los dejamos ir.

Ágata reflexionó.

—Hmm... lo único que conecta todo este caso son los Hijos de Terra. Por el momento olvida si están trabajando a favor o en contra de la Fundación Humana. Tanto el manuscrito de Jackson como el asesinato de Brown tienen alguna conexión con ellos, así que empecemos por ahí.

—Tiene sentido. ¿Por dónde empezamos?

—Con las imágenes.

Pano parecía confundido.

—¿Qué imágenes?

—Del asesinato. Lo primero en lo que se van a enfocar es en el explosivo y el dispositivo: ¿Qué mezcla? ¿Qué detonador? ¿La complejidad? Luego van a estrechar el círculo de posibles sospechosos a las personas que podrían haberlo hecho. Después, van a identificar e interrogar a todos los testigos oculares —explicó Ágata, mirando su terminal cuando dio un pitido.

Hizo el gesto de deslizar el dedo por la pantalla hacia la televisión. Esta parpadeó, mostrando un SUV GMC E-Falcon negro desde un ángulo ligeramente elevado. Después de unos segundos, explotó y el video se detuvo.

—Las imágenes de las cámaras están aquí. Había ocho cámaras en total que captaron el ataque y el área a la vista. Las revisaremos de inmediato —dijo. Cuando Pano levantó un dedo, ella lo miró con una ceja levantada.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó, y señaló la imagen congelada en el televisor.

—Un observador.

—¿Un observador? ¿No es eso lo que solían usar los islamistas hace unos cincuenta años? No creo que...

—¿Por qué no? —lo interrumpió Ágata, más curiosa que furiosa.

—Porque cualquier organización terrorista que se precie tiene aplicaciones de software que pueden indicar si una grabación de televisión es real. El mismo software que utilizan las emisoras multimedia. El trabajo tiene éxito cuando las imágenes aparecen en los noticieros de televisión.

—Estás pensando como una persona normal —dijo Ágata, y continuó cuando vio la mirada atónita de Pano—. Pero los Hijos de Terra no son personas normales. Son fanáticos y locos convencidos de que un extraterrestre todopoderoso se ha apoderado de nuestro mundo y está controlando su destino. Y no creen nada a menos que uno de sus fanáticos lo haya visto con sus propios ojos y lo confirme. Su filosofía es que todos los medios, todos, han sido infiltrados por El Enemigo, como llaman al alienígena, al igual que la mayoría de los gobiernos. Aún no han dicho mucho sobre la Fundación Humana, pero hasta un loco puede ver que, en este punto, Karlhammer tiene una influencia decisiva en el destino de nuestra especie, tal vez incluso la controle por completo. Por lo tanto, es lógico que la Fundación también sea un objetivo. Te garantizo que había un observador en la escena de este ataque, a la antigua. Y no se habrían preocupado demasiado por eso, porque saben que en estos días todas las agencias soportan sus acusaciones mediante algoritmos. Los perfiladores están extintos y los pensadores laterales son indeseables.

—Sí, supongo que ambos lo sabemos de primera mano —reconoció Pano y asintió—. De acuerdo, entonces. ¿Qué estamos buscando exactamente?

—Una persona que no se vuelve cuando sucede, alguien que no reacciona con sorpresa, miedo o pánico como todos los demás, o que finge reaccionar como todos los demás —explicó Ágata, deslizando los archivos hacia su terminal. El familiar tono de la tríada confirmó que habían sido recibidos.

—Así que ponte las gafas de datos y comienza.

—Me encanta cuando imitas al jefe —comentó Pano con una sonrisa y un guiño.

Ágata puso los ojos en blanco y se acomodó las gafas. Después de que el dispositivo se enlazara con su terminal, aparecieron múltiples videos ante sus ojos, todos ellos ejecutándose simultáneamente y superpuestos en una sola vista de realidad virtual. De vez en cuando, Ágata gesticulaba para detener una, acercar o alejar otra, agrandar

una sección o mover una vista de cámara al lado de otra para compararlas. Se concentró en grupos de transeúntes, pasando por una cara tras otra, prestando atención a las expresiones de los ojos, la boca y la coloración facial. Era un trabajo complejo y tedioso, y requería que mirara cada video innumerables veces en busca de cualquier patrón irregular de comportamiento en cualquiera de los espectadores en su vista virtual.

Después de un rato, un objeto que no pertenecía al entorno virtual flotó frente a sus ojos. Era una taza y olía a café. Desactivó las gafas y aceptó la taza humeante de la mano de Pano con un asentimiento de agradecimiento.

—¿Ya tienes algo? —preguntó Pano, y ella negó con la cabeza.

—Yo tampoco —admitió, y quitó un grueso archivo de la silla de su escritorio—. Así que leí el archivo de Dan Jackson unos momentos.

Ágata reprimió el impulso de reprenderlo por no hacer lo que le decían y decidió escucharlo.

—Jackson conocía a Karlhammer. Lo conoció por primera vez en 2010 e incluso era presidente de la Fundación Humana cuando desapareció en 2018. ¿Lo sabías?

—Sí. Revisé el archivo de camino a su casa. "Presidente" sin autoridad operativa, probablemente solo un gesto de buena voluntad de Karlhammer, quien, en ese momento, había tomado las riendas hacía mucho tiempo. Casi nadie recuerda hoy que ellos dos establecieron la fundación.

—Eso parece. ¿Sabes dónde desapareció Jackson?

—En Ciudad del Cabo.

—Así es. En el puerto, para ser precisos. Ahora, ¿por qué desaparece la gente?

—Estadísticamente, el ochenta por ciento porque quieren desaparecer —dijo Ágata, y entrecerró los ojos para mostrarle que no estaba de humor para un juego de veinte preguntas.

—Exacto. Entonces, la última vez que se vio a Jackson fue en el puerto de la ciudad que alberga la sede de la organización más poderosa del mundo —continuó Pano, agitando una hoja de papel del archivo.

—Pero en ese momento aún es solo una fundación anodina encabezada por dos tipos a quienes todos tratan de locos y utópicos. En aquellos días, el único lugar donde aparecían sus nombres era en los artículos pseudocientíficos —respondió Ágata, y le hizo un gesto con la mano cuando Pano intentó pasarle el papel.

—Por supuesto. Pero según el expediente, en ese momento ya tenían donantes anónimos. Y exactamente un año después de la desaparición de Jackson, Karlhammer puso en marcha tres importantes innovaciones medioambientales al mismo tiempo: las

algas, los colectores de plástico y los rotores Flettner —explicó categóricamente, y pasó la página.

—Los rotores Flettner son una vieja teoría —objetó ella.

—Puede ser, pero los hizo tan eficientes tanto financieramente como en términos de rendimiento que se volvieron viables, y las compañías navieras se alinearon para comprárselos. Fue entonces cuando comenzaron a dar la espalda al gasóleo, en masa.

—¿A qué quieres llegar?

—Jackson desaparece y, de repente, la Fundación Humana salta a la fama. Tiene que haber una conexión.

—Jackson conocía a muchas personas que pensaban que era un loco —argumentó Ágata—. Su desaparición podría haber aumentado la credibilidad de la Fundación.

—Tal vez. Pero él era solo un pez pequeño, una figura marginal como Von Däniken, básicamente olvidado hoy.

—Tal vez todo el ridículo de la comunidad científica al fin caló en él, y desapareció cuando se dio cuenta de que nunca podría probar sus disparatadas teorías.

—No lo creo. No, creo que estaba convencido de su trabajo. Solo escucha cualquier grabación de cualquier conferencia que haya dado.

Ella se reclinó con su taza de café.

—Lo que no encaja —reconoció Ágata—, es el hecho de que abandonó a una esposa. ¿Quién haría eso? Se conocían desde el instituto.

—Ella accedió a cancelar su búsqueda después de solo seis meses. Nunca reabrió el caso y nunca contrató a un investigador privado. En mi experiencia, eso es bastante atípico. Si el amor de tu vida desaparece de la faz de la tierra, te llevará mucho más de seis meses aceptarlo. —Pano negó con la cabeza con firmeza, en desacuerdo.

—Muy bien, entonces, ¿cuál es tu conclusión? —preguntó Ágata.

—¿Que ella lo sabía? ¿O por qué lo habría aceptado? Es mucho más probable que él hubiera aparecido de nuevo en algún momento, y ciertamente cuando eso no sucedió, ella habría continuado con su investigación, pero no lo hizo.

Ágata le arrebató el archivo de la mano y lo cerró.

—Este caso ya era algo marginal en ese momento y se hizo muy poco al respecto. Pero ahora, la única testigo posible, Rachel Jackson, está muerta. ¿Qué te indica todo eso?

—Creo que Karlhammer está involucrado de alguna manera. Él es lo que conecta todo. Conocía a Rachel y a Dan, estaba cerca de él sin importar cuán difícil fuera la relación entre los dos, y Jackson desapareció justo frente a las narices de Karlhammer, en la ciudad natal de Karlhammer, a plena luz del día. Repito, él es la conexión. —Pano parecía seguro, y le arrebató el archivo como un niño que

reclama desafiante un juguete que le han quitado.

—Bueno, ¿qué sugieres? ¿Quieres que interroguemos a Karlhammer? Va a ser difícil. Está fuera de nuestra jurisdicción.

Una sonrisa misteriosa se le dibujó a Pano.

—Supongamos que volamos a Sudáfrica y comenzamos a hurgar en el puerto de Ciudad del Cabo. ¿Crees que eso podría suscitar algo? —preguntó.

—Suponiendo que Karlhammer tuviera algo que ver con eso —especuló ella.

Su nuevo compañero se encogió de hombros.

—Por supuesto, si tuviéramos todas las respuestas desde el principio, no habría nada que investigar.

Ágata estaba a punto de decir algo, pero la interrumpió un pitido procedente de su terminal. Era un mensaje del director Miller.

—Hmm —murmuró mientras lo leía.

—¿Qué pasa?

—Estamos cordialmente invitados a mantener nuestras sucias manitas fuera de este caso —le informó Ágata, traduciendo el mensaje de Miller con cierta libertad sobre la marcha—. Parece que él mismo se encargará de la investigación del ataque a Brown.

—¿Oh? ¿Qué significa eso?

—Significa que nos vamos a Sudáfrica, porque él estará feliz de deshacerse de nosotros. Soy la última persona a la que quiere ver involucrada con sus agentes en un caso con tintes políticos —declaró. Recordó que Miller le ofreció el puesto de subdirectora en CTD no hace mucho tiempo. *Esto ciertamente le da un giro diferente*, pensó, ladeando la cabeza.

Pero Pano era todo sonrisas.

—¡Excelente! —dijo—. Me encanta viajar.

Ágata le lanzó una mirada penetrante.

—Bueno, nunca has viajado conmigo.

Pano dejó de sonreír, y la mirada que le dio fue de genuina antipatía.

—Es broma —dijo ella mientras recogía su chaqueta del respaldo de su silla.

DAN JACKSON, 2018

—¡Doctor Jackson! ¡Doctor Jackson!

Alguien le estaba sacudiendo el hombro y, cuando despertó, se desvanecieron los recuerdos residuales de su sueño de estar atrapado, desnudo e indefenso en una capa interminable de hielo eterno.

Aun así, le tomó un poco de esfuerzo abrir los ojos. Cuando lo hizo, estaba mirando el rostro de una estudiante demasiado emocionada, una chica de cabello rubio y mejillas sonrosadas. Sus ojos estaban frenéticos y su mirada iba a todas partes.

—¿Qué... qué pasa? —logró preguntar a través de un bostezo tan grande que hizo que su mandíbula emitiera un chasquido.

—¡Señor, tiene que levantarse! —suplicó la joven, saltando.

—Creí que les había dicho a todos que me llamaran Dan —dijo aturdido, negando con la cabeza—. ¿Qué hora es?

—¿Hora?

Por un momento, ella pareció no entender la pregunta. A tal profundidad bajo tierra, no había nada de luz natural, y la artificial era tenue en los dormitorios. De todos modos, en la superficie solo había unas pocas horas de luz diurna, aparte de la cuestión de si las zonas horarias tenían algún significado en la Antártida.

Al fin miró su reloj y le dijo:

—Son las 9:30.

Dan trató de calcular cuánto tiempo había dormido, pero lo único que sabía era que había llegado en helicóptero al mediodía del día anterior. No había consultado un reloj desde entonces.

De mala gana, sacó las piernas de debajo de la manta; temblaba antes de alcanzar sus zapatos.

—Bien, bien. ¿Qué pasa?

—Recibimos un correo de Viena. ¡Han enviado los resultados de las pruebas en las muestras que les enviamos! —chilló la estudiante. En este punto, parecía que tenía verdaderas dificultades para permanecer en el suelo.

—Oh —dijo, y se levantó tan rápido que se golpeó la cabeza con el borde inferior de la litera de arriba—. ¡Ay!

—¡Cuidado, Doctor!

—No importa —dijo, mientras se frotaba el punto dolorido en la parte posterior de la cabeza—. Solo llévame a donde sea que se lean los correos. ¡Cielos!, qué frío hace.

—Anoche, el generador se apagó durante una hora, porque el indicador del nivel de combustible no funcionaba bien y nadie lo sabía —explicó mientras pasaban apresuradamente por las literas vacías hacia el túnel y luego giraban a la derecha hacia el área de trabajo. James Ross y Mitra Patchuvi ya estaban allí, junto con dos estudiantes cuyas barbas eran tan pobladas y salvajes que nadie más que la Fundación Humana los habría contratado. Estaban apiñados alrededor de dos portátiles abiertos y parecían estar enfrascados en una animada discusión.

—Bueno, ¿qué tenemos? —preguntó Dan, tratando de no acercarse demasiado, porque aún no se había cepillado los dientes y estaba bastante seguro de que su aliento olía peor que el de un buey.

—Los resultados están aquí —dijo Patchuvi.

Miró a Dan brevemente, y la visión del agotamiento en su rostro no presagiaba nada bueno. Las comisuras de su boca mostraban decepción.

—¿Y?

La entusiasta expectativa de Dan se convirtió en gran impaciencia.

—Los resultados plantean nuevas preguntas. Las rocas de las muestras resultan no ser rocas en absoluto, sino un material compuesto impregnado de roca. El análisis de algunos de los fragmentos identificó talco, mica, grafito e hidróxido de aluminio, entre otros componentes.

—Todos esos son aditivos de refuerzo para materiales compuestos —observó Dan con cierta irritación.

—Correcto. Algunos de los fragmentos parecen estar hechos de una estructura básica de carbono y aramida, otros parecen estar hechos de algo parecido a los nanotubos de carbono. El resto es roca normal, nada digno de mención. —Patchuvi agitó una mano con desdén y suspiró.

—El problema son las fechas —intervino James.

Su acento británico sonaba nasal, como si estuviera resfriado, y sus ojos rojos y llorosos corroboraban esa teoría.

—¿Cuál fue el resultado? —preguntó Dan, tratando de mantenerse lo más calmado posible, porque todos parecían nerviosos.

—La mayoría de las muestras tienen alrededor de dos millones de años.

—¿Dos millones?

Aturdido, Dan se abrió paso entre los demás para mirar los ordenadores. Repasó rápidamente el informe de espectrometría de masas del acelerador de Viena. Cuando llegó al final, quedó decepcionado.

Partes de la estructura piramidal de la montaña databan del Paleozoico, hace más de sesenta millones de años, pero las paredes

tenían apenas dos millones de años. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podría una construcción en un estrato más profundo ser mucho más reciente?

Retrocedió un paso y se quedó quieto por un momento. Entonces recordó que tenía que conservar el preciado calor corporal y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hace dos millones de años, este continente ya estaba glaciado. Todo por aquí quedó enterrado bajo una capa de hielo.

—Correcto —respondió Patchuvi.

—Entonces, ¿quién podría haber venido aquí en ese momento y construido paredes hechas de material compuesto de las que aún podemos encontrar rastros hoy? ¿Y cómo puede toda la estructura ser tan lisa a pesar de que gran parte está fosilizada?

—Bueno, una cosa que sí sabemos es que estos muros no se construyeron en el Paleozoico —dijo Ross.

Lo que, traducido a grandes rasgos significa: "Tu teoría sobre los Constructores es incorrecta" pensó Dan.

—Esta expedición aún no ha terminado —respondió con firmeza.

Todos los ojos estaban puestos en él ahora y vio la confusión en sus ojos, así como el agotamiento y la decepción. No le creían. Esto era nada menos que un desastre, pero Dan se negaba a aceptarlo. Habían apostado todo a la siguiente carta. Se suponía que era un as, pero apareció como un comodín en un juego que no tenía comodines.

—Bien, escuchad —dijo, volviéndose hacia sus dos colegas y los estudiantes—. El próximo helicóptero de suministro llegará dentro de una semana. Solo vamos a necesitar, ¿qué? ¿un día entero para empacar todo esto? Quiero usar cada uno de los otros días, son seis, para averiguar más. Tenemos algunas muestras de, ¿qué... las paredes?

—Paredes y techos —dijo uno de los estudiantes, el que se había estado rascando la barba hirsuta sin cesar.

—De acuerdo. Seguimos con los pisos, y examinamos las paredes buscando cavidades. Ya he estado haciendo esto yo mismo y encontré algunas —dijo Dan en un esfuerzo por sonar confiado, no por los demás sino por sí mismo.

—Pero Doctor —dijo una voz detrás de él. Era la estudiante que lo había sacado de la cama, mirándolo con una expresión tan agotada como impotente—. No hay forma de enviar nuevas muestras a Viena y obtener los resultados en menos de una semana.

—¿Tenemos una máquina de fluorescencia de rayos X aquí?

—Claro que sí —contestó.

—Entonces podemos hacer análisis de fluorescencia de rayos X para buscar otras concentraciones altas de iridio. Eso debería servir para empezar. Lo único que tenemos que hacer es encontrar una habitación, una pared, una pieza de piso, cualquier cosa que no sea de

origen natural, y sin ninguna duda, habrá más dinero para mantener esta expedición en marcha. —Dan aplaudió y continuó—: Mitra, consígueme una lista de todos los miembros del equipo y dónde están asignados en este momento. James, necesito conocer todas las herramientas y equipos analíticos que tenemos disponibles. Tú —dijo, volviéndose hacia la rubia estudiante de cabellera revuelta y rostro amistoso—, ¿podrías ir a buscarme mi tableta con el mapa del complejo excavado hasta ahora? Necesito que encuentres una manera de proyectarlo en esa pantalla de allí. —Señaló el único televisor, una gran pantalla plana montada sobre un soporte rodante.

Los tres asintieron y se escabulleron diligentemente, ya sea contagiados por su entusiasmo o porque la alternativa era demasiado dolorosa para contemplarla. Miró a los otros dos estudiantes brevemente, antes de preguntarles con un poco de temor:

—¿Tenemos un detector de muones?

—Sí, Doctor —respondió uno de ellos, asintiendo como si estuviera claramente complacido consigo mismo.

Dan dio un suspiro prolongado.

—Bien. Eso es muy bueno. ¿Podrías ir a buscarlo, por favor?

—Sí, señor.

Evidentemente, ninguno de los dos sabía con cuál de ellos había hablado, porque ambos se dirigieron hacia el vestuario y la salida.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz, y Dan se sobresaltó. Ni siquiera se había dado cuenta de que había estado mirando al ordenador portátil a la derecha durante algún tiempo. Era Gould. Entró arrastrando los pies en el área de trabajo con una taza de café en la mano y una gruesa bufanda alrededor del cuello, tratando de sofocar un bostezo.

—Tenemos los resultados —dijo Dan sin rodeos.

Habría preferido mentir, porque le preocupaba que Gould pudiera cancelar todo en ese mismo momento. Una llamada por teléfono satelital a Luther sería suficiente. Pero Dan no era de los que hacían eso, y nunca quiso serlo.

—¿Y?

—Algunas muestras de las paredes y los techos contienen rastros de materiales compuestos que se remontan al Pleistoceno temprano.

—Espera, eso fue justo antes de nuestra era actual, ¿verdad? ¿Aquel en el que apareció el hombre por primera vez?

—Correcto.

Gould asintió con una sonrisa y levantó su humeante taza de café en una especie de brindis, como si acabaran de compartir algún momento. Claramente, no entendía el significado de los datos.

—Eso significa que lo más probable es que se haya demostrado que mi teoría es incorrecta —aclaró Dan.

Gould permaneció imperturbable.

—Pero tú mismo no lo crees.

—¿Qué?

—Que tu teoría es incorrecta.

—No, no lo creo —admitió Dan—. Pero según los datos disponibles para este lugar, parece que aún no he encontrado la evidencia.

—No estás viendo el elefante en la habitación, ¿verdad? —preguntó Gould.

—¿Qué elefante?

—Bueno, lo que sea que acabamos de descubrir, ¡es una locura! ¡Hace dos millones de años, había personas, o alguien aquí, y construyeron esto!

Gould agitó su taza de café en pequeños círculos en su mano mientras lo decía, como para hacerlo más significativo, y su corto cabello negro había sido finamente peinado, luciendo como si ya hubiera pasado una hora en el baño esta mañana.

—Ya sabes, no estamos hablando de un par de bloques de piedra. Estos son compuestos de construcción modernos. ¿No es lo suficientemente grande para ti?

—Sí, no, pero...

—No, no lo es, ¿verdad? Debido a que estás tan concentrado en tu teoría de la Primera Humanidad, los Constructores, los Señores de la Tierra, aquellos de los que debemos ser los herederos, que esto aún podría ser nuestra salvación. ¡Pero esto, es nada menos que explosivo! Estás viendo la prueba de que hay rastros de tecnología mucho antes de que nuestros ancestros más lejanos descubrieran el fuego o la rueda. Deberías estar increíblemente agradecido por lo que se está descubriendo aquí.

—Sí, bueno, lo estoy —dijo Dan, mientras asimilaba todo esto en su cabeza. Sus pensamientos viajaban tan rápido que apenas podía seguirlos—. Pero no fueron ellos.

—¿Quiénes? ¿Los Constructores? —preguntó Gould, frunciendo el ceño—. Mira, quienquiera que haya sido ha estado completa y totalmente fuera del radar científico. Hasta hoy. Claro, Von Däniken planteó la hipótesis de todo tipo de extraterrestres que construyeron las pirámides o lo que sea, y nadie lo tomó en serio. ¡Pero nosotros tenemos pruebas sólidas de algo que no puede existir!

—Si los datos resultan ser correctos una vez que se verifiquen —advirtió Dan.

—Sí. Así es como funciona. —Gould se encogió de hombros y tomó un sorbo de café.

—Aún tenemos una semana antes de que llegue el helicóptero de suministro. Hasta entonces, seguiremos buscando cualquier cosa que podamos encontrar —sugirió Dan.

—De acuerdo —dijo el contador, para sorpresa de Dan—. Entonces, ¿Cómo se podría aprovechar este tiempo al máximo? Parece que tienes un plan o que estás entrando en una fase maníaca. Espero que sea lo primero.

—De acuerdo. Estoy, eh... ah, ¡ahí está! —Dan señaló a la estudiante rubia que acababa de regresar, con su tableta negra en una mano y un cable enrollado en la otra.

—¿Y bien? —preguntó Gould.

—Espera un minuto.

La estudiante conectó un extremo del cable a la tableta y luego se dirigió hacia el monitor de pantalla grande, la parte superior de su cuerpo desapareció detrás de él. Reapareció rápidamente e hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Dan.

—Dana —respondió ella, y esbozó una rápida, casi tímida sonrisa cuando sus ojos se encontraron.

—Gracias, Dana —dijo Dan, devolviéndole una mirada amistosa. Cogió un mando a distancia de delante de los portátiles y encendió el monitor. De repente, la pantalla mostró un mapa bidimensional de la cámara y todo el complejo tal como lo habían trazado hasta el momento. Parecía un plano extremadamente complicado.

Dio la vuelta a la mesa y se paró junto a él, haciendo un gesto a Dana y Gould.

—Entonces, estamos aquí, si no me equivoco.

Señaló una de las dos grandes cavernas, que parecían huevos de gran tamaño en el mapa. Miró a Dana en busca de confirmación y ella asintió.

—Bien, así que aquí estamos.

Siguió señalando diferentes habitaciones, dejando pequeñas manchas de grasa donde su dedo tocaba la pantalla.

—Ahora, hemos tomado muestras de roca de todas estas. Y si hemos encontrado rocas con concentraciones elevadas de iridio por encima de nosotros, ese también puede ser el caso debajo de nosotros. Eso indicaría que este complejo subterráneo fue excavado o que aún hay construcciones debajo de estas que son mucho más antiguas. Podemos verificar eso muy rápidamente, porque tenemos una máquina de fluorescencia de rayos X y ácido clorhídrico y clorato de sodio.

—¿Se supone que eso debe decirme algo? Si es así, voy a necesitar que alguien me lo traduzca.

—El iridio se disuelve en ácido clorhídrico y clorato de sodio, y puede detectarse por los diminutos cristales que se forman durante la reacción química.

—Suena un poco ilusorio, ¿no crees? —preguntó Gould con

escepticismo entre sorbos de su café.

—No, es solo química.

—No me refería a esa parte.

—Tal vez —admitió Dan con un suspiro y un encogimiento de hombros—. Pero es algo que tenemos que verificar. La arqueología está llena de casos en los que excavar debajo de una ciudad perdida revela edificios aún más antiguos de épocas anteriores.

—Pero tú mismo dijiste que aquí abajo los sedimentos se mueven y se desplazan mucho menos que en otros continentes.

—Es cierto, pero no podemos descartarlo —intervino Dana y miró a Dan con los ojos muy abiertos como una mascota esperando una recompensa.

—No, no se puede descartar —confirmó él, y volvió a mirar la pantalla—. Sin embargo, lo más importante será el detector de muones. Me es difícil creer que todo este complejo esté absolutamente libre de artefactos. Aún después de tantos millones de años, en este clima frío y seco, debe haber algo que podamos encontrar. Hemos descendido por debajo de los noventa grados bajo cero aquí abajo. Hace tanto frío que todos tenemos que volver aquí cada hora para calentarnos y cambiar los elementos calefacatores internos de nuestra ropa. Ahora toca buscar espacios debajo de nosotros y vamos a comenzar con las dos cavernas grandes. Tiene que haber algo preservado en alguna parte.

—¿Por qué empezaremos allí? —preguntó Gould sin desdén, más bien con genuina curiosidad.

—Los Constructores siempre dejaban los artefactos más importantes en las habitaciones más grandes o en áreas ocultas fuera de esas habitaciones. Recuerda la Gran Pirámide de Keops o la antigua necrópolis de Abusir.

—¿De qué tipo de artefactos importantes estás hablando?

—Más tarde —lo silenció Dan con la mano cuando Patchuvi entró en la tienda abovedada. Respiraba con dificultad, y tan pronto como se detuvo, cayó de rodillas, exhausto.

—¿Qué sucede? No tenías que venir tan rápido.

—Yo... Yo... Dios mío. —Patchuvi respiró hondo y levantó la cabeza—. Acabo de hablar con uno de los estudiantes que atendió la llamada de la mañana. Regresó de la superficie y estaba agitando el teléfono satelital con tal frenesí que me detuve.

—¿Qué dijo? —preguntó Dan, alarmado. Seguramente Luther había recibido una copia de los resultados de Viena. ¿Estaba retirando los fondos ahora mismo para reducir sus pérdidas?

—Tenemos una visita.

—¿Una visita?

—¡Sí!

—¿De quién? —preguntó Gould con impaciencia—. ¿El señor Karlhammer?

—¡No! Elsa, de la estación McMurdo, envió un mensaje de que un barco expedicionario atracó ayer. Veinte personas, con sus propias motos de nieve y un montón de provisiones. No se identificaron e inmediatamente se encaminaron directamente hacia aquí —explicó Patchuvi, frunciendo los labios.

—¿Es nuestra nueva tripulación que llega antes de lo previsto? —preguntó Dan, irritado.

—No. Elsa pensó lo mismo y llamó a la oficina del señor Karlhammer. No es nuestra gente. Definitivamente se habrían identificado.

—¿Quién podría ser? —preguntó Gould.

Patchuvi se encogió de hombros.

—Podría ser cualquiera —respondió Dan—. Hay grupos evangélicos en los Estados Unidos que me ven como el diablo canadiense, porque cuestiono la historia de la creación y he llamado mucho la atención por ello. Pero podrían ser equipos de excavación de la competencia que interceptaron los datos de Viena, aunque si ese es el caso, han llegado bastante rápido. Podrían ser los gobiernos nacionales que quieren hacerse con un trozo del pastel. Aquí no hay reclamos territoriales porque, debido al Tratado Antártico de 1959, todo lo que esté entre los sesenta y los noventa grados de latitud sur tiene que ser accesible a todas las naciones.

Dan hizo una pausa y miró pensativo el calendario de pared clavado en un armario de metal al lado del monitor.

—El viaje en barco desde Hobart hasta la estación McMurdo dura más de una semana. Cualquiera que venga a nosotros sin anunciarse ha estado en camino por un tiempo y sabe que hay algo que ver aquí, a pesar de nuestros mejores esfuerzos para mantener todo esto lo más en secreto posible.

—¿Pero qué vamos a hacer ahora? —preguntó Patchuvi.

Dan notó que Patchuvi, Dana y Gould lo miraban con total impotencia, como si la respuesta pudiera aparecer en su rostro en letras brillantes en cualquier momento.*¿Quién se cree esta gente que soy?*

—Voy a subir y hablar yo mismo con Luther. Quizá él pueda pedir algunos “favores” para obtener algo de información. No os preocupéis.

Sus rostros le decían que iban a preocuparse, y difícilmente podía culparlos, porque él mismo estaba preocupado. Los equipos de investigación normalmente se anunciaban a sí mismos. Siempre lo hacían.

FILIO AMOROSA, 2042

El tiempo que tomó viajar al área de búsqueda que había calculado para la ubicación de la popa del *Mars One*, Filio lo pasó en la sala de reuniones, en su mayor parte mirando el mapa y repasando febrilmente sus cálculos en su cabeza. Era dolorosamente consciente de que, si bien había identificado un error fundamental en sus cálculos y sentía que este único factor era de hecho la pieza que faltaba en el rompecabezas, bien podría haber algunos otros errores. Si no decenas. Desde que le dieron el alta en el hospital después del accidente, no había podido pensar tan rápido ni concentrarse tan intensamente como antes. Esa claridad en su cabeza, que le había permitido ganar concursos de matemáticas rápidas, debates y partidas de ajedrez cuando era adolescente, había desaparecido. Lamentó el hecho de que esos días nunca volverían, pero lamentarse no serviría de nada.

No, Filio prefería concentrarse ahora en su futuro y su objetivo. Estaba segura de que, cuando al fin entendiera lo que había sucedido, encontraría su claridad y paz mental. Y para hacer eso, tenía que volver a Marte. Cada vez que pensaba en ello, sentía que la rabia la invadía. Rabia con la ESA que la había despedido simplemente porque no había sido capaz de dar las respuestas que buscaban. Rabia con la NASA, por ignorar sus solicitudes, probablemente un *quid pro quo* para sus viejos amiguetes en la ESA.

¿Podrían estas personas ser tan tontas como para darle la espalda a su experiencia, conocimiento y entusiasmo? Ella era la única persona viva que había estado en Marte y había regresado. Solo eso debería ser suficiente para convertirla en la astronauta más valiosa del planeta, al menos para cualquiera que pudiera pensar racionalmente. Evidentemente, eso no incluía a los directores de las dos agencias espaciales más grandes del mundo en este momento. Era trágico ver cómo la política y la burocracia se habían apoderado de la humanidad y desplazado a la razón.

Filio tenía una pila de informes que certificaban, para cualquiera que quisiera mirarlos, que no tenía una enfermedad mental ni padecía ningún trastorno de estrés o discapacidad física de ningún tipo. Pero nadie quería escuchar eso. Solo la veían como la superviviente del desastre de *Mars One*, que misteriosamente había perdido todo recuerdo del incidente y, por lo tanto, no era apta para el servicio. No era el resultado de ninguna enfermedad o minusvalía, y había pasado

todas las pruebas de psicoanálisis y de inteligencia que pudieron hacerle. Incluso había accedido a repetir todo lo que había podido decirles bajo un detector de mentiras, pero solo le habían agradecido amablemente su servicio y la habían dejado marchar.

Era suficiente para trastornarla. Pero la idea de rendirse no pasaba por su cabeza. Desde su infancia en los suburbios de Hamburgo, tuvo que luchar por todo lo que quería. Primero por su lugar en una buena escuela, luego luchando para salir de la calle con el propósito de escapar de la vida delictiva y la adicción a las drogas de sus padres. Luego por un lugar en un hogar adoptivo para que no tuviera que quedarse en la casa donde había sido maltratada. Y después, su lucha por las becas de la Universidad de Barcelona, Oxford y luego Yale. Se había enfrentado a un trato injusto y obstáculos burocráticos en cada paso del camino, y todos ellos los había superado con pura determinación. Cada lucha la había hecho más fuerte. Y ahora solo necesitaba concentrar esa voluntad de hierro y esa determinación, que le resultaban tan naturales como respirar.

Cuando entró Romain, ella sonrió y miró su reloj de buceo.

—Ya es casi la hora.

—*Oui* —respondió el capitán. Ya llevaba puesto su Sharkskin, que acentuaba sus fuertes músculos—. Estás completamente segura ¿verdad?

—Sí —dijo ella, haciendo acopio de un tono convincente y mirándolo directamente a la cara—. La popa tiene que estar por aquí. Se habría hundido rápido, porque era la pieza individual más grande de los restos. Y el fondo marino de esta zona es muy pobre en nutrientes, lo que significa muy poca influencia de las corrientes. Los datos de flujo de aquí, y de las áreas circundantes, han sido incluidos en mis cálculos.

—¿Y la popa es lo que queremos? —preguntó Romaín.

Sus ojos habían estado radiantes desde que se dirigieron al sur. Era el destello de esperanza que casi había desaparecido de su excitable amigo durante las últimas semanas y meses.

—Sí —dijo definitivamente—. Ahí es donde estaba toda la carga, así que ahí es donde está la mayoría de las piezas, y eso significa la mayor recompensa.

"Y ahí es donde está lo que busco. Lo que necesito" pensó.

—Perfecto —dijo Romain alegremente, y le puso una mano en el hombro para atraerla hacia él—. Quiero darte las gracias … por todo.

Filio pudo ver que no lo estaba diciendo solo para ser amable. A través de su euforia ante la idea de terminar con éxito su trabajo de dos años como chatarrero, podía ver en sus ojos lo importante que era para él que ella lo entendiera. Sintió una punzada de culpa cuando reconoció que nunca podría ser completamente honesta con él. Filio

no tenía interés en el dinero. El dinero no iba a conseguirle lo que estaba buscando. Necesitaba algo mucho más valioso, y tenía que concentrarse en eso y solo eso. Si hubiera algo en su poder que le diera a su amigo las riquezas que buscaba la tripulación, entonces lo haría. Pero no iba a perder de vista su propio premio.

—De nada. Sois mi familia —respondió ella con genuino afecto.

Romain sonrió, se volvieron y miraron pensativamente la gran pantalla, que mostraba una vista de pájaro del área del océano a la que se acercaban.

—Hemos estado aquí durante tanto tiempo que ni siquiera puedo imaginar cómo sería encontrar algo —murmuró el francés, respirando hondo y exhalando, con las mejillas hinchadas—. Durante dos años, hemos estado navegando de un lado a otro en un área del mar de la mitad del tamaño de la luna, sin dejar piedra sin remover, buceando aquí y allá sin encontrar nada. Disputando con otros chatarreros, hijos de puta que se mofan de nosotros porque encontraron un tornillo y lo convirtieron en mogollón de pasta. Sabes, no ha pasado un solo mes sin que alguien nos llame los aventureros más desafortunados desde el accidente.

»A nuestro alrededor, tenemos esos nuevos súper portacontenedores con sus rotores Flettner, que no expulsan ningún gas nocivo a la atmósfera. Y los aeropuertos están llenos de aviones suborbitales que te pueden llevar a cualquier lugar del mundo en tres horas. Mientras tanto, nosotros damos vueltas por el mar en una vieja barcaza de mierda. Es como si el futuro nos hubiera pasado de largo, Filio.

»¿Sabes lo que somos? Somos reliquias. Reliquias de una época en la que había verdaderas maravillas y descubrimientos, cuando el océano aún no estaba completamente explorado, cuando aún había nuevas especies de animales por descubrir. Pero tal vez, en unas pocas horas, la recompensa será tan grande que podremos dejar atrás todo el pasado. Es solo... tan difícil de asimilar.

—Sí, pero en este momento, aún no tenemos nada —le recordó ella gentilmente.

—*Oui*, lo sé. Pero he decidido elegir el optimismo, porque todas las demás opciones requieren demasiado esfuerzo.

—¿Qué vas a hacer con el dinero? —preguntó Filio, curiosa.

—¿Si la ESA en verdad paga mucho? Compraré un chalet en Niza y allí instalaré a mi ex mujer y a sus hijos.

—Eso es bastante... condescendiente.

—Simplemente no éramos compatibles. Pero tengo un gran respeto por mi ex esposa. Y además, ambos amamos a nuestros hijos, y quiero que les vaya bien. A los niños solo les va bien si a sus madres les va bien, así que me aseguro de eso. Cuando amas a tus hijos, harás

cualquier cosa por ellos, aunque eso signifique tragarte un poco de orgullo —explicó, apartando la cara de la pantalla para mirarla a los ojos—. No tienes hijos, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No. Siempre he vivido para mi trabajo. Lo único que siempre quise fue ingresar en el programa de astronautas para la Misión a Marte, y trabajé más de cien horas a la semana para lograrlo. Eso no dejó tiempo para una pareja, y mucho menos para niños, y ahora es demasiado tarde.

—¿Te arrepientes?

—A veces, sí.

—Y, ¿qué vas a hacer con el dinero? —preguntó de repente.

Tomada por sorpresa por el giro inesperado, Filio frunció los labios, pensativa. Difícilmente podía decirle que no estaba interesada en el dinero.

Después de un tiempo, dijo:

—Voy a comprar la Fundación Humana.

—Pero no es una empresa, es una fundación —le recordó Romain.

—Tal vez, pero ya sabes cómo funciona. Si digo que estoy interesada en invertir un millón de dólares en un determinado proyecto, me encontrarán un puesto en ese proyecto. Así es como funciona el negocio de las fundaciones.

—Pero la Fundación Humana ya es la empresa más valiosa del mundo, sin siquiera ser una empresa real. Ganaron más de setecientos mil millones de dólares el año pasado, y todo está libre de impuestos, porque es una fundación sin ánimo de lucro. Es simplemente inimaginable —respondió él—. ¿Crees que les importa un millón de dólares?

—Digamos que estoy dispuesta a probar suerte. —Sacudió un poco su brazo derecho, de modo que sus cintas de lotería de la Fundación Humana se sacudieron alegremente.

—Tú sabes que yo...

—Atención chicos. —Un anuncio de Tomás en los altavoces del barco los interrumpió. Como estaban justo detrás del puente, Filio lo escuchó tanto por los altavoces como a través de la puerta—. Debéis ver esto.

Ella y Romain intercambiaron miradas y apartaron a Oscar. El perro se había acomodado a los pies de Filio y jadeaba feliz; ahora los siguió hasta el puente.

—¿Qué pasa? —preguntaron al unísono cuando llegaron al puente bañado por el sol.

—Pensé que querríais ver esto —dijo Tomás, y señaló hacia adelante por la ventana.

Cuando Filio puso su mano sobre sus ojos para bloquear los

reflejos del interminable océano azul, pudo distinguir algo como una alfombra nadando en la distancia.

—¿Eso es...?

—Sí —exclamó Tomás, sonriendo de oreja a oreja.

Filio no esperó, sino que arrebató los binoculares del pecho del buzo y salió corriendo por la puerta lateral del puente hacia la cubierta contigua. A través de los binoculares, podía verlo como si estuviera justo al lado de ellos. Una estructura enorme, del tamaño de un estadio de fútbol,solo que mucho más plana, se abría paso a través de la interminable extensión de azul, sin inmutarse por las olas. De un bulto semicircular en el medio, una serie de puntales largos sobresalían de él, como los dientes de un peine terriblemente grande. Entre cada puntal, se agitaba una montaña de desechos plásticos. Encima de la protuberancia había una estructura en forma de caja con un bosque de antenas y una gran antena de radar apuntando hacia arriba. Mediante los binoculares, pudo ver fácilmente el logotipo de la Fundación Humana en varios lugares. Detrás de la parte superior de la protuberancia acababa de ver atracar una nave no tripulada: un cubo distendido con cuatro rotores Flettner gigantes que sobresalían de la proa y la popa.

—Eso es...

—Es una barredora —respondió Filio a la pregunta de Romain antes de que terminara, entregándole los binoculares—. Esas cosas están filtrando el plástico de los océanos, millones de toneladas por año. No se trata solo de recoger el plástico en esas proyecciones branquiformes, sino de recogerlo en redes debajo de la superficie. Tiene una hilera de quillas, de cuarenta metros de profundidad, que succionan la basura y ralentizan el vórtice de la estela para detener el intercambio entre las aguas superficiales y las profundas. Ahí mismo hay una obra maestra del ingenio humano, y solo hay veinte de ellas.

»El plástico es absorbido tanto por encima como por debajo del agua, y entra en ese bulto allí, donde se descompone en hidrógeno y CO_2. El hidrógeno entra en sus propias celdas de combustible, por lo que fabrica su propia energía limpia. Y con el dióxido de carbono alimenta a las algas, que también crecen en ese bulto y luego son esparcidas con naves no tripuladas, como esa cosa que acaba de atracar. Las algas producen oxígeno y se multiplican en los mares, por lo que siguen filtrando CO_2 de la atmósfera y convirtiéndolo en oxígeno. Es verdaderamente genial. Una estudiante de arquitectura alemana llamada Marcella Hansch diseñó este sistema hace treinta años. Originalmente se llamaba Filtración Pasiva de Residuos. Verdaderamente genial.

—Lo es —aceptó Romain, y asintió con fascinación—. Es increíble que nunca haya visto uno en todo este tiempo.

—Tus posibilidades de encontrarte con uno son bastante pequeñas, dado el tamaño de los océanos. Pero están teniendo un impacto tremendo. Ya han reducido la masa de microplásticos, todas esas cosas que nos enferman a nosotros y al mundo animal, en un setenta por ciento de lo que era hace cuarenta años. Y la Fundación Humana sigue construyendo más barredoras.

—Bien, me convenciste —dijo Romain, sonriendo, y le devolvió los binoculares—. Cuando tenga mi dinero, compraré tantos boletos de lotería de Karlhammer como pueda.

—Esa es una decisión inteligente. Si no hubiera sido por los valientes jóvenes que impulsaron proyectos como este, hoy estaríamos mucho peor de lo que piensas, mirando nuestras grandes ciudades detrás de muros contra inundaciones. Imagínate, cuando Hansch diseñó este sistema, había una mancha de basura del doble del tamaño de Francia flotando en el Pacífico, entre América del Norte y Asia. ¡Eso fue en 2018!

—¿Y ahora?

—Ahora ha desaparecido. Recolectada, procesada y convertida en algas y energía limpia —dijo, señalando en dirección a la barredora. A esta distancia y a simple vista parecía una esponja gigante.

—No pretendo interrumpir esta conversación —intervino Tomás desde la puerta detrás de ellos—, pero entraremos en el área de búsqueda en menos de media hora. Será mejor que empecéis a prepararos.

La voz del viejo lobo de mar, por lo general tan mesurada e imperturbable, estaba tensa por la emoción, otra cosa que reforzaba la sensación de Filio de que se aproximaban. Se acercaban al final, y pronto descubrirían si era un bueno o malo.

La mirada acerada de Romain revelaba que él estaba pensando lo mismo, y después de un momento se volvió y bajó las escaleras hacia la cubierta de popa.

Filio corrió a través del puente y la sala de reuniones, y continuó bajando por el área de la tripulación hasta los camarotes. Uno de los lujos de tener una tripulación pequeña en un barco grande y antiguo era que cada uno tenía su propio alojamiento privado, algo que hubiera sido impensable en la mayoría de los otros barcos chatarreros. Un emocionado Oscar, moviendo la cola, la siguió hasta su litera, donde ella agarró su terminal. Después de revisar algunos archivos, encontró la imagen que buscaba y con un gesto la envió a la pantalla sobre su mesita. Aunque hacía lo mismo todas las noches antes de quedarse dormida, estudió los objetos de la imagen una vez más y luego, con un profundo suspiro, apartó a Oscar.

—Lo siento, amigo, pero tengo que irme ahora y encontrar lo que he estado buscando todo este tiempo —le explicó al perro con una

palmadita detrás de las orejas. Oscar agradeció la atención con un gruñido de satisfacción y cerró los ojos—. Esta es mi primera y última oportunidad. Deséame suerte.

Dicho esto, corrió hacia la popa del Ocean's Bitch. Jane, Alberto y Romain ya estaban allí debajo del toldo, armando sus cajas de equipo de buceo. Todos sus movimientos eran practicados y precisos, perfeccionados por décadas de entrenamiento, pero sus rostros denotaban la tensión bajo la cual operaban.

—¿Cómo haremos esto? —preguntó, después de abrir su propia caja con su máscara, aletas, cinturón de lastre, ordenador de buceo y juego de herramientas.

—Tú harás equipo con Jane, como siempre —instruyó Romain.

La voz sedosa que solía usar con ella había sido reemplazada por un tono profesional, casi entrecortado. Esto era nuevo. Ni siquiera en los encuentros más tensos que habían tenido, con chatarreros que competían en torno a reclamos impugnados, se había puesto en modo jefe como ahora.

—Yo bajaré con Alberto. Llevaremos los *jets*. Mis diagramas indican que allí no hay más de ciento cuarenta metros de profundidad, y que hay un largo arrecife. Prestad atención a vuestro equipo y mantened el contacto visual. Seremos cuatro todo el tiempo. Nadie deja el grupo, ¿verdad?

Todos se giraron y asintieron, totalmente concentrados.

—Filio, tú llevarás los globos. Jane, lleva los ganchos de transporte y el detector de metales. Alberto y yo llevaremos los tanques de repuesto con el heliox.

Romain juntó las manos y empezó a hablar a toda velocidad en francés, lo que Filio tomó como una señal para ir a buscar su traje de neopreno. Debido a que esperaban permanecer en el fondo durante un período prolongado, eligió un traje grueso de cuerpo completo con calzado y capucha. Caminó hacia la plataforma de salida de las inmersiones a lo largo de la popa, más allá del agua blanca que agitaban las hélices, la cual se extendía como un camino hacia el horizonte.

Cuando llegó a su lugar, justo detrás del pasillo central donde se colgaban los trajes y se acomodaban los tanques de heliox en sus cajas de madera, miró a los demás por un momento. Todos parecían ocupados con sus propias cosas y no la miraban. Se inclinó ante una caja de aluminio y la abrió, retirando rápidamente seis ganchos de transporte y arrojándolos en su caja antes de pasar al otro lado.

Debido a que se guiaban de acuerdo con el procedimiento, necesitó casi veinte minutos para sacar todo su equipo, excepto los ganchos, revisar la lista, probar todo y meterlo en la caja nuevamente. Treinta minutos después, se vistió, se colocó el chaleco, se abrochó las pesas

alrededor de las caderas, se puso el arnés y revisó todas las hebillas. Finalmente, antes de ponerse la capucha, colocó la red del transductor en el cuero cabelludo y revisó el cierre de velcro debajo de la barbilla. Por fin estaba satisfecha.

En cinco minutos, la voz de Tomás retumbó en los viejos altavoces:

—¡Muy bien, ya tengo algo en el sonar que vale la pena! Estaremos directamente sobre él en dos minutos.

—¡Aquí vamos, muchachos! ¡Comprobación de equipo! —gritó Romain—. Venga, no vamos a saltarnos la rutina solo porque la conocemos a la perfección. Si este es el día que hemos estado esperando, nos aseguraremos de hacer todo bien. No quiero ningún accidente o que sea "uno de esos días", ¿de acuerdo?

Allá vamos, pensó Filio con nerviosismo. *Allá vamos y es todo o nada*.

FILIO AMOROSA, 2042

Su ordenador de buceo marcaba exactamente las 11:40 cuando todos estaban parados en la parrilla plana de salida, haciéndose la señal de "Okey". Debido a la profundidad, el Ocean's Bitch no podía anclar, por lo que Tomás tuvo que apagar el motor brevemente para evitar el peligro de las hélices, y solo podría mantener su posición después de que se sumergieran.

Romain fue el primero en saltar, seguido de Alberto, Jane y finalmente Filio.

Presionó una mano contra su máscara facial, la otra contra su cinturón, y dio un gran paso hacia adelante. Apenas entró al agua, durante esos familiares dos segundos, su mundo quedó envuelto en burbujas blancas sobre un fondo azul, hasta que volvió a salir a la superficie, llevada por su BCD inflado. Revisó su máscara una vez más y luego dio la señal a los demás, quienes, como ella, se balanceaban hacia arriba y hacia abajo como boyas en el oleaje.

Romain hizo un gesto con el pulgar apuntando hacia abajo. Ella descargó su BCD y exhaló lentamente, deslizándose de inmediato como una piedra hacia las profundidades, las pequeñas burbujas de su boquilla se elevaron hasta donde el vientre del Ocean's Bitch esperaba como una poderosa sombra.

Filio echó un vistazo rápido a su alrededor, luego al azul oscuro de las profundidades y finalmente a sus amigos y compañeros, estos últimos aventureros del fin del mundo. Romain ya estaba unos metros por debajo de ella, con Jane y Alberto un poco más arriba. Sus coloridos brazaletes y los estuches de herramientas y bolsas de transporte envueltos con cinta de marcar los hacían parecer totalmente ajenos a este mundo de absoluto silencio y tranquilidad. Más o menos a cada dos metros de su descenso igualaba la presión presionando aire contra la nariz cerrada y moviendo las mandíbulas.

Un vistazo a su ordenador de buceo le dijo que ya estaba a cincuenta metros de profundidad, por lo que redujo un poco su velocidad de descenso aumentando la cantidad de aire que guardaba en sus pulmones mientras respiraba. Su impulso disminuyó y su descenso a la oscuridad se volvió más controlado.

A setenta metros encendió el sistema de iluminación de su arnés. Seis luces comenzaron a brillar, iluminando el vacío de partículas flotantes y plancton a su alrededor. Los reflejos y un pequeño banco

de peces plateados que se alejaban rápidamente de las luces y se perdían en la distancia redujeron su visibilidad.

Flotando a su alrededor, los demás también se iluminaron como árboles de Navidad. Cuando su mirada se cruzó con la de Romain, él hizo la señal de "Todo OK" y ella se la devolvió. Jane y Alberto también levantaron sus manos con los dedos separados y luego formaron una O con el pulgar y el índice.

Todo bien, pensó Filio. Si el resto de la inmersión seguía así, este podría ser el mejor día de su vida perdida.

Tardaron varios minutos más en llegar al fondo. Aquí y allá veía grandes rocas, cada una del tamaño de un pequeño camión, en las que se habían establecido grandes mejillones y plantas marinas, en su mayoría marrones y amarillentas. Una pequeña manada de barracudas pasó velozmente. Se podían ver peces más pequeños mordisqueando las plantas que habían cubierto las rocas. Un poco más adelante, Filio distinguió un tiburón, posiblemente un tigre, pero era demasiado tímido y desapareció demasiado rápido como para identificarlo con seguridad.

Aparte de eso, no había mucho que ver a esta profundidad, ciertamente nada como arrecifes de coral y naufragios, los preferidos por los turistas.

Y eso es algo bueno, pensó, permitiéndose concentrarse en el sonido meditativo de su propia respiración. Cada respiración sonaba hueca en su cabeza. Romain continuaba revisando la pantalla en su antebrazo. Después de pasar una de las rocas, corrigió su dirección de buceo hacia un gran banco de arena del que crecían algunos grupos aislados de plantas marinas. De repente, una raya se alejó de ella hacia la oscuridad que tenía delante, que era como el crepúsculo de una tarde de verano, y vio cómo una nube de arena se posaba en el lugar donde se había estado escondiendo.

—Ya casi llegamos —dijo la voz de Romain generada por ordenador en su oído derecho. Sonaba artificial, lo que por supuesto era, pero lo suficientemente parecido a Romain para saber que era él.

¿A qué distancia? pensó y, debajo de su capucha, la red transductora extendida sobre su cabeza traducía sus ondas cerebrales escaneadas en palabras que se transmitían a los demás.

—Cuarenta metros. ¿Tomás? ¿Todo bien allá arriba? —preguntó Romain.

—Todo está bien, jefe —informó Tomás desde el bote después de un ligero retraso—. No hay individuos no deseados en el radar. Supongo que el Gloucester sigue con su cita en la Aduana.

Los sistemas transductores aún no eran capaces de añadir el matiz de malicia en la risa, pero si pudieran, estaba segura de que ahora estaría escuchándolo.

—¿Qué indica el sonar? —preguntó Filio.

—Se ve bien. La forma no sugiere una roca ni nada natural. Oh, *putain*, si esta es la sección de popa, entonces voy a... No sé qué.

—Bueno, ¿cómo te sentirías al recuperar la maldita cosa?

—Muy bien, amigos, concentraos, estamos entrando en el rango visual —indicó Romain—. Tengo seis objetos. Uno grande y varios pequeños. Primero distribuimos las barras de luz para iluminar el área y poder trabajar, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Después de unas pocas respiraciones más, Filio vio su objetivo y su corazón dio un vuelco.

El haz de luz de la linterna de Romain había pasado por un objeto grisáceo, y Filio lo había visto tan rápido que al principio no estaba segura de haber visto algo. Pero entonces el círculo de brillo retrocedió de repente y quedo mirando la sección de popa de la cápsula de reentrada *Mars One*. Era una sección anular de al menos cinco metros de diámetro cubierta de algas y con ocho góndolas de propulsión que parecían braseros. Un impresionante banco de peces salía de ellos en ese momento.

Un tiburón sarda apareció en la luz, trazando un círculo lento alrededor del módulo, su piel áspera brillaba tenuemente y sus ojos de depredador parecían mirar en todas direcciones a la vez.

—¡Debo estar volviéndome loca, muchachos! —exclamó Jane.

—¡Maldita sea, debo estar volviéndome loca! ¡Es el maldito premio gordo!

—¡*Putain, putain*! ¡Cielos!, no puedo creerlo —exclamó Romain.

La voz extrañamente carente de emociones del ordenador de alguna manera no encajaba con lo que Filio imaginaba que debía haber sonado.

—Oye, papá, encontré esto, ¿puedo quedármelo? —preguntó Alberto.

Romain le dio la señal afirmativa.

—Cuando tengamos esto arriba, haré una llamada y podrás comprar lo que quieras.

—Genial, ya tengo una lista —bromeó Alberto—. No tuve tanto tiempo, solo fueron dos años para dejar volar mi imaginación.

—Bien, amigos, no nos pongamos arrogantes —dijo Romain, frenándolo y haciendo un movimiento circular con el dedo índice extendido. En las aguas profundas, parecía extrañamente ralentizado, casi como si estuviera en el espacio—. Descargad vuestro equipo y distribuid las lámparas fluorescentes.

—Comenzaré aquí —dijo Filio de inmediato, dejando caer las bolsas con los globos y sacando una de las dos varitas luminosas que había traído. Era un poste, de aproximadamente un metro de largo.

Torcer el tercio superior convertiría esa sección en una poderosa fuente de luz que era bastante potente en el espectro rojo-naranja, para ayudar a ver mejor en condiciones de aguas profundas.

Debido a la refracción a esta profundidad, el ojo percibía los colores de manera muy diferente. Su traje de neopreno azul marino no se veía azul, parecía básicamente pálido e incoloro.

Romain estudió su pantalla mientras los otros dos nadaban en diferentes direcciones, clavando una vara de luz en la arena del fondo cada diez metros. En cinco minutos habían iluminado un área de unos cincuenta metros de diámetro alrededor de los restos de la sección de popa del módulo *Mars One* con una luz equivalente a cinco metros bajo la superficie al mediodía.

—Y se hizo la luz —dijo Romain ceremoniosamente.

—¿Filio?

—¿Capitán?

—Es justo que tú entres primero —dijo, y le hizo señas para que avanzara. Jane y Alberto ya habían nadado de regreso, y ahora el grupo flotaba en un círculo laxo, la corriente interminable de sus burbujas de aire ascendía en la penumbra.

—Me siento honrada —respondió ella—. Estoy muy... Estoy abrumada.

—Lo creo —dijo Jane, apoyando suavemente una mano sobre su hombro—. No imagino lo que esto significa para ti.

—Bueno, si no os importa, me gustaría entrar y... podéis...

—Te daremos un minuto. Por supuesto que sí —respondió Romain de inmediato, y Alberto asintió en cámara lenta—. Todos hemos esperado dos años por este momento, así que podemos esperar un minuto más para darle a la mujer que lo hizo posible la oportunidad de recuperarse. Esta cosa —dijo Romain, señalando los restos grisáceos frente a ellos—, no irá a ninguna parte.

—Gracias —dijo Filio con genuina emoción. Tomó una última y profunda bocanada de aire de su tanque y luego, finalmente, con unos suaves movimientos de sus aletas, entró en lo que quedaba del *Mars One*.

El módulo tenía forma tubular, con un diámetro de unos cinco metros, su ancho exacto era de cinco metros y veinte centímetros, como ella bien sabía. Su eslora lisa de ocho metros contenía dos secciones de la nave y terminaba en bordes irregulares, como la pernera andrajosa de un viejo par de vaqueros cortados, donde las fuerzas extremas de la reentrada habían desgarrado el casco. Después de dos años aquí abajo, cada grieta y abertura había sido ocupada por alguna variedad de algas marinas o crustáceos, y ahora todo el módulo estaba repleto de ellos.

Un escalofrío la recorrió mientras se adentraba tanto como podía

en la sección y miraba dentro de lo que una vez fue el compartimiento de la tripulación, ahora abierto de par en par, donde los seis asientos presurizados habían sido configurados en un círculo.

Los asientos presurizados donde murieron mis amigos, pensó sombríamente. Uno de los asientos seguía allí. Había sido arrancado a la mitad de sus amarres al piso, y estaba hecho jirones, pero para ella no había duda. La pared que conducía a la sección de transporte era de un marrón fangoso. Probablemente había sido ennegrecido por la explosión y luego gradualmente aclarado con el tiempo por la sal y el movimiento del agua.

La puerta estaba abierta, pero solo por un resquicio. La brecha era lo suficientemente amplia para que Filio pudiera empujar su pequeña palanca y tirar hacia la derecha. Para su sorpresa, el mamparo se apartó con facilidad, y quedó mirando hacia la oscuridad de la sección de transporte pero la luz de su arnés la iluminó.

Cajas abiertas, mallas de pared destrozadas y paneles de pared reventados estaban por todas partes. Aquí y allá, un pequeño pez o camarón se escabullía, pero casi no había arena y muy pocas partículas flotantes.

Un minuto, tienes un minuto.

Rápidamente se metió en la bodega de cinco metros de profundidad, ahuyentó a un pez y comenzó a buscar en las cajas. Ignoró cuatro con apenas una mirada y comenzaba a ponerse nerviosa, hasta que vio una caja más oscura del tamaño de una maleta de mano. Era de metal, y mucho más difícil de mover.

Filio la arrastró para que estuviera frente a ella y pudiera ver las abrazaderas de cierre. Cuando lo hizo, exhaló un suspiro de alivio. El sello de vacío seguía intacto. Su contenido se había salvado de los efectos del agua salada.

—¿Filio? —La voz de Romain generada por ordenador preguntó en su oído—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella rápidamente, mirando a su alrededor.

La sección de transporte de repente parecía pequeña. Luchando, arrastró la caja detrás de ella a través del mamparo. Acababa de borrar con el pulgar la etiqueta empapada de agua, por lo que las palabras “Material de muestra” ya no se podían descifrar, ni siquiera con un programa de escáner.

—Estoy saliendo.

Por un instante, sintió un nudo en la garganta cuando vio a los demás alineados frente a la sección de popa.

—¿Puede alguien ayudarme?

—¿Qué es eso?

Era Alberto quien hacía la pregunta.

—Es mi casillero personal, con las cosas que perdí en el accidente

—mintió.

Afortunadamente para Filio, sus amigos fueron tan solidarios y comprensivos como siempre, y no hicieron ninguna pregunta. Romain se acercó y la ayudó a llevar la caja los cinco metros hasta su equipo, donde la depositaron.

—Gracias. De verdad, por todo —dijo emocionada, y exhaló profundamente. Luego se echó hacia atrás lentamente hasta que estuvo sentada en la arena, y se quedó allí por un momento—. Vamos, entrad ahí. Hay tantas partes, ahora sois todos multimillonarios.

Filio hizo una mueca mental, al darse cuenta de que había dicho "sois".

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Romain. Ella pudo ver a través de su amplia máscara de buceo que él la estaba mirando con compasión—. Entra cuando estés lista. Comenzaremos a explorar, soñaremos con champán, contaremos nuestro dinero y comenzaremos la recuperación, ¿*oui*?

—¡Me parece una gran idea!

Romain levantó el pulgar y nadó hacia los demás. Cinco segundos después, todos estaban dentro.

Filio volvió a mirar a su alrededor rápidamente. El tiburón sarda se había ido. Se volvió, cogió cuatro de los globos que había llevado y los llevó a la caja. Usando los ganchos que había traído en secreto, ató las cuerdas del globo a las cuatro esquinas de la caja. Luego pasó una larga cuerda en un cabrestante a través de un ojal en la parte inferior. Volvió a mirar a los demás.

A través de la conexión, escuchó a los demás reírse, bromear, contarse qué iban a hacer con su dinero. Con una última y triste mirada a los restos del *Mars One*, nadó hasta la unidad de retransmisión que los conectaba con Tomás en la superficie. Era una esfera de plástico hermética que contenía todo el hardware. Tenía un simple interruptor de encendido y apagado en la parte inferior. Suspiró profundamente antes de voltearla y luego cortó el cable con su cuchillo. Después nadó de regreso a la caja y, usando su ordenador de buceo, activó los tubos de oxígeno en las cuerdas cortas debajo de los globos. En un instante, inyectaron sus depósitos de oxígeno en los globos, inflándolos. La caja despegó a la velocidad del rayo. La cuerda en la parte inferior se extendió más y más desde el cabrestante en su mano mientras la caja se elevaba.

Filio lloraba mientras nadaba hacia la superficie. Realizó un ascenso de emergencia controlado. Eso significó desabrocharse el cinturón de lastre y presionar el botón para inflar completamente su BCD. Salió disparada hacia arriba como un cohete. Tenía que observar atentamente la lectura de profundidad de su ordenador de buceo. A los quince metros se detuvo bruscamente y se obligó a reducir la

velocidad hasta un máximo de diez metros por minuto. No ayudaría en nada si padecía el síndrome de descompresión en este momento. En tal caso, todo habría sido en vano.

Todo en ella gritaba "rápido, ve más rápido", pero logró convencerse a sí misma de mantener la calma.

Los otros probablemente aún trataban de averiguar qué sucedía con las comunicaciones. *Tienes mucho más tiempo antes de que se den cuenta de que te has ido y no estás nadando por ahí abajo. No pueden salir a la superficie más rápido que tú, y eso te da suficiente ventaja*.

A una profundidad de tres metros, se detuvo y mantuvo su posición durante tres minutos para descomprimirse. Al mirar hacia arriba, pudo ver el contorno de la caja en el agua, con los globos flotando en el ligero oleaje. Le parecía que la superficie del agua era una lámina arrugada de papel de aluminio, y los rayos refractados del sol hacían resplandecer el plancton.

—¡Hola, Tomás! —llamó a través de la red—. ¿Puedes oírme?

—¿Filio? ¿Qué pasa, pequeña? Perdí la conexión.

—Sí, tuvimos un problema con la unidad de relé. ¡Ya he subido una pieza! Romain dijo que debes bajar —explicó, sin apartar los ojos de su ordenador de buceo. Dos minutos más.

—Entendido, me prepararé. Te tengo en el sensor y estaré allí, no te muevas.

No lo haré, pensó, y sintió el escozor de las lágrimas brotar de sus ojos.

En toda su vida, casi nunca se había sentido tan terrible como ahora. Traicionar a sus amigos, a su familia, la lastimaba tanto que de repente comprendió que podría estar intercambiando un trauma por otro.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchara el zumbido amortiguado de las hélices del barco y viera acercarse la misteriosa sombra del Ocean's Bitch. Se detuvo a unos diez metros de distancia, y Filio comenzó a nadar lento y controlado hacia arriba.

Cuando volvió a inflar por completo su BCD, su cabeza salió a la superficie del agua y se quitó la máscara. Tuvo que volverse una vez para divisar la popa del Bitch en el infinito horizonte acuoso. Tomás acababa de aparecer allí, ya con su traje de neopreno, y ella escuchó el gorgoteo de los motores y vio las bombas arrojando algunos borbotones de líquido al mar.

Filio agarró dos de las cuerdas de los globos, se tumbó boca arriba y luchó con fuerza para avanzar e impulsar la caja hacia el barco. Cuando llegó, se quitó una aleta, luego la otra, y se las entregó a Tomás, que parecía preocupado. La adrenalina bombeando en sus venas le decía que le gritara, que se diera prisa, pero se obligó a guardar silencio. Tenía que actuar como si todo estuviera bien.

Tenía la extraña sensación de que la traición estaba escrita en todo su rostro, y fue pura fuerza de voluntad lo que le impidió decir o hacer algo que lo hubiera estropeado todo.

Él también le quitó el tanque de heliox, y luego agarró las cuerdas del globo y tiró, dejando escapar un gemido de inmediato.

—¡Mierda, esa cosa es pesada! ¿Qué carajo es?

—Un millón de dólares —respondió ella con falsa euforia, y el rostro de Tomás se iluminó.

—¡Oh sí, bebé!

Filio trepó la escalera corta hasta la cubierta, abrió las cremalleras de velcro de su arnés y el BCD, y los arrojó a un lado. Luego ayudó a Tomás con la caja. Aplicó todas sus fuerzas para subirla a bordo y deslizarla hasta un lugar seguro.

—Voy a terminar de juntar mis cosas —dijo Tomás.

Filio vaciló por un momento, luego lo empujó por la borda, hacia el agua. Gritó de sorpresa y agitó los brazos salvajemente mientras desaparecía entre las ondulantes olas. Dio un paso hacia la escalera y tiró de ella, asegurándose de que él no pudiera volver a subir a bordo aunque estaba justo debajo de ella.

Cuando volvió a la superficie, resoplando, la miró en estado de shock.

—Si esto es algún tipo de broma, pequeña, no creo que este sea el… —comenzó a decir Tomás, pero se detuvo cuando la vio llorar—. ¿Filio? ¿Qué sucede? ¿Qué estás haciendo?

—Lo siento mucho, Tomás. Os amo a todos. De verdad. Solo espero que algún día lo entendáis. Voy a dejar una boya con GPS y una balsa salvavidas aquí, y me aseguraré de que os recojan. Allá abajo está todo con lo que habéis estado soñando y lo que yo he estado soñando. —Echó una mirada a la caja detrás de ella—. Por favor, dile a los demás que lo siento mucho, mucho. Y no te preocupes. Eres rico.

—Filio, no tienes que hacer esto —exclamó Tomás, suplicante, pero ella ya se había dado la vuelta y estaba corriendo hacia el puente.

—¡Filio!

Sus llamadas desesperadas la siguieron, pero ella siguió corriendo, sollozando, obligándose a ignorarlo, a pesar de que cada fibra de su ser gritaba, diciéndole que se diera la vuelta y lo trajera de vuelta a bordo.

—¡FILIO! FILIOOO…

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Su jet supersónico despegó de la pista 2 de JFK y se dirigió al Atlántico, virando hacia el sureste antes de acelerar a Mach 2.

Ágata no había logrado que le autorizaran un vuelo en uno de los jets privados de la flota CTD para ella y Pano, pero consiguió billetes de primera clase para que pudieran trabajar durante el viaje.

Su nuevo compañero, a quien no había encontrado tan terrible como esperaba, aunque a su juicio estaba demasiado distraído, comenzó a hojear la revista del vuelo inmediatamente después del despegue, y solo se detuvo cuando ella le lanzó una mirada con una ceja levantada.

—¿Qué? —preguntó.

—Nuestro tiempo de vuelo es de seis horas. Basta para analizar la información suficiente para no llegar completamente a ciegas.

Pano suspiró y volvió a guardar la revista en el bolsillo junto a la ventana.

—Bien. Entonces, ¿qué necesitamos saber?

—Deberíamos revisar nuestras bases de datos en busca de otras personas desaparecidas relevantes reportadas al mismo tiempo que la desaparición de Jackson. Luego buscamos superposiciones en los datos clave como edad, profesión, conexiones personales, ubicación del incidente, todo eso. Tenemos una conexión de alta velocidad, así que, ¿por qué no te centras en los datos de Europol y yo veré qué tiene Seguridad Nacional? —sugirió.

Pano asintió.

—De acuerdo.

Ágata se puso las gafas de datos y las conectó a su terminal. Ante sus ojos aparecieron ventanas flotantes, una de las cuales era el acceso a las bases de datos de Seguridad Nacional. Para iniciar sesión, tuvo que colocar su dedo frente al lector de ADN de su terminal y usar la cámara para escanear su ojo derecho. Eso le diría a la IA si algo andaba mal, por ejemplo, si estaba bajo un estrés excesivo o si podría haber sido secuestrada. Una vez que se otorgó la autorización, se encontró en la biblioteca en línea de Seguridad Nacional, que se mostraba como un espacio virtual con interminables filas de estanterías virtuales y, frente a todos, un escritorio virtual. Hizo un gesto con dos dedos para invocar el escritorio y miró el campo de entrada en él.

—Entradas de personas desaparecidas, período de tiempo, de junio a septiembre de 2018, Estados Unidos y Canadá —instruyó en voz baja, y los estantes comenzaron a moverse.

Después de un rato se detuvieron y varios archivos saltaron y aterrizaron en el escritorio.

—Filtrar por profesión: arqueología, antropología, filología, por adeptos conocidos de la preastronáutica, miembros de la Fundación Humana, participantes de la lotería de la Fundación Humana, vuelos a Ciudad del Cabo durante el período indicado.

Esto redujo considerablemente la selección de archivos.

—Mmm. Elimina todos los resultados que no cumplan con al menos tres de los criterios.

Una vez más, la pila se hizo más pequeña. Ahora solo quedaban cuatro archivos.

—¡Ajá!

Con un gesto conciso abrió el primer archivo. Ahora estaba mirando a una mujer joven, una estudiante universitaria con la mirada seria de una mala foto de pasaporte.

—Elisabeth Shaw —leyó—. Estudiante de antropología y filología, estudió en la Universidad de Toronto con... nada menos que Dan Jackson. Bueno, eso no es una coincidencia. Voló a Ciudad del Cabo en junio de 2018 y nunca más se la volvió a ver. Eso fue dos meses antes de Jackson.

Ágata guardó el archivo en el búfer de su terminal y examinó los tres siguientes. Todos eran académicos jóvenes de universidades serias: Yale, Stanford y UCLA. Revisó los archivos y descubrió que cada uno de ellos estaba afiliado a un departamento en uno de los tres campos de Jackson y había desaparecido en junio o julio. Cuando hizo una referencia cruzada con los datos de viaje de la TSA, la conexión fue inconfundible. Todos habían volado a Ciudad del Cabo y nunca más se habían registrado en ningún lado.

Miró el rastreador de tiempo en su pantalla de Realidad Aumentada. Le había llevado exactamente una hora descubrir todo esto. Daba miedo enfrentarse a lo mal arregladas que estaban las cosas cuando no había ningún interés público o financiero detrás de ellas. Aún con la financiación de 2018, tan limitada como era para los estándares actuales, los investigadores habrían tenido que buscar conexiones cruzadas con otros casos.

A menos que alguien hubiera intentado activamente evitar eso, pensó.

—¿Y? ¿Qué tienes? —le preguntó a Pano, quien había extendido el cómodo asiento reclinable y ahora estaba recostado con sus propias gafas de datos puestas, haciendo gestos de empujar, tirar y teclear en el aire. Le tomó un momento, pero se quitó las gafas, levantó un poco el respaldo del asiento y se mordió el labio inferior.

—Conseguí a una estudiante universitaria de Munich, Dana Pickert, reportada como desaparecida en junio. Tomó un vuelo a Ciudad del Cabo y nunca más se registró en ningún lugar. Era estudiante de master en arqueología. Y la misma historia con estudiantes de Estocolmo y París, y dos de Madrid. Los dos últimos estudiaron antropología e informática, una combinación extraña.

—Déjame adivinar —dijo Ágata—. En todos ellos, la investigación terminó con bastante rapidez porque, aunque la policía sudafricana parecía estar cooperando, no encontraron nada.

Pano levantó las manos.

—Obviamente, alguien no quería profundizar demasiado. No es que hubiera sido difícil enterrar estos casos, ya que no llamaron la atención del público, y los estudiantes desaparecen con la frecuencia suficiente para ir a "buscar el sentido de la vida" en Asia o África, o unirse a una comuna, cuestionar la realidad, o lo que sea.

—Increíble. Es como si tuvieras un sexto sentido para este tipo de cosas —respondió Ágata, confirmando sus suposiciones.

Pano sonrió.

—Vaya, gracias. Oye, ¿estás tratando de coquetear conmigo o algo así? —bromeó.

Cuando ella gruñó y se estremeció en respuesta, él pestañeó cariñosamente.

—Sabes, eres bastante sexy cuando te cabreas —concluyó.

—¿Tienes complejo de Edipo?

—Dímelo tú. Eres la experta en leer a la gente.

—Voy a estar leyéndote tus derechos en un minuto.

—Bien —dijo él, haciendo un gesto obsequioso, seguido de un suspiro—. Tarde o temprano, te darás cuenta de que mi encanto y tu energía sexual pura están hechos el uno para el otro.

Cuando vio la mirada furiosa que ella le lanzó, se rio tan fuerte que algunos de los otros pasajeros miraron en su dirección.

Ágata no quería premiar a Pano con el atisbo de una sonrisa que casi cruza sus labios, pero tampoco quería reforzar su imagen de refunfuñona.

—Tal vez deberíamos concertar una cita con Luther Karlhammer —sugirió con estoicismo.

—Bueno, vale la pena intentarlo.

Ágata buscó en los archivos de Seguridad Nacional el número de teléfono de la secretaria de Karlhammer y luego se llevó el terminal de mano a la oreja. Sonó tres veces antes de que respondiera una voz alegre con acento sudafricano.

—¡Oficina de Luther Karlhammer, habla Melbou!

—Hola. Habla la agente especial Ágata Devenworth, División Antiterrorismo, Seguridad Nacional. Me gustaría hablar con su jefe,

por favor.

—Lo siento, señora, pero por ahora el señor Karlhammer está fuera de casa.

—¿Podría conectarme a su móvil? Es importante.

Por supuesto, Ágata sabía que no tenía autoridad en Sudáfrica. Ni siquiera le habrían otorgado permiso para portar un arma en el país si Miller no hubiera llamado al funcionario ministerial adecuado y movido algunos hilos.

—Debo disculparme de nuevo, señora Devenworth. Desafortunadamente, no se puede contactar al señor Karlhammer en su teléfono móvil —respondió la secretaria con la voz angelical, su alegría nunca decayó.

—¿Cuánto tiempo estará fuera de casa?

—Me temo que no puedo precisarlo. Ya ha pasado una semana. Podría comunicarla con el director en funciones, el señor Eugens.

—Eso no será necesario en este momento. Guarde mi número y pídale al señor Karlhammer que me llame tan pronto como esté disponible, ¿de acuerdo? —preguntó Ágata.

—Por supuesto.

—Gracias.

Colgó y dejó caer el terminal en su regazo.

—Ni siquiera se puede contactar con él por teléfono —suspiró.

—Tácticas evasivas típicas. Apuesto a que si esa Secretaría de la que formas parte hubiera llamado, de repente, como por arte de magia, estaría disponible —dijo Pano.

—Probablemente. Cualquiera que sea el caso, ahora sabe de nosotros y probablemente esté haciendo algunos deberes. Y eso significa que sabe que venimos, y que si hace un movimiento, estamos listos para ello y podríamos localizarlo.

—Inteligente... o estúpido.

—¿Qué?

—Eso es muy inteligente de tu parte o muy estúpido —repitió Pano —. Si él está involucrado en el asesinato, entonces estamos hurgando en su patio trasero sin autoridad ni refuerzos.

—No se puede resolver un caso sin correr algunos riesgos — respondió ella.

Pano suspiró, derrotado, y su mirada se desvió hacia la ventana, que era casi del tamaño de un televisor.

—Lo dices tú —dijo, mirando distraídamente por la ventana.

Ágata se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia la ventana. A su izquierda, vio, estaba la costa del Sáhara Occidental. Aún se veía una delgada franja de arena blanca amarillenta, probablemente de un par de kilómetros de ancho, pero el suelo más allá estaba extrañamente oscurecido hasta donde alcanzaba la vista.

—Esa es la granja solar Desertec, ¿no?

—Sí. Sabía que era gigantesca y aun así me sorprende. Esa cosa provee de energía a toda Europa y África, ¿te imaginas?

—Bueno, es financiada y mantenida por la Fundación Humana, así que sí —respondió ella—. No es el único milagro que han logrado.

Era una admisión tácita de que era una vista verdaderamente impresionante.

—¿Eres un terrícola?

—¿Perdona? —preguntó Pano sorprendido. Ella mantuvo el contacto visual mientras se reclinaba y se volvía a abrochar el cinturón de seguridad.

—Me escuchaste. ¿Eres un terrícola?

Por un momento, el europeo solo la miró penetrantemente, como si estuviera tratando de mirar directamente a su alma, pero luego levantó el brazo y se subió la manga para exponerle la muñeca derecha. En él había una banda elástica azul con las estilizadas iniciales FH del logotipo de la Fundación Humana: dos manos estrechadas frente a la tierra.

—¿Qué lotería? —preguntó ella simplemente.

—Terapia de genes. Para mi hermana —respondió, y su sonrisa omnipresente perdió un rastro de su sinceridad cuando sus ojos delataron su tristeza.

—¿Qué le pasa? —Demasiado tarde comprendió que las preguntas eran incómodas.

—Tiene una forma rara de leucemia, tan rara que aún no se ha investigado. El mundo entero está celebrando que al fin estamos venciendo al cáncer, gracias a los avances de la investigación financiada por la Fundación Humana, pero aún hay tipos de cáncer muy raros para los que esencialmente no hay esperanza porque la cantidad de casos es muy pequeña. Mi hermana es uno de esos. Participa en el programa de lotería mensual para terapias genéticas de alto nivel y yo participo para aumentar sus posibilidades.

—¿Qué hay de ti? ¿Ninguna enfermedad incurable?

—No. Soy sordo de un oído desde que nací. Por favor, nada de bromas tontas, las he escuchado todas. Por eso uso audífono.

Se echó el pelo hacia atrás y se volvió hacia ella para revelar su oreja izquierda. Ágata tuvo que mirar dos veces antes de poder ver el pequeño hilo revelador.

—Eh. Es extraño. Sabes que hay buenos implantes y procedimientos quirúrgicos que pueden ayudar, ¿verdad?

—Pero son muy caros y prefiero gastar el dinero que me queda en la lotería que podría salvar al planeta y de paso, a mi hermana. Mi audífono no me molesta porque nunca he conocido la vida sin él, así que no me preocupo demasiado por eso. Y, probablemente soy una de

las últimas diez personas en el mundo que aún lleva una de estas antiguallas en la oreja.

Se quedó en silencio por un momento y, como Ágata no respondió, le preguntó:

—¿Y tú?

—Yo no participo en las loterías.

—¿Por qué no? Creo que es un buen sistema. Cualquiera puede comprar un boleto mensual por un monto fijo, y puedes ganar una nueva pierna, un trabajo en la Fundación Humana, financiación para los estudios que siempre has soñado o un millón de premios más, y todo el dinero se destina a la Fundación y sus proyectos para salvar el mundo —explicó Pano, cada vez más entusiasmado mientras hablaba.

Ágata trató de descifrar en su rostro si estaba hablando en serio o con sarcasmo, pero no lo logró.

—Entiendo el sistema y creo que es bueno. Durante treinta años, la Fundación Humana ha estado asumiendo los problemas de nuestro mundo prácticamente sin ayuda, mientras que nuestros políticos se acomodan en los grupos de presión bajo la atenta mirada de las autoridades. Por eso dono el treinta por ciento de mi salario a la Fundación.

—¿Qué? ¿El treinta por ciento? —Sus ojos se abrieron de sorpresa. —¿En serio?

—Sí —dijo ella secamente.

—¿No tienes aficiones? ¿Familia? ¿Amigos con los que hacer cosas?

—No. Estoy casada con mi trabajo. Felizmente, debo agregar. Y están empeñados en pagarme mucho dinero por ese trabajo. Pero como no lo necesito, prefiero que se convierta en algo que ayude a todas las personas —explicó.

—No sé si lo encuentro extremadamente triste o extremadamente admirable —confesó Pano, contemplándola de arriba abajo con una mirada intensa como si estuviera replanteándose su concepto de ella.

A ella no le gustó.

—Muy bien, entonces, ¿cómo empezamos? —preguntó para cambiar de tema—. Creo que debería señalar que, si la Fundación Humana resulta culpable, la echaré por tierra como a cualquier otra persona que infrinja la ley, cueste lo que cueste.

—Pero por supuesto —respondió él rápidamente—. Ya informé a mis contactos en Bruselas y hablaron con la Agencia de Seguridad del Estado en Ciudad del Cabo. Nos van a recoger en el aeropuerto y nos han prometido todo el apoyo de las autoridades.

—Karlhammer los tiene completamente... sometidos. No solo es la persona más rica del mundo, sino que también es sudafricano y es el mayor empleador de este país. No van a... ya sabes qué... el pozo de

donde sale el dinero.

—¿No van a "ya sabes qué?" ¿Hablas en serio? ¿No puedes simplemente decir "mear" cuando eso es lo que quieres decir? —preguntó Pano, sonriendo.

—No me gusta utilizar palabras malsonantes —respondió, encogiéndose de hombros.

—Qué bonito.

—No lo creo.

—Quizás tengas razón.

—Bien, entonces, ¿cómo va a funcionar esto? —preguntó ella.

—Nos recibirá un oficial de enlace, quien nos llevará a nuestro hotel…

—...que definitivamente ya está intervenido —agregó ella.

—Por supuesto. ¿Qué esperabas? Pero al menos lo sabemos, y ellos deben saber que lo sabemos. Vamos, admítelo. Si la situación fuera al revés, también los espiaríamos —dijo Pano con un suspiro prolongado —. A veces odio este mundo.

—Yo no.

—¿Por qué?

—Porque es un mundo que es predecible, que funciona según ciertas reglas y con cierta lógica, y yo sé cómo.

—Me parece que así es como ves el mundo y lo evalúas —especuló él. Cuando Ágata frunció el ceño, sonrió.

—No importa —dijo ella—. Aún quiero revisar estos archivos un poco antes de aterrizar. —Cogió sus gafas de datos—. ¿Sabías que Peter Gould, el director financiero de la Fundación Humana, también fue reportado como desaparecido en 2018?

—No, no lo sabía. Esto se vuelve más emocionante. ¿Cuándo fue?

—En diciembre. Bastante tiempo después de Jackson. Pero no tenía familia ni, evidentemente, amigos que lo echaran de menos. Solo se informó más tarde, cuando alguien en su liga de bolos preguntó a la policía por él porque dejó de presentarse.

—Qué triste —dijo Pano—. Pero, ¿por qué un cerebrito financiero desaparecería con Jackson?

—No lo sé. Pero vamos a averiguarlo, porque no me rendiré hasta que lo hagamos.

—¿De verdad nunca has dejado un caso sin resolver?

—Nunca —dijo ella con firmeza—. Nunca.

EL OBSERVADOR, 2042

El hombre del traje negro se levantó de su asiento en primera clase en el vuelo 4777 de Delta y se movió lentamente hacia la parte trasera del avión. Habían pasado menos de dos minutos desde que el piloto anunció que estaban a punto de comenzar su descenso hacia Ciudad del Cabo. Su camino fue bloqueado por una mujer corpulenta que estaba reorganizando su equipaje en el compartimiento superior sobre su asiento.

—Disculpe —dijo cortésmente, mostrando una sonrisa amistosa—. ¿Me permite pasar, por favor?

—¿Por qué? —respondió ella bruscamente, mirándolo como un halcón a su presa—. También hay baños en el frente, sabe.

La mujer agitó un brazo regordete en dirección a los dos sanitarios junto a la puerta de la cabina, donde dos auxiliares de vuelo estaban ocupadas guardando los carritos de bebidas en sus compartimentos.

—Disculpe, pero ambos están ocupados —explicó.

—Entonces espere hasta que termine aquí.

El hombre del traje negro suspiró y volvió a tocarla.

—¿Qué?

Ella se giró para mirarlo, molesta.

Cuando sus ojos se encontraron, él le instruyó en voz baja:

—Por favor, regrese a su asiento, pida una botella de vodka, ábrala y bébala directamente.

Los ojos de la mujer estaban fijos en los de él, y sus párpados se contrajeron ligeramente por la tensión. Luego dejó de hacer lo que estaba haciendo, cerró el compartimento y volvió a sentarse.

El hombre del traje negro continuó por el pasillo, mirando de soslayo a los dos agentes, Devenworth y Hofer, al pasar. Ambos tenían puestas sus gafas de datos y estaban manipulando símbolos y controles invisibles. Rozó la chaqueta de Ágata por un instante, aparentemente por accidente y sin que ella se diera cuenta, y siguió sin detenerse hasta llegar a los baños traseros. Allí entró en el de la izquierda, y salió cinco minutos después.

En lugar de regresar a su asiento asignado, se sentó en un asiento libre al otro lado del pasillo. Podía ver a Devenworth y Hofer, que habían guardado sus gafas de datos y abrochado sus cinturones de seguridad.

15

DAN JACKSON, 2018

—¿Las cámaras están en su lugar? —preguntó Dan.

Ross asintió enfáticamente. Se encontraban de pie en la tienda de trabajo, mientras dos estudiantes estaban volviendo a cablear algunos tableros de circuitos.

—Cuando esas dos estén en funcionamiento, todo estará en línea y se podrá acceder a ellas. Pero no podemos enviar un video a Viena. No tenemos el ancho de banda. —El asistente de Patchuvi le recordó el problema que aún no había resuelto.

Ahora que había una expedición desconocida en camino hacia ellos, Dan creyó prudente instalar cámaras y grabar todo. Su llamada telefónica con Luther hace tres días no produjo ninguna respuesta. Había estado tan sorprendido de escuchar sobre ellos como lo había estado Dan.

Y lo que es peor, todas las búsquedas de espacios ocultos y concentraciones inusuales de iridio habían fracasado. Tenían solo tres o cuatro días hasta que llegaran los extraños, y con cada hora que pasaba, el nudo de preocupación en su estómago se hacía más y más grande.

—De acuerdo. Llevaré mi tableta. Si pasa algo, envíame un mensaje.

—¿Adónde va? —preguntó James.

—A la Caverna Uno. Solo quería comprobar por mí mismo si no hay nada allí. Dile a Dana que llevaremos el detector de muones —dijo Dan.

El asistente de Patchuvi asintió.

—Gracias —dijo Dan mientras se volvía y corría a través del tubo inflado entre la tienda de trabajo y el vestidor lleno de casilleros para forzarse a calentar su ropa térmica. Se habían colocado alfombrillas de goma de nido de abeja sobre las placas del piso, pero de alguna manera el suelo seguía fangoso. Los finos cristales de hielo que se formaban rápidamente sobre la ropa y los zapatos cuando alguien salía, se derretían rápidamente cuando esa persona entraba, y el residuo se mezclaba con la suciedad y el polvo de las casi veinte personas que trabajaban aquí. Dan se esforzó mucho en no dejar que sus calcetines tocaran el suelo cuando metió los pies en las botas. Luego pasó por la “esclusa de aire”, como llamaban al pasaje corto que tenía una puerta de cierre automático en cada extremo. Esto

ayudaba a mantener la mayor cantidad de calor posible en el interior.

Como siempre, la pared de frío le dio una bofetada y casi se tambaleó. Su rostro comenzó a arder casi de inmediato cuando el aire cálido de la tienda se condensó sobre su piel expuesta, donde instantáneamente se convirtió en cristales de hielo.

—Odio este frío —se quejó mientras se dirigía a toda prisa hacia la Caverna Uno. Dio la vuelta a las habitaciones, las burbujas brillantes que le parecían algo sacado de una película de ciencia ficción de principios de siglo, y se apresuró al corredor 13, que pasaba a través de una habitación algo inclinada con forma de pozo que conducía directamente a la caverna. No vio a nadie en el camino, porque la mitad de los estudiantes en el cuadrante oeste estaban tomando muestras de suelo, y la otra mitad estaba en el módulo de trabajo analizándolas en busca de iridio.

Apenas entró en la Caverna Uno, un escalofrío, no relacionado con la temperatura, le recorrió la columna. Estaba completamente oscuro y tuvo que usar una pequeña linterna para encontrar el interruptor giratorio que el equipo había colgado en la pared. Pendía de un anillo de alambre debajo de los gruesos cables de alimentación.

Lo encontró y encendió el interruptor, y la luz expulsó la oscuridad de la vasta caverna con sus paredes perfectamente talladas. La habitación tenía más de cien metros de largo y cincuenta metros de ancho. Con su techo alto que se elevaba en un vértice acanalado, parecía que estaba dentro del casco de un barco al revés.

Lo primero que vio fueron las muchas islas de luz amarilla. Parpadeaban continuamente como si lucharan por alcanzar un equilibrio con la oscuridad.

—¿Cuál es el secreto que me estás ocultando? —susurró, y observó la larga nube de su aliento helado por un momento antes de comenzar a ajustar los seis focos de obra que apuntaban hacia arriba a lo largo de las paredes, uno por uno. Inclinó los proyectores LED hacia abajo y los ajustó durante media hora para que iluminaran la mayor parte posible del suelo oscuro.

—¿Qué estás haciendo?

Dan quedo tan sorprendido por la repentina voz que todo su cuerpo se comprimió como un muelle gigante. Se dio la vuelta y vio a Gould de pie detrás de él, bebiendo de un termo que sostenía en las manos envueltas en gruesos bultos. Debajo de la gruesa capucha forrada de piel, su rostro parecía regordete, aunque Dan sabía que el hombre de las finanzas era ascéticamente delgado hasta el punto de exagerar.

—¡Dios, casi me da un infarto! —jadeó Dan.

—No fue mi intención... Lo lamento. ¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntar.

—Quiero buscar en el suelo. En muchas cámaras funerarias hay espacios huecos o habitaciones y pasajes secretos debajo del piso.

—¿Crees que esto es una cámara funeraria?

—Por supuesto que sí —dijo Dan, arrugando la frente—. ¿Qué si no?

—Ni idea —dijo Gould, malhumorado—. Bueno, genial.

—Casi siempre hay cámaras funerarias. Casi todas las culturas otorgan una gran importancia a la muerte y a los restos de personajes importantes. Y las pirámides son básicamente siempre eso. ¿Por qué esta debería ser diferente?

—Tú eres el experto. Y, ¿cómo vas a hacerlo? —preguntó Gould.

Cuando Dan levantó una ceja y lo miró desconcertado, agregó:

—Me refiero a la búsqueda.

—Oh, de la misma manera que hice con las habitaciones más pequeñas. Dejé el dron aquí ayer. —Hizo un gesto hacia el pequeño estuche cerca de uno de los reflectores—. Si configuro las luces correctamente, puedo enviar el dron y escanear desde arriba con la cámara HD. Esa es la mejor manera de identificar patrones que no se pueden ver de cerca. Menos mal que el techo es tan alto aquí. Debería poder elevarme lo suficiente como para obtener una imagen completa.

—Entiendo. Espera, me ocuparé del estuche.

Gould recogió la maleta de aluminio y la puso frente a Dan, quien se arrodilló y la abrió.

La voluminosa ropa térmica restringía tanto los movimientos de Dan que se sentía como un astronauta.

—Gracias —dijo.

Sacó el dron de cuatro rotores del molde de espuma en el que se alojaba dentro del estuche y empezó a montar la cámara en él.

—¿No crees que ya hemos probado la teoría de los antiguos astronautas? ¿Al descubrir una estructura de más de dos millones de años que solo podría haber sido construida por humanos con materiales modernos? —preguntó Gould, mientras observaba a Dan con atención.

—¿Antiguos astronautas? —preguntó Dan con curiosidad, casi ofendido—. ¡No soy fanático de esas cosas!

Negó con la cabeza con frustración mientras atornillaba el montaje de la cámara en la parte inferior del dron, sosteniéndolo todo entre sus dedos enguantados como un cangrejo que no coopera.

—¿No?

—¡No! ¡Eso es lo que he estado tratando de hacer que todos entiendan todo el tiempo! “Los antiguos astronautas” es una pseudociencia, y la mayoría de sus hipótesis han sido refutadas hace mucho tiempo. Las personas que impulsan esas cosas casi nunca son científicos, solo chiflados que creen que los extraterrestres

descendieron y proporcionaron tecnología a las civilizaciones antiguas. Creen que los dioses de la mitología eran en realidad extraterrestres a quienes los humanos adoraban debido a su tecnología. ¿No ves que creo que todo eso es una tontería? Lo único que tengo en común con ellos es que también creo que la humanidad es mucho más antigua de lo que pensamos. Pero no porque crea que el *Homo Sapiens* haya existido tanto tiempo. Lo que creo es que los humanos gobernaron este planeta antes.

—Entonces, ¿a dónde fueron todos?

Gould sonaba como si estuviera siendo de mente abierta, pero Dan no creía que fuera genuino al respecto. Prácticamente todo el mundo creía que sus ideas eran ridículas, excepto tal vez por los pocos estudiantes que habían venido aquí con él en busca de aventuras.

—Bueno, puede haber varias razones. Tal vez un E.E.M., o tal vez abandonaron la Tierra en una nave espacial.

—¿E.E.M.?

—Evento de extinción masiva —explicó Dan sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. Muerte masiva causada por el impacto de un meteorito, la erupción de un supervolcán, un tsunami causado por un terremoto, etc., etc., etc.

—Bueno, al menos eso suena más plausible que las naves espaciales.

—¿Eso crees? En solo un par de años, SpaceX volará a Marte. Cuando piensas que hace apenas doscientos años Tomás Edison encendió la primera bombilla, es mucho progreso en poco tiempo. Si mi teoría es correcta, la civilización de los Constructores duró mucho más que la nuestra. Y, ¿dónde crees que estaremos después de, digamos, ochocientos años de electricidad? ¿O cuando llegue la inevitable singularidad de la IA? Las naves espaciales no son ilógicas, de hecho, son inevitables —explicó Dan, y luego maldijo abrupta e inusualmente cuando el conector roscado de la cámara se salió de su zócalo. Sin pensarlo, se quitó los guantes y trató de colocarlos correctamente con los dedos desnudos, pero comenzaron a temblar de inmediato, y después de solo unos segundos tuvo que volver a ponérselos.

—De acuerdo —dijo Gould—. Entonces, ¿piensas que los "antiguos astronautas" son una mierda, o simplemente interpretas su historia de manera diferente?

—Ambas cosas —respondió Dan, y miró a Gould mientras terminaba de preparar el dron—. Por un lado, tenemos objetos documentables como la "Cuña de Aiud", encontrada en una obra en Rumania en 1973. Es un trozo de aluminio finamente molido, de más de dos kilogramos de peso, y cubierto con una gruesa capa de óxido que indica que es antiguo, miles de años, tal vez incluso millones.

Pero el primer aluminio metálico solo se produjo en 1825. Cuando salgamos de aquí puedes buscarlo en Google. Los entusiastas de los "antiguos alienígenas" afirman que es una pieza del tren de aterrizaje de una nave espacial extraterrestre. Pero creo que es una reliquia de los Constructores, humanos que vivieron aquí a principios del Paleozoico.

—¿Pero no crees que si eso fuera cierto, habríamos encontrado muchos más rastros de ellos, muchas más reliquias? —preguntó Gould, vacilante.

—No. Esa es una de las diferencias entre mi teoría y la de los antiguos astronautas. Lo que creo es que los Constructores vivieron aquí hace unos sesenta millones de años, cuando la Tierra estaba dominada por un clima muy hospitalario. Sabemos por nuestra ciencia que, después de tanto tiempo, básicamente no habría rastro de nosotros. Movimientos de placas tectónicas, depósitos, cataclismos, nunca se encontraría nada de lo que construimos, ni acero, ni plástico, nada.

»Lo único que aún se podría detectar serían datos atmosféricos como el alto contenido de CO_2 de la época. Ahora, ya sabemos que ha habido grandes fluctuaciones en el nivel de CO_2 atmosférico a lo largo del tiempo. Sin embargo, lo que no podemos decir con seguridad es si eran de origen natural o industrial.

Dan se puso de pie y giró el dron varias veces antes de sostenerlo en una mano. A continuación, cogió el mando a distancia con su amplia pantalla en la otra.

—Toma, sostén esto por un segundo.

Le entregó el dron a Gould y comenzó a presionar los botones del control remoto. Cuando los rotores comenzaron a zumbar y luego a girar, le indicó a Gould que lo soltara.

—Por supuesto, todo eso supone que fueron lo suficientemente estúpidos como para arruinar su clima, como nosotros —continuó Dan mientras el dron se elevaba prácticamente hasta el vértice del techo—. Ahora bien, tengo problemas para creer. La naturaleza por lo general no le da a la estupidez una segunda oportunidad. No es una ventaja evolutiva.

—Exacto —dijo Gould, estirando el cuello para seguir al pequeño dron. Ahora que se había elevado por encima de la luz proyectada por los reflectores de la construcción, era solo un destello ocasional en la oscuridad—. ¿De verdad crees que vamos a encontrar algo aquí?

—Tengo que creer.

—Esa no era mi pregunta.

—Sí, de verdad creo que vamos a encontrar algo aquí —respondió Dan, sin levantar la vista de la pantalla. Pulsó un botón y se volvió para mirar directamente a los ojos de Gould—. Mi instinto nunca me

ha fallado.

—¿Tus instintos también te dijeron que un grupo desconocido de personas vendría? —preguntó Gould.

Estaba sonriendo provocativamente cuando lo dijo, pero Dan podía ver la preocupación en sus ojos.

—Mi instinto está más interesado en las rocas que en las personas.

—Creí que también eras antropólogo.

—Sí, es por eso que entiendo que las personas adultas actúan como niños —resopló Dan.

—Déjame adivinar. No te agradan los niños.

—En realidad, me agradan los niños. Pero hay que llevarlos de la mano para que no corran hacia el tráfico, no crucen la calle a contraluz y no coman las bayas venenosas a lo largo de la carretera.

Gould le devolvió la mirada a Dan con un brillo provocativo en sus ojos.

—En otras palabras, te ves a ti mismo como un adulto y quieres tomar a la humanidad de la mano —dijo, y siguió mirando hasta que Dan se volvió, negando con la cabeza, para volver a mirar la pantalla que tenía en las manos.

—Solo estoy tratando de ayudar.

—¿Crees que probar que la gente se extinguió una vez antes va a ayudar?— Gould no parecía muy convencido.

—No. Lo que creo que ayudará es encontrar lo que dejaron, así puedo demostrar que ya nos hemos exterminado una vez. Tal vez entonces la gente despierte y trate de cambiar algo.

—Eres demasiado optimista —dijo el contador.

—Y tú no eres lo suficiente —replicó Dan.

De repente, pulsó el centro de la pantalla con un dedo, con fuerza, como si fuera a atravesarlo.

—¿Qué pasa?

—¿Ves estas marcas? —Dan acercó la pantalla a la cara del otro hombre.

—Parece una larga juntura.

—Mira allí, la parte superior, la inferior y los lados.

—Hay grietas por todas partes —respondió Gould. Se tapó la boca con una mano enguantada para que el vapor de su aliento no empañara la pantalla.

—Sí, pero exactamente cuatro de ellas son un poco más profundas. Tal vez no tengas práctica en ver patrones como este, pero inténtalo. Míralo bien y concéntrate —lo desafió Dan, sonriendo tanto que sus labios casi congelados se abrieron.

Después de un rato, Gould aceptó:

—Tienes razón. Con un poco de imaginación, puedes ver claramente cuatro junturas: líneas rectas en ángulo recto hacia el

centro. Pero se detienen justo antes de donde se encontrarían en el punto medio.

—Y ahí es exactamente donde pondremos el detector de muones —dijo Dan. Sacó la radio de su cinturón—. Soy Dan. Necesito el detector de muones en la Caverna Uno de inmediato.

Unos diez minutos más tarde, los dos estudiantes que habían estado trabajando en la conexión en red de las imágenes de la cámara entraron, haciendo rodar la máquina con ellos. El detector era una colección de dispositivos montados en un gran bastidor con ruedas. Se parecía a cualquier otra colección de unidades de bastidor que se pudiera encontrar en cualquier lugar; aunque, ciertamente no se parecía en nada a lo que debería si se consideraba su función, que consistía en detectar rayos cósmicos.

Dan, que ahora estaba de pie con Gould junto al suelo de aproximadamente un metro cuadrado donde se detenían las cuatro grietas más profundas del piso, hizo un gesto a los estudiantes hacia él y rodaron la caja los últimos metros hasta que el detector se colocó con la mayor precisión posible sobre el centro exacto del punto.

—¿Encontró algo, señor? —preguntó uno de los estudiantes.

El agujero en el centro de su capucha era más barba que cara.

—Dije que me llamaras Dan, ¿de acuerdo?

—Lo siento, eh, Doctor, lo siento.

Dan suspiró e hizo un último ajuste en el detector de muones.

—No hemos encontrado nada. Aún no. Pero tengo el presentimiento de que este es un buen lugar para empezar a buscar. ¿Este canal de datos irá directamente a la red?

—Sí —dijo el otro estudiante con un asentimiento ansioso.

—Bien. Eso tomará algunas horas. Volved a lo que estabais haciendo. Tenemos presión de tiempo —dijo Dan, levantando una mano en señal de gratitud.

La pareja vaciló brevemente y luego salió apresuradamente, de regreso por el pasillo que conducía a la Caverna Dos y al módulo de viviendas. Dan sintió pena por ellos y, en circunstancias normales, los habría dejado allí parados y esperando los resultados. Pero ese era un lujo que ya no tenían, no con una segunda expedición desconocida pisándoles los talones, que llegaría en unos días y con intenciones desconocidas.

—Ahora esperamos —dijo Dan.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Gould, mirando de arriba abajo la caja metálica con ruedas de casi dos metros de altura como si fuera una especie de curiosidad circense.

—Eso depende de la profundidad. Primero, el instrumento va a realizar algunas mediciones de referencia. Supongo que eso llevará una o dos horas.

—Para entonces, habremos muerto congelados —protestó Gould, juntando repentinamente los brazos sobre el pecho de forma similar a una postura de oración y frotándose las manos con fiereza.

—Tal vez sea así. Puedes regresar si quieres. Yo esperaré aquí. —Dan también se frotó las manos y luego comenzó a caminar alrededor del lugar en el que estaba parado para tratar de generar al menos un poco de calor interno.

—Iré a llenar estos —dijo Gould, indicando los contenedores térmicos—, y luego regresaré con algunos elementos calefactores para ti.

—Eso sería genial, gracias.

Cuando los pasos de Gould se desvanecieron en la distancia, Dan miró el suelo debajo del detector de muones. Parecía liso debajo de la fina capa de cristales de hielo que cubría todo aquí, lo que le daba una apariencia tosca. Siguió mirando el flujo de datos que se desplazaba en la pantalla de su tableta. Todos parecían las mismas imágenes, y pronto sus ojos comenzaron a ponerse vidriosos. Entonces, de repente, su dispositivo emitió un pitido, solo una vez, y tan rápido y discreto que apenas lo escuchó. Pero en el silencio sepulcral de la caverna misma, con el zumbido distante de los generadores como único sonido, lo sacó de su trance.

—Vale, dámelo —susurró, agarrando la tableta con ambas manos para sostenerla justo en frente de su cara. ¿Serian correctas las lecturas? El detector solo había estado en eso durante unos minutos y ya había encontrado algo.

Dan miró incrédulo lo que mostraban los resultados de la imagen: una cavidad más o menos cúbica debajo que medía tres metros en cada dirección. Si la información era correcta, estaba parado sobre unos pocos centímetros de roca, con una cámara oculta debajo.

Entró en acción de inmediato, arrojó su tableta a un lado y comenzó a raspar la capa de hielo con las manos, en busca de pictogramas, un mecanismo, cualquier cosa que indicara una abertura. Pero no pudo encontrar nada. Luego, empujó el detector a un lado e hizo lo mismo donde había estado el dispositivo. Nuevamente usó su tableta para comprobar que nada había cambiado.

Nada cambió. Sentado en el lugar donde apuntaban las junturas antes de descontinuar, estaba justo encima de la cavidad. Sus dimensiones eran absolutamente regulares. Era imposible que fuera de origen natural.

—Soy Dan Jackson —llamó por su radio, con la voz turbada por la emoción—. Estoy en la Caverna Uno y he encontrado algo...

Su frase se cortó abruptamente, y su voz cambió a un grito de sorpresa cuando el piso debajo de él dejó de existir y se sumergió en la oscuridad.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio estaba al timón del Ocean's Bitch, llorando. Sus lágrimas eran tan abundantes y cálidas que le quemaron las mejillas casi de inmediato. Acababa de arrojar otro bote salvavidas de emergencia y tenía las manos sobre los oídos, desesperada por ahogar los gritos de Tomás desde el agua, rogándole que no lo abandonara a él y a sus camaradas. Se sentía terrible, pero al mismo tiempo sabía que no tenía elección. En la tripulación del Bitch, había encontrado una nueva familia. Pero su antigua familia la necesitaba con más urgencia ahora.

Una copia enmarcada del manifiesto de los chatarreros colgaba de la pared justo detrás de ella. Podía sentirla físicamente, como si el trozo de papel tuviera ojos que le perforaban la espalda.

"Artículo 6: Todos los objetos encontrados serán liquidados y compartidos equitativamente entre todos los miembros de la tripulación, independientemente de su posición, después de que se hayan pagado las acciones de los inversores.

Artículo 7: La facultad de decisión sobre la venta de los objetos encontrados corresponde al inversor".

Lo peor de todo era que sabía muy bien que su propia firma estaba allí, junto a la de Romain, Tomás, Jane y Alberto. Era como si fuera una foto familiar y ella acabara de arrancarse de ella.

—No tuve elección —dijo sollozando y se volvió hacia Oscar, que estaba sentado a su lado. —La miraba con atención—. Lo entiendes, ¿verdad? —Oscar ladró afirmativamente y jadeó—. Estas muestras solo pueden ir a una de las partes: la que puede reincorporarme al Proyecto Marte y asignarme a la próxima misión... pero nuestro inversionista es un estadounidense, que se lo venderá a la NASA. Y el dinero no me va a llevar allá.

Miró deliberadamente la caja que estaba atada a la pared detrás de ella con una correa resistente.

Enjugó las lágrimas de sus ojos y miró el reloj. Había estado navegando con la señal de su transpondedor apagada durante media hora, por lo que era hora de comunicarse por radio con la Guardia Costera de Maldivas. Descolgó la radio, sintonizó la frecuencia y comenzó a hablar:

—¡Mayday! ¡Mayday! Este es el barco chatarrero Ocean's Bitch. ¡Solicito asistencia inmediata! Las coordenadas son...

Filio miró la ventana en pantalla que había preparado antes y leyó

las coordenadas GPS del bote salvavidas de emergencia.

—Repito. ¡Mayday! ¡May Day!

—Ocean's Bitch, habla el capitán Inaritu desde el Gallasolé. Mensaje recibido. Estamos en camino. Tiempo estimado de llegada, tres horas. Mantenga su bote salvavidas activado. ¿Tiene alguna herida?

—Afirmativo —mintió, y presionó el botón de ruido blanco antes de colgar. Eso aseguraría que la Guardia Costera se apresurara.

—Tres horas —dijo en voz alta, mirando el reloj—. Esas son buenas noticias. Con su equipo y la balsa salvavidas, aguantarán.

Filio respiró hondo y puso el piloto automático a toda velocidad en un curso de norte a noroeste. Luego se dirigió a la sala de reuniones, seguida de cerca por Oscar, y cogió el teléfono satelital de la mesa.

—Una vez que hagas esto, no habrá vuelta atrás —se advirtió a sí misma. Luego marcó un número y volvió al puente con pasos nerviosos.

Una mujer con voz alegre y resonante respondió.

—Oficina del Director General Rietenbach, habla Spärling. ¿Quién está ahí?

Parecía mitad centro de llamadas y mitad estrella porno.

—Soy Filio Amorosa —respondió ella, con la voz tensa. Se lamió los labios—. Necesito hablar con el señor Rietenbach.

La pausa que siguió fue tan larga que Filio temió que el teléfono satelital hubiera cortado la conexión, pero la secretaria se recompuso.

—Lo siento, señorita Amorosa, el señor Rietenbach acaba de salir del edificio.

—Solo dígale que tengo lo que más quiere, y que lo tendré durante exactamente cinco minutos más antes de que alguien más lo obtenga.

Cortó la conexión y luego exhaló profundamente.

Si la tal Spärling tuviera al menos dos neuronas funcionando correctamente, estaría llamando a su jefe como si su vida dependiera de ello. Mientras esperaba, Filio empezó a buscar el número de su amigo y abogado, Martin Lücke, en su terminal.

Pero el teléfono satelital ya estaba sonando.

—¿Rietenbach? —preguntó cuando contestó.

—Sí, Filio, soy yo. Acabo de llegar a Lake Geneva, pero mi secretaria dijo que tienes algo para mí. Algo que quiero mucho. Tienes toda mi atención.

Filio se acercó a la caja sellada al vacío y retiró algunos sellos hasta que silbó y la tapa se soltó, levantándose un poco. La caja contenía ocho tubos de ensayo transparentes, envueltos en espuma moldeada ajustada. Algunos contenían piedras que parecían ámbar, otros estaban llenos de pequeños fragmentos, pálidos como el marfil, mientras que otros estaban llenos de un líquido oscuro.

—Tengo las muestras.

—¿Qué muestras, Filio?

—Las muestras tomadas de El Objeto.

Hubo un largo silencio en la línea, lo suficiente como para que ella revisara cuidadosamente la pantalla del teléfono satelital varias veces, asegurándose de que la conexión aún estuviera activa.

Finalmente, el director volvió a hablar.

—Será mejor que esto no sea una especie de broma —advirtió.

Su voz era mesurada, pero no lo suficiente como para ocultar una nota subyacente de emoción.

—¿De verdad crees que soy el tipo de persona que bromea sobre esto? ¿Sobre *esto*?

—¿Dónde estás? ¿Dónde están las muestras? ¿Dónde has estado todos estos años? ¿Sabes que has desaparecido tanto tiempo que te han declarado oficialmente muerta?

—No, Director —Filio chasqueó la lengua, negando con la cabeza —. No soy tan estúpida como para caer en tus trucos. No esta vez. Sé cómo jugar. Así que antes que nada, quiero algunas garantías. En una hora, mi abogado entrará a la oficina de París con un contrato. Vas a firmarlo, o vas a hacer que alguien lo firme. Mi abogado verificará la firma y luego enviará una copia del documento firmado a tres direcciones que ya preparó. Entonces obtendrás lo que quieres y yo conseguiré lo que quiero.

—¿Y qué es eso exactamente?

—Sabes muy bien lo que es.

—*Mars Two* despegará en menos de dos semanas.

Filio no podía verlo, pero sabía que Rietenbach estaba negando con la cabeza mientras lo decía. Siempre había pensado que se parecía a un perro salchicha, con la barbilla caída y las gafas gruesas de montura de carey.

—No has sido entrenada con la tripulación. ¡Ni siquiera has sido entrenada! Sin mencionar los problemas administrativos a los que nos estaríamos invitando. No, Filio, es imposible.

—Nada es imposible, si quieres que la Agencia Espacial Europea tenga en sus manos los artefactos más valiosos que la humanidad jamás haya poseído. Eso será bueno no solo para tu carrera, sino también para el Proyecto Marte. De todos modos, soy la astronauta más calificada que existe para *Mars Two*, así que no trates de decirme qué es posible y qué no. Y acabo de hacer algo que todos pensaban que era imposible. No olvides eso tampoco. Tan pronto como recibas una llamada de mi abogado, te daré las coordenadas para una extracción. Tiene que ser rápida, y querrás comenzar desde el sur de la India. Ten a tu gente lista.

Filio colgó y tuvo que volver a exhalar profundamente antes de

recuperarse y marcar el número de Martín.

—Lücke.

—Soy Filio.

—Ah. ¿Hiciste la llamada? —preguntó.

Su voz juvenil no encajaba con el abogado veterano de cincuenta años que sabía, estaba al otro lado de la línea. Hablaba el alemán ligeramente cadencioso de Alsacia, que tanto le gustaba y que se había vuelto tan familiar para ella durante las décadas que se conocían.

—Sí —respondió ella, con voz trémula.

—Ya suenas mucho mejor que antes.

—Pero no me siento mejor.

—Yo no me preocuparía por eso. Tus amigos van a ser todos hombres y mujeres ricos tan pronto como los recojan. En realidad, es bueno que la Guardia Costera acuda a ellos, para que puedan registrar oficialmente su botín y así ningún otro barco chatarrero podrá entrar y robar nada.

—Espero que tengas razón. Pero necesito que me hagas un favor —dijo.

—¿No es eso lo que estoy haciendo? Acabo de subir a un taxi. Me dirijo a la oficina ahora mismo.

—Por favor. Tienes que informar al inversionista que su tripulación se ganó el premio gordo. Y dale las coordenadas GPS que voy a enviar a tu terminal. Eso debería acelerar el rescate y asegurar de que puedan salvar todo.

Había súplica en su voz, y tuvo mucho cuidado de evitar mirar la foto de ella y la tripulación clavada en la silla del capitán mientras hablaba.

—Lo haré —respondió Martín.

—Gracias. Por todo.

—Bueno, te debía un favor. Cuando todo esto termine, no habrá deudas pendientes.

—Trato.

—Te mantendré informada.

El abogado colgó y Filio cerró la caja de transporte de inmediato, como si los tubos de ensayo en su interior pudieran aprender a caminar y escapar de alguna manera antes de llegar a su destino.

Los ojos oscuros de Oscar seguían sus movimientos, y cuando ella le arrojó una golosina, la atrapó en el aire.

—Bueno, mi amigo, ya casi llegamos. Casi llegamos —repitió, y corrigió su rumbo hacia Thiruvanamthapuram.

El Ocean's Bitch navegaba a la velocidad máxima que podía sostener indefinidamente, treinta y dos nudos, lo que significaba que recorrería los mil kilómetros en diecisiete horas. India y las Maldivas no estaban en términos particularmente amistosos, por lo que no

tendría ningún problema inmediato si la tripulación decidiera denunciarla ante las autoridades de la nación insular. Por supuesto, existía la posibilidad de que Romain llamara al inversionista en la primera oportunidad que tuviera, pero dado que ella se había asegurado de que Martín lo llamara en ese momento, no se estaría haciendo ningún favor al hacerlo. Además de lo cual, tenía suficiente en sus manos con rescatar a su tripulación y sus preciosos hallazgos.

Le gustaban las personas materialistas que priorizaban el dinero y las posesiones mundanas. Le agradaban porque eran predecibles, como un perro en la pista persiguiendo a la liebre mecánica. Al fin y al cabo, si salían, estaba casi garantizado que no se quejarían. Su amistad se podía comprar, literalmente, y sus acciones y reacciones siempre estaban orientadas hacia lo mismo: el dinero.

Los políticos, hasta los más altos rangos de los funcionarios públicos, padecían una previsibilidad similar. En última instancia, no eran los líderes de los estados democráticos quienes mantenían los hilos políticos, sino más bien las personas a los mandos del aparato de administración pública. Quizás más en Europa que en cualquier otro lugar, desde el siglo XX en adelante, la burocracia se había vuelto rampante hasta el punto en que las nuevas leyes y decisiones que no agradaban a los funcionarios administrativos simplemente se atascaban en procedimientos, enmiendas y revisiones complejos. Habían creado un monstruo burocrático, uno que ya no podía ser controlado y que nadie entendía completamente. Por supuesto, eso les dio a personas como Manfred Rietenbach un poder considerable, a pesar de que las palancas que podía mover eran mucho más obvias que, por ejemplo, las que podían alcanzar los jefes de distritos administrativos o las autoridades locales con conexiones con los ministerios nacionales.

Sin embargo, él era uno de ellos, la amplia clase de políticos, elegidos o designados, cuya divisa era el poder. Rietenbach usaría lo que ella había encontrado para conseguir una posición aún más poderosa. Tal vez estaba buscando el puesto de Director General de por vida, no un puesto oficial, obviamente, pero las puertas se abrían para los poderosos, o tal vez buscaría mucho dinero maniobrando para ocupar un puesto de Secretario de Estado en un comité ministerial.

Cualesquiera que fueran sus planes, Filio estaba segura de que en ese momento se frotaba las manos con júbilo al pensar en ello, y ella podía aprovechar eso.

Detestaba esa clase de pensamiento, pero sabía cómo usarlo. No podía ni quería entender cómo alguien podía mirar lo que posiblemente era el hallazgo más importante en la historia humana, muestras de material orgánico que no provenía de la Tierra, y ver una oportunidad para el enriquecimiento personal.

Por supuesto, las copias que había enviado a los gobiernos de Alemania y Francia y a la NASA asegurarían que las instituciones más importantes lo supieran todo y que el hallazgo finalmente beneficiaría a toda la humanidad. Cuando las viera, las arrugas de Rietenbach se duplicarían en tamaño. Pero a ella no le importaba, porque sabía que él apretaría los dientes y firmaría en la línea punteada. No tenía otra opción. Lo único que podía hacer era asegurarse de decirles a todas las personas adecuadas que la había estado preparando y apoyándola todo el tiempo. Y el hecho de que ella había confiado en él, y en nadie más, con las muestras sería su prueba.

Ella lo había preparado todo de esta manera y Rietenbach no iba a defraudarla: era demasiado predecible.

Después de aproximadamente una hora de que Filio se mordiera las uñas y mirara nerviosamente la pantalla del radar, finalmente sonó el teléfono satelital.

—¿Sí?

—Soy Martín —respondió su amigo y abogado.

—¿Y?

—Revisó todo y firmó. Vas a conseguir tu lugar en *Mars Two* —le aseguró Martín. Cuando lo asimiló, casi se desmaya.

Lo logré, el pensamiento resonó en su cabeza. *De verdad lo hice, y tendré mi segunda oportunidad. La oportunidad de entender por qué murieron mis amigos y de darle sentido a todo*.

Después de dos años de trabajar de manera obsesiva e inimaginablemente dura, y de vivir una mentira a pesar de todo, apenas podía creer que esta llamada telefónica fuera real. Todo el tiempo dedicado celosamente a aprender a bucear, para que ella fuera creíble como cazadora de tesoros; las largas noches en el puente, mirando a Romain para aprender los conceptos básicos de gobierno y navegación en el mar; toda la práctica para esquivar los avances de cada uno de los hombres que se acercaron a ella; toda la farsa que necesitó para tenerlos comiendo de la mano, pero lo más difícil que había tenido que aprender fue poner su objetivo por encima de todas las personas que había dejado entrar en su corazón.

—Solo unos días más y todos serán muy, muy ricos —dijo en voz alta, suspirando—. Tan ricos que no echarán de menos una cajita. Estarán demasiado ocupados nadando en dinero para preocuparse. Eso es... eso es...

—Es maravilloso, sí —terminó Martín por ella—. Los faxes han sido enviados. Eso levantó algunas cejas, y algunos de ellos ni siquiera sabían si aún tenían una máquina de fax, pero al final mi investigación valió la pena. En Europa, pasado de moda aún significa oficial y hermético. Espera, Rietenbach quiere hablar contigo.

Hubo un breve momento de estática al otro lado de la línea, y

luego escuchó la voz atronadora del Director General.

—Filio, ¿dónde se supone que te recojamos a ti y... al Objeto?

—En el puerto de Thiruvanamthapuram. Hay un aeropuerto internacional cerca de allí —dijo sin dudarlo.

—Me aseguraré de que tú y El Objeto lleguen a Darmstadt sanos y salvos.

—Pero no quiero ir a Darmstadt.

—Eso no es negociable —insistió Rietenbach—. Hay algunas personas que quieren hablar contigo antes de que vueles a Nevada para entrenar. Los estadounidenses no van a estar nada contentos cuando descubran lo que les arrebatamos frente a sus narices, por lo que podemos usar unos días de anticipación antes de que se arme la gorda.

Ahora sonaba como el servidor público inflexible que era.

—De acuerdo —asintió Filio.

—Pero estás advertida de que la tripulación del *Mars Two* no se emocionará con esto. Vamos a tener que encontrar alguna excusa para sacar a uno de nuestros mejores astronautas de la ESA de esta misión, y no va a estar contento. Y la tripulación tampoco —advirtió el Director General.

—Funcionará.

—Tiene que funcionar. De acuerdo, iniciaré tu extracción de Thiruvanamthapuram, donde sea que sea eso.

Donde sea que sea eso, repitió Filio en su mente, y frunció el ceño. Esa elección de palabras parecía indicar que tenía, o tendría, muchos recursos a su disposición, y eso podría significar que ya había hablado con miembros del gobierno o del BND.

De repente, Filio comprendió que tendría que tener mucho cuidado de ahora en adelante. Todo el mundo estaba detrás de este Objeto, literalmente todo el mundo, al menos cualquiera que supiera que en realidad podría existir. Si bien eso no incluía al público en general, sí significaba toda una serie de poderosos actores estatales, organizaciones del sector privado e instituciones. Todos con los recursos suficientes para ejercer su poder en cualquier parte del mundo.

Sus ojos vagaron hacia la caja oscura detrás de ella, y de repente pareció fría y amenazadora, y el puente se sintió demasiado pequeño. Esa ciudad en el sur de la India parecía muy lejana, y Darmstadt, al otro lado del mundo, parecía aún más lejos.

¿Y si no se hubiera preparado lo suficientemente bien para este momento? ¿Y si hubiera subestimado a alguien, o se hubiera sobreestimado a sí misma y sobreestimado a la ESA como aliada?

Aún no había ganado nada y no iba a respirar aliviada hasta que estuviera físicamente parada en el Centro de Entrenamiento de

Astronautas en Nevada, junto a su futuro equipo. Ese momento aún estaba muy lejos, algo de lo que se volvía más y más consciente cuanto más miraba la caja.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

—Damas y caballeros, en breve tomaremos tierra al Aeropuerto Internacional de Ciudad del Cabo. Por favor, abróchense los cinturones de seguridad, coloquen sus asientos en posición vertical y guarden sus bandejas. Nos gustaría señalar que durante el resto del vuelo, ya no se permite el uso de los baños.

Era la voz de una de las azafatas, la atractiva morena, a través de los altavoces.

Ágata exhaló un suspiro de alivio. Detestaba volar, porque cada vez que abordaba un avión sentía que estaba cediendo el control de su vida. Y lo que lo empeoraba era que esto era cierto, porque ella no tenía ni idea de cómo volar un avión, por lo que solo podía meterse en el tubo de metal, ascender a las nubes y volar por el aire enrarecido, al doble de la velocidad del sonido.

—Te noto tensa —dijo Pano.

—Solo entusiasmada.

—Comprendo.

Afortunadamente, lo dejó así. Ella ponía los ojos en blanco mentalmente cada vez que él sentía la necesidad de comentar sobre lo que observaba, o creía que observaba, lo cual hacía todo el tiempo. Evidentemente, también sabía cuándo mantener la boca cerrada, para no ir demasiado lejos. Ella supuso que en algún momento de su vida había desarrollado una idea del estado de ánimo de otras personas, y quería asegurarse de que los estaba interpretando correctamente. *Eso será útil para nuestras investigaciones conjuntas* pensó, *porque es algo de lo que no tengo la menor idea*.

El avión aterrizó bajo un sol radiante y una turbulencia brutal. El Cabo de Buena Esperanza no solo era el nombre de dese extremo del mundo, sino también uno de los lugares más ventosos del planeta, lo que hizo que fuera aún más sorprendente que la piloto aterrizara con apenas una suave sacudida.

Como siempre, la mitad de los pasajeros se levantaron de sus asientos apenas tocaron el suelo, a pesar de todas las advertencias de las azafatas. Se agolpaban hacia el pasillo con su equipaje, mientras el avión continuaba rodando hacia la puerta de desembarque. Era como un brillante ballet de desobediencia colectiva que se reflejaba en los ojos de todos los estratos de la sociedad. Era un síntoma de la impaciencia humana y la creencia de que podías hacer lo que

quisieras, como siempre lo hacías, solo para poder ser mucho más rápido y eficiente, aun cuando solo fuera bajar de un avión.

Ágata reconocía estas pequeñas pero importantes señales en todas partes, todo el tiempo. Hubo un momento en que se preguntó si le había pasado algo porque solo cruzaba la calle cuando el semáforo estaba en verde y solo en el cruce de peatones, ni una sola vez se había cruzado en la fila, y ciertamente nunca desobedeció las instrucciones de la tripulación de un vuelo de permanecer sentados.

Sin embargo, en algún momento, había llegado a la conclusión de que grandes sectores de la población en general padecían un trastorno fundamental que ella no había heredado. Era la comprensión de ser un sujeto desvinculado, parte de un colectivo y, sin embargo, independiente. Para la mayoría de las personas, las leyes solo se aplican cuando son prácticas, como cuando se conduce un automóvil. Sabes que conducir demasiado rápido no solo te origina una multa, sino que aumenta el riesgo para otros usuarios de la vía. Pero luego dices “ah, no va a pasar nada, tengo mucha prisa, o son solo otros 10 kilómetros”. Pero si alguien resulta ser el responsable de la muerte de tus amigos o de tu familia, porque ha conducido demasiado rápido, pues bien, ninguna sanción te parece demasiado severa. Así era la gente.

Afortunadamente, durante los últimos diez años, los únicos vehículos en la carretera habían sido conducidos por IA. Prácticamente todos los autos ahora eran autónomos, por lo que no podían cometer los errores que cometían los humanos, porque ese tipo de error iría en contra de sus algoritmos. A Ágata le encantaban los algoritmos y nunca había entendido por qué la mayoría de las personas tenían problemas importantes con las IA. Esos errores humanos tampoco ocurrieron más en la ley, ya que todo el sistema legal había sido automatizado. Los algoritmos eran más objetivos que los jueces humanos, quienes por naturaleza solo podían confiar en sus propias interpretaciones, suposiciones y lectura de la ley.

La industria de los viajes aéreos fue la siguiente y, con suerte, pronto, la política. En su opinión, un algoritmo en la cima de la escala social y política sería una bendición para todos. Al fin sería posible saber qué es lo necesario y lógico que hay que hacer, y hacerlo en lugar de tratar de garantizar la reelección del gobierno en funciones.

Ella y Pano avanzaron arrastrando los pies en la fila de unos 400 pasajeros del gran Airbus, bajaron por la pasarela y se dirigieron a los mostradores del control de inmigración. Reconocieron a la mujer que había estado sentada frente a ellos en primera clase, haciendo todo lo posible para asegurarse de que todos en el avión supieran que estaba de mal humor. Ahora, se caía borracha y los agentes de seguridad la arrastraban, forcejeando.

—Qué mujer más extraña —comentó Pano, negando con la cabeza.

Pasaron a la derecha de la multitud que esperaba en la fila de inmigración regular y se dirigieron al puesto de control para diplomáticos y personal de vuelo. Ágata presentó sus pasaportes e identificaciones de inteligencia al oficial de piel oscura en el mostrador, quien diligentemente revisó todo.

—Que tengan una buena estancia —dijo el funcionario con displicencia, y les indicó que pasaran.

Se acercaron a una pared de vidrio esmerilado, que se abrió por la mitad, revelando a dos hombres vestidos de civil que les sonreían.

—Bienvenidos a Sudáfrica, Agente Especial Devenworth, Capitano Hofer —dijo el mayor de los dos.

Tenía un bigote varonil, cabello color pajizo y la piel arrugada y correosa de un fumador empedernido. Su compañero, un africano negro estoico con rasgos marcados, también les estrechó la mano.

—Este es el Agente Aluwi. Yo soy el agente Moosbech —continuó el hombre mayor.

—Un placer —dijo Pano, y se mostraron sus identificaciones para confirmar sus identidades.

—Os llevaremos a vuestro hotel y podemos contaros un poco sobre nuestra ciudad en el camino si queréis. Eso os ayudará a familiarizaros, ¿cierto?

Necesitamos un poco de tiempo para interrogaros y darle al equipo de la habitación del hotel la oportunidad de hacer un último barrido para asegurarnos de que todos los micrófonos ocultos estén en su lugar, tradujo Ágata mentalmente. Asintió.

Ya lo tenían todo: solo dos largas maletas de aluminio cada uno, que habían llevado como equipaje de mano para no tener que ir a las cintas transportadoras de recogida de equipajes y poder salir directamente del aeropuerto con los agentes. Escoltaron a Ágata y Pano a una llamativa camioneta negra con vidrios polarizados. Un oficial de seguridad del aeropuerto estaba esperando en la acera, listo para abrirles las puertas.

Ágata sintió que alguien la observaba, unos ojos que le quemaban la nuca, y miró por encima del hombro. Pero solo había un adolescente, con los auriculares puestos, que parecía estar mirando a través de ella.

El viaje por la ciudad transcurrió sin incidentes, excepto que el agente Moosbech nunca dejó de hablar. Les habló de cualquier cosa y de todo, pero arreglándoselas para no decir nada: la plantación de los espacios verdes, Nelson Mandela, los años posteriores al apartheid, la gentrificación de los municipios, el renacimiento de Ciudad del Cabo y su surgimiento como la “mejor ciudad del mundo” gracias a la fama y la riqueza de Luther Karlhammer, y cuánto más bella y segura era

Ciudad del Cabo en comparación con la extensa Johannesburgo.

Cuando llegaron a su hotel, un cinco estrellas a pie de playa, rechazó cortésmente la oferta de Moosbech de ayudar con el equipaje, así como su propuesta de tomar una copa con él y Aluwi en una hora o dos.

—Lo siento, estamos exhaustos por el vuelo y queremos acostarnos temprano y comenzar nuestra investigación a primera hora de la mañana —Pano simuló un bostezo que no podría haber sido más oportuno.

—Bueno, si cambiáis de opinión, hacédnoslo saber.

Dicho esto, los dos agentes se marcharon.

—Son las cinco de la tarde. Empezaremos ahora mismo, ¿no? —preguntó Pano amablemente.

—Obviamente. No sé tú, pero yo no estoy interesada en quedarme tirada en una habitación infestada de micrófonos y darles todo el tiempo del mundo para que nos sigan mañana por la mañana. Si tenemos un poco de ventaja en este momento, será mejor que la aprovechemos. Pueden escucharnos roncar esta noche por lo que a mí respecta.

—Bien. Entonces, ¿cuál es tu plan? ¿Tienes uno, sin duda? —preguntó Pano.

—Oh, sí. Aquellos estudiantes cuyos archivos encontramos, volaron a Ciudad del Cabo. Los datos de vuelo muestran que algunos de ellos aterrizaron en la tarde o en la noche. ¿Y qué es lo primero que hace un estudiante?

—Va a un albergue —dijo el italiano, pero luego pensó un poco más—. Pero si trabajaran para la Fundación Humana, podrían haber pagado habitaciones de hotel.

—Olvidas que en 2018 la Fundación estaba al borde de la quiebra, y era un ente muy pequeño que solo apoyaba a presos políticos y activistas hippies. En ese momento era una fundación bien financiada al final de su ciclo de vida, no el megaconsorcio global que es hoy —le recordó Ágata—. No, creo que tenías razón la primera vez. Empezaremos con los albergues.

—Veamos qué albergues había en la ciudad en 2018 y veamos si podemos obtener los datos de reserva para los períodos que necesitamos. Tenemos los nombres y la fecha exacta, por lo que esa parte debería ser fácil, en especial porque, aún en aquel entonces, Sudáfrica requería que los hoteles copiaran los pasaportes de todos los huéspedes.

Pano parecía satisfecho consigo mismo.

—Llevaré el equipaje a la habitación. ¿Por qué no te encargas de conseguir un coche?

En un rincón del vestíbulo del hotel había un pequeño escritorio de

una empresa de alquiler de coches. Ágata se dirigió allí y diez minutos después, un Tesla Modelo X llegó a la puerta, cortesía de la tarjeta de crédito de su departamento. Era el cargo más importante que hasta ahora había añadido en la cuenta de gastos.

Se sentó en el asiento del conductor y esperó. Cinco minutos después, Pano se dejó caer en el asiento del pasajero y se puso un par de gafas de aviador polarizadas. La miró con una sonrisa y ella advirtió que estaba mascando chicle. Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, se volvió hacia el tablero e indicó:

—Al centro.

La gran pantalla en la consola central cobró vida y mostró una ruta mientras el auto se ponía en movimiento silenciosamente.

Ágata reclinó su asiento al máximo.

—Tesla, muéstrame una lista de todos los albergues y hoteles de bajo costo en Ciudad del Cabo, que estuvieron abiertos en 2018.

El parabrisas se convirtió en una enorme pantalla de visualización frontal y apareció una larga lista de nombres, direcciones y números de teléfono.

—Vaya, son muchos —comentó Pano, bajando tanto sus gafas de aviador por la nariz que casi se le caen.

—Tardaremos una hora en llegar al centro. Para cuando lleguemos, los habremos llamado a todos.

Tomó cuarenta minutos y treinta y tres llamadas telefónicas, Ágata se calentó el oído izquierdo debido a la terminal y Pano se quedó sordo en el oído derecho, también por estar al teléfono todo el tiempo. Pero tuvieron suerte. No solo encontraron los albergues donde los estudiantes habían reservado cuando llegaron a Ciudad del Cabo, sino que también resultó que todos habían reservado el mismo albergue. Evidentemente, se habían relacionado antes de viajar, muy posiblemente a través de la Fundación Humana.

—Es nuestro día de suerte —dijo Pano—. ¿Iremos allá?

—Obviamente.

—Bien, pero ¿qué esperamos encontrar? —preguntó con escepticismo—. Han pasado veinticuatro años desde que se registraron y dejaron la habitación. ¿Qué podría haber allí de interés para nosotros?

—¿Tienes un mejor lugar para empezar? —preguntó ella, y le lanzó una mirada de soslayo.

Pano suspiró.

—De acuerdo, entonces. Albergue Cape House Green.

El albergue Cape House Green estaba cerca de la playa en el extremo noroeste de la ciudad, en un callejón estrecho que derivaba de la carretera principal. Como la mayoría de los albergues, parecía deteriorado o auténtico, según se mirara. Para Ágata, por supuesto,

parecía que querían cultivar una imagen de drogas, VIH, herpes, hepatitis, óxido y descomposición. Pano, sin embargo, parecía atraído por el lugar y estaba particularmente emocionado por un graffiti que representaba a Nelson Mandela como un mago, con sombrero de copa.

—¿Encuentras algo interesante en esta desfiguración de un antiguo edificio colonial? —preguntó ella, con genuina curiosidad.

—Es arte. Creo que este tipo de imagen dice más que una pared de trescientos años, ¿no crees?

—No.

—Entremos, ¿de acuerdo? —sugirió Pano, y galantemente sostuvo la puerta para ella—. ¿Señora?

Ágata resopló y entró en el vestíbulo. Estaba oscuro y mal ventilado. A la izquierda había un salón vetusto, con unos cuantos jóvenes apáticos mirando sus terminales. A la derecha estaba el mostrador de recepción, atendido por un joven cuya función principal parecía ser vender latas de refresco de cola a los huéspedes.

—Bueno, ese tipo no puede haber estado aquí hace veinte años, a menos que tal vez en las pelotas de su padre —comentó Pano.

Ágata puso los ojos en blanco.

—Eres muy repugnante, ¿lo sabías?

—¿Porque dije pelotas?

—Sí, por eso también.

—Vosotros, los estadounidenses, sois demasiado mojigatos, ¿lo sabías? —replicó con una sonrisa—. Por cierto, ¿ has visto alguna vez un par de pelotas?

Ágata le devolvió una mirada que estaba entre la repugnancia y una advertencia sin palabras, pero ni siquiera eso borró su sonrisa. Por el contrario, solo parecía aumentar su diversión.

—Hola, camarada —dijo Pano, acercándose al joven de piel oscura en la recepción. Llevaba el pelo muy corto, con bordes irregulares y afeitado alrededor de las orejas.

—Hola —respondió el recepcionista, asintiendo primero a Pano y luego a Ágata antes de notar su ropa muy inusual. Algo sobre Ágata y su traje pantalón en particular pareció irritarlo.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Mi nombre es Pano, y esta es mi hermana Ágata. Me pregunto si podrías ayudarnos, mira, estamos tratando de preparar una sorpresa para la boda de nuestra hermana Dana.

—¡Genial! —respondió el recepcionista, apenas fingiendo interés.

—Dana ha llevado una vida muy excitante y ha viajado mucho, y es por eso que estamos recorriendo todos los lugares en los que ha estado para recopilar fotos y videos para un pequeño espectáculo en la boda. Estamos tratando de conseguir todo, todos los lugares que ella haya visitado, pero los mostraremos tal como se ven ahora, para que

pueda ver cuán diferente es todo desde sus días de viaje. Tenemos entendido que se alojó aquí hace veinticuatro años. Sé que es un poco descabellado, pero si hay alguna posibilidad, de verdad nos gustaría tomarnos una foto con la persona que la registró hace tantos años. ¿Crees que eso sería posible? —Pano logró pasar como un hermano que estaba muy emocionado por su propia sorpresa.

—Eeeeh —el joven detrás del escritorio suspiró, y se pasó los dedos por el cabello—. Sabes, solo llevo aquí un año, y no tengo idea de quién habría estado aquí entonces.

Ágata no necesitaba mucho conocimiento de la naturaleza humana para darse cuenta de que el hombre al que estaba mirando tenía muy poco interés en profundizar más.

—Veo que tienes un bote de propinas justo ahí. ¿Es tuyo? —preguntó Pano, señalando una vieja taza de metal soldado con una abertura en forma de hendidura en la parte superior y una etiqueta con el nombre "Marcello". Cuando Marcello asintió, el italiano sacó un billete de cincuenta dólares y metió la mitad en el frasco de propinas.

—Déjame proponerte un trato: llamas a tu jefe o a quien necesites llamar, y averiguas quién habría estado trabajando en este escritorio en aquella época. Luego llamas a esa persona y la traes aquí para que puedas tomarnos una fotografía, ¿de acuerdo? Quienquiera que resulte ser, también tendré una recompensa para él o ella.

El recepcionista primero miró a Hofer, luego al billete de cincuenta dólares y rápidamente sacó su terminal.

—Buen chico —respondió Pano, mientras el otro hombre hablaba con alguien en afrikaans en su terminal, luego colgó e hizo otra llamada. La segunda conversación tomó un poco más de tiempo y quizás pareció un poco más difícil, pero después de unos cinco minutos, Marcello dejó su terminal y asintió.

—Su nombre es Solly Shoke. Trabajó aquí hasta hace unos diez años, y estará aquí en una media hora. Y si no tienes una propina para él, creo que se enfadará —señaló Marcello.

—Muchas gracias, Marcello —dijo Pano alegremente, y dejó caer el billete en el frasco—. Esperaremos allí.

El recepcionista asintió y se volvió para ayudar a unos cuantos recién llegados que acababan de presentarse con expresión exhausta y mochilas ridículamente grandes, mientras miraba con codicia el tarro de propinas.

Ágata y Pano fueron a la esquina del salón y el europeo se dejó caer en el sofá, satisfecho. Para no llevarse toda una familia de pulgas pegada a la ropa, Ágata permaneció de pie y fue a estudiar el tablón de anuncios que colgaba sobre el lado largo del sofá. Estaba cubierto de cientos, si no miles, de fotos y notas colocadas por antiguos huéspedes.

Casi por reflejo, sacó las gafas de datos y se las puso. Como esperaba, los pocos huéspedes que merodeaban por el sofá no la notaron, perdidos en su interminable y lánguido ensimismamiento con sus terminales.

Usando el menú de la cámara en los bordes del marco de los auriculares, activó el reconocimiento facial y realizó una búsqueda de coincidencias con las fotos de pasaporte de los estudiantes que estaban buscando.

Después de unos segundos, un mensaje se iluminó en rojo en el centro de su campo de visión, "No se encontraron coincidencias".

—¿Y? —preguntó Pano desde algún lugar debajo de ella.

—Nada.

—Probablemente no querían dejar ninguna pista.

—Aparentemente no. Esperemos que este señor Shoke sea un poco más útil —respondió ella.

Pasaron poco más de cuarenta minutos antes de que un hombre mayor de cabello gris y piel de ébano irrumpiera por la puerta. Debajo de un brazo llevaba un tanque de oxígeno con un tubo delgado que llegaba a sus fosas nasales para mantener sus pulmones funcionando.

Miró a Marcello, jadeando, y este, sin interrumpir su conversación con los nuevos huéspedes, señaló en dirección a Ágata y Pano. Shoke se acercó a ellos.

—Hola. Soy Solly —se presentó el hombre y le tendió la mano a Ágata con una sonrisa amistosa.

Ella dudó por un momento, luego extendió la suya para estrecharle la mano. Algo en este anciano le recordó a un burro bonachón. Tenía los labios carnosos y la boca ancha. Su cara parecía sonreír mucho, aunque sus ojos se veían llorosos y enfermos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¡Encantados de conocerte, Solly! —Pano saltó del sofá y estrechó la mano del hombre con fuerza—. Mi nombre es Pano. Esta es Ágata. Queríamos hablar contigo porque creo que mi hermana vino aquí para hacer turismo de alpargata, hace veinticuatro años. Su nombre es Dana Pickert, de Alemania.

—Hmm, podría ser —dijo el anciano, frotándose la barbilla—. ¿Tenéis una fotografía?

—¡Por supuesto! —Pano sacó su terminal y se la mostró.

Ágata observó a Shoke cuidadosamente y notó de inmediato cuando sus pupilas se dilataron y sus párpados se contrajeron levemente. No pensó, lo supo de inmediato.

—Ah, no, no la recuerdo, lo siento. Fue hace mucho tiempo.

—¿Estás absolutamente seguro? —Pano parecía no haber notado el reconocimiento en los ojos del hombre—. Solo echa otro vistazo, por favor. Vino con unos amigos, aquí, mira… —Con un dedo, se desplazó

hacia abajo a las fotos de los otros estudiantes que habían desaparecido al mismo tiempo. Los ojos de Shoke se volvieron cada vez más agitados.

—Mmm, no. Lo lamento. Sabes, vi tantas caras en los veinte años que trabajé aquí, y ahora que estoy enfermo —dijo, señalando el tanque debajo de su brazo—, mi memoria ha empeorado. Lo siento, de verdad, ojalá pudiera haberte ayudado.

—Bueno, valió la pena intentarlo —dijo Pano, decepcionado, y le dio al hombre un billete de cincuenta—. Eso es por las molestias que te ocasionamos. Gracias de cualquier manera.

—Gracias. Lo siento —dijo Shoke de nuevo, y se tambaleó hacia la puerta.

—Supongo que estábamos siendo demasiado optimistas —dijo Pano con un suspiro. Ágata no le prestó atención y siguió al antiguo recepcionista hacia la creciente oscuridad del callejón.

Shoke fue a la izquierda, donde un callejón aún más pequeño conducía al estacionamiento, y ella lo siguió. Pano la siguió, y cuando ella volteó y vio que estaba a punto de gritarle algo, se llevó un dedo a los labios. Él cerró la boca y la siguió lentamente.

Cuando Shoke dobló la esquina de la casa, Ágata se aseguró que no hubiera nadie caminando por el callejón y luego aceleró sus pasos.

En el estacionamiento había tres autos, un viejo Volkswagen E y dos feos Renault. Un vistazo rápido a los edificios le indicó que no había cámaras, por lo que hizo un movimiento repentino, se acercó a Shoke por detrás y le tapó la boca con la mano. Tiró de él y lo azotó contra la pared cubierta de grafitis, ahogando su asustado tartamudeo con la mano. Sintió la humedad caliente de su aliento en sus dedos.

—Sé que nos mentiste, y sé que lo volverás a hacer —dijo sin emoción.

Pano dobló la esquina. Sus ojos se desorbitaron por la sorpresa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Ágata lo ignoró y apretó el conducto de oxígeno de Shoke con dos dedos mientras él luchaba por soltarse. El resultado fue inmediato. Sus ojos se pusieron en blanco y comenzó a sudar.

—Quienquiera que te esté amenazando, no está aquí. Ahora mírame —ordenó, y lo paralizó con una mirada que indicaba que no estaba bromeando—. Si estás tratando de encubrir un crimen, te dejaré morir. Así que será mejor que empieces a hablar.

Pano ahora se había acercado por detrás y casualmente puso una mano en la cadera donde guardaba su arma.

Con cuidado, Ágata retiró la mano de la boca de Shoke y permitió que el oxígeno fluyera de nuevo. Su cautivo de inmediato asintió con ansiedad. Jadeando, el sudafricano luchó por respirar y la miró como un ciervo asustadizo mira el cañón de la escopeta de un cazador.

—Recordaste a cada uno de esos estudiantes, ¿no? A pesar de que ha pasado tanto tiempo.

El anciano trató de negar con la cabeza, pero cuando la mano de Ágata volvió al tubo de oxígeno transparente que conducía a su labio superior antes de dividirse y desaparecer a cada lado de su nariz, levantó las manos sudorosas en sumisión.

—Está bien, está bien, los recuerdo, sí —admitió con resignación, jadeando por aire.

—Alguien te amenazó para que actuaras como si no los reconocieras, ¿no es así?

—No —respondió Shoke, y esta vez no vio ninguna expresión ansiosa en sus ojos o en su rostro, al menos nada más allá de la ansiedad y el miedo a la muerte que obviamente estaba sintiendo en este momento.

—¿Alguien te pagó? —preguntó, y Shoke asintió.

—Sí.

—¿Quién?

—Fue… ¡oh, seguro que me van a matar!

El anciano estaba llorando ahora, y parecía estar seguro de que alguien saldría de las sombras y le dispararía.

—Puedo matarte más rápido que ellos —amenazó Ágata, ignorando la mirada de reojo de Pano.

—Fue alguien llamado Peter Gould, ¿verdad?

—¿Peter Gould? ¿El ex director financiero de la Fundación Humana?

—No sé lo que era. Llegó al albergue unas dos semanas después de que los catorce estudiantes se fueran y me dio cinco mil dólares para que nunca dijera nada sobre los chavales que se hospedaron allí, nunca, a nadie —balbuceó Shoke—. ¡No sabes cuánto poder tiene la Fundación Humana en Ciudad del Cabo! ¡Maldita sea! ¡Me van a matar cuando se enteren!

—Espera —intervino Pano desde detrás de Ágata—. ¿Dijiste catorce estudiantes?

—Sí, hay cinco de los que no tienes fotos. ¡Era un grupo de catorce estudiantes, sin duda! —Asintió animadamente y lanzó una mirada esperanzada a la salida del estacionamiento.

Ágata le agarró la flácida barbilla y le volvió la cabeza para que la mirara.

—¿Por qué recuerdas eso con tanta precisión?

—Porque tuve que proporcionar conductores para que los llevaran a una pista de aterrizaje privada, en Malmesbury. No es el tipo de solicitud que recibo muy a menudo. Eran dos furgonetas de siete plazas, seguro que lo recuerdo. Era como algo salido de James Bond —explicó Shoke—. Si Gould se entera de que te dije esto, entonces...

—Yo no me preocuparía demasiado por eso —lo interrumpió Ágata —. Gould ha estado desaparecido durante más de veinte años.

—¡Pero Karlhammer! ¡Él va a enterarse, y entonces todo habrá terminado para mí!

—Bueno, señor Shoke. Mi compañero y yo no le diremos una palabra a nadie, y solo puedo sugerirte que hagas lo mismo. Así estaremos bien, ¿verdad? —Sacó cien dólares de su billetera y los metió en el bolsillo de su camisa sudada—. Ve y cómprate unos billetes de lotería —le aconsejó, mirando fijamente su tanque de oxígeno.

Dicho eso, le dio a Pano un asentimiento y la pareja se alejó tranquilamente por el callejón.

—¿Así que Peter Gould le paga a este tipo para mantenerlo callado, pero luego desaparece? —reflexionó Pano en voz alta cuando estaban de vuelta en su Tesla X—. No tiene ningún sentido.

—Aún no tiene ningún sentido —lo corrigió Ágata, y ordenó al sistema de navegación que encontrara la pista de aterrizaje privada cerca de Malmesbury, al norte de Ciudad del Cabo. Para su sorpresa, el sistema lo encontró y ella lo guardó como destino.

—¿Quieres ir allí hoy?

—Obviamente. ¿Por qué no? —preguntó Ágata.

—Sabes que puede ser peligroso conducir por el campo en Sudáfrica de noche, ¿no? El surgimiento de la Fundación Humana no hizo que todos los problemas raciales y la delincuencia desaparecieran de la noche a la mañana —respondió. Miró la ruta que había calculado el sistema de navegación. Eran unos ochenta kilómetros, la mayoría fuera de la ciudad.

—Bueno, eres un chico imponente con una buena arma, ¿no? Lo acabas de mostrar allá atrás. Estoy segura de que ese truco también funcionará con un carterista de poca monta —respondió ella.

—Si fueran solo carteristas, sería una cosa... pero además, recuerda, estamos autorizados a portar nuestras armas pero no a usarlas. Conoces las reglas.

—¿No quieres averiguar a donde se dirigieron esos estudiantes y por qué Gould estaba tan empeñado en asegurarse de que no los siguieran?

—Por supuesto, pero...

—Muy bien —dijo Ágata—. Conduce —ordenó al Tesla. El coche zumbó.

No había previsto lograr tantos avances el primer día, pero lo atribuyó al hecho de que era un caso tan antiguo que ya nadie estaba interesado en él, y que se había frustrado en su momento. Además, habían venido bien preparados. Y siempre había una ventaja cuando nadie más sabía lo que estabas buscando.

“Peter Gould” pensó, y recordó la foto del inocuo burócrata que había visto en su archivo. “¿Cómo encajas en este rompecabezas, eh? ¿Cuál era tu juego? ¿Y para quién jugabas?”

DAN JACKSON, 2018

Gruñendo, Dan luchó primero con sus codos y luego levantó la cabeza. Todo a su alrededor estaba completamente oscuro, excepto por la zona circular de luz donde su linterna iluminaba una pared de piedra tosca. Miró hacia arriba, pero no había nada más que negrura sobre él.

—¿Cómo narices...? —murmuró, buscando a tientas su linterna. Cuando sus dedos al fin la encontraron, cerró su mano alrededor del pesado dispositivo, apuntó al techo y miró hacia arriba.

Nada. Solo roca. Nada que pudiera explicar su situación actual.

Obviamente había caído... pero ¿dónde estaba la abertura? ¿Por qué no había fragmentos de piedra a su alrededor? No distinguía ninguna luz de la caverna de arriba.

—¡Esto no puede ser!

Se puso de pie vacilante y extendió las manos hacia el techo sin juntas, pero parecía estar al menos a un brazo de distancia fuera de su alcance.

Dan se humedeció los labios con nerviosismo y apuntó su linterna a izquierda y derecha. La habitación era un cubo perfecto. Las paredes y el piso carecían de junturas e irregularidades. Cada centímetro era liso e impecable.

De repente, notó un movimiento a su izquierda y se dio la vuelta como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡La tableta! —gritó, en parte aliviado y en parte asustado. Se inclinó hacia el dispositivo, que aún mostraba los resultados del detector de muones, y alternaba entre los distintos modos de visualización.

Lo recogió y lo examinó. La pantalla estaba rota en la esquina superior derecha y algunos de los píxeles parpadeaban en colores desagradables, pero por lo demás parecía intacta. El medidor de batería marcaba setenta y uno por ciento.

Respiró con dificultad y buscó su radio, solo para descubrir que ya no estaba sujeta a su cinturón.

—Bueno, esto es genial.

Nervioso, presionó el botón de inicio en su tableta y abrió la aplicación de mensajería, solo para recordar que necesitaba estar en línea para funcionar.

—¡Joder, no puedo creerlo! —suspiró, y sintió que su nerviosismo se transformaba en miedo. Un pavor creciente aumentaba en su

interior y se extendía como zarcillos hasta sus entrañas. Tenía una linterna y una tableta, pero no había forma de contactar a los demás. Era suficiente para hacer llorar a cualquiera.

Respiró hondo varias veces, tratando de alejar los pensamientos aterradores que se agolpaban en su mente. Ni siquiera tenía agua, y moriría congelado en unas pocas horas. Encontraría una solución. Tenía que haber una.

Metió la tableta en su bolsa de cadera donde guardaba sus blocs de notas en la cubierta con cremallera del diario que siempre llevaba consigo, y volvió a la pared con su linterna. Solo tenía que mantenerse ocupado hasta que, con suerte, Gould regresara y viera su radio en el lugar donde aterrizó cuando se abrió el piso.

Pero, ¿y si era lo mismo allá arriba, sin evidencia de que alguna vez hubo una abertura por la que caer? ¿Cómo había sido posible que él cayera hasta aquí y, sin embargo, el techo pareciera como si nada hubiera pasado?

—Concéntrate —se reprendió—. Concéntrate en lo que ves. — Cerró los ojos y luego respiró hondo tres veces, inhalando y exhalando —. Ya has estado en este tipo de situación.

Por supuesto que lo había hecho, nunca olvidaría aquella vez en Palmira cuando lo enterraron accidentalmente, con tres litros de agua y un sándwich de mayonesa. Pero luego, tres de los trabajadores locales habían visto lo que acontecía, y sabía que estaban cavando por él, que cada minuto que pasaba lo acercaba más a salir... ¿Pero ahora?

—Piensa, piensa, piensa —se dijo en voz alta, sacando la tableta de su bolsillo. Ingresó el código de acceso y abrió la herramienta Conexiones donde podía acceder a las transmisiones de la cámara.

—Por favor, dime que tengo una conexión Bluetooth.

La tenía.

—¡Sí! —exclamó, y comenzó a mirar las imágenes de las cámaras de todo el sitio. La Caverna Uno seguía vacía. Gould parecía no haber regresado.

Dan pasó por las cámaras hasta que encontró a Gould en el módulo de trabajo, en la máquina de café, donde estaba inmerso en una conversación con la estudiante rubia.

—¡Vuelve ya! ¿De qué podrías estar hablando con ella todo este tiempo?

Los otros estudiantes estaban tomando muestras de suelo en el Cuadrante Oeste, y eso les llevaría el resto del día. Patchuvi y Ross estaban en el módulo de trabajo supervisando el análisis de las muestras de roca en busca de iridio y otros metales del grupo del platino, y los dos estudiantes que le habían llevado el detector a Dan estaban en el cuadrante norte trabajando con dos drones.

Nadie vendría hacia Dan en el corto plazo.

Le tomó unos momentos asimilarlo. Cuando lo hizo, sus hombros se tensaron. Regresó a la cámara ubicada junto al interruptor de luz de la Caverna Uno, y amplificó la imagen del lugar donde había estado parado.

¡El piso no mostraba ningún cambio!

Un objeto pequeño y oscuro yacía allí. La resolución era tan pobre que no podía estar seguro, aunque supuso que era su radio. Pero, no había indicio alguno de una abertura, ni siquiera una grieta.

De repente se le ocurrió algo. Fue a la configuración y revisó en "Dispositivos Bluetooth", pero no parecía haber ningún otro dispositivo dentro del alcance.

—¡Mierda!

Tendría que seguir mirando las cámaras. Cuando Gould regresara, podría enviar una solicitud de conexión a su terminal y llamar su atención de esa manera si gritar no funcionaba. Pero para hacer eso tendría que ahorrar energía de la batería, por lo que apagó el Bluetooth y puso la tableta en modo de suspensión.

Miró la hora. Tenía que acordarse de comprobar cada cinco o diez minutos si sucedía algo allí arriba. Como si pudiera olvidarlo. *Y de todos modos*, pensó, *probablemente lo escucharía*, ya que la superficie por la que había caído, como por arte de magia, tenía solo unos pocos centímetros de espesor. Sin embargo, al mismo tiempo, tenía la persistente sensación de que cuando sucedía algo increíble, había más en reserva. Si había caído a través de la materia sólida, ¿qué más podía esperar?

Fue solo ahora que se dio cuenta de que había perdido sus guantes. Cuando se miró las manos, fue como si estuviera presenciando un milagro: estaban frías, mas no congeladas. En cualquier otro lugar del complejo ya habría mostrado los primeros signos de congelación, pero aquí se veían saludables y aún tenía sensibilidad en ellas. Ya no se sentía helado hasta los huesos, como allí arriba en la caverna. De hecho, ahora que lo pensaba, sentía un poco de calor.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó en voz alta, y exhaló un largo suspiro. Salió de su boca como vapor, pero era una nube débil y pálida que se disipó tan rápido como había aparecido. Si no la hubiera estado buscando, es posible que no la hubiera notado jamás.

Una vez más cambió la tableta por la linterna e iluminó las paredes. Había algo extraño en lo que vio. Dio dos pasos hacia adelante hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para tocar la pared a su izquierda. La luz reflejada se hizo más brillante a medida que se acercaba, y sus ojos necesitaron un momento para adaptarse, pero luego lo vio, claro como el agua: ¡había pinturas!

—¡Qué me parta un rayo! —susurró. Tenía la garganta seca y tragó saliva antes de dar un paso adelante y limpiar una fina capa de polvo

con la mano. A medida que los colores se hacían más y más claros, Dan frotaba cada vez más rápido, como enloquecido, y no se detuvo hasta que dio la vuelta completa y regresó a su punto de partida, sudando por el esfuerzo.

Luego dio dos pasos hacia atrás, colocándose en el centro de la cámara, e iluminó las paredes con su linterna, girando lentamente hacia la derecha.

—Parece un oriental primitivo —dijo en voz alta. Siempre hablaba en voz alta cuando se concentraba en algo, pero ahora probablemente también se debía a que estaba empezando a sentir un poco de náuseas. Pero su curiosidad luchó por abrirse camino, apartando su sentido del peligro y el miedo a lo desconocido.

—¿Sumerio? ¿Es sumerio?

Se acercó de nuevo a la pared y trazó la inscripción con los dedos, siguiendo las líneas curvas, cuñas, rectángulos y otras formas geométricas. La pared estaba fría, pero nada de ese frío socavó su emoción al ver un escrito en un lenguaje muerto hace mucho tiempo.

—¡Sí, es sumerio! Déjame ver, déjame ver... Esto de aquí dice ADARU. *Adaru* significa "miedo". Maravilloso. —Los dedos de Dan siguieron recorriendo la escritura—. Mmm... Eso es MAHRU, sí, entonces "ausencia". No, "presencia". Maldita sea, ¿por qué no lo escribieron en jeroglíficos?

Suspiró y miró los otros símbolos. Para algunos, tuvo que soplar un poco del polvo residual de las líneas grabadas antes de poder reconocerlos.

—Este es el símbolo de BELU, "extinción". No, "destrucción". Casi lo mismo, ¡pero no podemos descuidarnos ahora!

Dan sacó su diario y rápidamente copió los símbolos sumerios que veía. No estaba completamente seguro de todos los símbolos, pero los expertos en esta, la forma de escritura más antigua del mundo, solo habían traducido unas novecientas palabras con cierto grado de certeza. Así que en realidad, no tenía nada de qué avergonzarse. Pero muchos de los símbolos tallados aquí los había visto nunca antes. No es que estuviera seguro de todo el vocabulario sumerio, pero al menos conocía todos los caracteres. Algunos de los que estaba mirando ahora ciertamente no estaban entre ellos, eso era seguro.

—Muy bien, entonces... hmm... miedo, ausencia y destrucción. "¿Destruir el miedo ausente?" "¿Ausencia de miedo, aunque seamos destruidos?" "¿Tenemos miedo porque alguien está ausente, mientras estamos siendo destruidos?" No lo entiendo.

Sumido en sus pensamientos, dejó que la luz de su linterna vagara hacia arriba, hasta que iluminó directamente la pintura que cubría todo el espacio entre la escritura y el techo. Le recordó algunas de las pinturas rupestres de las antiguas cuevas africanas, excepto que

parecían tan recientes aquí, como si acabaran de hacerse. Pero eso era imposible. La imagen mostraba una escena con una persona alta que parecía llevar tres perlas en el cuello, pero por lo demás estaba desnuda. Otras seis figuras, filiformes, delgadas y macilentas, se arrodillaban ante él y ofrecían sacrificios.

No, no son sacrificios rituales, pensó Dan, y cerró los ojos. *¡Son herramientas!*

—Están ofreciendo su trabajo. Su ayuda, tal vez. Pero, ¿quién es el gigante al que suplican? ¿Un Constructor? ¡Oh, por favor, sé un Constructor, por favor dime que eres un Constructor!

Sin apagar su linterna, Dan se movió hacia su izquierda. Aquí había otra pintura que representaba la misma figura alta. Con un dedo extendido, señalaba una especie de sarcófago, junto al cual estaban dispuestas unas cuantas ánforas. El sarcófago estaba de pie junto a la pared en una habitación pequeña, no mucho más grande que aquella en la que Dan estaba ahora. La gente más pequeña estaba empezando a tallar cosas en las paredes.

—Espera, espera un poco... ¿es esta habitación? —le preguntó al dibujo, como si fuera a responder a sus preguntas—. ¡Ese no es el lugar correcto!

Dan regresó, pasó por la imagen de la presentación de las herramientas, a la izquierda, y miró la imagen allí. Mostraba el mismo sarcófago en la pared, solo que esta vez el gigante estaba dentro. Tenía los ojos abiertos y las seis personas estaban arrodilladas ante él. Y como en la otra imagen, estaban presentando sus herramientas.

Volvió a moverse hacia la izquierda, donde vio que en la pintura la gente le estaba haciendo algo a la pared, poniendo sus manos sobre ella. Parte de la pared ya había desaparecido y podía ver la parte superior del sarcófago.

—Bien, creo que entiendo. Lo desenterrasteis y lo despertasteis. Pero ¿quién es? ¿Una deidad? ¿Qué representa todo esto? ¿Por qué no estáis usando las herramientas para liberar el sarcófago...? ¿Imposición de manos?

Dan dio un paso atrás, respiró hondo, y luego examinó cuidadosamente la pintura frente a él. Al cabo de un rato vio, un poco más a la izquierda, a seis personas de pie en medio de una fogata, con los brazos levantados y la boca contorsionada en silenciosos gritos. Al fondo, pudo ver algo que parecía un volcán.

—Espera un poco... —Dan corrió hacia la derecha, hacia la imagen de la gente ofreciendo sus herramientas—. No estabais ofreciendo vuestro trabajo, estabais presentando vuestras herramientas al gigante. ¡No queríais trabajar para él, se suponía que él debía trabajar para vosotros!

Rápidamente sacó su diario. Cuando la linterna empezó a

parpadear, se la puso en la boca para poder ver y escribir al mismo tiempo, y copió todo lo más rápido que pudo. Las pinturas eran muy primitivas, así que no fue tan difícil.

Luego, copió los símbolos alrededor de los dibujos. Siempre parecía haber una o dos frases que no entendía, a excepción de algunas palabras individuales que juntas carecían de sentido. Necesitaba sus notas, y estaban en...

—¡Los dormitorios! —Maldijo, dejó caer el diario y frenéticamente sacó su tableta de la bolsa. Obsesionado con lo que estaba descubriendo, se había olvidado por completo de verificar si alguien ya lo estaba buscando. Probablemente había estado aquí abajo durante una hora, tal vez más.

A toda prisa, encendió Bluetooth y revisó las imágenes de las cámaras hasta que vio la imagen de la Caverna Uno.

—¡Sí! —gritó cuando vio cuatro formas, de pie, cerca del detector de muones, al lado de donde había estado Dan cuando cayó. Parecía que estaban teniendo una gran discusión, porque estaban gesticulando salvajemente.

—¡Estoy aquí abajo! —gritó a todo pulmón—. ¡Aquí abajo! ¡Ayuda!

Mientras gritaba tan fuerte como podía, seguía mirando la transmisión de la cámara, pero no vio reacción alguna de las personas que estaban allí.

—¡Aquí estoy! ¿No podéis oírme? ¡¡¡Ayuda!!!

No había reacción.

—¿Por qué no podéis oírme? —se preguntó a sí mismo, rindiéndose, mirando impotente cómo las cuatro figuras se ponían en movimiento. Se distribuyeron en cuatro pasillos diferentes, encendieron sus linternas y hablaron entre ellos a través de sus radios.

Cayó de rodillas sin poder hacer nada, abatido.

—Me estáis buscando, pero en los lugares equivocados. ¿Por qué no me oísteis? ¡Estaba justo debajo de vosotros!

Dan respiró hondo y luego se preguntó si el aire se había vuelto un poco más húmedo y cálido desde que había caído. Se quitó la chaqueta y los pantalones térmicos, hasta que estuvo de pie con nada más que su gruesa ropa interior térmica de lana merino, sintiéndose bastante cómodo.

—No puedo permitirme sudar demasiado —murmuró—. Mantente despierto y activo, Dan.

Siguiendo su propio consejo, enfocó su luz en las otras paredes y las observó. Al principio pensó que todas eran la misma secuencia de imágenes. Pero cuando miró con mayor detenimiento, encontró ligeras diferencias. En la pared norte, no había un volcán, sino una nube que arrojaba lluvia, mientras que en la pared este había un grupo de

personas matándose entre sí. En la pared sur había una piedra con una larga cola que caía del cielo.

Un meteoro pensó. Todos estos son eventos de extinción masiva. Cada representación es una extinción masiva.

—Espera un poco —se dijo, llevándose un dedo índice a los labios —. Si esto es un Constructor, debe haber vivido después de los dinosaurios. Fue solo después de los dinosaurios que los mamíferos pudieron tomar el control, porque los depredadores reptilianos desaparecieron y el contenido de oxígeno en la atmósfera casi se duplicó.

Acercó la luz de la linterna a uno de los dibujos que mostraban al gigante de pie.

—El aumento del contenido de oxígeno implicó que los mamíferos podrían crecer mucho más de lo que son hoy. Había perezosos de cinco toneladas, osos del tamaño de un autobús y... tú —Tocó la imagen del hombre de gran tamaño—. Eres un humano, que vivió en ese momento y que tuvo el beneficio de ese contenido de oxígeno. ¡Tú... eres... un Constructor!

Una vocecita en el fondo de su mente le advirtió que no se adelantara, pero no pudo evitar saltar de una conclusión a la siguiente. Tal vez fueran prematuras, o tal vez no. Toda su vida académica había sido el hazmerreír. Pero ahora estaba a punto de encontrar la evidencia para probarlo todo, tal vez ya lo había hecho.

—¿Podría ser que no me cayera a través de la roca, sino que se abrió una especie de escotilla? —preguntó en voz alta, y miró hacia arriba—. Hace más calor desde que llegué aquí, ¿no? Eso no es posible, a menos que... algo esté respondiendo a mi presencia.

De repente, un escalofrío recorrió su columna y el pelo de la nuca se le erizó.

—Tranquilo, Dan, no te pongas nervioso.

Volvió a mirar los dibujos en las diferentes paredes, y esta vez notó que las figuras de las seis personas también eran un poco diferentes en cada pared, como si cada una hubiera sido hecha por un artista diferente tratando de copiar el mismo estilo.

Para no entrar en pánico, volvió a coger su diario y comenzó a copiar el resto de los símbolos sumerios, o presumerios. Fue solo cuando leyó sus propios garabatos que vio una anomalía. Al principio pensó que había cometido un error, pero luego comparó su cuaderno con los originales y descubrió no solo que había símbolos desconocidos, sino que aumentaban a medida que avanzaba a la izquierda. En el muro occidental, solo pudo reconocer algunos caracteres individuales. Girando a la derecha, había algunos más que pudo reconocer en esa pared. Reconoció la mayoría de los caracteres en el tercero, y prácticamente todos en el último, como provenientes

del diccionario sumerio que él conocía.

—Eso significa… —susurró, girando completamente y apuntando con la linterna hacia el muro oeste—, significa que las pinturas fueron hechas en diferentes épocas. ¡Por supuesto! —Dan se dio una palmada en la frente—. Los creadores de los dibujos cambiaron, y obviamente, la escritura también. Se basa en los caracteres básicos, pero algunos de estos ganchos y trazos están claramente colocados de manera diferente. Este de aquí —señaló el muro occidental—, este es el más antiguo. Y ese de allá —prosiguió, girando hacia el sur— es el más reciente, tal vez solo diez mil años, ¿quién sabe? Aún no sabemos cuánto tiempo existió el idioma sumerio tal como lo conocemos.

Dan frunció el ceño y volvió a mirar las imágenes en secuencia, comenzando con una catástrofe, continuando con el desenterrado y luego la adoración al Dios o Constructor, y terminando con su sepultura.

—¿Qué clase de historia es esta? ¿Invocasteis a vuestro dios en los momentos de mayor necesidad? Eso es lo que han hecho todas las culturas cuando no podían entender o prevenir algo —concluyó Dan.

Lo encontró un poco decepcionante y suspiró. Pero algo en los dibujos aún lo fastidiaba. Representar a un dios como algo en el mundo real, desenterrado y vuelto a enterrar, era bastante inusual. Los dioses siempre fueron seres celestiales, estelares, del cosmos, nunca seres de la tierra, de las profundidades, del subsuelo.

—Excepto los malos —susurró, y sintió el escalofrío recorrer su espalda de nuevo. De repente se dio la vuelta con la linterna, iluminando las esquinas de la habitación demasiado rápido, porque lo había agobiado la repentina sensación de que estaba siendo observado.

FILIO AMOROSA, 2042

Las horas que tardó en navegar hasta Thiruvanamthapuram pasaron como el tiempo que se pasa en la sala de espera de una clínica dental. Filio se ponía más agitada por minutos. Desde muy temprano, había preparado la pequeña Zódiac que usaría para entrar al puerto.

Con seis cabos de amarre, había fijado la caja a la parte delantera del mamparo de madera que separaba la lancha de los dos motores eléctricos fuera de borda. Lo revisó todo, luego sacudió, empujó, tiró, y lo revisó una vez más; necesitaba asegurarse de que ninguna ola o cualquier otra cosa pudiera lanzar su preciosa carga por la borda.

Oscar la había visto hacer todo esto, e incluso en un momento sostuvo uno de los cabos cuando ella se lo puso en las fauces.

Durante su trabajo con la Zódiac, subía corriendo al puente cada dos por tres para comprobar el radar y la radio.

Sabía muy bien que debía intentar dormir, porque era fundamental que se mantuviera concentrada y alerta, pero ni siquiera podía pensar en intentar hacerlo ahora, la emoción y la expectativa la recorrían como electricidad. Así que aprovechó el tiempo para escribir una carta a cada uno de sus amigos, dejando una en cada una de sus literas. Tal vez fuera pura sensiblería, tal vez romperían las cartas sin leerlas, pero a ella le hacía bien y le parecía lo correcto, contarles sus razones y sus remordimientos. Tal vez aún significaría algo para ellos.

Luego recorrió el barco para buscar los diferentes alijos de marihuana de sus compañeros de viaje y los arrojó todos al mar, para que la aduana no confiscara el barco en el puerto indio.

Finalmente, después de vagar por el Ocean's Bitch como un fantasma inquieto y hablar con Oscar, estaba a solo una hora de Thiruvanamthapuram. Con la grúa, movió la forma bulbosa e inflada de la Zódiac sobre la barandilla de estribor y comprobó el oleaje por última vez. Justo antes de que el Bitch pasara el marcador de doce millas y entrara en aguas territoriales indias, atrajo a Oscar a la Zódiac con una golosina y bajó a ambos a la ligera marejada con el control remoto de la grúa. El barco seguía en piloto automático (no podía darse el lujo de dar a la aduana la idea de que se habían detenido para permitir el descenso de alguien), por lo que tenía que concentrarse. Si llegaba una gran ola en un momento inoportuno y tiraba de la cuerda de retención, la Zódiac volcaría por la borda y la ola de proa la lanzaría bajo el agua. Era bastante atrevido intentar llevar a cabo esta

maniobra, pero bueno, también lo era todo este asunto.

Oscar, ladrando, estaba agazapado junto a su bolso detrás de la pequeña consola de mando, mientras Filio, meciéndose con las olas, operaba la grúa con el control remoto, esperando una ola. Cuando llegó, apretó el botón y abrió la garra de la grúa.

La Zódiac cayó el último metro y amerizó con un chapoteo sobre las olas.

Filio perdió el equilibrio, cayó, y su tobillo izquierdo comenzó a punzar levemente. Lo ignoró, se levantó de un salto y encendió los motores fueraborda, que gorgotearon e impulsaron la lancha hacia adelante. Giró el volante con fuerza hacia la derecha para evitar la ola de proa del Bitch y el efecto de remolino de sus propias hélices lo más rápido posible, y aceleró los motores a tres cuartos de su potencia.

En la oscuridad total, vio al Ocean's Bitch, el único hogar que había conocido en los últimos dos años, como una ruidosa constelación de luces en la oscuridad, que se hacía cada vez más y más pequeña entre las olas oscuras. Sentía que había perdido algo para siempre y eso la hacía sentir terrible.

Al cabo de poco estaba ya rozando las olas, abriéndose paso a través de ráfagas de espuma, con su atención fija en la pequeña pantalla que mostraba los datos del radar y del GPS. Era vital que no perdiera las coordenadas que envió Rietenbach para la extracción. Acercarse a coordenadas específicas con la ayuda de la navegación por satélite parecía fácil, pero ver algo en una pantalla, luego avistar un lugar para amarrar y navegar en la oscuridad total, era algo completamente diferente.

La espuma de mar salpicaba cada vez con mayor violencia sobre los costados de la Zódiac y Filio pronto se empapó, pero en el calor tropical apenas lo notó. Todo su ser estaba concentrado en la caja con las muestras y el LED verde que le indicaba que el sello de vacío aún funcionaba.

Oscar, en la proa con las patas delanteras colgando sobre el casco inflado, parecía disfrutar al máximo de la aventura. Intentaba atrapar con el hocico cada ráfaga de espuma que pasaba, y su peluda cola se meneaba salvajemente.

Hubo momentos en que Filio deseó haber nacido gato o perro. Las mascotas siempre parecían ser felices consigo mismas, con el momento y con todo lo que las rodeaba, mientras que los humanos saltaban de un problema a otro.

Ya tenía la costa a la vista. Primero vio la pared de árboles y plantas de mangle como un brillo extraño y luego, cuando se acercó, como una interrupción en las manchas de la luz lunar reflejada en la superficie del agua, que se volvía más y más tranquila a medida que se acercaba.

—Ya casi llegamos, Oscar —susurró, limpiándose las salpicaduras de la cara para poder ver con mayor claridad. Según el GPS, se suponía que había una pequeña bahía justo frente a ella, por lo que redujo la velocidad y avanzó lentamente, observando el sonar con atención para evitar un banco de arena. Afortunadamente, su rumbo era claro y el calado de la Zódiac era tan insignificante que no tuvo problemas, ni siquiera en los lugares menos profundos.

Ahora, de pie al volante con los motores susurrando detrás de ella, maniobró la Zódiac entre dos pequeños puntos hacia una bahía protegida que se curvaba como un círculo. La escudriñó con los ojos entrecerrados, y cuando estuvo a escasos veinte metros de la playa vio una pequeña luz parpadear tres veces en rápida sucesión.

—Bueno, Oscar, espero que esos sean los tipos correctos —susurró nerviosa.

Oscar dejó escapar un ladrido alegre en respuesta.

—¡Shhhhhh!

Sin atreverse a respirar, dirigió la Zódiac a las coordenadas exactas, acelerando unos metros antes de alcanzar la pálida arena de la playa. Poco después, el bote se hundió en la arena. Dejó los motores funcionando a baja potencia para que su suave empuje evitara que el bote volviera al agua debido a la marea.

La estrecha franja de playa se fusionaba con la jungla a los pocos metros. Mientras miraba por encima del borde del bote, vio cuatro formas oscuras que emergían de la oscuridad debajo de las palmeras.

—¡Contraseña! —clamó a la oscuridad.

—Asís —fue la respuesta.

Solo ahora que escuchó la contraseña que había acordado con Rietenbach, comenzó a respirar de nuevo.

Con movimientos ágiles, aflojó los cabos que sujetaban la caja y, con un gemido, la arrastró hacia la proa y ordenó a Oscar que saltara a tierra.

Los cuatro estaban de pie frente a ella, hombres vestidos de civil, pero su tamaño, forma, y su cabello muy corto revelaban que normalmente vestían uniformes. Dos de ellos tenían un tono de piel ligeramente más oscuro. Los cuatro eran de mediana edad y la observaban con detenimiento.

—Voy a necesitar que se identifiquen, por favor —dijo Filio con cuidado, colocándose detrás de la nariz levantada de la Zódiac, como si eso pudiera ofrecerle alguna protección real.

—Por supuesto —dijo el de la izquierda, en alemán, asintiendo a los demás.

Buscaron en sus ligeros cortavientos y cada uno sacó una identificación. Dos eran de la Policía Federal Alemana, y los otros dos, al parecer, de alguna autoridad francesa, cuyo nombre no pudo

distinguir. Ella les devolvió sus identificaciones.

—¿Tienes el paquete? —preguntó el de la izquierda. El nombre en su identificación decía Jakob Engels, aunque ella no creyó ni por un momento que fuera su verdadero nombre.

Filio señaló a sus pies.

—Es bastante pesado —respondió en alemán, y notó la sorpresa que causó que supiera el idioma.

Engels asintió a los demás y dos de ellos subieron al bote con ella. Quedó atestado.

Engels le tendió la mano, pero ella negó con la cabeza y saltó con ligereza a la playa.

—Tenemos órdenes de llevarla al aeropuerto para volar a Frankfurt lo antes posible. Ya hay varios autos esperándola allí —dijo el agente alto.

Obviamente había escogido vaqueros desgastados y una fina cazadora para no llamar la atención, pero no encajaban con su postura felina. *De hecho,* pensó, *ese atuendo solo lo hace destacar más*.

—Está bien —respondió ella simplemente.

Engels los condujo entre dos palmeras hacia la jungla. Después de unos diez metros, salieron a un camino de grava donde esperaban dos camionetas con los motores en marcha. Ambos asientos del conductor estaban ocupados.

Se giró y vio a los otros tres agentes transportando la caja a la camioneta trasera, donde la guardaron en la parte posterior y la amarraron en su lugar.

—Suba —ordenó Engels, señalando el asiento trasero del vehículo. Sostuvo la puerta abierta para ella y entró para sentarse en el asiento libre, Oscar corrió detrás de ella. Engels entró y cerró la puerta.

—Objetivo y paquete extraídos —dijo en voz baja a un micrófono que Filio no podía ver, y luego palmeó el hombro del conductor frente a ellos—. Punto de extracción B. Adelante.

—¿Puedes asegurarte de que el perro sea atendido?

Engels la miró por un momento con una ceja levantada y luego asintió secamente.

El automóvil comenzó a rodar en silencio, siguiendo de cerca al SUV que tenía delante con solo las luces de estacionamiento encendidas. Aceleraron, y pronto conducían tan rápido que Filio temió que si el coche de delante pisaba los frenos, todos morirían. Pero al parecer estos hombres sabían lo que hacían, y en quince minutos habían llegado a un camino rural asfaltado, en el que doblaron a gran velocidad, haciendo chirriar los neumáticos. En el horizonte, ya podía ver el amanecer que se acercaba como una delgada franja azul sobre las luces de Thiruvanamthapuram en la distancia.

Cuanto más se acercaban a la ciudad, pasando por la periferia de

chozas de metal corrugado, parques industriales y basureros en llamas, más denso se volvía el tráfico. Entre *rickshaws*, autos viejos con motores de combustión, coches eléctricos más nuevos y escúteres, también había vacas, gallinas, cerdos y carruajes tirados por caballos ocupando el asfalto agrietado.

Cuando llegaron a los primeros distritos periféricos de la ciudad, los vehículos aislados y las líneas ocasionales de tráfico se habían convertido en un flujo constante que parecía estar rebosante de cláxones y gritos de gente.

Filio nunca antes había estado en la India, y las condiciones que vio a su alrededor la sorprendieron. Cuando se estableció la Fundación Humana, uno de sus principales objetivos era convertir al Tercer Mundo en un líder en la lucha contra el cambio climático, pero parecía que aún les quedaba un largo camino por recorrer en este país. No se debía a la falta de esfuerzo por parte de la fundación de Karlhammer; por el contrario, había realizado enormes inversiones en la Tierra de la Espiritualidad. El problema estaba en cómo se manejaban las tecnologías. Una vez instaladas, las estaciones de carga fueron intervenidas de forma regular e ilegal, los robots de limpieza autónomos fueron despojados de piezas de repuesto y metales preciosos, y los depósitos de CO_2 fueron destruidos por desastres naturales.

Era el mismo tipo de cosas que habían ocurrido después del gran tsunami del Océano Índico de 2004, cuando las empresas, incluidas las alemanas, instalaron boyas de alerta temprana de tsunamis frente a la costa tailandesa. Pero solo unos años después, prácticamente ninguna de ellas seguía funcionando. La razón era que los pescadores, tratando de ahorrar combustible, habían estado amarrando sus barcos a las boyas mientras recogían sus redes. Era muy tentador, desde una posición de arrogancia occidental, culpar a las personas que estaban haciendo estas cosas, pero esa era una explicación demasiado simplista.

Después de vivir como cazadora de fortunas con los chatarreros, después de ver partes de África, Asia y algunas naciones insulares del Pacífico Sur, había llegado a ver la injusticia inherente del sistema económico como la verdadera fuente de los problemas. En India, no estaban demostrando ingratitud cuando destruyeron los regalos de la Fundación Humana, estaban desesperados. Amplios segmentos de la población pasaban hambre todos los días y tenían que mantener a sus familias. Proteger el medio ambiente era más un lujo, un problema abstracto, algo que pasaba a un segundo plano frente a un niño hambriento. Aunque Karlhammer había continuado rápidamente con proyectos que promovían la inversión en educación y ayuda alimentaria, con una población tan grande como la del subcontinente

indio, este era un esfuerzo titánico, aún con los vastos recursos de la Fundación.

Mirando a través de las ventanas, Filio se sorprendió de la cantidad de letreros en chino. Daba una idea de cuán importantes se habían vuelto la ayuda y la inversión chinas aquí. A medida que Estados Unidos se había retirado a un aislamiento e irrelevancia cada vez mayor en el escenario mundial, China, después de años de proteccionismo, se había convertido no solo en la mayor potencia económica del mundo sino, cada vez más, en un rival militar de los Estados Unidos. Su política de no injerencia, junto con la ayuda económica masiva, le ganó el respeto a los chinos en el escenario mundial, a pesar de su sistema político represivo.

El liderazgo en Pekín podría no ser democrático, pero al menos era estable y fiable.

—¿Había estado alguna vez en la India antes? —le preguntó a Engels, que había estado mirando atentamente por las ventanillas todo el tiempo, tan tenso como un muelle de reloj. Su mirada se desplazó hacia ella brevemente antes de volver a la ventana para rebuscar lo que fuera que estaba observando.

—Algunas veces —dijo después de un rato, y su tono no dejaba lugar a dudas de lo poco que le interesaba entablar conversación. Sin embargo, era diferente para Filio, ya que estaba buscando cualquier posible distracción para evitar pensar en los amigos que había abandonado.

—¿Para quién trabaja? —espetó a continuación.

—Soy agente de la Policía Federal para... misiones especiales.

—Una declaración que no dice nada —dijo Filio, suspirando—. ¿Sabe una cosa? No se parece en nada al BND. Es un contratista, ¿no?

Tomó su silencio por un sí.

—¿Estamos en peligro?

Esta vez, el agente se volvió hacia ella y pareció que su expresión se suavizaba. Filio creyó haber pasado de una losa de granito a un bloque de madera dura.

—El nivel de amenaza fue clasificado como muy alto —respondió —. La mayoría de los países del mundo, y todos los que están en el Consejo de Seguridad de la ONU, están buscando lo que aparentemente ha encontrado. Pero ese no es el mayor problema.

—¿Cuál es el mayor problema?

—Los Hijos de Terra —respondió Engels. Con esas palabras, se transformó de nuevo en granito—. Son extremistas locos, con ojos y oídos por todas partes. Y si bien es posible que no tengan acceso al mejor equipo, lo compensan con el fanatismo de su gente.

—Pero afortunadamente, aún nadie sabe que encontramos algo — pensó Filio en voz alta, aunque advirtió que sus palabras eran más

esperanza que convicción real.

—Créame, cada vez que sucede algo relacionado con el accidente del *Mars One*, esos terroristas bastardos se enteran. —Engels se las arregló para negar con la cabeza con visible disgusto sin apartar los ojos de cada automóvil y persona que pasaba afuera—. Están seriamente convencidos de que un extraterrestre fue el responsable del accidente. Y ahora se han infiltrado en los más altos niveles de poder del mundo. Es mejor que crea que están en condiciones de recabar cualquier información sobre el tema. No subestime hasta dónde llegan sus tentáculos, como hacen todos esos políticos. Es un problema real.

—No lo haré —prometió, y Engels asintió levemente en respuesta.

Cuando llegaron al aeropuerto, el sol se había levantado sobre los pocos rascacielos de la ciudad. No habían tomado la misma ruta que el resto del tráfico del aeropuerto, sino que se desviaron por un camino de grava que los llevó a una puerta de barrera en un puesto de guardia, donde esperaban cuatro uniformados de la Fuerza Aérea de India. El conductor del auto frente a ellos habló brevemente con uno de los hombres, la barrera se elevó y les hizo señas para que pasaran.

—Eso fue fácil —comentó Filio.

—Se suponía que debía serlo, dado lo que nosotros pagamos por ello.

—¿Quiénes son "nosotros"?

—¿Quién cree? —preguntó Engels.

—¿El Canciller?

Una fina sonrisa se extendió por su rostro.

Filio esperaba que esto llegara a los más altos niveles, pero pensando racionalmente, esperaba que eso sucediera poco a poco. El hecho de que el Canciller Greulich hubiera intervenido, tal vez incluso desde el principio, revelaba los círculos que había atraído su hallazgo.

Era especialmente revelador que los que estaban en la cima estuvieran dispuestos a arriesgarse canalizando una gran cantidad de dinero de los contribuyentes para conseguirlo, basándose únicamente en la palabra de una astronauta caída en desgracia y del Director General de la ESA, que la creyó.

El aeropuerto internacional de Thiruvanamthapuram se dividía en dos secciones. Un lado era para vuelos civiles y el otro era una base militar de la Fuerza Aérea. Cada uno tenía sus propias pistas. Ahora conducían por un largo camino de tierra a un ritmo vertiginoso. Al fin se detuvieron, con un chirrido de los neumáticos, frente a seis hangares sin pretensiones, pintados de verde, donde Filio pudo ver algunos aviones de combate. Junto a un avión de transporte, había un reluciente jet privado supersónico, uno de los aviones eléctricos de Airbus más modernos. Una pequeña escalera conducía desde la pista hasta una puerta abierta en la parte trasera. Al pie de la escalera había

dos soldados que vestían un patrón de camuflaje diferente al que usaban los indios. Tenían rifles de asalto en las manos y expresiones sombrías en sus rostros.

Esta cosa realmente iba directamente a la cima.

—No hay tiempo que perder —dijo Engels, abriendo la puerta y colocándose protectoramente frente a Filio. Sus ojos parecían abarcar todo a la vez, como un depredador al acecho esperando para atacar.

Filio se deslizó del asiento trasero hacia el calor húmedo del sur de la India y siguió a los dos agentes franceses, que subían la caja por las escaleras hasta el avión. El suave zumbido de los motores eléctricos le recordaba un poco el sonido del mar, siempre de fondo durante su estancia en el Ocean's Bitch. La cabina del pequeño jet tenía doce asientos. En uno de ellos había un hombre con un traje a rayas, con gafas de datos y aspecto ocupado. Los soldados se sentaron en otros dos. Levantaron la vista para darle a Filio un rápido asentimiento. Uno se levantó, se acercó a la puerta de la cabina, llamó tres veces y volvió a sentarse.

Cuando ella se sentó en un asiento del medio y Engels se sentó a su lado, notó que la caja había sido envuelta en papel de aluminio y guardada dentro de otra caja más grande con un número de identificación militar. El segundo agente del BND desapareció en la cabina, mientras que los dos agentes franceses y los soldados del exterior bloquearon sus rifles de asalto y los guardaron en soportes de pared antes de tomar asiento más atrás en el avión.

Filio ni siquiera se había abrochado el cinturón de seguridad cuando el avión comenzó a rodar hacia la pista.

—Cuando dijo que "no hay tiempo que perder", lo decía en serio, ¿verdad?— comentó ella.

—Si perdemos tiempo, podríamos perderlo todo —fue la sombría respuesta de Engels. Hizo una nota mental de no hacerle más preguntas a este tipo.

No sabía si tener todo este músculo a su alrededor la hacía sentir más segura, porque alguien había pensado que era muy importante protegerla, a ella o a la caja, o si eso la ponía más nerviosa porque alguien pensaba que todo este músculo iba a ser requerido.

Hubo un anuncio breve, casi mecánico a través de los altavoces, una voz que decía:

—¡Prepárense para el despegue!

Un instante después, Filio estaba siendo presionada en su lujoso asiento. Podía ver las terminales del aeropuerto civil al otro lado de la pista paralela mientras miraba por la ventana a su lado. La ciudad se extendía a su alrededor en todas direcciones, oculta en un dosel muy visible de espesa niebla tóxica que se difuminaba en una sopa pastel a la luz matutina, pero el morro del avión ya estaba ascendiendo y

salieron proyectados hacia el cielo como una flecha. Un estruendo y un breve sonido metálico le indicaron que el tren de aterrizaje había sido retraído, y el avión se ladeó bruscamente a la izquierda, siguiendo brevemente una estrecha franja de playa antes de que la tierra diera paso al vasto océano. Después de que la ciudad se hubiera reducido al tamaño de un punto detrás de ellos, el avión volvió a acelerar, y cuando la velocidad llegó a Mach 2 viraron en dirección noroeste.

Filio se preguntó cómo estarían Romain, Tomás, Jane y Alberto en este momento. ¿Habían salvado todo ya? Supuso que sí, ya que habían pasado más de veinte horas, pero la duda aún la carcomía. A pesar del cuidado que había tenido con su plan, muchas cosas podrían haber salido mal. Sabía que cualquier cosa podía pasar en mar abierto, y lo único con lo que podías contar era algo con lo que no habías contado.

—¿Puedo hacer una llamada tele...? —empezó a preguntar, pero Engels ya estaba negando con la cabeza antes de que terminara la pregunta.

—Más tarde —la interrumpió.

Unas dos horas después, entendió por qué. Aterrizaron en un aeropuerto en Sudán, en las afueras de Mogadiscio, donde los esperaban soldados franceses con banderas de la UE en sus solapas. Engels le indicó a Filio que saliera.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Volará directo a Nevada. Las muestras se separan y se envían a casa.

—¿Qué? Pero...

Quería hacer tantas preguntas a la vez, aunque sabía que no obtendría ninguna respuesta. De hecho, lo había esperado. Para los poderes fácticos, ella era solo un equipaje extra en este punto. Pero aún estaba sorprendida de lo rápido que habían cambiado los arreglos de Rietenbach. Parecía que querían deshacerse de ella lo más rápido posible y asegurarse de que no tuviera nada más que ver con las muestras. Por supuesto, una parte de ella veía esto como rechazo e injusticia. Pero por mucho que le hubiera gustado estudiar las muestras ella misma, y por mucho que le doliera darse cuenta de que probablemente nunca averiguaría qué eran, también sabía que tenía que seguir un camino diferente. Su meta era Marte, porque sabía con absoluta certeza que las respuestas que buscaba, no, que necesitaba, estaban allí.

Lo sabía.

FILIO AMOROSA, 2042

El cambio de avión fue muy rápido. Engels la acompañó a un todo terreno que esperaba, mientras ocho personas con trajes para materiales peligrosos irrumpieron en el avión y volvieron a salir rápidamente, cada uno con una pequeña caja. Luego, cada uno de ellos, acompañado por un soldado o agente, saltó a una camioneta separada y toda la columna se alejó rugiendo.

Cuando se fueron, el auto en el que estaba Filio al fin comenzó a moverse. Parecía que estaban tomando un largo desvío, por un acceso de emergencia, hacia la terminal aérea civil en Mogadiscio.

—Dividieron las muestras. ¿Ocho aviones diferentes? —preguntó, aún algo asombrada—. Es bastante paranoico.

Engels se encogió de hombros.

—Más vale prevenir que curar —dijo.

—Supongo que ahora que las muestras están en camino, ¿no habrá más aviones privados para mí?

—¡Ajá!

El agente sonrió por primera vez desde que lo había conocido hacía unas horas. Tal vez el hecho de no ser ya responsable del objeto más codiciado del planeta le había quitado algo de estrés.

—Ahora puede volar en primera clase y yo la acompañaré.

—Bueno, eso me hace sentir como un cliente valioso —respondió ella secamente.

—No puedo creer que vaya a ser elogiada como una heroína. Si solo hubiera pedido dinero, igual le habrían dado la Cruz Europea o algo así, pero no, tenía que ir y provocar un gran terremoto burocrático y organizativo. Déjeme decirle algo: todo esto no le ha reportado ningún amigo en Berlín o Bruselas, y definitivamente tampoco en la ESA en París.

—¿Y usted qué sabe exactamente sobre la ESA? —preguntó ella, con mayor brusquedad de lo que pretendía, pero sabía que sus palabras solo la impactaban tanto porque eran verdad.

Engels volvió a encogerse de hombros y frunció ligeramente los labios.

—Sé que el equipo de astronautas ha estado en una burbuja mediática durante meses y ha estado dando entrevistas sin parar. Después del desastre del *Mars One*, el mundo entero está observando a la misión *Mars Two*. Los astronautas son las nuevas superestrellas del

mundo global recién acuñado, y la ESA solo tiene dos asientos en el vuelo. Y solo hay una oportunidad para el despegue, y será dentro de dos semanas.

»¿Cómo cree que se sentirá la tripulación cuando uno de esos dos europeos, un tipo que está a punto de lograr el sueño de su vida y que tuvo que trabajar duro toda su vida para alcanzarlo, recibe la orden de retirarse porque usted consiguió un lugar con malas artes? ¿Y bien? ¿Cómo cree que se van a sentir los funcionarios de alto rango de la ESA y los altos cargos de los ministerios cuando uno de sus protegidos, alguien a quien han cuidado y protegido y por quien se han arriesgado, recibe la orden de arriba de empaquetar sus cosas e irse? Una cosa de la que estoy seguro es esta: mientras vuela cómodamente en primera clase a Nevada, todos y cada uno de ellos va a montar en cólera.

Filio se quedó mirando a Engels. Él le devolvió la mirada, con frialdad, pero sin hostilidad. Era más como si estuviera tratando de entender algo, o de no estar seguro de qué pensar.

La camioneta se detuvo frente a una de las terminales. Los dejaron salir y los condujeron por una escalerilla directamente a un aerodinámico Airbus. Una azafata de Lufthansa les dio la bienvenida a bordo. Fueron los primeros en llegar, como pudieron ver porque el personal de tierra seguía a bordo, limpiando todos los rastros restantes de los pasajeros anteriores. Tomaron asiento en la espaciosa sección de primera clase.

—Bueno, ellos no saben cómo es —dijo Filio, continuando la conversación—. No saben nada. Soy muy consciente de que estoy usurpando el lugar de alguien en la tripulación del *Mars Two*. Y destrozando el sueño de toda una vida. Pero soy la única que ya ha estado en el planeta rojo. La única. Perdí a toda mi tripulación, mi equipo, mis amigos. Sin saber nunca por qué. Lo único que sé es que la razón está en Marte. Entrené duro para mi misión. Y volé allá, y volví.

»*Mars Two* no puede fallar. Si termina como *Mars One*, será el final del programa espacial internacional. Y solo hay una organización lo suficientemente grande y con los recursos para volver al espacio: la Fundación Humana. Pero Luther Karlhammer ha dejado muy claro que solo está interesado en cuidar de nuestro "pájaro en mano": la Tierra. Así que no me diga que desconozco lo que está en juego. No estoy haciendo esto a pesar de lo importante que es la misión, lo estoy haciendo por lo importante que es. Sé que puedo contribuir para que tenga éxito. Y tengo que hacerlo.

El agente la observó cuidadosamente mientras decía todo esto, sumido en sus pensamientos. Ahora los primeros pasajeros subían a bordo, parloteando, con sus pases en la mano, buscando

desesperadamente los números de sus asientos.

—Pragmática. Eso me gusta —dijo al fin Engels, sonriendo evasivamente—. Ya había pensado que si aceptó renunciar a toda su vida y pasar dos años hurgando en el océano mientras se escondía de la mitad de los jugadores clave del mundo que quieren encontrarla, meterla en un calabozo e interrogarla,se has ganado tu lugar en esa tripulación. Bueno, tiene usted mi bendición. Aunque eso no signifique mucho.

Se reclinó, y su expresión no dio ninguna pista de si estaba bromeando o hablaba en serio.

—Lo crea o no, eso significa mucho para mí en este momento.

—Me alegra oírlo.

—¿Puedo hacer una llamada ahora? —preguntó.

—Por supuesto. Ahora es una mujer libre —respondió—. Al menos, lo es de nuevo. Empezando ahora mismo.

—Es bueno saberlo —dijo ella con sarcasmo.

Cogió su terminal y se desplazó a través de los contactos. Cuando encontró el que estaba buscando y vio la foto con la que estaba almacenado, se quedó sin aliento. Su corazón latía con fuerza y quería borrarlo de su pantalla, pero en su lugar presionó el botón verde de llamada.

Se oyó un chasquido, algo de ruido, y luego el timbre. Una vez, dos, tres veces.

—¿Sí?

La voz de Romain la impactó tan fuerte que en un instante se le secó la boca. Por supuesto, él sabía que era ella, y eso significaba que no había rechazado la llamada. Pero lo más importante era que había escuchado su voz, lo que significaba que estaba a salvo.

—¿Estáis todos bien? —preguntó, con voz temblorosa.

—Sí.

—Oh, gracias a Dios.

—Solo quiero saber por qué, Filio. ¿Por qué? ¿Por qué nos traicionaste? ¿Por qué robaste al Bitch? ¿Por qué no nos contaste nada al respecto? ¿Era este tu plan todo el tiempo? ¿Tu estancia con nosotros fue solo una mentira? —preguntó el francés con voz tensa. Su acento se había intensificado, lo que revelaba lo enfadado que estaba.

—Sabes que solo podía recordar algunas cosas que sucedieron en la misión —susurró en su terminal, subiendo el micrófono al máximo para que él pudiera escucharla, excepto Engels y los demás pasajeros que abordaban el avión—. Y una cosa que recordaba muy claro era que había preparado una caja de muestras para el vuelo. Recordaba el diseño de la nave y los protocolos de rutina, así que sabía exactamente dónde estaría.

—Por eso dijiste que la popa era la parte más importante —siseó

Romain, su frustración aumentaba—. ¡*Putain*!

—Sí —admitió ella, con los dientes apretados. Deseaba poder mentirle, decirle que no era así, pero después de todo, lo mínimo que se merecía Romain era su completa honestidad.

—Vais a empezar a verme en la televisión en los próximos días y semanas, y tengo que saber que entendéis por qué. Debo volver a Marte. Es... No puedo hablar de eso. No lo tengo permitido. Pero le debía a mi familia, a todos vosotros, una explicación. Explicar lo que solo yo puedo hacer allí. Tuve que hacerlo. Porque no había alternativa.

—Siempre hay una alternativa.

—No para mí, Romain. No para mí.

—¿Por qué no nos lo contaste? —preguntó, con cansancio—. Podrías habérnoslo dicho.

—¿Hubieras quebrantado el manifiesto chatarrero por mí? —replicó.

—No. Si lo hiciera, el manifiesto no valdría un carajo.

—¿Ves? Es por eso.

—¿Es esto lo que planeaste? ¿Desde el principio?

Filio respiró hondo. Cuando lo hizo, pudo sentir lo fuerte que su corazón le latía contra el pecho.

—Sí —dijo, admitiéndolo.

Asentía, aunque él no pudiera verla.

—Sí. Lo es, y lo siento mucho.

—Y no lo harías de manera diferente, si tuvieras que hacerlo de nuevo, ¿verdad?

—No.

—*Au revoir*, Filio.

—¡Espera! —suplicó, tan fuerte que se hundió en su asiento. Y repitió, más tranquila la segunda vez—: Espera. Por favor. Solo una cosa más. ¿Funcionó? ¿Estáis a salvo y sois... ricos?

—Sí, Filio, lo somos. Pero empobreciste nuestros corazones y nos quitaste algo que es sagrado para nosotros, los chatarreros. Sabes lo que es, ¿no?

—La confianza —susurró ella. El concepto la apesadumbró.

—*Oui*. Esta es la última vez que hablamos. Te doy las gracias. Sin tu ayuda, no lo habríamos logrado. Y de verdad te deseo lo mejor.

—Dile a los demás que lo siento. Y cuidaos mucho, ¿de acuerdo?

Estaba llorando e ignoró la mirada de soslayo de Engels.

Romain colgó.

Filio lloró en silencio en su asiento, y no se dio cuenta ni le importó que todos los que subían al avión la miraran mientras pasaban.

La idea de nunca más tener noticias de Romain, Tomás, Jane y

Alberto, nunca más beber cerveza con ellos y reír y hablar de la vida, simplemente la destrozaba. Estaba tan angustiada que solo cuando Engels la habló se dio cuenta de que ya estaban en el aire.

—¿Ya puede respirar de nuevo? —preguntó, sin rastro de empatía en su rostro. Su expresión era tan impávida que el contraste con lo que ella sentía por dentro la enfureció.

—¿Qué carajo quiere? —replicó.

—No soy yo —respondió, negando con la cabeza.

Metió la mano en la pequeña bolsa que llevaba, que con toda la emoción ni siquiera había notado, y sacó una red transductora y un par de gafas de Realidad Aumentada.

—¿Qué está...? —comenzó a preguntar con el ceño fruncido.

—Alguien quiere hablar con u sted. Sin que nadie escuche. Hay una línea segura a través de la cabina y con el transductor nadie la oirá hablar. Por cierto, esto no es negociable. Así que respire hondo, póngaselo y nos vemos del otro lado —gruñó Engels.

Ya estaba poniendo las almohadillas de la red transductora en su cuero cabelludo. Cuando abrochó la correa de la barbilla y apretó el cordón, sintió que las almohadillas se ajustaban con fuerza contra su cabeza.

Engels trató de ponerle las gafas, pero ella lo rechazó y se las puso ella misma. Detestaba que la trataran como a una niña y no se permitiría parecer vulnerable, ni siquiera con los ojos enrojecidos por el llanto y las lágrimas rodando por sus mejillas.

Bien, Rietenbach, ¿qué quieres de mí? pensó, y luego murmuró "Activar" en voz baja para encender el sistema transductor. La breve tríada de tonos que escuchó a través de los auriculares del sistema RA le indicó que los dispositivos se habían emparejado correctamente.

Estaba de pie sobre las arenas rojas de Marte, el Monte Olimpo altísimo en la distancia. La neblina marrón anaranjada del cielo era tan realista que Filio se sintió abrumada por la sensación de estar en Marte nuevamente. Tan real que todos los recuerdos de aterrizar allí volvieron rápidamente: el primer día y lo emocionados que estaban todos. Los primeros pasos que la humanidad había dado en otro planeta.

—¿Y bien? ¿Te trae recuerdos?

Filio se dio la vuelta y se quedó boquiabierta cuando vio quién había hablado: era el canciller alemán Alexander Greulich. Llevaba su típico traje gris y camisa naranja, su atuendo característico. Una vez le había valido una nominación al político mejor vestido de Europa, en una revista que ella no recordaba. Estaba de pie casualmente, con las manos en los bolsillos. Desde que ocupó su asiento en el centro del poder europeo hace seis años, el cabello alrededor de sus sienes se había vuelto gris, pero sus ojos aún revelaban el estado de alerta en su

interior, el estado de alerta que le permitía pronunciar discursos tan conmovedores que su índice de aprobación se había mantenido prácticamente constante desde que asumió el cargo.

Greulich no era un hombre muy corpulento, pero exudaba una especie de autoridad natural y tenía ese algo que hacía que la gente se sintiera cómoda a su alrededor. En algún lugar en el fondo de su mente, se maravilló de poder notar todo esto en una simulación. O tal vez, fuera simplemente la gravedad de su cargo y el hecho de que era una de las personas más poderosas del mundo.

—Señor.... señor Canciller —tartamudeó—. No sabía...

—¿Qué no sabías? ¿Que tu hallazgo crearía ondas que se desplazarían hasta mi oficina? Justo ahora —Greulich sonrió y se acercó. Cuando estuvieron uno al lado del otro, asintió hacia el Monte Olimpo.

—Así que vas a volver. ¿No te asusta?

—No —dijo ella, negando con la cabeza con vehemencia.

—¿Por qué no?

¿Esa era su pregunta? Ella esperaba que él tratara de disuadirla de todo: de volar a Marte y causarle al gobierno federal un gran dolor de cabeza. Que tal vez hasta le ofrecería una recompensa por abandonar la idea. Pero que él quisiera tener una charla personal con ella era lo último que esperaba.

—Porque sé que pertenezco allí. Sé que sucedió algo para lo que no estábamos preparados —explicó, y su voz mostraba determinación. Ahora podía ver que estaban parados en el lugar exacto del lugar de aterrizaje en el que había estado hacía ya dos años. Se quedaron allí por un momento, uno al lado del otro, contemplando el paisaje rojizo y brillante.

—¿Y estás preparada ahora?

—Sí. —Filio levantó la barbilla—. Sí, señor, estoy preparada.

—Me gustaría saber por qué piensas eso. Verás, he repasado tu caso con gran detalle. Y me sorprendió leer tus declaraciones y escucharlas en tu testimonio ante el comité de la ONU. Y supe de varios expertos independientes que lo revisaron y no encontraron nada mental o físicamente malo en ti. Y, sin embargo, no puedes recordar nada. Ahora, como científica, ¿cuáles estimarías que son las posibilidades de eso, eh?

—Esencialmente cero —admitió.

—Entonces, ¿qué conclusión puedes sacar de esto?

—Que hay algo responsable que no puedo explicar, y está en Marte.

—¿Crees que la destrucción del *Mars One* fue un accidente? —preguntó Greulich, volviéndose para mirarla.

—Yo... No lo sé.

—¿Qué te dice tu instinto?

—¿Mi instinto? —preguntó, confundida—. No entiendo la pregunta.

—Oscar Wilde dijo en cierta ocasión: "La intuición es un instinto extraño que le dice a una mujer que tiene razón, la tenga o no" —Greulich sonrió.

—No estoy segura de si estaba tratando de ser ingenioso o simplemente misógino —dijo, e inmediatamente pensó que había ido demasiado lejos. Después de todo, estaba hablando con el Canciller Greulich.

Para su alivio, él se rio un poco. Cuando lo hizo, acentuó las arrugas alrededor de sus ojos que todo estadista acaba teniendo, por soportar las preocupaciones del mundo.

—Debería hablar con los científicos más a menudo. Cuando hablas con los políticos, nunca puedes decir lo que quieres directamente. Lo que estoy tratando de averiguar es esto: ¿es solo tu intuición lo que te dice que tienes una importante contribución para la misión *Mars Two*, o hay algo concreto que te dice que tienes razón? —aclaró su pregunta, mirándola con cuidado mientras lo hacía.

Filio se sintió incómoda, como si estuviera tomando una prueba de detección de mentiras.

—A veces sueño cosas. Cosas de la misión, cosas que puedo recordar, como el viaje hasta allí y el aterrizaje. Cuando eso sucede, a veces me llegan fragmentos de nuevos recuerdos, y sé que vienen del tiempo posterior —explicó. Luego negó con la cabeza—. Eso probablemente suene bastante raro.

—Un poco —reconoció el Canciller, y entrecerró levemente los ojos, como un águila que acaba de divisar a su presa en el suelo y está calculando cuándo atacar.

—Esos fragmentos fueron los que me ayudaron a recordar que había tomado muestras de El Objeto, y cómo era la caja en la que las había guardado —continuó, su voz se volvía más clara y resuelta con cada palabra—. Es por eso que busqué las muestras, y así es como pude traerlas.

El Canciller Greulich la miró penetrantemente, y Filio le devolvió la mirada sin inmutarse.

—Eso es bastante persuasivo —dijo al fin, y sonrió con una sonrisa tan evasiva que habría avergonzado a Engels, quien, ella sabía, aún estaba sentado a su lado en el avión—. Escucha, pareces apreciar la honestidad, así que voy a ser honesto contigo. Sacar a uno de nuestros mejores astronautas de *Mars Two* y ponerte a ti en su lugar me está causando indigestión. Sin mencionar todos los dolores de cabeza que me encantaría haberme ahorrado en las próximas dos semanas.

»Y aún tengo dudas sobre si no estás sufriendo algún tipo de

secuela no descubierta de tu trauma. Si es así, ponerte en ese equipo es lo peor que podemos hacer. Pero hemos firmado un contrato que aparentemente tú y tu abogado habéis elaborado hasta el más mínimo detalle, y es irrescindible. Bueno, eso al menos me muestra que estás realmente decidida. Ahora bien, cuando firmo un contrato lo cumplo. Aparte del hecho de que no podría invalidarlo si lo intentara, con todo el trabajo que tu amigo en París puso en él, y además él haría público todo el asunto con las muestras apenas lo hiciera.

»Pero quería tener la oportunidad de verte personalmente y apelar a tu conciencia. Si tienes la más mínima duda de si estás completamente bien, si tienes la más mínima sensación de que existe alguna posibilidad de que puedas convertirte en un lastre para la misión *Mars Two*, o incluso en una molestia para el equipo, entonces quiero que desistas ahora. Me aseguraré de que consigas lo que quieres, pero no pongas en peligro el sueño de la humanidad de abandonar algún día la Tierra.

»La ONU está invirtiendo mucho dinero y más que un poco de ambición en este proyecto, y después del desastre de 2040 casi se cancela. Si esta misión a Marte falla, habremos perdido esta oportunidad de lanzamiento bienal, así como la financiación para una tercera misión. Esa no es información pública, pero debes conocerla antes de responder.

Greulich esperó, manteniendo contacto visual con ella todo el tiempo. La arena roja virtual de Marte onduló alrededor de sus piernas con el viento virtual, sin tocar su ropa.

—Soy consciente de eso, señor Canciller —dijo al fin.

La firmeza y la estabilidad de su voz surgieron de forma natural. No tuvo que hacer ningún esfuerzo para sonar resuelta, porque estaba hablando desde su más íntima convicción.

—Tengo que ir a esta misión, porque sé que soy la mejor y más calificada astronauta para ella. No van a encontrar a nadie mejor. Sé con certeza que los recuerdos volverán tan pronto como esté allí. Este fenómeno ha sido bien descrito, y sé que puedo evitar que esta segunda misión sufra el mismo destino que la primera. Y si existe la posibilidad de que tenga razón, entonces me querrán a bordo.

El Canciller asintió lentamente y dejó escapar un largo suspiro.

—Está bien, Doctora. Buena suerte para ti y buena suerte para todos nosotros.

Extendió la mano y ella se la estrechó.

—Gracias, Señor.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

El viaje al aeródromo de Malmesbury tomó casi dos horas, en parte porque pasaron por dos puestos de control policial por el camino. En ambas ocasiones, los oficiales no pudieron ocultar su sorpresa cuando iluminaron con sus linternas, a través de las ventanas abiertas del Tesla, las identificaciones de Ágata y Pano, pero al final, solo se limitaron a indicarles que pasaran.

Hasta ahora, todo bien.

Pero se toparon con un obstáculo más importante cuando doblaron por la vía de acceso, pasando las señales del aeródromo, y la luz incolora de sus luces altas dio contra una puerta de malla metálica, asegurada con una pesada cadena de hierro.

—Parece que solo abren el tenderete durante el día —dijo Pano, y frunció los labios—. Bastante estándar para un aeródromo privado.

—Hmm —gruñó Ágata, estudiando la puerta y el alambre de púas a través del parabrisas del Tesla. De la oscuridad circundante, una nube de insectos, algunos pequeños y otros bastante grandes, se abalanzó hacia la luz y los bichos comenzaron a acumularse alrededor de los faros del automóvil.

—No estarás pensando en entrar, ¿verdad? —preguntó Pano.

—Sí... Sí, lo estoy considerando —respondió ella.

—Eso es ilegal.

—No veo ninguna advertencia.

—Estaba bromeando —dijo él con un resoplido, luego suspiró y dijo—: Está bien, vamos. Traje los cortadores de fisión.

Cuando Ágata estuvo segura de que su compañero se dirigía al maletero, se volvió hacia su terminal y comenzó a desplazarse por el archivo que había preparado sobre derecho penal y civil sudafricano. Cuando encontró lo que estaba buscando, pulsó brevemente y luego salió del auto.

—¿Todo bien? —preguntó Pano, acercándose con una herramienta que parecía un pequeño taladro. Se puso a trabajar en la cadena y ella asintió—. ¿Qué esperas encontrar una vez que entremos? —preguntó, mientras el rayo láser apenas visible del cortador de fisión se abría paso a través de la cadena metálica. Una fina nube de humo ascendió y la cadena cayó al suelo con un fuerte sonido metálico.

—Me basta con los destinos —respondió ella.

Cada uno empujó un lado de la puerta para abrirla y regresaron

juntos al coche.

—Los vuelos privados también tienen que presentar itinerarios completos, ¿no? —preguntó, optimista y a la vez preocupado.

—Creo que sí, sí. Estoy bastante segura de que no tienen que mantener listas de pasajeros, solo información del piloto. Y eso sin mencionar el transporte aéreo.

Se sentaron en los asientos delanteros de su coche y ella cambió el modo de conducción a manual. Luego siguieron un camino de grava hacia el gran edificio del hangar. Era de chapa metálica ondulada, de pie como un bloque gris en medio de la negrura de la estepa circundante. El camino de acceso giró bruscamente y luego se dirigió al hangar. Ágata había apagado las luces bajas y ahora conducía con las luces de estacionamiento, algo de lo que el software era consciente y se lo señaló con símbolos de advertencia intermitentes. Ella los ignoró.

Se detuvo junto al hangar, estacionó el coche, se apearon y comenzaron a caminar, trayendo consigo sus linternas.

—Lleva la Maglocksmith —le indicó, y mientras se preguntaba si no había sido demasiado autoritaria cuando lo dijo, él sacó la caja de metálica del maletero.

El hangar tenía un tamaño de al menos treinta por treinta metros o quizás un poco más. Cerca del coche había una puerta diminuta marcada como “Privado”, a la que se acercaron. Cuando llegaron, el italiano sacó un dispositivo del tamaño de una billetera y lo colocó en la puerta. El dispositivo comenzó a parpadear frenéticamente.

Ágata iluminó con su linterna la zona pavimentada frente al hangar, donde dos pequeños aviones de hélice y tres aeronaves de propulsión vectorial estaban alineados a lo largo del borde occidental. Observó cómo un gato salía de la sombra de detrás de una de las ruedas, la miraba brevemente, observando directamente al cono de luz y luego desaparecía en la noche.

Un pitido junto a la puerta la hizo darse la vuelta. Pano acababa de desbloquearla y le guiñó un ojo mientras la abría.

—Después de usted, agente Devenworth.

Ágata se deslizó junto a él hacia el interior oscuro del hangar y dirigió lentamente su linterna por la habitación. A su izquierda estaba la parte abierta del hangar donde se encontraban cuatro aviones, conectados a varias mangueras y cables. Frente a ella había una pequeña área de oficina que se convertía en un pequeño salón, las paredes tenían carteles de mujeres desnudas y una diana.

—¿No es emocionante estar haciendo algo prohibido? —preguntó Pano, sonriendo con alegría mientras cerraba la puerta detrás de ellos. Ella enfocó su cara con la linterna y él rápidamente se cubrió los ojos con las manos en señal de protesta.

—¡Oye!

—En este momento solo estamos cometiendo una infracción, y no un delito. En el momento en que dañamos algo o robamos algo, se convierte en un delito y no vamos a salir con una multa —respondió, completamente impasible. Apuntó la luz hacia la oficina donde vio un viejo ordenador de escritorio con un monitor de pantalla plana.

—Si hubiera una piscina aquí, podríamos bañarnos desnudos, como en el instituto —sugirió él, sonriendo—. Eso sería solo una infracción, ¿verdad?

Ágata puso los ojos en blanco.

—Oh, sí, cariño, así podría ver toda tu magnífica virilidad y finalmente aceptaría que lo único que quería desde el principio era ceder a tus encantos masculinos. Cuando por fin el peso de la lujuria no correspondida se libere —susurró, luego gimió y volvió a susurrar, yendo a por la actuación completa de una estrella porno, o como creía que debía sonar—, y así, ser capaz de rendirme a mis verdaderos deseos!

Por primera vez, Pano parecía realmente sorprendido.

—Eh, ¿podrías por favor volver a ser distante y fría? ¿Por favor?

—Me encantaría —respondió ella, y señaló al ordenador—. Ve y mira lo que dice el manifiesto para el día en que los estudiantes salieron del albergue. Apuesto a que volaron el mismo día. Mientras lo haces, haré una lista de sitios de excavación cercanos a los destinos. Podríamos encontrar una dirección lógica si correlacionamos a los estudiantes y sus fechas de vuelo.

—Estoy en ello —dijo Pano, y se dejó caer sobre la silla de plástico frente al ordenador, la cual crujió siniestramente. Estaba seguro de que el revestimiento de plástico azul ya era viejo cuando los estudiantes desaparecieron.

Ágata tecleó una cadena de búsqueda en su terminal y se dirigió al salón, donde trató de ignorar a las modelos femeninas y en su lugar se concentró en el segundo tablón de anuncios que había visto. En la pared junto al televisor había un mapa que mostraba África en el centro y, en las orillas, los contornos de los continentes vecinos. Había chinchetas rojas por toda la mitad sur del Continente Negro.

—Es interesante cómo los hombres siempre tienen que marcar dónde han estado, al igual que los perros —murmuró, deteniéndose de repente, aguzando las orejas—. ¿Escuchaste eso?

El rostro de Pano estaba iluminado por el brillo del monitor ante el que estaba sentado, y ella lo vio volverse y mirarla.

—¿Eh? ¿Qué?

—Me pareció escuchar un ruido afuera —respondió ella. Justo cuando estaba diciéndolo, lo escuchó de nuevo.

—Oh. Es el viento, soplando a través de este metal corrugado —

dijo Pano, y se volvió hacia el ordenador—. La chapa ondulada comienza a desescamarse con el tiempo, y aparecen rendijas que hacen ruido con el viento. Tenía un cobertizo de jardín en Ticino, y sonaba exactamente así.

—De acuerdo, entonces. ¿Encontraste algo? —preguntó.

—No, la cosa está protegida con contraseña —respondió—. Por ahora estoy seguro de que no es "Dios», ni "123», ni "me_encantan_los_aeropuertos", ni "nelsonmandela".

—¿En serio no tienes una IA de hackeo en tu terminal?

—Por supuesto que sí, pero ¿cómo se supone que debo conectar mi terminal a esta reliquia? Ni siquiera tiene un conector universal.

—¿No hay campo de inducción? —preguntó, sorprendida.

Negó con la cabeza.

—Mmm —Ágata se dio la vuelta e iluminó con la linterna el tablón de anuncios. Estaba a punto de alejarse de él nuevamente, cuando entrecerró los ojos y movió el haz de luz de su linterna hacia la parte inferior derecha del mapa del mundo.

—Vaya, hola —susurró, y miró fijamente la solitaria chincheta roja que había sido clavada cerca de Hobart, Tasmania, en el extremo sur del continente australiano. Abrió la boca para llamar a Pano, pero antes de que pudiera, escuchó sirenas ululando en la distancia.

—Creo que tenemos que irnos. ¡De inmediato!

EL ASESINO

El hombre del traje negro avanzó a paso moderado por la baja colina. En la parte superior, tenía una excelente vista sobre la pista y podía ver el hangar. La oscuridad no lo molestaba y no podía ocultarle nada, ni siquiera al soldado, acurrucado con la hierba hasta la rodilla, con un rifle de francotirador apuntado al edificio solitario donde la estadounidense y el italiano hurgaban.

A lo lejos, podía escuchar el ulular de las sirenas de la policía acercándose gradualmente. Estudió al soldado frente a él y luego miró a su alrededor. Al otro lado de la pista pudo distinguir otra señal térmica, posiblemente un segundo francotirador.

Podía escuchar al soldado respirar mientras se acercaba silenciosamente detrás de él y luego decía:

—Buenas noches, señor.

El hombre saltó y se dio la vuelta para mirarlo, las pupilas extremadamente dilatadas, para recoger los escasos rayos lunares sobre la oscuridad de la noche. El soldado sacó una pistola, pero el hombre del traje negro cogió su muñeca y la torció. El arma cayó al suelo.

El movimiento con el que luego arrastró la hoja de afeitar por el antebrazo expuesto del soldado, de abajo hacia arriba, fue breve. El final llegó rápido y, sin embargo, con una curiosa sensación de calma.

El soldado miró la herida con incredulidad mientras la sangre brotaba de ella, casi negra en la oscuridad.

—Todo está bien —dijo el hombre del traje negro tranquilizadoramente, sonriendo con calma al hombre moribundo—. Casi ha terminado.

Cuando el soldado hubo caído al suelo, con la mirada vacía, el hombre del traje negro empujó el cuerpo a un lado, quitándole hábilmente el rifle de francotirador de su hombro mientras caía. Luego, relajado, extendió la manta que había traído consigo y se tumbó sobre ella.

El rifle calibre .50 tenía más de un metro y medio de longitud, y la culata se sentía fría en su mejilla. No disfrutaba de la sensación.

Observó a través de la mira telescópica hasta que encontró los dos coches de policía que se acercaban rápidamente al portón abierto por el que ya habían pasado los dos agentes, a tres kilómetros de distancia.

—No estáis invitados —dijo en voz baja cuando la primera bala perforante salió del cañón con un trueno. Pareció pasar muy poco tiempo antes de que impactara el primer SUV, destruyendo la batería. La segunda bala ya estaba en camino y paralizó al otro vehículo de la misma manera antes de que el primero hubiera dejado de rodar.

Apuntó con calma la mira telescópica hacia el hangar, donde vio a Ágata Devenworth y Pano Hofer salir disparados por la pequeña puerta. Justo hacia su punto de mira.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Pano abrió la puerta y salieron a trompicones a la noche.

A lo lejos, cerca del portón que habían forzado, Ágata podía ver las luces azules de dos o quizás tres coches de policía; la distancia hacía difícil saber cuántos eran.

Entonces, de repente, dos truenos atravesaron la noche. Instintivamente, la cabeza de Ágata volteó para mirar a Pano, pero no parecía haber sido impactado. Él corrió para ponerse a cubierto detrás de su coche.

Ágata iba a seguirlo, pero se detuvo abruptamente cuando dos figuras se acercaron a Pano. Llevaban una mezcla salvaje de ropa de camuflaje, y en un santiamén habían puesto un saco de tela negra sobre la cabeza de su compañero. Pano pataleó y luchó, pero el segundo agresor, quien era mucho más grande y pesado que Pano, lo sujetó con fuerza.

Los reflejos de su entrenamiento entraron en acción, y Ágata se arrojó a un lado mientras buscaba la pistola dentro de su chaqueta. Pero su pulgar se enganchó en el bolsillo interior y no pudo sacar el arma.

Sin embargo, se había lanzado en el momento adecuado, porque un hombre con pasamontañas pasó junto a ella en el mismo instante.

Al perder el equilibrio, Ágata tropezó con el metal corrugado de la pared del hangar, pero aprovechó su impulso descendente para dar una patada en el costado de la rodilla de su atacante. Este tropezó e impactó la pared.

Podía oír a Pano jadeando y a alguien cayendo al suelo, cuando volvió a oír un trueno, seguido por el chapoteo de una bala al atravesar tejido humano. Al fin había liberado su mano y sacado la pistola en la funda de su cinturón, cuando una sombra se alzó ante ella, eclipsando la pálida luz de la luna.

Ágata levantó el arma y apretó el gatillo, pero la figura a la que se enfrentaba le apartó el brazo de un golpe y el disparo salió desviado. Cuando levantó una bolsa negra para ponérsela sobre la cabeza, ella giró con todas sus fuerzas.

Tiró de su mano izquierda con fuerza, justo cuando un trueno volvió a escucharse y donde hacía un instante estaba su cabeza, salpicaban la sangre y los sesos la pared de metal gris. La figura sombría frente a ella, ahora sin cabeza, cayó al suelo, justo cuando el

otro hombre luchaba por ponerse de pie.

Ágata levantó su pistola y estaba a punto de disparar cuando vio que la figura con ropa de camuflaje no llevaba ningún arma. Sostenía una varita Taser en su mano derecha, y en el suelo frente a él estaban las esposas que aparentemente había soltado cuando cayó.

—¡Pano! —gritó Ágata, con voz quebrada por la adrenalina que corría en sus venas. Pero él ya estaba de pie, apuntando con el arma a su agresor, que en ese momento se estaba levantando con una mano apretada contra su abdomen. Junto a él, había dos figuras en el suelo, que parecían trapos de camuflaje arrugados: a uno le faltaba la cabeza y al otro la mitad del torso.

—¡Francotirador! —gritó Pano y tiró de ella para doblar la esquina cuando sonó otro disparo y el atacante restante recibió una bala en el cuello. La mayor parte de su cabeza y la parte superior de su cuerpo se disolvieron en una nube roja de niebla que se impregnó en manchas de olor metálico en la ropa de Ágata y Pano.

Pano ya se había lanzado al suelo, y ahora Ágata hizo lo mismo. Juntos comenzaron a gatear hacia su Tesla.

—¿Viste un fogonazo? —gritó, jadeando, a pesar de que todo estaba en silencio otra vez.

—Sí, al noreste. Tenemos cobertura aquí.

—Están disparando con artillería antitanque, tal vez M82 —especuló, mientras ambos llegaban a cubrirse con el automóvil, al otro lado de donde estaba el tirador. Se agacharon con la espalda contra el Tesla—. El hangar no va a detener esas balas. El coche tampoco. Están hechas para perforar tanques.

—¡Joder, eso es estupendo! —maldijo Pano, abrió la puerta y subió al asiento trasero. Ágata hizo lo mismo hacia el asiento del conductor.

—¡Tesla, modo todoterreno! —le gritó al software de autoconducción y contó tres largos segundos mientras la carrocería del auto se elevaba unos veinte centímetros. Pano aprovechó el tiempo para ir al frente y sentarse junto a Ágata en el asiento del pasajero. Ambos se abrocharon el cinturón.

—¡Tesla! —ordenó de nuevo—. ¡Aceleración máxima, todoterreno, dirección suroeste, desactivar el sistema de colisión!

El todoterreno eléctrico de dos toneladas y media salió disparado por la pista con sus mil doscientos caballos de fuerza y los neumáticos chirriando. Aceleraron a cien kilómetros por hora en dos segundos. Para cuando cubrieron una larga extensión de hierba y tierra y atravesaron la alambrada, habían llegado a ciento cuarenta. El software de conducción autónoma hizo girar el automóvil mientras mostraba una advertencia en la pantalla: el triángulo rojo de fuerza G excesiva. Parecía que la parte trasera del automóvil se iba a romper cuando el Tesla se desvió para alinearse con el camino que corría

perpendicular a la valla.

—¡Sigue el camino! —jadeó Ágata, su cinturón de seguridad estaba tenso por las fuerzas extremas. Finalmente, cuando iban en línea recta y se había asegurado de que ninguna bala había penetrado en el auto, miró a Pano.

—¿Estás bien? ¿Te dieron?

Su compañero se miró el estómago, retiró la mano de donde la había presionado y negó con la cabeza.

—No. Aquí es donde me electrocutaron —gruñó, haciendo una mueca—. ¿Qué narices acaba de pasar?

—No lo sé, excepto que alguien estaba tratando de atraparnos, hasta que alguien más decidió eliminarlos y despejar nuestro camino a tiros.

—¿Eh?

—Cualquiera que acabe con cuatro personas, así de rápido, desde esa distancia, sin fallar una sola vez, jamás nos habría errado ni nos habría dejado ir a menos que quisiera —dijo, mirando los postes reflectores que bordeaban el camino rural mientras pasaban velozmente.

—¿Pero quién haría eso? —preguntó—. ¿Los sudafricanos?

—No, creo que ellos son los que querían secuestrarnos.

—¿Qué? ¿La agencia de inteligencia?

—Los atacantes estaban desarmados, pero nos esperaban. Y ciertamente no parecían los secuestradores o criminales comunes y corrientes de los que hablaste —dijo, y miró su traje pantalón, ahora completamente arruinado por las manchas de sangre. Si la policía los detenía ahora por una nimiedad, su viaje a Sudáfrica iba a terminar, y no muy bien.

—¡Maldita sea! —gritó Pano, y miró entre sus dos asientos hacia la ventana trasera—. ¿Cómo sabían dónde íbamos a estar? Y para ser honesto, no estoy seguro de si quienquiera que haya disparado nos hizo algún favor al sacarnos de allí.

—Estoy segura —dijo resueltamente—. No nos lo hizo. Probablemente intentaban secuestrarnos y luego dejarnos en algún lugar, para que no pudiéramos seguir hurgando en el patio trasero de Karlhammer. Aparentemente, Solly Shoke habló.

—Aun si lo hizo, ¿cómo llegaron aquí tan rápido?

—Tal vez tenían activos locales y lo único que tuvieron que hacer fue una llamada —especuló Ágata, encogiéndose de hombros—. Lo que sea. Voy a llamar a Miller.

Cogió su terminal y presionó el buzón de su departamento, que redirigió a través de varios satélites hasta que finalmente sonó la línea del director.

—¡Devenworth! —gruñó cuando respondió—. ¿Tienes idea de qué

hora es? Espero que estés llamando a este número de emergencia con un muy buen…

—No hay tiempo, señor. ¡Necesito una evacuación inmediata!

—¿Dónde estás?

Ágata agradeció que él reconociera la gravedad de la situación y no hiciera preguntas. Escribió algo en su terminal.

—Enviando datos.

—Espera —dijo Miller.

Hubo una breve pausa.

—Sigue hacia el norte y deja la línea abierta. La Armada tiene una base en el sur de Namibia. Puedo sacarte de allí.

—Gracias, señor. Otra cosa —dijo, y respiró hondo—. Si es posible, tenemos que dirigirnos a Australia.

—¿Qué? Tendrás suerte si sales de allí. Después tendrás que darme un informe completo sobre…

—Señor, usted me conoce. Tenemos una pista. Este caso es más grande de lo que pensábamos. Le pido que confíe en mí. Me conoce lo suficientemente bien como para saber que tomo cada caso con seriedad y no desperdicio recursos.

—Espera, ¿tenemos una pista? —preguntó Pano a su lado, levantando una ceja.

Ágata lo ignoró y esperó. Podía escuchar la respiración de Miller en su oído.

—Vale. Muy bien. Me aseguraré de que consigáis un vuelo, pero será mejor que vayáis tras un pez grande. Voy a tener que aclarar esto con el ministro y pedir algunos favores a la Marina —se quejó Miller.

—Gracias, señor, yo...

El director ya había colgado.

—¿Y bien? —preguntó Pano.

—Nos sacarán. Pronto.

—¡Gracias a Dios!

Condujeron hacia el norte durante otra hora, siguiendo la pequeña carretera secundaria hacia Namibia, y justo antes de llegar a la frontera giraron hacia el oeste. Conduciendo por el camino de tierra con solo las luces de estacionamiento encendidas, pronto fueron detenidos por dos sargentos de la Marina que agitaban luces rojas.

Ágata detuvo el coche. Ella y Pano recogieron sus cosas y salieron.

—Soy el sargento Constantinos —dijo uno de los dos soldados mientras se acercaban. Señaló detrás de él—. ¡El helicóptero está esperando allí!

No podía verlo, pero tuvo que gritar para hacerse oír debido al ruido de los rotores.

—¿Dónde?

—¡Solo seguidnos!

Los dos soldados se alejaron rápidamente, y ella y Pano los siguieron. No pasó mucho tiempo antes de que viera una silueta oscura enmarcada en una luz verde brumosa apenas perceptible.

Era un Sea Hawk de la Armada. Cuando llegaron, el otro sargento abrió la puerta y los empujó adentro. Apenas un minuto después, estaba asegurada, con los auriculares puestos, y el helicóptero despegó en dirección norte, pasando por encima de los escasos árboles que crecían en la estepa.

Escuchó la voz del soldado a través de sus auriculares.

—No queremos que nadie nos detecte, por eso volamos tan bajo —dijo, señalando hacia afuera.

Ágata se limitó a asentir, porque el vuelo no le interesaba mucho y sus pensamientos se ralentizaban a medida que la adrenalina comenzaba a agotarse.

Pano, sentado a su lado, trató de llamar su atención.

—Ágata. ¿Dijiste algo sobre Hobart?

—Así es. Había un tablón de anuncios en el salón de atrás, y creo que los pilotos apuntaron sus destinos más lejanos en él. Todos estaban relativamente cerca, a excepción de ese pin en Tasmania.

—¿No es... en Australia?

—Sí. Me hizo pensar, porque hay muy pocos aviones privados que pueden transportar a catorce personas, excepto un Learjet. También se habría arreglado un Learjet para llegar desde aquí a Tasmania, y en 2018 solo había una persona lo suficientemente rica como para pagar uno: Luther Karlhammer.

Tragó saliva varias veces mientras hablaba, tratando de expulsar el desagradable sabor de la sangre de otra persona de su boca. No desapareció.

—Apuesto mi carrera a que nuestros estudiantes fueron allá —finalizó.

—Bueno —respondió Pano—. Supongo que lo hiciste, apostaste tu carrera... cuando llamaste a tu jefe.

—Así es —respondió ella sucintamente.

Por supuesto, era muy consciente de que ahora todo lo que amaba y apreciaba, es decir, su trabajo, dependía de esta corazonada. Pero no se preocupaba. Después de todo, no veía ninguna alternativa en particular. Suspender una investigación por cálculos políticos no era algo que ella hiciera. Iba a terminar esto, como cualquier otro caso en su carrera. No por Miller, no por ella misma, sino porque era lo correcto. Y era su trabajo.

—Tasmania... —La voz de Pano volvió a sus auriculares—. No sabía que había yacimientos arqueológicos allí.

—No los hay. Básicamente, no hay ninguno en Australia, excepto quizás algunas pinturas rupestres aborígenes.

—Así que probablemente no volaron a Tasmania.

—Probablemente no.

—¿Hay algo en Tasmania? ¿Además de osos koala?

—No hay osos koala allí —lo corrigió.

—¿No? Eh. Entonces, ¿qué hay ahí?

—No lo sé —admitió, y sacó su terminal—. Mmm. Tasmania es un destino popular para excursionistas y amantes de la naturaleza. Un paraíso para todo tipo de actividades al aire libre. ¡Ajá! Hobart... Hobart es una importante parada portuaria para expediciones y barcos de suministro que viajan a la Antártida —leyó desde su terminal.

—¿Antártida? Bueno, ciertamente no hay nada para los arqueólogos allí —dijo Pano, mirando su dispositivo desde un lado, como si estuviera tratando de averiguar si ella se lo estaba inventando.

—No. Extraño. ¿La Fundación Humana tiene algo que ver con la Antártida?

—¿Alguien tiene algo que ver con la Antártida? —respondió Pano con sarcasmo—. Solo he visto un documental al respecto, y decía que todas las instalaciones de investigación fueron retiradas en los años treinta porque el derretimiento del hielo se estaba convirtiendo en un problema para todas las estaciones. Vosotros, los estadounidenses, teníais una base famosa allí, ¿no es así?

—Honestamente, no lo sé —confesó, y buscó en su terminal—. ¡Aquí! Estados Unidos tenía una base aparentemente bien conocida. Estación McMurdo. Después de que estalló una disputa dentro del proyecto y la financiación se vino abajo, la Fundación Humana compró la base en 2019. Parece que el trato incluía compartir datos de investigación con la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos. ¿Qué querría la Fundación Humana con una estación de investigación antártica...?

—¿Qué se adquirió un año después de que Jackson, Gould y algunos estudiantes desaparecieron? —agregó Pano, terminando la pregunta. De repente, su rostro parecía haber envejecido unos años durante el tiempo que su cabeza había estado asimilando esta nueva información—. ¿Esa base sigue en funcionamiento?

—Sí, según la base de datos de la CIA, hay cuatrocientos empleados de la Fundación viviendo allí durante el verano. Sesenta en invierno —respondió ella.

—No me digas que vamos de Tasmania a la última zona de hielo que queda en el planeta —se quejó Pano. Cuando ella lo miró impasible, se le cayó el alma al suelo—. Sabe, agente especial Devenworth, de verdad espero que en algún momento sucumba a mis encantos. De lo contrario, esto se convertirá en la peor investigación de mi vida.

Después de unos cuarenta y cinco minutos de vuelo, llegaron a la base naval en Namibia. Era un antiguo puerto que una vez tuvo una pista de aterrizaje conectada a él. Una vieja casa de bloques de cemento, una pared larga y rústica, algunas tiendas de campaña y marañas de alambre de púas por todas partes completaban la imagen. Era la imagen misma de un puesto de avanzada remoto enmarcado contra el tosco atractivo del Continente.

Una vez aterrizados, el sargento los condujo desde el helicóptero directamente a la pista adyacente donde descansaban tres aviones de transporte C-220 Albatross. Uno de ellos tenía las luces encendidas y la puerta de la sección de carga abierta.

—Tengo órdenes de escoltarles directamente al avión. El mayor dijo que un oficial de enlace de las Fuerzas Armadas de Australia estará allí para ofrecerles su apoyo. Estará esperando en la sección militar del Aeropuerto Internacional de Hobart —rugió el sargento por el ruido de las hélices giratorias mientras bajaban la cabeza para pasar por la escotilla.

—Sargento —le gritó Ágata—. ¡Tenemos que cambiar nuestro destino!

—¿Qué?— gritaron el sargento y Pano al mismo tiempo.

—Tenemos que ir a McMurdo en la Antártida —explicó, mientras corrían hacia el compartimento de carga, vacío excepto por las redes de sujeción, las correas de amarre y varios accesorios para ganchos y cuerdas en todas las paredes.

—El piloto tiene órdenes de llevarlos a Hobart...

—Tenemos que cambiar esa orden. ¡Llame a este número! —Ágata le tendió su terminal con el número directo del Secretario de Defensa en la pantalla. Nunca antes había marcado ese número, pero, como todos los principales agentes del CTD, lo tenía y estaba segura de que Miller había aclarado todo el asunto con el secretario de Defensa. De lo contrario, nunca habrían sido evacuados ilegalmente de un país que era aliado estadounidense. Era un riesgo, pero calculado, y no quería darles a Karlhammer y a la Fundación Humana otra oportunidad de interceptar y posiblemente tener éxito esta vez.

El sargento pareció dudar, pero luego cogió la terminal y marcó el número. Después de un momento, sus ojos se agrandaron como pelotas de golf y miró a Ágata con las cejas levantadas.

—Hola, señor... sargento Eversman, señor. ¡Lo siento, señor... señor! Eh, tengo a la agente especial Ágata Devenworth frente a mí, de la División Antiterrorismo, y me dice que, en lugar de Hobart, se supone que debo enviarla a McMurdo en la Antártida... Sí, señor, la distancia es más o menos la misma, pero debo señalar que los nuevos propietarios podrían denegar el permiso para aterrizar... No, señor... Sí, señor... Por supuesto, señor.

Eversman le devolvió el terminal y, por un breve instante, se estremeció.

—Ese era...

—El Secretario de Defensa, lo sé —dijo ella con impaciencia, lanzando un gesto de ir al grano por si acaso.

—Ha dado su autorización. Pero también dijo que si no conseguimos el permiso para aterrizar, harán la última parte del viaje en paracaídas, porque no se arriesgará a violar el derecho internacional.

—Lo que no quiere arriesgar es su trabajo —murmuró, pero se retractó, porque su apuesta había dado mejores resultados de lo que esperaba.

—¿Alguna vez has saltado en paracaídas? —le preguntó Pano mientras buscaban asientos a lo largo de la pared y se abrochaban los cinturones de seguridad de tres puntos de anclaje.

—Sí —dijo evasivamente.

—¿Cuándo y dónde?

—Mi exnovio me regaló un salto en tándem para mi cumpleaños. Fue una mala experiencia.

—Genial —suspiró Pano, apoyando la cabeza en la pared detrás de él.

Cerró los ojos. Pasaron unos diez minutos antes de que Eversman regresara con una caja, la ató y se aseguró él mismo, y el avión militar al fin comenzó a moverse por la pista.

DAN JACKSON, 2018

Dan descansó un rato. Sabía que la emoción le estaba pasando factura, porque se sentía exhausto. Había estado revisando su tableta una y otra vez, tratando de comunicarse con alguien a través de Bluetooth, sin éxito, y ahora la batería de su dispositivo se estaba agotando peligrosamente.

Al menos la temperatura en su diminuta prisión era templada, unos agradables veinte grados. Pero la humedad era demasiado para él y sudaba cada vez más, lo que significaba que también estaba perdiendo agua.

La sed ni siquiera era la peor parte. Un dolor de cabeza palpitante se extendía desde la parte superior de su cráneo y sus sienes hasta su cuello, martillando su cerebro con tanta fuerza que sentía náuseas.

Al principio pensó que el dolor de cabeza y el hecho de que tenía la visión borrosa eran síntomas de su deshidratación, pero solo había estado atrapado aquí por unas pocas horas. Con la temperatura actual, la deshidratación aún no era problema. Lo sabía sin ser médico.

Entonces se dio cuenta de que estaba empezando a comportarse de manera errática. Le había echado la culpa a la situación en la que se encontraba, sin darse cuenta de que había estado respondiendo basado en una ansiedad peculiar, a pesar de la emoción.

—Es el oxígeno —comprendió después de un rato—. La presión parcial del oxígeno en el aire se ha incrementado. Me está dando hiperoxia.

Dan se miró los antebrazos, donde vio que comenzaba a aparecer un ligero sarpullido.

—El oxígeno actúa rápidamente y produce radicales libres, por lo que tengo dolores de cabeza, erupciones en la piel y visión borrosa.

Y eso no era todo. A largo plazo, sabía que los niveles excesivamente altos de oxígeno en el aire provocarían coágulos de sangre, convulsiones y paros cardíacos.

“Pero, ¿de dónde vienen el oxígeno y el calor?” se preguntó mientras luchaba por ponerse de pie. Cogió la linterna y miró cada transición entre las paredes, las juntas del techo y a lo largo del piso, pero no pudo encontrar una sola abertura en ninguna parte. Cada centímetro estaba inmaculado y sin juntas, sin huecos, como si toda la habitación hubiera sido tallada en una sola pieza de metal.

Dan estaba a punto de darse la vuelta cuando la luz de su linterna

pasó de nuevo sobre el dibujo del gigante y los personajes de abajo. Para orientarse, echó un vistazo al bolígrafo que había colocado en medio de la habitación para marcar los puntos cardinales.

—Bien, ahora estoy mirando la pintura más reciente, si mi teoría es correcta.

Volvió a leer el texto y de repente recordó dos de las letras con las que se había estado rompiendo la cabeza antes.

—¡Por supuesto!

Cogió su diario y rápidamente completó su traducción:

—KATARU significa "pacto" o "hacer un pacto". Sí. La siguiente palabra es UGGAE, eso es "Dios". No, espera, "Dios" es ILU. UGGAE... UGGAE es "Dios de los muertos". O "Muerte". KALUM es un "sacerdote", o alguien que se lamenta, que llora por los muertos. Una "plañidera". SABATU significa "quitar", o tal vez mejor "confiscar". Y el último es TAPPUTU, "ayudar". ¿O es...? Espera, no, ayuda es RESUSSUN, TAPPUTU es "recursos".

Dan respiró hondo y volvió a leer todo en voz alta:

—KATARU UGGAE KALUM SABATU TAPPATU, "pacto entre el Dios de los muertos y el sacerdote de los lamentos para confiscar un recurso". Bueno, eso no tiene ningún sentido.

Negó con la cabeza y golpeó la linterna con la palma de la mano, porque empezaba a parpadear a intervalos más rápidos.

Estaba acabado si las baterías se agotaban ahora. Pero después de todo este tiempo, estaba tan cerca. Estaba convencido de que estaba ante algo importante y, aunque era aterrador, dadas las circunstancias, sabía que no podía morir ahora mismo, aquí mismo. Esto era demasiado importante.

Con un nudo en el estómago, movió la linterna hacia la imagen que acompañaba a la frase que acababa de leer. Con ella en mente, también se podría interpretar la imagen de modo que el dios de los muertos, el hombre gigante, el Constructor, señalara a una de las seis personas.

—¿Es este el pacto entre el dios de los muertos y el sacerdote de las lamentaciones? ¿De qué trata este pacto? ¿Qué significa confiscar un recurso? ¿Qué tipo de recurso? ¿Se está llevando las herramientas? ¿O cogió la herramienta para tener un instrumento en su mano para ayudar a la gente? Pero, ¿por qué el dios de los muertos ayudaría a las personas a escapar de la muerte en forma de extinción masiva? Mmm.

Dan miró la representación del sarcófago.

—Puede ser que en este contexto, la palabra UGGAE también signifique "dios muerto". Después de todo, sabemos que su vocabulario era limitado.

Sea como fuere, está claro que no les ayudó si vivieron antes que el *Homo erectus*, porque evidentemente se extinguieron sin dejar rastro.

Ahh, simplemente no lo entiendo.

Regresó y miró primero a los caracteres, luego al dibujo que los acompañaba, y luego repitió esto en cada sección de la pared. Su cerebro trabajaba al máximo, pero no podía entenderlo.

—Está bien, Dan, solo piensa con claridad —se dijo a sí mismo, y golpeó la cabeza de la linterna de nuevo, tratando de hacer algo con el parpadeo, aunque sabía que probablemente era una tontería. Pero necesitaba la luz, porque aún no había descubierto lo que necesitaba entender. *¿Qué se supone que significa esta frase? Intenta mirarla desde una perspectiva diferente. Un dios muerto es despertado, para hacer un pacto, en forma de algún tipo de confiscación. ¿Confiscar qué? ¿La herramienta? No, la herramienta es una especie de representación: confiscarla no tiene sentido. A menos que la confiscación no se trate de la herramienta. ¿Y si el dios muerto se despierta para confiscar al sacerdote de la lamentación y usar su cuerpo como recurso? Si es un dios muerto, tal vez no dejó un cuerpo. Tal vez dejó algo más... ¿Un texto, tal vez? ¿Un manual? De eso podría tratarse la confiscación. El sacerdote lee el manual que dejó el dios muerto, y el dios muerto confisca al sacerdote, indirectamente, a través de su conocimiento. Y con eso, se supone que puede salvar a la gente de la catástrofe. Mmm*.

—No, no —dijo en voz alta—. ¿Cómo pudieron los ancestros de los sumerios usar el antiguo conocimiento de los Constructores para salvar al mundo de una extinción masiva?

Se interrumpió.

—Espera, espera. Tal vez no se trata de salvar el mundo... ¡Tal vez se trata de algún tipo de arca! Nadie puede detener la erupción de un supervolcán, un terremoto o un meteorito, aunque tal vez los Constructores pudieran haberlo hecho. ¿Y si este lugar es un refugio, donde la gente viene en las emergencias más extremas, para sobrevivir a una catástrofe? Eso explicaría por qué siempre hay exactamente seis personas. No se trata exactamente de seis personas, solo significa que hay un número fijo, como los ocho pasajeros en la historia del "arca de Noé".

Siguió con los dedos los dibujos de las figuras humanas con esos extraños tocados. Una repentina ola de dolor de cabeza y mareos se apoderó de él. Fue tan fuerte que pensó en vomitar, pero se las arregló para detenerse en el último minuto.

Jadeando pesadamente, se obligó a levantar la vista. Su visión comenzaba a fallar, y tenía que acercarse más y más a la pared para ver algo.

—Maldito oxígeno —murmuró, y reprimió el pensamiento de que si los otros miembros de la expedición no se apresuraban a encontrarlo, no lograría salir de esta habitación. Obligó a esos pensamientos a salir de su mente enfocándose en lo que estaba frente

a él.

—Está bien, una vez más. Un número fijo de personas viene aquí en momentos de mayor necesidad para sobrevivir a una extinción masiva. Obviamente, seis es demasiado poco para salvar la civilización, por lo que el seis es probablemente un símbolo de seiscientos, o tal vez seis mil. Eso también explicaría por qué el desarrollo tecnológico siempre vuelve a empezar desde cero. Así que vienen aquí y le piden al dueño de la casa su bendición y conocimiento, y el sacerdote a cargo lo obtiene de alguna manera, y luego vuelven a meter al dios muerto en su sarcófago.

Dan volvió a mirar la pintura en la que el Constructor señalaba a las seis personas. Al principio pensó que la visión se le estaba yendo de nuevo, pero cuando acercó mucho los ojos no había duda: estaba tocando a la persona que tenía delante, muy levemente, con un dedo extendido. Una pequeña línea de polvo había hecho que se viera diferente, pero cuando la hubo limpiado, no había forma de confundirlo. El Constructor estaba tocando a la primera de las seis personas, muy suavemente, en la frente.

—Esa es la confiscación. Posee al sacerdote.

La respiración de Dan se aceleró. Ni siquiera recordó que cuanto más rápido respiraba, más daño se estaba haciendo a sí mismo. Su corazón palpitante lo empujó a lo largo de la pared, arrastrando los dedos sobre las letras sumerias.

—Creo entender. Pero, ¿dónde está el sarcófago? ¿Existe realmente, o es solo un símbolo?

No era la primera vez que se sentía frustrado porque las civilizaciones perdidas de la antigüedad prefirieron expresarse en metáforas y acertijos y nunca expresaron en términos sencillos lo que tenían que decir.

Algo así como los académicos de hoy, pensó con familiar indignación, y siguió buscando pistas. Alguna pista.

Después de un tiempo, notó algo nuevo. En la imagen que mostraba a las personas cincelando las imágenes en la pared, había una figura que en realidad no participaba en el trabajo. Era difícil de detectar, porque a primera vista parecía que estaba haciendo algo. Sin embargo, en una inspección más cercana, Dan estaba seguro de que solo estaba apoyado con una mano en la pared de piedra, o de lo que se suponía que estaba hecha la pared.

—Así que eres el sacerdote que está destinado a ser tomado por el dios muerto, ¿verdad? ¿Qué estás haciendo con tu mano?

Dan estudió la figura con tanto detalle como pudo con su vista defectuosa, pero no vio nada notable. Recorrió las otras paredes, pero era lo mismo en los dibujos más antiguos: no pudo ver ninguna pista sobre dónde podrían haber estado exactamente las manos del

sacerdote.

—En algún lugar, tiene que haber algún tipo de interruptor o sensor de huellas de manos —dijo en voz alta, pero luego negó rápidamente con la cabeza—. Estás alucinando. Maldito oxígeno. ¡Sensor de huellas de manos!

Dan resopló con desprecio hacia sí mismo y apoyó la espalda en la pared, luego resbaló lentamente hacia el suelo. Ahora estaba tan agotado que ya no podía pensar con claridad.

Entonces, de repente, la linterna se apagó.

Sumergido en la oscuridad total, normalmente habría gritado, pero estaba demasiado débil y su dolor de cabeza era demasiado poderoso para oponer cualquier tipo de resistencia.

Bueno, este es un buen final, pensó derrotado, frotándose las sienes tan fuerte que el dolor de la presión casi enmascaraba su dolor de cabeza. *Estoy a punto de hacer el descubrimiento que probablemente probaría mis teorías de una vez por todas, y muero en esta habitación oscura, a solo unos centímetros del rescate. Si no fuera tan trágico, me reiría*.

De repente, se sintió abrumado por la ira y comenzó a gritar en voz alta.

—¿Qué clase de mierda es esta?

No sabía si era el oxígeno o el conocimiento de que estaba a punto de morir, pero el sentimiento creció dentro de él y no pudo detenerlo.

—Eres una maldita cámara funeraria inteligente, ¿no? Tienes un agujero en el techo que a veces está ahí y luego, de repente, no está. ¡Y luego está allí de nuevo! Quiero decir, ¿qué pasa contigo? ¿Y luego llenas la habitación de oxígeno y humedad hasta que muera? ¡No tiene ningún sentido! ¡No tiene maldito sentido! ¿Por qué me metes aquí solo para que pueda morir?

La cámara no respondió, por supuesto. Lo único que escuchaba era el latido de su corazón en los oídos, que casi lo volvía loco. Podría haber sido simplemente el elevado nivel de oxígeno lo que lo estaba empujando al límite.

En este punto, tenía problemas para concentrarse en cualquier cosa, pero un pensamiento permaneció en su mente, con un enfoque nítido, aun cuando el velo de la locura descendió sobre él. ¿Cómo fueron cambiando las condiciones ambientales? ¿De dónde venía eso? Estaba absolutamente seguro de que la composición del aire, la temperatura y la humedad habían cambiado desde que había caído aquí. Esta habitación tenía que estar conectada a algún tipo de fuente de energía, lo que en sí mismo era una prueba de que se había utilizado tecnología avanzada para construir todo esto. Pero ¿de dónde venía el calor? Cierto, las paredes estaban relativamente cálidas, pero no era como el tipo de calor que salía de un horno. No

había encontrado inyectores ni respiraderos que pudieran haber estado bombeando aire y humedad. Entonces, ¿cómo era posible que las condiciones hubieran cambiado?

—¿Qué sucede? ¿Magia?

Dan resopló. Claro, él creía en teorías no probadas sobre la humanidad y la civilización mucho antes del amanecer del hombre, pero no era un completo loco. Después de todo, tenía tres doctorados. De una cosa estaba seguro. La magia no tenía nada que ver con esto.

—Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia —dijo, y luego agregó—: Arthur C. Clarke. Muy bien, entonces, ¿qué tipo de tecnología hay detrás de esta magia, eh?

Dan pensó por un momento. En su estado actual, eso requería un esfuerzo considerable, como tratar de caminar con el agua hasta la cintura.

Pero finalmente llegó a su conclusión.

—Nanotecnología. Podrían ser pequeños poros en las paredes, suficientes para alimentar con oxígeno y humedad a esta habitación, pero tan pequeños que no serían visibles a simple vista.

"Ciertamente no a la mía en este momento" pensó, frotándose líquido de las comisuras de sus ojos llorosos.

—Tal vez —continuó, hablando en voz alta para ahuyentar la soledad que lo había inundado con la oscuridad—, no hay ningún interruptor, sino un lector de ADN el que saca a relucir el sarcófago. No, no, no un sarcófago. El sarcófago es un símbolo de la muerte y el más allá para dioses y reyes. Pero hay un mecanismo en alguna parte. A no ser que... Si la pared está cubierta con nanomáquinas, o algo así, entonces no importa, no necesitas un mecanismo de lectura, puedes tocar en cualquier lugar. Pero… ¡pero ya toqué las paredes!

"Pero solo las tocaste para cepillarlas" pensó. Tal vez eso no fue suficiente para permitir la lectura. Bueno, ¿por qué no?

Con un tremendo esfuerzo, Dan se dio la vuelta, pero se desplomó a un lado porque no tenía fuerzas suficientes para mantenerse en pie. Luego levantó la palma de su mano izquierda y la presionó contra la pared en la que acababa de apoyarse, manteniéndola allí con una fuerza obstinada.

No pasó nada.

—¿Por qué no? —maldijo, y sintió esa extraña ira, tan diferente a la suya, que volvía a surgir como un monstruo dentudo, luchando por abrirse camino desde las profundidades hacia la luz del día. Excepto que aquí no había luz del día, ni de ningún tipo.

—¿Por qué no, maldita sea, por qué no?

Pero entonces algo sucedió.

El suelo empezó a vibrar muy levemente, tan levemente que al

principio pensó que era el temblor de sus propios miembros. Y luego vio una luz tenue y nebulosa. Sí, ahí. Era casi imperceptible, ¡pero definitivamente era luz! La vaga silueta de un objeto rectangular, ¿o eran sus ojos?

Dan escuchó un silbido, seguido de un pitido de alta frecuencia que lastimó sus oídos, y luego solo hubo luz. En un instante, el rectángulo apareció de repente, ahora compuesto de pura luz azul, y en el medio, una silueta emergente de proporciones gigantescas.

—Dios mío —susurró Dan.

FILIO AMOROSA, 2042

El viaje al centro de entrenamiento de astronautas en Nevada pasó rápido. Solo seis horas después de haber abordado en Mogadiscio, el avión aterrizó en Reno. Desde allí la llevaron en taxi, con Engels como su escolta, a la Instalación de Entrenamiento y Evaluación de Exploración Espacial, SETEF para abreviar, a unos sesenta kilómetros al norte de Reno.

Fue en la década de 2020 cuando las Naciones Unidas adoptaron resoluciones para distribuir los enormes costos de las misiones planificadas a Marte y, más tarde, a las lunas de Júpiter y Saturno. Los países del Tercer Mundo quedaron exentos y las economías emergentes participaron con subvenciones financieras a cambio del acceso a los resultados científicos. Los ganadores, y los que asumieron los riesgos, fueron las grandes y antiguas naciones industriales y los nuevos grandes jugadores: China, la Unión Europea, Estados Unidos, India, Brasil, Canadá, Australia, Sudáfrica, Suiza y Noruega.

El centro de formación fue asignado a los Estados Unidos y el sitio de lanzamiento del *Mars One* a la UE, por lo que el sitio de lanzamiento fue la Guayana Francesa. *Mars Two* estaba programado para ser lanzado desde Cabo Cañaveral, Florida. El centro de investigación SOL se abrió en China, el sitio de lanzamiento para la tercera misión se programó para Rusia y el centro de control de la misión se ubicó en Darmstadt. A muchas instituciones y proveedores más pequeños entre los otros estados miembros se les habían asignado contratos con un valor de prestigio más bajo pero con altos incentivos financieros.

Filio estaba bastante contenta de pasar las últimas dos semanas antes del lanzamiento en el desierto de Nevada. Significaba que estaría lejos de toda la agitación que había provocado en Europa. Por supuesto, aún tenía que sortear la confusión con este equipo, pero nunca esperó que esto fuera coser y cantar.

El centro simplemente "descansaba" en medio del desierto, aunque tenían que pasar por un puesto de control con una barrera importante, alambrada de la OTAN, y personal del ejército de los Estados Unidos. Drones armados zumbaban por el aire, dando vueltas alrededor del centro, y estaba bastante segura de que había algunas armas satelitales en alguna parte, apuntando a este sitio sensible. Los edificios no podrían haber sido menos espectaculares si lo hubieran intentado,

consistían en tres cubos grises, sin ventanas ni dependencias, como si tres dados de cemento hubieran caído de los bolsillos de una familia de gigantes que pasaba por aquí afuera, en medio de la nada.

Se detuvieron frente al edificio del medio. Una mujer alta estaba allí para recibirlos, vestía un traje pantalón y llevaba un portapapeles anticuado bajo el brazo, protegiéndose los ojos del sol abrasador.

—Pues bien —dijo Engels, extendiendo su mano—. Hasta aquí la puedo acompañar. Le deseo lo mejor... De verdad.

—Gracias. —Filio le estrechó la mano, recogió su pequeño bolso y salió del GMC Falcon plateado para estrechar la mano de la mujer.

—Saludos, Doctora. Mi nombre es Laura Morris. Soy asistente del director Hugh Jones, quien dirige las instalaciones.

Su rostro permaneció impertérrito mientras señalaba hacia una puerta en el bloque de hormigón del medio. En la pared gigante y sin rasgos distintivos, la puerta parecía ridículamente diminuta.

—Conozco a Jones —respondió Filio, asintiendo.

Era un tejano, un buen hombre, muy organizado, bastante racional y accesible, aun bajo estrés. Jones era el hombre que había marcado la pauta, todos esos años atrás, durante sus preparativos para *Mars One*. Filio se sintió aliviada al saber que aún conservaba el puesto, porque siempre se habían llevado bien.

—Entiendo. Estoy segura de que aún sabe cómo moverse, Doctora, pero de todos modos me gustaría guiarla por las instalaciones. Ha habido algunos cambios desde la última vez que estuvo aquí.

—Por supuesto —aceptó Filio, y la asistente de Jones la acompañó hacia el interior, con aire acondicionado. Pasando por el área de entrada sin decoración alguna, caminaron por un pasillo hasta los ascensores y ascendieron hasta el décimo piso. Los cubos solo contenían oficinas y espacio habitable, así como el salón y el comedor. Las áreas de entrenamiento reales estaban bajo tierra, junto con los enormes tanques de agua que contenían las maquetas de varios cohetes, estaciones y módulos, las centrífugas y el equipo de gimnasia.

—El director quiere verla, y luego le mostraré las nuevas incorporaciones, ¿de acuerdo? —preguntó Morris.

Filio asintió, su agotamiento era evidente. Los momentos dispersos de sueño que había logrado reconciliar en sus diferentes vuelos para llegar aquí no habían sido muy reparadores. Cada vez que intentaba dormir, soñaba con el Ocean's Bitch y cómo había abandonado a sus amigos bajo el agua. Ahora que se había liberado de la parte más pesada de la carga que llevaba —al menos, de las cosas que no llervaría consigo el resto de su vida—, sus párpados se volvían más y más pesados.

—Sí, por supuesto.

Trató de ocultar su bostezo con la mano y tuvo que enjugarse las

lágrimas de los ojos para ver claramente cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Morris la condujo directamente a una puerta solitaria que estaba etiquetada simplemente como "Director". La asistente llamó rápidamente y luego abrió.

Filio entró y sintió como si estuviera caminando hacia una pared. El director Jones estaba sentado detrás de un amplio escritorio de oficina y levantó la vista cuando ella entró. No estaba solo. Siete personas estaban sentadas frente a él, todas con trajes azules de una pieza, cada una con diferentes insignias y la bandera de un país diferente. Rápidamente las escudriñó y distinguió la UE, Estados Unidos, Canadá, China, Rusia, Brasil e India.

Filio se sorprendió al verse confrontada tan repentinamente con toda la tripulación del *Mars Two* y tuvo la certeza de que tenía que haber una razón para hacerlo así. Pero también se dio cuenta de que si había siete sentados aquí, significaba que Jones ya había enviado a casa al segundo astronauta de la UE. Eso solo podría significar que no quería hacer esto lo más difícil posible para ella, lo que interpretó como una victoria.

—Ah, Filio —dijo el director, levantándose de la silla de su oficina para saludarla. Señaló el octavo asiento vacante frente al escritorio.

Todos los ojos estaban puestos en ella, y los rostros detrás de ellos eran cualquier cosa menos amistosos.

Hasta ahora, exactamente como se esperaba.

Mientras se sentaba, asintió a Jones y miró a su alrededor entre los tres astronautas femeninos y los cuatro masculinos con los que pasaría su próxima misión. Se sentía como la niña nueva en la clase que se había saltado un grado y ahora tendría que luchar para ser aceptada.

—Sé que esta situación es difícil para ti —dijo Jones en medio del incómodo silencio, y asintió, su halo gris de cabello se tambaleó ligeramente—. Pero es igual de difícil de aceptar para este equipo, así que creí que era justo comenzar de cero y sacar todo a la luz.

»Estos siete astronautas vinieron a mí para protestar por la remoción de su compañera de equipo, Nicole Richter de la ESA, con quien han estado entrenando durante más de un año para esta misión, y quien ahora, dos semanas antes del lanzamiento, está siendo reemplazada. Para estos hombres y mujeres, Nicole no era solo un miembro del equipo sino una amiga, y tengo que ser completamente honesto contigo, Filio, no porque no te respete como persona o como astronauta, sino porque lo hago.

»No me gusta lo más mínimo esta decisión sobre el cambio de personal. Sabes cuánto significan para mí una organización transparente y procesos fluidos. Este tipo de cambios en el último minuto es una completa pesadilla y pone en peligro toda la misión.

Ahora que he expresado mi opinión sobre esto, nunca volveré a plantear este tema, porque veo que es poco profesional seguir insistiendo en algo que no se puede cambiar. Este es el equipo que tenemos, y vamos a sacar lo mejor de él. No espero menos de ti y del resto de los miembros.

—¿Alguien tiene algo más que agregar?

En ese momento, Jones se detuvo para mirar a todos los astronautas directamente a los ojos, uno por uno.

Nadie se movió, y nadie miró a Filio. Así que ella levantó la mano.

—¿Sí, Filio?

—Creo que os debo a todos una explicación, y sin esperar que me entiendan o me acepten como uno de vosotros, quiero explicar exactamente cuáles son mis motivos —dijo, y respiró hondo antes de continuar—. La misión *Mars One* aún me persigue como si fuera ayer. Recuerdo los meses que tardé en llegar, las horas que pasé riendo y llorando a bordo. Recuerdo el espacio reducido que también generó un tipo especial de cercanía: una oportunidad de crecer juntos como equipo. Recuerdo todo el trabajo duro que pusimos para tratar de no volvernos locos. Recuerdo el aterrizaje, que tuvimos que hacer ajustes en los controles atmosféricos. Recuerdo lo que se siente estar en Marte. Todas estas cosas van a ser un beneficio para vosotros y para la misión, de eso estoy segura.

»Sé lo que todos estáis pensando, que he sido traumatizada o que he perdido la cabeza. Pero espero que en las próximas dos semanas descubráis que no es así. No hay nada malo en mí, y quiero deciros por qué estoy tan segura. Mi última tripulación era mi familia. Más que amigos o colegas. Eran pioneros y aventureros, valientes científicos que dieron todo para ampliar los horizontes de la humanidad.

»Encontramos algo en Marte que no pertenecía allí, algo orgánico, y creo que lo que encontramos tuvo algo que ver con nuestro accidente. Soy consciente de que estábamos violando órdenes cuando abortamos la misión y regresamos a la Tierra, pero creedme, debe haber una razón. Necesito averiguar qué era aquello, y estoy segura de que mis recuerdos volverán tan pronto como ponga un pie en Marte. Sé que estar allí los desencadenará.

Filio miró alrededor. Los rostros de sus futuros camaradas aún estaban impávidos, pero al menos eran un poco menos hostiles, o tal vez solo imaginaba que lo eran, y ahora la miraban a ella, en lugar del piso o el techo.

—Una cosa que prometo es que siempre seré honesta con vosotros. Para mostraros que estas no son solo palabras vacías o un truco para calmar vuestra ira, quiero contaros lo que he estado haciendo durante los últimos dos años.

»Después de ser expulsada de la ESA, hubo un intento de secuestro antes de que me dieran protección policial y tres más después de eso, un intento de asesinato que me dejó una cicatriz desde el omóplato izquierdo hasta la cadera e innumerables amenazas de muerte. Después de eso, me escondí en África. Me uní a la tripulación de un barco chatarrero, el único que no me pidió mi pasaporte ni preguntó sobre mi pasado. Solo estaban interesados en mi futuro. Buscamos en todo el Océano Índico con la esperanza de encontrar algo que hiciera millonaria a la tripulación.

»Pero lo único que yo estaba buscando era una caja que, sabía, estaba en la popa de la nave antes del accidente. Una caja que contenía muestras del material orgánico que, evidentemente, habíamos encontrado en Marte, y que había sido el motivo de nuestro prematuro regreso. De repente recordé que había guardado esa caja y supe dónde. Ese es el tipo de discernimiento que sé que voy a seguir teniendo tan pronto como regrese allá.

»A lo largo de estos últimos dos años, hice cálculos detallados de la ubicación probable de la sección de popa, luego perfeccioné mis fórmulas e investigué el sistema de corrientes en el Océano Índico, y calculé la masa más probable de la sección después del accidente. Todo esto eran conjeturas, porque solo tenía recuerdos de los restos en llamas. El hecho de que encontré lo que estaba buscando debería ser prueba suficiente para vosotros de lo persistente y exitosa que soy en la consecución de mis objetivos.

»No estoy tratando de ser arrogante, estoy tratando de sonar valiosa para vosotros y quiero que sepáis una cosa. Hay algo ahí arriba. Algo nos inquietó tanto que dimos media vuelta sin informar del hallazgo al Control de la Misión. Sea lo que fuera, también es lo que me hizo perder la memoria. Pero sobreviví. Algunos lo llamaron un milagro. Yo lo llamo una oportunidad. Una oportunidad para volver, pero preparada esta vez. Si creéis que eso es una tontería, tonterías de una ex astronauta traumatizada, esa es una razón más por la que deberíais quererme a vuestro lado cuando las cosas comiencen a salirse del guion, lo que por cierto, sucede todo el tiempo.

»He sacrificado todo para estar sentada a vuestro lado en este momento, no por mi carrera, no por mi ego, no para restaurar mi reputación... No, sacrifiqué todo para que mis antiguos compañeros puedan descansar en paz. Quiero asegurarme de que no murieron por nada, y quiero que las misiones a Marte continúen y tengan éxito. Yo era parte de un equipo de hombres y mujeres motivados, inteligentes y totalmente comprometidos como vosotros.

»Sé que nunca podré reemplazar a Nicole, pero lo que puedo hacer es asegurarme de dar todo lo que tengo. Y eso es mucho.

Cuando Filio terminó, hubo silencio por un momento mientras el

equipo se miraba. Finalmente, el comandante de la misión, Michel Longchamps, se puso de pie.

—Si no le importa, nos gustaría retirarnos —le dijo a Jones.

—Por supuesto —dijo asintiendo y haciendo una señal con la mano, y los siete salieron en fila.

Filio se quedó en su asiento. Cuando estuvieron solos, miró al director.

—Bueno, ciertamente salió mucho mejor de lo que esperaba —dijo, y cruzó las manos sobre la parte superior de su escritorio—. La señorita Morris te mostrará el resto de las instalaciones, y te doy mi palabra de que será la última de nuestras difíciles conversaciones. Al menos por hoy.

El recorrido duró alrededor de una hora, y al final Filio se dio cuenta de que prácticamente nada había cambiado. Las viviendas se habían mudado, pero las salas de entrenamiento seguían siendo las mismas. Aparte de eso, probablemente lo único que había cambiado era la foto del presidente de los Estados Unidos.

Debido a que los preparativos estaban en la fase final, en este momento la tripulación solo estaba haciendo simulaciones, lo que significaba que todo el equipo estaba repasando varios escenarios de desastre en una réplica idéntica del *Mars Two*. El verdadero estaba siendo transportado actualmente a Cabo Cañaveral y en su montaje final. Se esperaba que hicieran frente a una colisión con microasteroides que provocaran pérdida de presión en todas las secciones, emergencias médicas con dos tripulantes diferentes simultáneamente, varias clases de incendios diferentes, un brote de gripe, un miembro del equipo que se volvía loco, exposición accidental a la radiación y así sucesivamente.

La lista era larga, y Filio se llevó la peor parte. Ella era médica y física, una combinación bastante rara que la colocaba en el doble papel de profesional médico y la persona a la que se le preguntaba sobre más o menos todo tipo de problemas. Tenía que darle crédito a la tripulación por cuán profesionalmente se comportaron. Nadie hizo comentarios punzantes ni trató de reñir con ella, aunque nunca hubo un momento en el que no estuviera claro que todos estaban descontentos con la situación en la que se encontraban ahora.

Michel Longchamps resultó ser un buen comandante que se desempeñó con calma y se mantuvo concentrado en todo momento, casi como Jones. A Filio le tranquilizó tener a un astronauta tan competente y profesional a cargo del *Mars Two*. Audrey Burton, la ingeniera de Canadá, parecía muy introvertida y concentrada, rara vez sonreía, no hablaba mucho y seguía las instrucciones con sombría precisión. Eso, por supuesto, no se podía decir de James Wittman, el único estadounidense a bordo. Hacía broma tras broma todo el

tiempo, la mayoría de las cuales eran divertidas, pero Filio estaba segura de que esto sería enervante a largo plazo. Los hombres como él siempre buscaban protagonismo para sentirse bien y, según su experiencia, eran los primeros en perder la cabeza cuando comenzaban los verdaderos problemas. Después de una semana de simulacros de desastre, aún no tenía nada con lo que juzgar su competencia como geofísico, porque básicamente no había emergencias con su campo de especialización. Pero su desempeño como astronauta era sólido. Lo mismo ocurría con Marcello Bordotta, el xenobiólogo que siempre sonreía, excepto cuando miraba a Filio, y Putram Revi, el indio cuyo trabajo en el vuelo era germinar las primeras semillas de los frutos y granos transgénicos para el funcionamiento del invernadero que instalarían en Marte.

La doctora Hue Tao Xing parecía estar a la altura del estereotipo de mujer china dedicada y enfocada, pero también resultó ser la única aliada potencial que Filio pudo encontrar en el grupo. Fue la única que buscó activamente contacto con ella y le hizo preguntas sobre el *Mars One*. Claramente, la médica entendía que cuanto más conocimiento tuvieran todos, mayores eran las posibilidades de éxito de la misión. Sin duda, también tuvo algo que ver con el hecho de que no había vencido a unos pocos cientos de millones de personas en su país para este puesto, como el resto de la tripulación, sino a 2 mil millones. Finalmente, estaba la química, Tatyana Kalashnikova de Rusia, quien aparentemente era muy amiga de Nicole Richter, la alemana expulsada de la misión a causa de Filio. Ni siquiera la miró, y nunca le dijo una palabra fuera del mínimo de comunicación necesario para completar las simulaciones.

Filio sabía que los problemas desaparecerían con el tiempo, a más tardar apenas tuvieran que depender el uno del otro en una situación de vida o muerte. Pero aun así, la idea de que en menos de siete días estaría abordando una nave con esta tripulación para encerrarse con ellos durante cuatro meses, la incomodaba. La primera misión había sido pan comido, porque se conocían, se coordinaban y se agradaban. Esta vez todo estaba envuelto bajo una nube negra, y esa nube era ella misma.

El hecho de que no hubiera alternativa hacía que las cosas fueran inevitables, pero no más cómodas.

En la noche del séptimo día, Filio estaba sentada sola en una de las mesas de la pequeña cafetería, mirando hacia la otra mesa donde estaba reunido el resto de la tripulación. Hasta ese momento, algunos miembros del personal habían estado sentados con ella, haciéndole compañía, pero se habían ido a su último turno y Filio aún no había comido. Mientras hurgaba en sus verduras con apatía, separando los guisantes de las zanahorias, una voz junto a ella preguntó de repente:

—¿Puedo sentarme?

Sobresaltada, se volvió y miró a Michel Longchamps. Aún estaba usando su mono de entrenamiento, pero se veía asombrosamente fresco.

—Ah... por supuesto —dijo rápidamente, señalando el asiento frente a ella.

—Me he estado preguntando algo, y pensé que si te lo preguntaba, me evitaría romperme la cabeza durante días, o tal vez semanas —dijo. Su inglés era bastante pulido para un francés, casi sin acento.

—Bueno, tienes toda mi atención —respondió Filio, y trató de sonreír. Tal vez fuera una pequeña señal de reconciliación, su simple presencia en su mesa, pero la ayudó enormemente.

—Un amigo mío estuvo durante un año en el Concordia, un barco chatarrero,. No sé si te sonará el nombre.

Cuando Filio negó con la cabeza, asintió brevemente y continuó.

—Me contó sobre sus experiencias allá, y recuerdo que una vez me contó sobre el código de honor de los chatarreros.

Filio sintió que una sensación incómoda comenzaba a formarse en ella mientras comenzaba a sospechar hacia dónde se dirigía esta conversación, pero se obligó a seguir escuchando.

—Bueno, Doctora, nos aseguró su honestidad, y quiero saber algo de usted. ¿Cómo se las arregló para evitar la agrupación de todos los hallazgos, que exige el código, después de que usted y su tripulación encontraron la popa de la nave? Me refiero a la caja. Como está sentada aquí frente a mí, solo puedo suponer que cambió las muestras por un lugar a bordo del *Mars Two*. ¿Cómo logró convencer a su tripulación para que le permitiera hacer ese intercambio? Quiero decir, venderlo los habría hecho inmensamente ricos.

Filio dejó de jugar con su comida y soltó el tenedor en el plato.

Miró al francés por un momento, pero no vio nada más que curiosidad y algo así como un anhelo en su expresión, que no supo si interpretar como positiva o negativa.

Entonces comenzó a narrar. Sobre el día en Mombasa cuando conoció a Romain, sobre sus primeras inmersiones con Tomás, las tardes cocinando con Jane y la interminable planificación de las zonas de búsqueda con Alberto. Le contó sobre sus fórmulas y cálculos; de cómo siempre tenía que empezar de cero y cómo habían enfrentado los altercados ilegales con los chatarreros de la competencia.

Mientras seguía hablando, uno por uno los otros miembros de la tripulación se acercaron, vacilantes al principio, para escuchar su historia. Al final, solo Kalashnikova permaneció sentada en la otra mesa, pero Filio apenas se dio cuenta porque todo a su alrededor desapareció mientras contaba la historia de sus últimos dos años. Cuando llegó a la parte de su última inmersión y la recuperación de la

caja, estaba llorando a mares, grandes lágrimas caían sobre su plato apenas tocado. Ni siquiera se detuvo a pensar en ello mientras continuaba, y les contó sobre su última conversación telefónica con Romain. Le tomó un tiempo, porque estaba abrumada por los sollozos y tuvo que parar más de una vez.

Cuando Filio terminó, todos permanecieron en silencio. En algún momento Filio levantó la vista, porque pensó que estaba sola. Seguían allí, pero no la miraban. Todos los ojos estaban fijos en Longchamps, quien ahora, vio, sostenía algo en su mano cerrada. Miró a los miembros de su equipo, uno por uno, y cada uno de ellos asintió, algunos de inmediato y otros después de un momento de vacilación.

Finalmente, el comandante se volvió hacia Filio, la miró directamente a los ojos y le tendió la mano cerrada. Abrió el puño y ella vio que sostenía la insignia de la misión *Mars Two*, con la imagen del cilindro alargado de la nave y, en la parte inferior, la palabra "Tripulación".

Lo dejó frente a ella, asintió y salió silenciosamente de la habitación. Los demás lo siguieron, mientras que Filio, medio conmovida por el gesto y medio angustiada por revivir su propia historia, solo podía mirar la insignia sobre la mesa.

En ese momento, sintió un gran alivio en su corazón. No se hacía ilusiones de que a partir de aquí sería fácil, pero sabía que había dado el primer paso, el más crucial, para ser aceptada por sus compañeros.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

El vuelo fue ruidoso y turbulento mientras volaban hacia el sur, grado a grado. Para Ágata, el avión en el que viajaban bien podría haber sido una pieza de museo. Después de todo, ¿por qué aún había turbohélices volando en 2042? Pero el sargento Eversman les había explicado que este tipo de avión podía aterrizar en pistas de grava extremadamente cortas, era menos sensible a los daños, no absorbía objetos extraños en los motores y, en general, podía realizar muchas más maniobras a velocidades mucho más bajas.

Cuando cruzaron los 40° de latitud y entraron en los llamados "Rugientes Cuarenta", el avión se sacudió con tanta violencia que Pano clavó una mano en su cinturón de seguridad y otra en su brazo derecho.

—Me haces daño —dijo ella.

—Lo siento. Yo... No me gusta mucho volar.

Media hora más tarde, mientras cruzaban el paralelo 50 y avanzaban hacia los feroces vientos de los Furiosos Cincuenta, lo hizo de nuevo.

—¿Ya te pusiste en contacto con McMurdo? —gritó Ágata al sargento. Estaba sentado al otro lado, asegurado, sin compañía, en una fila de asientos en la que habrían tenido cabida de cincuenta a cien soldados.

—Le preguntaré a los pilotos —respondió Eversman, y comenzó a hablar de manera inaudible en sus auriculares. Su expresión se volvió expectante, y luego se acercó la boquilla de sus auriculares y habló de nuevo. Al observar sus labios, Ágata dedujo que estaba repitiendo lo que acababa de decir.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No contestan —respondió—. Iré al frente. Tal vez hay un mal funcionamiento en la radio.

Empezó a desabrocharse el cinturón de seguridad. De pronto, se detuvo en seco, como si acabara de escuchar algo, y se abrochó el cinturón de nuevo.

—Hablaron con McMurdo y tenemos permiso para aterrizar.

—Qué alivio —suspiró ella, y dejó que sus hombros se relajaran un poco. Ni siquiera se había dado cuenta de que habían estado muy tensos desde... no sabía cuándo.

—¿Entonces no tendremos que saltar? —preguntó Pano.

Se había visto cada vez peor a medida que avanzaba la turbulencia, y ahora estaba bastante pálido alrededor de la nariz.

—Parece que no.

Pano la miró de soslayo, tratando de saber si estaba diciendo la verdad, y luego se inclinó y la besó en la mejilla.

—Oye, ¿qué…?

—No. Ni se te ocurra decir nada —dijo el Capitano con aire de suficiencia—. Es solo que, de donde vengo, cuando te das cuenta de que vas a vivir un poco más, tienes que compartir tu alegría.

Ágata frunció el ceño, pero cuando vio la exuberancia en sus ojos, solo pudo suspirar humildemente. No entendía a las personas que podían emocionarse tanto, pero en este momento parecía en realidad más vivo que antes, y eso era algo bueno.

—Bien, no importa. Ve a marcar esta fecha en el calendario, si quieres —sugirió.

—Ahora que lo pienso, habría encontrado bastante erótico un salto en tándem contigo —dijo Pano, con una sonrisa insolente—. ¿Hubieras preferido estar delante o detrás?

—Cambia de tema —gruñó Ágata.

—¿Alguna vez estás de buen humor?

—Define "buen humor".

—¿Alguna vez te has reído?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El año pasado. Uno de los chicos del FBI me contó un chiste —respondió ella.

—El año pasado, ¿eh? ¿Hablas en serio?

—Sí —dijo ella, molesta por la avalancha de preguntas—. Me preguntaste si alguna vez me había reído y contesté.

Pano negó con la cabeza y maldijo por lo bajo en alemán, posiblemente algo sobre la Virgen María. Luego volvió al inglés.

—Cuéntame el chiste.

—Es que... no es apto para compañías sofisticadas.

—Genial, no soy una compañía sofisticada. Solo cuéntalo —dijo de nuevo.

—De acuerdo, entonces. Un tipo con aires de macho en un Mustang está conduciendo por Las Vega y se detiene en un semáforo junto a una rubia sexy en un descapotable. Él sabe que tiene que actuar rápido, así que le grita: "Oye, cariño, es una lástima que la luz esté a punto de cambiar. Iba a contarte un chiste sobre mi pene, pero es demasiado largo". Ella lo mira y responde: "Sí, yo te contaría un chiste sobre mi vagina, pero tardaría mucho en explicarte lo que es eso".

Al principio, Pano solo se rio entre dientes pero luego estalló en

carcajadas.

—¡Es buenísimo!

Ágata permaneció impasible, y cuando Pano lo notó, la sonrisa desapareció de él en un instante.

—¿Qué? ¿Por qué no te ríes?

—Tampoco me reí de eso en ese momento. Es pueril y estúpido. —Negó con la cabeza—. Pero estábamos en una elegante pastelería en ese momento. Después de que contara el chiste, levanté el puño como si fuera a golpearlo. Y estaba tan empeñado en evitar mi golpe que saltó hacia atrás y terminó con la cabeza en un enorme pastel. Eso sí que fue divertido.

Ágata sonreía ahora al recordarlo. Pano sacó su terminal y se lo acercó a la cara. Sus ojos se entrecerraron inmediatamente y su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué estás haciendo?

—Solo quería una imagen de este momento histórico cuando tu boca adquiere esa forma atípica —respondió.

—No hay quien te aguante —gruñó, y se miraron por un momento. Pano no pudo evitar reírse, y eso hizo que Ágata esbozara una sonrisa, hasta que también se echó a reír.

—¡Quince minutos! —gritó Eversman para hacerse escuchar desde el otro lado del avión por el ruido de las hélices. Señaló la caja que había llevado a bordo antes de partir y dijo—: ¡Deberíais poneros esto!

Ágata y Pano se desabrocharon los cinturones de seguridad y soltaron la caja de sus correas de transporte. Al abrirla, encontraron tres trajes de camuflaje para la nieve para condiciones árticas, cada uno con una máscara, casco y botas aislantes.

—Tuve que adivinar el tamaño de vuestras botas. Si no os quedan bien, probad con un par más grande y usad dos o tres pares de calcetines. Pero se supone que McMurdo es bastante pequeño, por lo que no haréis marchas largas —dijo Eversman cuando apareció junto a ellos y se metió en el tercer traje después de quitarse su equipo.

Diez minutos más tarde, a pesar de que cada uno había duplicado la circunferencia de su cuerpo, se habían asegurado de nuevo a sus asientos y estaban listos para aterrizar.

La capucha de Ágata no encajaba bien debajo de su casco y la presionaba incómodamente en varios lugares. Se había subido las gafas de esquí hasta la frente, y la máscara, que se podía sujetar a las gafas para proteger la boca y la nariz de la congelación, colgaba de un lado de su barbilla como la boquilla de un piloto. En la bodega del avión de transporte, con su revestimiento de paredes amarillo y las placas grises del suelo y del techo, el patrón de camuflaje de nieve blanco y gris parecía ridículo.

—Prepárense para aterrizar —fue el anuncio desde la cabina por

los altavoces. En ese momento el avión se balanceaba y vibraba tremendamente. Más de una vez, Ágata tuvo la sensación de que el enorme avión estaba siendo azotado por el viento como un juguete, por lo que se sorprendió aún más cuando aterrizaron y frenaron rápidamente.

Hubo silbidos y siseos cuando rodaron hasta detenerse, momento en el que la lámpara sobre la puerta de la bodega de carga cambió de magenta a verde.

—Muy bien, movámonos —exclamó Eversman, ya que le resultaba más fácil dar órdenes por el ruido de las hélices bajando de revoluciones—. Dejamos los motores encendidos para que no se enfríen. El piloto dice que McMurdo nos indicó que saliéramos desarmados porque esta es una instalación civil.

Miró a Ágata y Pano, que se habían pertrechado con las armas. Se miraron el uno al otro brevemente, luego se las quitaron y para metérselas por dentro de sus trajes de nieve. Eversman sonrió.

—Tenéis tres horas, después de lo cual, este pájaro despegará, ¿entendido?

—Entendido —respondieron Ágata y Pano al mismo tiempo. El sargento pulsó un botón y la puerta del compartimento de carga empezó a bajar.

La ráfaga de viento que entró aullando por la abertura era helada y tan cortante que a Ágata le empezó a doler la cara de inmediato. Se puso las gafas de nieve y se colocó la máscara.

Mucho mejor, pensó, y bajó la rampa con Pano y el sargento. Con su rifle de asalto preparado, Eversman se detuvo a la mitad de la rampa y les hizo señas para que salieran.

McMurdo fue construida al pie de una montaña en forma de cono que estaba tan libre de nieve y hielo como la tierra que la rodeaba, hasta donde alcanzaba la vista de Ágata. Todo era del mismo marrón, pálido, sin vida. No había nada de vegetación, solo casas alargadas de un solo piso pintadas de rojo, verde y amarillo, en un grupo disperso entre la montaña y el Océano Antártico. Entre ellos había algunas estructuras parecidas a yurtas, probablemente tanques de agua o silos de almacenamiento. La pista en la que ahora se encontraban Ágata y Pano, que también servía de pista de despegue y aterrizaje, era corta y estaba construida con losas de hormigón incoloro. Al final había un hangar, con dos ACV estacionados frente a él.

—Debo decir que las recepciones de bienvenida en la Antártida dejan mucho que desear —bromeó Pano a través de la radio integrada en su mascarilla.

—Con este frío, yo tampoco saldría a dar la mano —respondió Ágata, tratando de superar unas náuseas cada vez mayores.

El lugar era como un pueblo fantasma. Parecía que a estas

temperaturas, no había vida fuera de los edificios. Y nunca se había sentido tan lejos de todo como aquí, al borde de la humanidad.

—¿Ágata? ¡Hay alguien allí! —gritó Pano de repente. Algo en su voz hizo que la adrenalina se disparara en sus venas. Se hizo a un lado y vio a su compañero, que se había dado la vuelta. Ella hizo lo mismo, para ver lo que estaba mirando.

Y todo se volvió negro.

Ágata se puso de pie en la pista, aturdida y confundida. Junto a ella, Pano ya estaba de pie, mirándose las manos, que giraba una y otra vez.

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

—No lo sé. Acabamos... acabamos de bajar del avión.

—Sí, y luego dije que no saldría a saludar bajo el frío.

—¿Y luego?

—¿Por qué "y luego?"

—Siento que me falta una pieza clave —murmuró él por la radio mientras miraba a su alrededor.

Todo parecía como antes: las casas, los silos y los tanques de agua, la montaña rocosa y desnuda, el avión detrás de ellos. Excepto que Eversman no estaba.

—¿Dónde está el sargento? —preguntó ella.

—Estaba parado allí —dijo Pano.

Se miraron el uno al otro por un momento antes de correr los cien metros hasta el avión de transporte que los esperaba, con las hélices aun girando. Subieron corriendo la rampa, pero tampoco encontraron rastro del sargento adentro.

—Extraño —dijo ella, y se dirigió a la estrecha puerta de la cabina. Estaba desbloqueada. Ágata llamó varias veces, no escuchó respuesta y abrió.

En los dos asientos frente al banco de controles e instrumentos, el piloto y el copiloto se encontraban sentados con sus uniformes grises con forro térmico y los auriculares en la cabeza.

Ella se levantó las gafas y la máscara.

—¿Dónde está el sargento Eversman? No está aquí y no podemos comunicarnos con él por radio —dijo en voz alta, pero no hubo respuesta.

Extendió una mano y tocó al hombre de la izquierda en el hombro. Nada.

—¿Qué pasa? —llamó Pano desde atrás.

—Ni idea —dijo en voz baja, y avanzó para meterse entre ellos. Sus ojos estaban cerrados. Rápidamente extendió un dedo para sentir el pulso en la arteria carótida, primero en un tipo y luego en el otro. Era muy lento, pero firme, como si ambos estuvieran dormidos.

—¡Están dormidos!

—¿Qué?

Pano entró en la cabina, se levantó las gafas y se quitó el pasamontañas. Cuando vio a los pilotos, sus ojos se desorbitaron.

Ágata sacudió al hombre de la izquierda y luego al de la derecha, pero no pudo despertarlos por mucho que lo intentó.

—No despertarán —dijo.

Los abofeteó a ambos, lo que resultó ser tan ineficaz como la sacudida.

—Es como si estuvieran en coma —dijo Pano, y miró a su alrededor con nerviosismo—. ¿Qué está pasando aquí?

—No lo sé —admitió Ágata, y se puso a mirar los múltiples botones e interruptores—. ¿Alguna idea de cuál es la radio?

—No. Pero de todos modos no conseguiremos nada con la radio. Aquí, en el culo del mundo, necesitamos una conexión por satélite.

—Bueno, ¿alguna idea de cuál de estos miles de artilugios podría ser el teléfono satelital?

—No —dijo Pano, negando con la cabeza.

—¡Joder! Venga, vamos a mirar alrededor en la estación. Tal vez la gente de la Fundación allí dentro pueda contarnos más —propuso ella, y se bajaron las gafas de esquí y los pasamontañas.

Una vez fuera del avión, fueron a la derecha y se acercaron al primer edificio que vieron, un edificio rojo con tejas solares. Parecía abandonado y triste a la luz acuosa del sol que se filtraba a través de las nubes bajas.

Una pequeña escalera de tres peldaños metálicos conducía a la puerta, que no estaba asegurada. Ágata le lanzó a Pano una mirada de sorpresa y luego la abrió.

Lo primero que notaron fue que hacía mucho más calor adentro. Todo el interior era una gran área con paredes revestidas de madera y el logotipo de la Fundación Humana estampado en el techo. El espacio estaba lleno de escritorios de oficina, la mayoría de ellos con múltiples pantallas de varias clases, incluidas las más modernas.

Ágata y Pano caminaron entre los escritorios y miraron las pantallas. Todas estaban activas y mostraban gráficos, datos, diagramas, información meteorológica y programas de correo. Ágata incluso encontró un cenicero lleno de colillas apagadas, y una aun brillando y despidiendo una delgada y pálida voluta de humo.

—Extraño —observó, y señaló el cigarrillo aún encendido a Pano.

—Mmm. Suponiendo que esta habitación no esté llena de personas invisibles, alguien acaba de salir del edificio.

—Sí. Espera...

Ágata dio un paso a la derecha y cogió un walkie-talkie anticuado que vio debajo de una pila de papeles. Presionó el botón de enviar y

luego dijo al micrófono:

—Esta es la agente especial Ágata Devenworth de Seguridad Nacional, CTD. ¿Alguien me escucha?

Bajó el walkie-talkie y escuchó la estática que fue su única respuesta. Repitió el proceso en algunas otras frecuencias, con el mismo resultado.

—Mmm. Bueno, probemos con el siguiente edificio —propuso Pano, y Ágata asintió. Un sentimiento desagradable surgió de repente en ella, y sintió que se movía por sus venas como el mercurio: lento, frío e implacable.

Salieron del edificio rojo y fueron al siguiente, que era un poco más largo y estaba pintado de amarillo. No hubo respuesta a su llamada y esta puerta tampoco estaba cerrada, por lo que entraron y se encontraron en las habitaciones, todas con las sábanas arrugadas como si hubieran dormido en ellas. En el suelo pudieron distinguir rastros de huellas de botas embarradas que conducían a la puerta.

Una cama tenía un terminal de mano al lado de la almohada. Ágata cogió el dispositivo transparente y deslizó un dedo por la pantalla. Cobró vida de inmediato y mostró una imagen de fondo de un hombre y una mujer sonriendo a la cámara. Debajo de ellos, apareció el marco de desbloqueo familiar que mostraba la fecha, la hora y la solicitud de autorización de ADN.

—Pano —dijo en voz baja, sin darse cuenta de que lo había llamado por su nombre de pila—. ¿A qué hora aterrizamos aquí?

—Las 1500 horas, hora local. ¿Por qué? —preguntó; el tono de su voz lo hizo sentir curiosidad, y se acercó a ella.

Sin pronunciar palabra, ella levantó el terminal para que él pudiera verlo, y sus ojos se desorbitaron.

—¡Eso es imposible! —fue su escueta respuesta.

—Espero que, por alguna razón, esta cosa no haya configurado la hora automáticamente a través de la red de datos, y quienquiera que sea el dueño haya configurado mal el reloj —dijo, pero lo que estaba a punto de decir a continuación le puso la piel de gallina—. Porque de lo contrario, significaría que de alguna manera perdimos más de seis horas.

Pano miró nerviosamente el terminal con los labios ligeramente apretados.

—Tengo un mal presentimiento.

—¿Seis horas? No es posible que tengamos... qué hayamos… ¿Saltado? ¿Seis horas?

La cabeza de Ágata daba vueltas mientras miraba la habitación, que de repente parecía estrecha y claustrofóbica, como si las paredes sencillas y anodinas se estuvieran cerrando sobre ella. Lenta y cuidadosamente, abrió su chaqueta y sacó su pistola.

Pano la vio e hizo lo mismo.

—No sé qué está pasando, pero algo anda muy mal aquí. —Se inclinó hacia una de las ventanas bajas y miró hacia afuera—. Parece que está oscureciendo lentamente.

—Oh, genial. Y entiendo que cuando oscurece aquí, permanece oscuro durante mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó ella.

—Creo que sí, o es perpetuamente claro. En realidad, para ser honesto, no tengo idea.

Juntos salieron del edificio y registraron los demás. No había nadie en ninguna parte. En el taller encontraron maquinaria aún en funcionamiento entre guantes de trabajo y gafas de seguridad aparentemente abandonadas al azar, y tazas térmicas de café con su contenido aún tibio. En el garaje para motos de nieve y aerodeslizadores, encontraron la puerta enrollable abierta y la sala de vehículos vacía, los cables de carga tirados descuidadamente al suelo y abandonados.

En una estación de tratamiento de agua había varios paquetes de proteínas en un horno de microondas, que se habían calentado tanto tiempo que habían reventado. Al entrar a un edificio de oficinas, descubrieron que la alarma de humo ululaba porque los restos carbonizados de un animal de peluche humeaban en un calentador. Regresaron al avión para ver cómo estaban los pilotos, que aún parecían estar en coma. Por supuesto, una parte de Ágata y Pano quería volver al avión solo para comprobar que su única forma de salir de allí no se había desvanecido.

Después de unas dos horas de búsqueda se hizo completamente oscuro y solo quedaba un edificio, el más grande, en el centro del complejo. De pie frente a él, podían ver el pequeño puerto detrás de él, donde estaba amarrado un gran barco.

Entraron. Era claramente el edificio principal del complejo y en él encontraron múltiples estaciones de trabajo, dos habitáculos RA, varios trajes RA y muchos escritorios.

Todos los dispositivos estaban en línea. Como en todas partes, encontraron muchas señales de la repentina desaparición de la tripulación: sándwiches a medio comer, té tibio, bolsas abiertas de bocadillos, un televisor encendido y programas ejecutándose en todas las pantallas.

—¿Qué es todo esto? ¿Adónde se fueron todos? —preguntó Pano mientras se apretujaba junto a Ágata en una de las estaciones de trabajo.

—No tengo la menor idea —respondió ella, y en sus pensamientos agregó, *y eso me asusta. Por primera vez en mi vida, tengo miedo de verdad.*

—Si Jackson y los estudiantes vinieron aquí, deben haber tenido

una razón —dijo Pano, colocándose las gafas de datos frente a la pantalla que estaban mirando. Empezó a hacer entradas invisibles con los dedos—. Sea lo que sea, estará en los discos duros de la estación.

—Pero encriptado. Con todo el secreto en torno a todo esto, no esperes que hayan dejado un gran punto rojo en un mapa.

Se dio la vuelta y hurgó entre las cosas en el escritorio frente a ella. Aparentemente pertenecía a un fumador empedernido, porque había un cenicero rebosante de colillas justo en frente de la pantalla.

—Bueno, la buena noticia es que puedo conectar mi terminal aquí, ya sabes, el que tiene la IA de hackeo —respondió Pano, poniendo su terminal en el campo de inducción rectangular en el escritorio—. Veremos qué tipo de datos cifrados hay.

Mientras tanto, Ágata había comenzado a revisar algunos registros de logística que había encontrado y estaba tratando de entender las rutas que habían tomado los aviones y barcos de suministro. Parecía que los transportes llegaban de Australia una vez al mes, trayendo alimentos frescos, suministros médicos y personal. A intervalos de seis meses, los barcos de la Fundación Humana también atracaban aquí, en este mar de hielo, para realizar estudios sobre el cambio climático. Pero según los registros, ninguno de ellos había descargado cargamento alguno, lo que a Ágata le pareció inmediatamente sospechoso. Un barco tenía una capacidad de carga mucho mayor que un avión, y no creía que esos aerodeslizadores que había visto llegaran por correo aéreo.

—Preguntas, preguntas —murmuró, y se acercó a la ventana para mirar el barco. Parecía que había visto días mejores, y esos días probablemente habían sido a finales del siglo pasado. Estaba a punto de darse la vuelta cuando creyó ver una figura oscura en la barandilla sobre el puente. Sobresaltada, se frotó los ojos y volvió a mirar, pero no vio nada excepto el asta de la bandera que había estado allí.

Pano se había quitado las gafas y se había vuelto hacia Ágata.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Me estoy cansando, supongo. ¿Cómo va tu IA?

—Está trabajando. Las defensas de este sistema son sólidas.

—¿De verdad crees que tu programa va a superar los cortafuegos de la Fundación Humana? —preguntó Ágata, y su tono no dejó ninguna duda sobre cuáles eran sus posibilidades.

—Sí. Europol siempre obtiene los algoritmos más recientes de Deep Sec. A menos que alguien haya volado aquí en las últimas dos semanas e instalado una actualización, este amiguito se comunicará —dijo Pano, acariciando su dispositivo con una mano.

—Bueno, espero que tengas razón.

Ágata volvió a su pantalla e hizo otro intento de activar el enlace ascendente del satélite en la pantalla que estaba mirando. Una vez

más, el programa de enlace devolvió un código de error. Suspirando, revisó las listas de equipos en el inventario actual. Se sorprendió al encontrar un dron de reconocimiento que se suponía que estaba en el pequeño hangar al final de la pista.

Saltó y corrió a una de los habitáculos RA.

—¿Qué piensas hacer allí? —preguntó Pano, curioso.

—Encontré un dron. Tal vez pueda levantarlo desde aquí y obtener una señal del mundo exterior —respondió, ya de pie en la cinta multidireccional y poniéndose las gafas RA. Luego se puso los guantes. Inmediatamente, apareció un menú discreto que le decía que en realidad disponía de varios vehículos autónomos para elegir, incluido el dron de reconocimiento.

Ágata estableció una conexión y abrió la puerta del hangar por control remoto. Luego, ordenó al dron que se desplegara y se posicionara en la pista. Buscando las opciones en el piloto automático, seleccionó Hobart como destino, que estaba apenas dentro del alcance. Buscó una manera de guardar un mensaje, pero no encontró ninguna. Evidentemente, este dron siempre fue pilotado por alguien, por lo que no tenía una bandeja de entrada ni un sistema de archivos seleccionable que fuera más allá de las funciones de mantenimiento o el software de pilotaje real. Solo había un elemento que podía editar: el nombre del dispositivo del dron. No le llevó mucho decidir a qué cambiarlo: el número de teléfono del Secretario de Defensa. Eso, en combinación con los datos en la caja negra, le daría a quien encontrara el dron suficiente para continuar.

Ágata activó el piloto automático y se quitó las gafas RA de la cabeza.

En ese mismo momento, Pano anunció:

—Estoy dentro.

Estaba señalando la pantalla curva frente a él.

—¿Y? —preguntó ella, arrojando los guantes RA a un lado y moviéndose detrás de él para mirar por encima de su hombro.

—Hasta donde sé, se han llevado a cabo tres proyectos de investigación aquí. Uno de ellos se llamaba “Agujero Azul” y trataba sobre el fenómeno de los últimos témpanos de hielo alrededor del Polo Sur que se derriten desde el centro hacia afuera, lo que comenzó a ocurrir a principios de la década de 2000. Luego estaba el “Proyecto Globo”, que parece el sistema satelital de la Fundación Humana, y el “Proyecto Herencia” —leyó Pano en la pantalla y se rascó la barbilla sin afeitar.

—¿Herencia? Eso suena como algo en lo que Jackson podría estar trabajando. ¿De qué se trata?

—No lo sé. Todos los archivos sobre él están vacíos —respondió Pano, levantando las manos con impotencia.

—¿Qué hay de esos otros dos?

—Bueno, hay un montón de documentos sobre Agujero Azul, desde registros de logística hasta horarios de personal, presupuestos, todo. Lo mismo con el Proyecto Globo. Parece que se trataba de averiguar cómo llevar a cabo el Génesis Solar.

—¿Génesis Solar?

—Sí, algo que la Fundación Humana ha tenido en etapa de diseño durante bastantes años: construir una serie de enormes colectores solares en órbita terrestre alta, usándolos para generar energía y luego transmitirla a la Tierra con tecnología de microondas —explicó Pano —. ¿No ves el Canal de Ciencia o algo parecido?

—Normalmente no veo nunca de televisión.

—Por supuesto que no —dijo Pano con un suspiro y una sonrisa.

Tomó aire y luego señaló un mapa de la Antártida en la pantalla. El continente era fácil de ver, con sus bordes marrones alrededor del centro blanco, y allí, en el medio, el océano azul.

—Bueno, está claro que probaron la tecnología de recepción de microondas allí.

—¿Entonces el Proyecto Herencia es el único sobre el que no hay nada en el sistema? —preguntó Ágata, investigando más.

—Sí, así es. Solo una lista de lanzamientos para el proyecto marcados con una prioridad interna de Rango A-1, lo que sea que eso signifique.

—Bueno, entonces ese es nuestro objetivo. ¿Cuál era la ubicación de ese proyecto?

—Ni idea. Tengo ocho rutas de suministro que conducen tierra adentro desde McMurdo. Dos de ellas terminan en los sitios de operaciones del Proyecto Globo y dos más terminan en el Agujero Azul. Parece que los otros cuatro no van a ninguna parte —explicó Pano.

Ahogó un bostezo.

—Invoca los datos satelitales más recientes. Repasemos las rutas de suministro manualmente y revisémoslas desde arriba para ver qué hay en ellas —propuso Ágata.

—Eso va a llevar una eternidad.

—¿Tienes una idea mejor?

Pano se negó a responder, pero hizo algunos gestos frente a la pantalla. Las pantallas cambiaron a una imagen satelital de la Antártida. Ágata evocó su infancia y recordó una imagen de su enciclopedia que mostraba a la Antártida como un continente cubierto de hielo blanco y reluciente. La imagen satelital que estaba viendo ahora solo confirmaba cuánto había progresado el cambio climático antes de que la Fundación Humana interviniera con un tremendo impulso tecnológico. Luther Karlhammer había inundado el mercado

con ideas y productos realmente asombrosos, pero quedaba por ver si el daño que ya se había hecho podría revertirse, a pesar de que en este momento se estaba investigando intensamente sobre tecnologías que podrían revertir la temperatura de la Tierra a la normalidad.

Pano amplificó a McMurdo hasta que pudieron ver el grupo de cuarenta tejados solares que reflejaban la débil luz del sol en la última imagen de satélite.

—Bien, comencemos con la ruta número uno.

Deslizó hacia la izquierda la imagen de la pantalla, gradualmente al principio, y luego con gestos cada vez más grandes a medida que se hizo evidente que los más pequeños apenas cambiaban la vista. Después de un cuarto de hora, los ojos de Ágata se cerraron pesadamente por primera vez y se despertó sobresaltada después de dormitar unos momentos.

—Necesito café —dijo, y Pano la miró suplicante.

Ella se puso de pie, fue a la máquina de café y colocó dos tazas limpias del estante de arriba en la plataforma dispensadora de la máquina. Después de unos segundos de chirridos y zumbidos, tenía dos tazas humeantes en la mano. Le ofreció una a Pano mientras bebía de la otra. Tenía la esperanza de que ayudaría, pero ni siquiera el líquido tibio con cafeína que corría por su garganta podía disipar la sensación de pavor o la sensación de que podrían ser los últimos seres humanos en la tierra, y que estaban mucho más allá del alcance de cualquier civilización o rescate.

Después de otros quince minutos, Pano estaba a punto de hacer otro gesto de deslizamiento, quizás el centésimo, cuando Ágata lo tomó de la mano y lo retuvo.

—Espera, ¿qué es eso? —preguntó, señalando algo que parecía una X en la blancura del hielo.

—Eh. Parece un marcador —respondió, y acercó su rostro a la imagen.

—¿Podemos ver esto en 3D?

—No. Cuando se tomó esta imagen, el satélite estaba directamente sobre esa área. Solo tenemos una vista de pájaro.

—¿Qué es eso? ¿Cuál es la escala de esta imagen?

—Déjame ver. Esto de aquí es de unos quinientos metros —dijo Pano, identificando una distancia en la pantalla que cubrió con el pulgar y el índice—. Eso haría que la X tuviera unos tres kilómetros de lado. Más o menos uniforme, pero no del todo.

—¿Entonces la cosa en la imagen es simétrica?

—Casi. Parece que también está elevada, porque la distancia entre el satélite y la punta es casi tres kilómetros menor que la distancia a la corteza de hielo —dijo Pano, y trazó los bordes de la estructura con los dedos.

—La naturaleza aborrece la simetría —dijo Ágata, ante lo cual Pano se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Eh?

—Eso es algo que el Doctor Jackson escribió en uno de sus libros. Lo leí en el vuelo —explicó secamente—. ¿Eso te parece una pirámide desde arriba?

—Claro que sí, pero no hay pirámides en la Antártida.

—¿Y si las hay? —replicó ella.

—Entonces —respondió Pano, y pensó por un momento, continuando después de una pausa—, nuestro médico canadiense seguramente sería el primero en ir allí y desaparecer, con algunos estudiantes que había logrado alistar para su causa para venir aquí y excavar con sus martillos y cinceles.

—Exacto —susurró Ágata—. ¿A qué distancia se encuentra?

—Ciento noventa y nueve kilómetros.

—Entonces, lo que deberíamos hacer es cargar uno de los aerodeslizadores y salir.

—Pero esa cosa —dijo Pano, señalando la X gris en el blanco interminable de la pantalla—, aún no explica a dónde se fueron de repente los varios cientos de personas que operaban esta estación, y ciertamente no explica las seis horas que el reloj dice que nos saltamos.

—No, no lo hace —reconoció ella—. Pero el misterioso Proyecto Herencia podría tener algunas respuestas para nosotros.

DAN JACKSON, 2018

Dan se quedó mirando la silueta, impotente, incapaz de mover siquiera un dedo. Cuando recuperó algo de fuerza, hizo todo lo posible para arrastrar su cuerpo hasta la pared opuesta y se quedó allí, mirando.

La luz penetrante detrás de la figura sombría, aún nada más que un contorno negro, comenzó a debilitarse más y más, como el sol que se oculta lentamente detrás del horizonte.

Por favor, no. ¡No! No, no, no, no te vayas, rogó en sus pensamientos, y sintió lágrimas silenciosas rodar por sus mejillas. La luz lo había alcanzado como un rayo final de esperanza que podría devolverle un destello de cordura, un poco de control de su mente. Perder la luz nuevamente era lo peor que podía imaginar en ese momento.

Pero la luz dejó de atenuarse a un nivel bajo pero visible. Aún brillaba con un color azulado de apariencia artificial, envolviendo la silueta como una manta de lana espectral. Ni siquiera en la niebla de su estado mental había duda de que se trataba de una fuente de luz artificial. Existía, por supuesto, la posibilidad de que la luz del sol entrara desde el exterior a través de diminutos huecos, como sucedía en las pirámides de Giza, pero esta luz era demasiado intensa para ser eso. Y lo que estaba mirando era una luz blanca azulada, en una forma que no se encuentra en la naturaleza.

Dan alcanzó su tableta y la sacó de su bolso, justo cuando recordó que la batería se había agotado hacía mucho tiempo. La sacudió con frustración, pero la pantalla permaneció tan oscura como las paredes a su alrededor.

Sin apartar los ojos de la figura, se arrastró un poco más cerca, como un insecto atraído por una lámpara. No sabía si esta fuente de luz estaba caliente. Podría estar tan caliente que lo quemaría, pero en este momento parecía la única señal de vida que quedaba en la habitación. Su respiración era pesada, y el elevado contenido de oxígeno estaba desgarrando su cerebro, pero luchó para acercarse más sobre sus manos y rodillas, a pesar de que todo en él gritaba que corriera en la otra dirección. Había algo aquí que no estaba bien, que no estaba comportándose de la forma en que el mundo debería funcionar.

También era un pensamiento estúpido.

“Toda mi vida he estado tratando de convencer a la gente para que abra los ojos a las posibilidades que no podían ver, porque no se atrevían a soñarlas” pensó. Aún podía recordar las muchas discusiones que había sostenido con sus compañeros durante sus estudios, sobre el estado actual de la ciencia. Dan siempre había sostenido la opinión de que muchos científicos limitan su horizonte de investigación porque no pueden aceptar la posibilidad de que algo pueda funcionar más allá de los límites de las leyes actualmente aceptadas. Los antropósofos y arqueólogos de todo el mundo simplemente rechazaban la posibilidad de que la historia de la Tierra pudiera ser muy diferente de lo que suponían, ni siquiera porque gran parte de ella seguía siendo un misterio. Ahora, ante la posible prueba de que había tenido razón todo el tiempo, apenas podía creerlo.

Y nadie sabrá nunca que yo tenía razón, se lamentó interiormente. *Hay una tecnología en esta pirámide que puede generar luz artificial. Y hay una figura. Una figura... ¿qué figura? ¿Estoy alucinando por el cambio en la composición del aire?*

Cuando se arrastró uno o dos pasos más, aunque en la luz extraña y en su estado actual era difícil decir exactamente cuántos, miró hacia arriba como un mendigo a un transeúnte, y se obligó a mirar directamente a la luz a pesar del dolor palpitante detrás de sus globos oculares.

Mis pupilas solo necesitan adaptarse a las condiciones, se dijo a sí mismo a través de la melaza viscosa y tóxica en la que sus células cerebrales se habían transformado bajo el implacable asalto del oxígeno. Para cuando sus ojos registraron imágenes nuevamente, lo que vio lo habría hecho salir corriendo y gritando si sus brazos y piernas aún hubieran respondido.

La silueta que había creído ver no era en realidad una figura, sino la pintura de un esqueleto sobre un sarcófago erecto. La tapa estaba iluminada y estaba incrustada con tanta precisión que su contorno en el piso, las paredes y el techo era absolutamente perfecto. La pintura del esqueleto era anormalmente grande, y la mirada de las cuencas vacías de los ojos tenía algo desconcertante, como si hubiera vida detrás de ellas. Lo cual, por supuesto, no podía ser posible.

A pesar de que solo estaba pintado allí, la vista del esqueleto tenía una cualidad morbosa que aterrorizaba a Dan. Nunca en su vida se había enfrentado tan de cerca con su propia muerte. Ahora, mirando a la muerte a los ojos, se dio cuenta de que todo lo que había hecho con su vida hasta ahora había sido un desperdicio. Ahora comprendía mucho. Si todo conducía a este momento final, este momento en el que nada de lo que habías hecho, experimentado o sentido importaba, ¿por qué una vida humana estaba tan envuelta en preocupaciones y tribulaciones humanas? Hace solo unos días habría descartado estos

pensamientos como los amargos desvaríos de un anciano enfadado, pero en este momento lo tenía completamente claro. Ante la muerte, nada importaba excepto la vida y la comprensión de que nada más importaba.

De mala gana, sus pensamientos vagaron hacia Rachel, que le había suplicado más de una vez que no hiciera ese viaje. Por supuesto, ella estaba horrorizada ante la idea de que él se iría pronto de nuevo por unos meses y que tendría que guardar tantos secretos, pero la última vez aún estaba fresca en su memoria, cuando él había caído en una grieta en la tierra y quedó atrapado durante todo un día. Ella le había hecho prometer que nunca volvería a ponerse en semejante peligro, y él había hecho esa promesa de buena gana. Y lo había dicho en serio, no lo había dicho solo para complacerla. Ella era el amor de su vida, y lo había sido desde que se conocieron en el instituto.

Jodido instituto, pensó sin convicción. *Se siente tan distante, es como si estuviera pensando en una vida pasada*.

Ahora moriría, rompiendo la promesa que le había hecho y sin que ella supiera siquiera cómo o por qué murió, ni siquiera dónde. Rachel, la única persona que realmente se había preocupado por él, nunca sabría que había muerto tratando de probar sus teorías. Era una tragedia, simple y llanamente, y sus lágrimas ni siquiera empezaban a expresar el verdadero dolor que lo estaba atormentando en ese momento.

Lo siento, pensó, con la imagen de Rachel en su corazón. Ella le sonreía de esa manera tan especial, riéndose de él y, sin embargo, dándole la mirada más amorosa con ese pequeño movimiento de cabeza.

La muerte estaba muy cerca ahora, podía sentirla como un hormigueo en su piel, una debilidad lacerante en sus extremidades y en su mente, que comenzaba a deambular más y más a medida que su cabeza se volvía más y más ligera. Sabía que sería un alivio liberarse de este dolor insoportable, y estaba casi listo.

—Pero no así —susurró con voz ronca, apretando los dientes y aplicando sus últimas fuerzas en levantarse. Sus rodillas se doblaron y estuvo a punto de perder el equilibrio más de una vez, pero al final logró ponerse de pie y levantar la barbilla. Algo en su interior le decía que era ridículo querer morir con la frente en alto, como un héroe en una película que pone todas sus fuerzas restantes en un último acto heroico, pero de alguna manera se sentía bien. Dan miró directamente a las cuencas vacías de los ojos de la calavera y se preparó para aceptar la dulce caricia de la muerte.

Cuando la tapa del sarcófago se abrió de repente, estaba tan cerca que sintió el flujo de aire. Habría caído al suelo en estado de shock si aún hubiera tenido algún control de sus extremidades.

Tan repentinamente como había aparecido la luz, la escena cambió. Ahora estaba mirando un sarcófago abierto, y había una persona dentro que le devolvía la mirada.

No, no una persona, se corrigió en sus pensamientos, mirando a la figura gigante con incredulidad. La figura lo enfrentaba como una estatua. Medía por lo menos dos metros y medio de altura, con brazos largos que eran un poco desproporcionados a su cuerpo, completamente desnudo. Sus extremidades estaban cubiertas de nudos musculares, y su piel brillaba en extrañas tonalidades caramelo. Su rostro también era desproporcionadamente largo y sus ojos eran completamente negros, sin iris ni pupila visibles. Irradiaban algo profundo y amenazador. Mirándolos, Dan sintió la necesidad de someterse a la voluntad de la criatura de inmediato, aunque no había señales de vida en ella. El gigante no tenía pelo y su nariz también era notablemente más larga de lo que hubiera sido la de un humano.

No podía evitar la sensación de que se había encogido de repente, como un cometa que había volado demasiado cerca del sol y ahora se estaba consumiendo lentamente.

Como un mortal ante un dios.

Dan dio un cuidadoso paso hacia adelante y cayó cuando sus piernas demasiado débiles cedieron debajo de él. Se habría golpeado la cara contra el suelo de la cámara, pero algo lo atrapó.

Mientras luchaba por levantar la vista, vio dos pies imponentes ante su rostro, unidos a pantorrillas musculosas y muslos anchos. Luego fue levantado por el brazo derecho y, de repente, se quedó mirando los ojos almendrados y negros como el carbón del dios que había emergido del sarcófago. Detrás de él, una niebla fluía desde el interior y un olor químico llenó la habitación.

Dan ni siquiera se había dado cuenta de que el dios había salido del sarcófago.

Entonces el ser rugió

—¿ADANNU? —Esa voz de bajo tan plena y tan fuerte hizo que Dan quisiera gritar.

Como Dan no respondió, el dios se detuvo por un momento, ladeó la cabeza y luego volvió a fijar en él los ópalos negros que eran sus ojos.

—¿ADANNU?

—¿*Adannu*? —repitió Dan, jadeando—. Sumerio. Sí, eso es sumerio.

Pensó febrilmente, reuniendo toda la fuerza que le quedaba en su cuerpo moribundo para mantener los ojos abiertos, mirando hacia el rostro del dios.

Sumerio, habla sumerio. Por supuesto. La última vez que tuvo contacto con humanos fue en la época de la antigua civilización sumeria, pensó

Dan, y cuando se dio cuenta casi se desmaya. La idea de estar frente a un ser que podría tener millones de años, el antiguo ancestro de su propia raza, un extraterrestre, o tal vez incluso un dios real, no era algo que pudiera caber en su cabeza. Era demasiado, demasiado para su mente.

—¿ADANNU?

—¡Tiempo! Sí, sí, tiempo. ADANNU significa "tiempo". Es, ah... ¿qué tiempo? Es 2018.

La poderosa cabeza del dios se inclinó brevemente y miró a su alrededor antes de volver a mirar a Dan.

—No me entiendes —pensó Dan en voz alta, temblando, y sacó su cuaderno. Garabateó apresuradamente, casi deja caer su lápiz dos veces mientras escribía el número sesenta y seis millones, y luego agregó un dinosaurio caricaturesco junto a él por si acaso.

—GALA NABU.

—*Gala nabu* —repitió Dan meditativo, obligando a su cerebro a trabajar de nuevo—. Sacerdote... Profeta... ¡No! ¡Dios mío! Científico, soy un científico. Pero por supuesto, no había tal cosa en ese entonces.

Cuando el dios, que de alguna manera parecía humano a pesar de la extrañeza de sus rasgos, simplemente lo miró fijamente, Dan se humedeció los labios y continuó, tartamudeando:

—LAMADU MEI. Soy un erudito. ¿KIMAH? ¿Es esta tu tumba?

Con su mano libre, la que no estaba aprisionada por el ser, señaló el sarcófago. El toque del ser en el antebrazo de Dan se sentía como si hubiera metido la mano en un enchufe eléctrico, y la superficie de la palma estaba bastante caliente, a pesar de que él ya estaba sudando por el calor de la habitación. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la mano que el ser estaba usando para sostener a Dan del suelo, que era tan grande que casi cubría todo el antebrazo de Dan, tenía cinco dedos.

—LA KIMAH —respondió el ser con la voz atronadora que estremeció a Dan hasta la médula—. ¡EUNIR!

—¿*Eunir*? No conozco esa palabra. Yo...

La mirada alienígena en los ojos de este ser, que bien podría ser uno de los Constructores que Dan había pasado toda su carrera tratando de convencer al mundo de su existencia, era abrumadora y él colgaba como una marioneta de su poderoso aprisionamiento alrededor de su brazo derecho. Había perdido toda sensibilidad en sus miembros. Ante la mirada de esta poderosa presencia, se sentía como una frágil mariposa. Solo tratar de imaginar la edad del ser que lo miraba a través de la negrura impenetrable de esos ojos lo maravillaba con una sensación de su propia insignificancia.

—PETA BABKAMA LURUBA ANAKU —gritó el gigante, ahora levantando casualmente a Dan a mayor altura hasta que se miraron a

los ojos. El agarre alrededor de su brazo no se había apretado, pero Dan percibía que la paciencia del otro no era infinita.

—¿Qué significa eso? —gimió Dan—. No lo entiendo.

—¡PETA BABKAMA LURUBA ANAKU! —repitió el ancestral rostro. La piel era suave y sin poros, como mármol recién aceitado, pero eran los ojos los que proyectaban una edad y una profundidad que dejaron estupefacto a Dan. Quería decir algo, pero no podía hacer que una sola palabra escapara de sus labios temblorosos.

PETA significa abierto, pensó, pero el resto no significaba nada para él. Nunca había sido un experto en sumerio, y lo que sabía estaba oxidado en el mejor de los casos, pero no podía evitar la impresión de que lo que este ser estaba hablando era en realidad protosumerio, un lenguaje extremadamente simple desde una perspectiva moderna. Tratar de hablar era como usar cuñas de mano para crear un pictograma que tenía que servir como una imagen significativa y comprensible.

Aquí estoy, en el momento más importante de mi vida, y no puedo encontrar las palabras, pensó, abatido, y sus párpados comenzaron a agitarse. Casi perdió el conocimiento, y aunque la sensación pasó rápidamente, se debilitaba por momentos. Lo que en verdad quería hacer era gritar a todo pulmón, maldecir el destino que lo llevó a la meta de toda su vida hasta ahora, la reivindicación de todas sus actividades de las últimas décadas, en el momento en que fue privado de todas sus facultades: la gran injusticia de llegar a la meta y no poder hacer nada.

—*Ana simtim alaku* —espetó Dan, atragantándose, porque no se le ocurrió nada más—. Voy a encontrarme con mi destino. Mi muerte. —Con su mano izquierda señaló su plexo solar, el lugar que los antiguos sumerios creían que era la fuente de la muerte—. ¡*Ana simtim alaku*!

El dios ahora levantó su otra mano para coger el brazo izquierdo de Dan. Su poderoso agarre hizo que el brazo de Dan se sintiera tan frágil como una ramita podrida. Luego observó a Dan de arriba abajo, mirándolo penetrantemente a los ojos. Era como si estuviera siendo atravesado por mil miradas al mismo tiempo, cada una absorbiendo el alma de Dan, pieza por pieza.

—*Sak antu dabam*, te he estado buscando —logró gemir Dan. De nuevo el ser se detuvo, ladeó la cabeza en un gesto demasiado humano.

—PETA BABKAMA LURUBA ANAKU —repitió, y algo en la infinita negrura de sus ojos cambió.

Luego, el dios desvió la mirada, aparentemente examinando la habitación, mientras cambiaba de posición para sostener a Dan debajo de su barbilla, manteniéndolo en el aire con una ligereza juguetona.

Levantó su gigantesca mano ahora libre para señalar algo. Por el

rabillo del ojo, Dan vio algo flotando en el aire junto a ellos. Era su tableta. Emitió un pitido largo y agudo antes de explotar en pedazos, sus componentes flotaron en el aire como una nube en la penumbra. Las partes permanecieron suspendidas, girando lentamente, hasta que el ser bajó la mano y todo cayó al suelo en una lluvia estruendosa de plástico y metal.

—¡IMBARATU!

—¿*Imbaratu*? —repitió Dan—. Eso significa... Sorpresa, ¿verdad? Sí, sorpresa. No te has encontrado humanos con tecnología antes.

El dios lo estudió durante un rato, y Dan tuvo la sensación de que en ese momento sucedía mucho más de lo que podía ver.

—PETA BABKAMA LURUBA ANAKU.

—Quieres algo de mí, pero no puedo entenderte y me estoy muriendo. Lo lamento. Ya casi no puedo... puedo... casi... casi no puedo hablar.

—¡ADARU LA, PETA! —la penetrante voz de bajo volvió a retumbar al salir de los labios, negros como el carbón, del ser, haciendo temblar el cuerpo de Dan como si un tremendo gong hubiera resonado. El aliento del ser no tenía ningún olor, excepto quizás una ligera nota de especias, algo así como clavo.

—ADARU LA, no tengas miedo —tradujo Dan en voz alta para sí mismo. Esas palabras las entendía. ¿Pero PETA? —PETA significa "abierto". La apertura. ¿No tengas miedo de la apertura? ¿Qué apertura?

El dios ladeó la cabeza y parpadeó, para sorpresa de Dan, con una especie de párpado interior que salió de debajo de los suaves párpados exteriores y luego desapareció de nuevo tan rápido como había aparecido. Ahora había algo en la mirada del dios que pasó directamente a Dan como una especie de radiación fría, y la voz de este ser antiguo, este milagro que a los ojos de la humanidad no podía existir, se volvió un poco más silenciosa.

—ADARU LA, PETA. PUHRUM.

—¿Puhrum? ¿Reunión? Sí, nos estamos reuniendo.

Apenas podía expresar estas palabras. Sabía que su último aliento estaba cerca.

Nunca esperé que lo entendieras justo al final.

—¡ADARU LA! PETA, PETA, PETA —dijo el dios, en un nuevo tono de voz que Dan interpretó como reconfortante, algo como lo que usarías en una mascota doméstica que acabas de llevar al veterinario por última vez. Un último pensamiento extraño.

—PETA —repitió Dan con lo último de sus fuerzas. Cuando la caricia de la muerte al fin envolvió a Dan, las manos del dios aprisionaron su cabeza y sintió que algo líquido se abría paso en su boca. Algo le estaba siendo robado en este último momento, algo que

nunca supo que había tenido todo el tiempo. Había muerto antes de que pudiera tratar de entender lo que era.

Un segundo después, el último de Dan, ya no importaba.

FILIO AMOROSA, 2042

La última semana antes del lanzamiento del *Mars Two*, Filio apenas pegó ojo. Siete días antes, ella y el resto de la tripulación habían volado a Cabo Cañaveral.

Sus días consistían en hasta doce horas de simulacros. Por las noches, cuando los otros miembros del equipo tenían visitas familiares, ella se sumergía en su trabajo, lo cual no le importaba porque de todos modos no había nadie para visitarla. Ese trabajo comenzaba con la memorización de los cambios realizados en los protocolos de la misión desde *Mars One*, con un enfoque particular en las rutinas de emergencia. Después de eso venían tres o cuatro horas de sueño, antes de despertarse para atiborrarse de especificaciones y actualizaciones de la nave antes de que comenzara la siguiente ronda de simulaciones.

No se hacía ilusiones. Aunque tenía mucha experiencia y haber estado ya en una misión a Marte le daba una ventaja considerable, incorporarse dos semanas antes del lanzamiento después de haber estado fuera durante dos años resultó ser extremadamente ambicioso, incluso para los estándares que ella misma se impuso.

La atmósfera entre ella y los demás había mejorado un poco, pero aún era bastante fría. Habían sentido cierto nivel de afinidad por el trayecto doloroso que la había traído hasta aquí, pero esa empatía estaba comenzando a entrar en pugna con la simpatía por Nicole, y eso estaba causando un conflicto. Donde las líneas se difuminaban, el hecho de que su predecesora había pasado mucho más tiempo con esta tripulación tendía a prevalecer, lo que significaba que Filio aún tenía que pelear una batalla cuesta arriba. Pero ya había un comienzo, y las cosas estaban mejorando.

La nueva situación le daba más razones para aprovechar su tiempo al máximo. Siempre era la primera en llegar y la última en irse. Ayudaba en todo lo que podía y siempre estaba disponible para cualquier cosa.

Continuó escudriñando los comandos de la misión hasta el último detalle, hasta el día anterior al lanzamiento, analizando todos los matices posibles y todas las cláusulas especiales. Un par de los otros habían tratado de persuadirla para que asistiera a la fiesta de despedida que se estaba llevando a cabo en la cercana base de la Fuerza Aérea, pero eso era lo último que pretendía hacer. Por un lado,

la destrozaba ver que todos los demás tenían a alguien que los echaría de menos. En segundo lugar, sabía que esto la pondría en contacto con los medios de comunicación, y si eso resultaba ser algo bueno o malo, no lo quería.

Desde su llegada, había estado recibiendo un flujo constante de consultas de la prensa en su correo, cientos de ellas, solicitando entrevistas y declaraciones, siempre bastante amistosas al principio y luego cada vez más insistentes. Obviamente, su participación en la misión había causado mucho revuelo, y estaba claro que los medios de comunicación estaban cubriendo todo este proyecto con más intensidad que la primera misión a Marte.

Hue, miembro del equipo chino, le contaba continuamente sobre las transmisiones casi diarias sobre la misión, su lanzamiento inminente y su importancia. Incluso Luther Karlhammer, probablemente la celebridad más solicitada del planeta, y básicamente un escéptico espacial confeso, aparentemente había sido cada vez más franco sobre el proyecto. Parecía que él enfatizaba una dimensión internacional, con superpotencias y bloques uniéndose en lugar de competir entre sí como lo habían hecho en el pasado.

Para Filio, esta extensa cobertura era una distracción no deseada de aquello en lo que quería concentrarse: la misión. Y no hacía más que ponerla bajo una presión aún mayor.

Por supuesto, llegó el día en que ya nada de eso importaba. A primera hora de la mañana la despertó la alarma en su terminal. El tono de la tríada fue un asalto a sus oídos, y por un momento estuvo completamente desorientada, sin saber dónde estaba ni qué día era.

Mirar la pantalla, que convirtió la terminal transparente en una superficie negra que mostraba la hora y la fecha, la sacó por completo de su sueño inquieto. ¡Día de lanzamiento! recordó. Programado para las mil quinientas horas... Sacó las piernas de la cama y se concentró en su terminal.

—Informe meteorológico —ordenó, y la pantalla mostró instantáneamente la información meteorológica actual. Viento del suroeste, máximo seis kilómetros por hora. Cielos despejados en todo el centro de Florida.

En resumen, un clima de lanzamiento perfecto.

De pie frente al espejo del baño, cepillándose los dientes mientras miraba sospechosamente las oscuras ojeras bajo de sus ojos, movió los hombros hacia adelante y hacia atrás. Su espalda y cuello estaban tan tensos y anudados por meditar sobre su papel durante tanto tiempo que necesitaba analgésicos para poder dormir.

Después de cepillarse los dientes, corrió a la cafetería y se obligó a tragar un sándwich, dos plátanos y un *espresso*, en contra de su voluntad. Acababa de guardar su taza limpia cuando entraron los

demás.

Se saludaron brevemente, luego todos llevaron sus bandejas a la mesa y comenzaron a comer en silencio. La tensión en la habitación era casi, físicamente, palpable. Filio sabía muy bien lo que estaba pasando en sus cabezas en este momento, mientras miraban su comida, haciendo el menor ruido posible. Estaban pensando en su familia y amigos, todo lo que dejarían atrás y preguntándose qué les esperaba. Estaban pensando en el lanzamiento del cohete y en el hecho de que serían propulsados a través de la atmósfera cabalgando encima de una explosión gigante. Estaban pensando en la maniobra de acoplamiento en órbita, cuando conectarían su nave, una vez separada de los propulsores y las etapas del cohete, a la sección de propulsión que se había construido en el espacio. Y luego el viaje de cuatro meses, durante el cual muchas cosas podrían salir mal que ni siquiera los novecientos escenarios de emergencia en los protocolos podrían prever.

Eran dimensiones, parámetros, figuras que la mente humana no podía concebir, así que las abstraía. Pero eso pronto se volvía agotador, porque tenía que dirigir constantemente sus pensamientos en direcciones racionales y convencerse de muchas cosas.

Filio ya había hecho todo esto hacía tres años. Pero para ella, hoy era diferente. Estaba emocionada, sí, pero en su caso era la emoción de finalmente arrojar luz sobre su pasado y la fallida misión *Mars One*. Nunca había estado más cerca de resolver el misterio del desastre en que se había convertido su vida. Pero en lugar de estar emocionada o asustada, simplemente estaba ansiosa. No veía la hora de volver a tener suelo marciano bajo sus pies y comprender lo sucedido. Sabía que pertenecía allí. Por fin, nada se interpondría entre ella y la verdad.

Después del desayuno se pusieron los trajes presurizados, diseñados para protegerlos contra las fuerzas G extremas durante el despegue. Eran de color naranja, como los trajes de las misiones Apolo, solo que mucho menos voluminosos y amplios. Toda una legión de asistentes y técnicos probaron cada uno de los sellos y el ajuste del traje de cada astronauta antes de dejarlos para ver los preparativos finales del lanzamiento en la sala de espera. El tiempo seguía estable, sin indicios de cambios inminentes.

Tres horas antes del despegue programado los llevaron al transporte eléctrico de personal que estaba esperando frente al Control de la Misión. La distancia desde las puertas de vidrio, abiertas para ellos por los soldados, hasta el vehículo negro con sus ventanas oscuras era exactamente de cien metros. Su camino estaba marcado a ambos lados por barreras y personal de seguridad, detrás de las que pululaban cientos de equipos de noticias, esperando para saludarlos

con una ráfaga de flashes en el momento en que se abriera la puerta y los astronautas salieran al pantanoso calor del este de Florida.

—Solo sonríe —gritó Longchamps sobre el ya ensordecedor chasquido de las cámaras y el clamor de los reporteros ahogándose unos a otros con sus gritos.

Filio, al final del pequeño grupo de astronautas vestidos de naranja, forzó una sonrisa pero no saludó, en contraste con algunos de sus compañeros de equipo que no parecían reacios a la fama.

Los cien metros fueron extremadamente ruidosos, fatigosos para sus oídos y ojos, y la caminata pareció tomar mucho más tiempo de lo que pensó que tomaría recorrer cien metros.

—¡Doctora Amorosa! —La mayoría de ellos gritó cuando pasó, aunque prácticamente todo lo demás se perdió en la cacofonía de gritos. De vez en cuando elegía una sola pregunta.

—¡Amorosa! ¿Está en condiciones de volar?

—¿Ha superado su trauma, Doctora?

—¿Cómo se alistó en esta misión?

—¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—¿Quién fue el responsable de su despliegue?

—¿Cuál es su respuesta a las acusaciones en su contra?

Filio tragó saliva y se obligó a mirar al frente. Cuando por fin pudo subirse al vehículo de personal y desaparecer, dejó escapar un gran suspiro de alivio.

—Bueno, superamos la parte más difícil de hoy —anunció Longchamps con una sonrisa, y los demás se rieron cortésmente. Pero estaba claro por el sonido que su risa no era por la broma del capitán. Más bien, era una salida para los nervios extremos que todos sentían.

El viaje a la plataforma de lanzamiento 1 los llevó más allá de las plataformas de lanzamiento 2 y 3 y más allá de un hangar de la Fuerza Aérea.

Finalmente, *Mars Two* apareció a la vista y Filio se sintió como si estuviera en un sueño. Era prácticamente idéntico al *Mars One*. Las pocas mejoras menores que se habían realizado con los datos de la caja negra del viaje anterior eran prácticamente invisibles.

Allí estaba, *Mars Two*, erguida en la plataforma de lanzamiento, sostenida por el andamio en forma de araña de la torre junto a la nave. Su esbelta proa se elevaba ciento sesenta y seis metros por encima de la plataforma de lanzamiento. Desde su posición aquí abajo, las ventanas parecían minúsculas. La etapa superior, con sus motores interplanetarios, estaba firmemente conectada a la segunda etapa. Lo que era esencialmente la nave principal estaba en lo más alto. Contenía novecientos metros cuadrados de cabina presurizada con veinte habitaciones. Debajo de estas dos, la primera etapa, impulsada por treinta y cuatro motores Rexum, ocupaba la mitad de la

longitud. Cargados con suficiente mezcla de metano y oxígeno para llenar un pequeño lago, esos motores fueron diseñados para entregar 7.300 toneladas de empuje para poner en órbita todo el casco de 5.000 toneladas. Era otra de esas dimensiones de este milagro de la ingeniería humana que hacía que la cabeza le diera vueltas.

—¿No es hermosa? —preguntó Marcello con su melodioso acento sudamericano.

—Sí que lo es —le respondió Longchamps, y todos miraron por la ventana lateral como si estuvieran viendo *Mars Two* por primera vez —. Se ve... elegante.

—Sí, excepto que no va a volar con el morro por delante —comentó Audrey, señalando hacia *Mars Two* que se extendía hacia el cielo como un monolito, y se volvía cada vez más grande a medida que se acercaban—. Durante todo el vuelo, estará orientada hacia el sol, no hacia Marte, por lo que la radiación solar no calentará el combustible sobreenfriado.

—Me encanta el espacio, donde todo funciona un poco diferente —bromeó James, el geofísico estadounidense.

—Me encanta el espacio porque estaremos muy lejos de la tierra —agregó Audrey—. ¿Escuchaste lo que pasó anteayer? ¿El ataque al senador Brown? —negó con la cabeza.

—Sí, es impactante...

Filio ya no los escuchaba. En vez de eso, se estaba enfocando en una bandada de pájaros a la distancia. Debían de ser grandes aves migratorias que se dirigían a su hábitat estival, pasando por la línea de costa donde, a pocos kilómetros, más de cuarenta mil espectadores sentados en las tribunas esperaban para presenciar el lanzamiento, como se hacía desde las misiones lunares.

—Espero que no retrasen nuestro lanzamiento. —Filio había expresado su pensamiento en voz alta. Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—¿Quiénes? —preguntó Longchamps, y Filio señaló hacia el oeste, hacia las tribunas, donde la multitud podía verse como puntos de color indistintos, una gran masa difusa a lo largo de la costa.

—Esas aves migratorias.

—No es la época del año para aves migratorias —objetó Marcello, y en ese mismo instante Filio notó que la bandada no volaba en una formación natural, sino más bien como un gran enjambre que se hacía más grande.

—No son pájaros —dijo Longchamps alarmado justo cuando el ulular de las sirenas sonaba en el exterior. Le recordaban a Filio las sirenas antiaéreas que solían probar una vez al mes en el pueblo en el que creció.

De repente, su vehículo se detuvo y retrocedió. El resto del equipo

comenzó a gritar alarmado mientras Filio continuaba mirando por la ventana. Desde algún lugar, los cohetes eran disparados hacia el cielo, primero unos pocos y luego docenas, dirigiéndose directamente al enjambre de drones y dejando estelas de humo a su paso. A través de las ventanas abiertas creyó poder escuchar gritos distantes, subiendo y bajando de intensidad como las olas del océano.

Los objetos oscuros, cada uno apenas un poco más grande que un gran pájaro, se habían acercado unos kilómetros, cuando las explosiones comenzaron a florecer entre ellos, convirtiendo a muchos en columnas de humo que caían del cielo.

—¡Drones! ¡Son drones! —gritó Putram.

Como los demás, se había levantado de su asiento y estaba pegado a las ventanas inclinadas del vehículo. Tenía los ojos desorbitados y sudaba.

—¡Oh, Dios! —alguien gimió. Era Audrey, mientras se hundía en su asiento baquet—. ¡Deben ser los Hijos de Terra!

Filio solo observaba, asombrada, cómo los aviones de combate se precipitaban detrás de ellos para apoyar al escuadrón que ya estaba patrullando el espacio aéreo. Ya debían de estar en medio de sus maniobras de interceptación, porque cada vez más explosiones rasgaban el cielo y destruían los drones.

Por lo que el equipo podía ver desde su punto de vista, no eran más que drones de rotor normales, los mismos que usaban los servicios de paquetería o que cualquier particular podía comprar. Continuaron formando un enjambre y se acercaron lenta pero constantemente.

En los parches de césped a un kilómetro de distancia de la plataforma de lanzamiento, los soldados saltaban de los transportes de tropas que llegaban rápidamente y se agachaban antes de abrir fuego. Todo estaba pasando tan rápido que Filio se sentía como si estuviera en una pesadilla.

No entendía lo que estaba viendo cuando vio a algunos soldados en las largas filas levantarse, alzar los brazos y simplemente explotar, matando a sus camaradas más cercanos. En ese momento se desató el caos absoluto. Los soldados que quedaron se dispersaron y comenzaron a dispararse unos a otros mientras más drones en el cielo eran derribados, las explosiones crepitaban en el aire mientras caían.

—Van tras el cohete —susurró. Nadie podía oírla por los gritos de pánico.

Lo que pasó después, Filio lo vio como si ocurriera en cámara lenta. A una altura de unos cincuenta metros, un solo dron voló casualmente a través de las agonizantes volutas de una explosión. A su izquierda y derecha, la artillería terrestre que Filio no podía ver derribó a sus camaradas. Pero este dron en particular giró a la derecha

y luego cayó en picado a la izquierda antes de llegar a la nube de vapor proveniente de las rejillas de ventilación de los propulsores criogénicos para los tanques de oxígeno e hidrógeno a medida que el combustible sobreenfriado se evaporaba por el calor.

A pesar de las sirenas ensordecedoras que acompañaban al apocalíptico espectáculo de fuegos artificiales como una especie de banda sonora del fin del mundo, todo sucedía de manera extrañamente silenciosa, casi vacilante, cuando el dron se destruyó a sí mismo. La explosión abrió un pequeño agujero en la capa exterior de la primera etapa, que fue suficiente para encender el combustible.

En una cascada de fuego inversa, *Mars Two* explotó de abajo hacia arriba, y el mundo entero pareció quedar envuelto en llamas. El horizonte se iluminó en un tono rojo dorado, y cada ventana de su transporte se hizo añicos en el mismo instante. Era cristal de seguridad, pero había pequeños fragmentos clavados en la cara de Filio, y ella gritaba de dolor. La ola de calor fue tan intensa que sintió como si su piel estuviera hirviendo y cayéndose de sus huesos.

Un segundo después, o tal vez había sido una eternidad, se encontró en el suelo entre las filas de asientos, apoyándose en sus manos sangrantes. El sonido más fuerte en sus oídos era su propio pulso, y luego, a lo lejos, escuchó gritos de angustia y lamentos de dolor.

Veía, como si mirara a través de un vidrio borroso, cómo se abría la puerta lateral del vehículo y un soldado con el arma en la mano entraba.

—¿Quién de ustedes es? —gritó, con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos—. ¿Quién es?

Nadie respondió, y Filio vio que la mayoría del equipo estaba muerto o gravemente herido.

Entonces el soldado empezó a disparar. Solo pudo ver cómo le disparó a Longchamps en la cabeza, mientras estaba acostado en su silla, levantando las manos a la defensiva, para suplicar. Luego hizo lo mismo con Audrey, quien parecía estar inconsciente.

Marcello, que yacía en el suelo al igual que Filio, trató de arrastrarse hacia la puerta cuando el soldado lo vio y le disparó en el cuello con absoluta precisión y sin dudarlo.

Entonces, de repente, sonaron más disparos y el asesino se estremeció, tuvo espasmos, escupió sangre y finalmente cayó al suelo.

Filio apenas estaba consciente, pero se dio cuenta de que más hombres uniformados irrumpieron, la sacaron del vehículo y la colocaron en una camilla. Lo siguiente que vio fue el rostro de una mujer flotando sobre ella, haciendo preguntas.

—Sí, puedo respirar —logró tartamudear después de un ataque de tos.

—¿Nombre y fecha de nacimiento? —fue la siguiente pregunta de la mujer. Parecía angustiada, y toda la camilla rebotaba, como si se movieran muy rápido. De repente estaba en una ambulancia.

—Doctora Filio Amorosa, nacida el 4 de marzo de 2001.

La respuesta fue casi un susurro.

—Tengo sed. ¿Qué pasó?

—Resultó herida, Doctora, pero no de gravedad. Le voy a dar algo para el dolor, y luego volveré. ¿Lo entiende?

—Sí... Yo... ¿qué pasó? —preguntó de nuevo. Y una y otra vez, "¿Qué pasó?" pero nadie parecía estar escuchándola.

Pero ella lo sabía. Sabía lo que había sucedido, y cuando lo asimiló, lágrimas silenciosas corrieron por sus sienes hasta sus oídos, y los sollozos estremecieron su cuerpo.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Ágata y Pano salieron de la sala de control en el corazón de la estación McMurdo con las pistolas en la mano y las linternas encendidas. Tuvieron la suerte de encontrar algunas baterías de repuesto compatibles. Todo el complejo estaba bañado por una luz fantasmagórica que luchaba por alejar la oscuridad con rayos apagados que desaparecían en los espacios entre los edificios como si hubieran sido tragados por serpientes hambrientas. La oscuridad aquí era más negra y más absoluta que cualquiera que Ágata hubiera visto nunca, y se volvía aún más negra por la cubierta de nubes bajas que no dejaban pasar ni un solo rayo de luna.

—¿Vamos a usar un aerodeslizador o una moto de nieve? —preguntó Pano en voz baja, como si hablar a todo volumen pudiera despertar los fantasmas de este lugar que parecían estar descendiendo a su alrededor desde su llegada.

—No lo sé —respondió ella en voz baja, escudriñando las pequeñas islas de brillo entre los edificios.

Aquí afuera, hasta la luz parecía algo muerto.

¿Dónde está todo el mundo? A Ágata no le gustaba mucho la televisión de antaño, pero conocía sus clásicos y se sentía como si estuviera en el episodio más espeluznante de Expediente X. Y no le gustaba nada. Había visto su parte de escenas de crímenes violentos en la vida real, víctimas desmembradas, mujeres estranguladas, hombres con los intestinos colgando para demostrar que habían perdido una pelea. Su trabajo le había requerido ver innumerables videos de terroristas decapitando a sus rehenes. Pero a pesar de todo lo que había visto, siempre había dormido segura porque sabía que la probabilidad de morir en un crimen violento era casi la misma que la de morir en un accidente aéreo. Sabía demasiado de estadística y era demasiado racional para pensar en otra cosa. Eso era solo porque el mundo era predecible y ella podía percibir el mundo como un sistema de causa y efecto, gobernado por leyes inquebrantables.

Pero lo que había experimentado aquí había violado todas las leyes. Todo el contingente de personal de una base completa se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos, y todos los relojes se habían vuelto locos o ella y su compañero habían estado en coma durante más de seis horas. En general, Ágata ya ni siquiera sabía por qué asustarse.

—Usemos el aerodeslizador —propuso Pano—. Debe tener el mayor alcance, y la ruta no se veía rocosa o irregular en la imagen de satélite. Y deberíamos llevar algunos suministros.

Intercambiaron breves miradas y luego se volvieron para estudiar las sombras entre los edificios. Ágata supo de inmediato que Pano habría preferido separarse para ahorrar tiempo y agradeció que rechazara la idea. Tenía que admitirse a sí misma que no quería estar sola en este lugar ni por un segundo, pero no podía admitirlo ante él. Hasta ahora, estar sola era lo único que había deseado. Pero en este momento, se preguntaba cómo habría resultado todo esto si se hubiera mantenido firme con Miller y se hubiera hecho cargo de este caso sola.

Ahora se movían sigilosamente entre un sistema de tratamiento de agua y un largo edificio lleno de talleres. Con sus linternas sobre sus armas, se aseguraron de iluminar cada rincón oscuro a lo largo de su camino.

Si hubiera estado viendo esto como una persona externa, se habría llamado a sí misma loca, con un arma en la mano, cazando sombras aquí en el mismísimo fin de la Tierra. Pero ella no era una persona externa.

—Estaban delante del hangar, ¿verdad? —susurró Pano.

—Sí —susurró ella, sus palabras eran tragadas por el silencio que lo abarcaba todo. De repente, cada respiración parecía tan fuerte como el repique de una campana de iglesia.

—Podemos pasar por el avión. Debe haber algunas raciones a bordo.

—Buena idea.

Agachándose detrás de un pequeño edificio que contenía viviendas, giraron hacia el ancho camino de grava, que después de unos cien metros hacía la transición a la pista. Asomándose en la oscuridad frente a ellos estaba la silueta ligeramente menos oscura de la montaña de aspecto triangular, amenazante y poderosa, y a su izquierda su transporte militar con las luces de cabina proyectando un largo corredor de luz amarilla sobre la pista.

Habría sido una vista atractiva si no hubiera sabido que los dos pilotos estaban allí, en un misterioso estado de coma para el que no tenía explicación. ¿Y dónde estaba el sargento Eversman?

Al llegar a la pista, aceleraron el paso. Necesitó toda la fuerza de voluntad para no dejar que la adrenalina se apoderara de ella. No podía evitar la desagradable sensación de que estaba siendo observada y seguida. Era como si la oscuridad tuviera ojos, siguiendo cada uno de sus pasos desde mil ángulos.

Cuando sus botas tocaron la rampa, Ágata se volvió y barrió el área iluminada detrás del avión con su linterna y su pistola. Nada.

Juntos, ella y Pano, registraron los compartimentos en las paredes.

Pano tenía razón, había unos veinte paquetes de raciones de campo, etiquetados como "MARINA DE LOS ESTADOS UNIDOS". Los metieron en la caja en la que Eversman había traído sus trajes de nieve, manteniendo un completo silencio, enmascarados por el ruido de las hélices que continuaban girando en círculos lúgubres.

—Deberíamos revisar a los pilotos una vez más —sugirió mientras estaban en la rampa, listos para abandonar el avión nuevamente. Dejaron la caja en el suelo, se dieron la vuelta y entraron juntos en la cabina. Ambos pilotos seguían allí, en un sueño profundo y pesado. Simplemente no podían ser despertados.

—No eras por casualidad un médico, ¿verdad?

—Peor. Un abogado —se rio Pano, pero sus ojos y boca traicionaron la tensión que también lo estaba afectando.

—Está bien, entonces, vamos. El pulso es estable y fuerte para ambos, por lo que no parecen estar en peligro grave.

—Y de todos modos no podemos hacer nada por ellos —coincidió Pano.

Después de un momento de silencio, dieron media vuelta y volvieron a salir. Cuando llegaron a la rampa, doblaron las rodillas para levantar la caja con los alimentos y luego se dirigieron hacia el lado opuesto de la pista donde estaban los dos aerodeslizadores.

—¿Qué crees que pasó aquí? —preguntó Pano tan pronto como salieron del haz de luz proveniente de su avión.

—No tengo ni idea —confesó y la admisión provocó un escalofrío en su espalda.

—Eso no te sucede muy a menudo, ¿verdad?

Al principio, Ágata pensó que se trataba de otra de sus observaciones mordaces, pero en su rostro no vio más que preocupación.

—No. Soy una experta en terrorismo internacional, no en Expediente X. Esto de aquí es... joder, simplemente no está bien.

—Yo también lo siento —asintió Pano con voz ronca, mirando a izquierda y derecha en la oscuridad a ambos lados de los estrechos conos de luz que emanaban de sus linternas—. Todo aquí se siente... extraño.

—Mentiría si dijera que no quiero salir de aquí lo antes posible.

—¿Estás segura de que esta área en la imagen satelital es la mejor opción?

—Ya no estoy segura de nada, no desde que llegamos aquí —respondió con gravedad.

Seguidos por la oscuridad opresiva y un silencio que solo se rompía ocasionalmente por el suave murmullo de las olas provenientes del puerto, se apresuraron a cruzar la pista con la caja hasta que al fin los dos aerodeslizadores aparecieron a la luz de sus linternas. Mientras

pasaban, las sombras que proyectaban sobre la puerta cerrada del hangar detrás de ellos bailaban al ritmo de sus pasos, como delgados insectos. Luego se hincharon, se elevaron y salieron disparadas para ocultarse detrás de los vehículos bulbosos con sus conjuntos de sensores de aspecto frágil.

Ágata señaló el de la izquierda y depositaron la caja allí. Luego, Pano se apresuró a llegar a la puerta del conductor que, como todas las demás puertas en McMurdo, estaba abierta.

—¿Qué indica la batería? —gritó tan fuerte como se atrevió, explorando el sitio con su linterna, la cual atravesaba la oscuridad como un faro.

—Ochenta por ciento —fue la respuesta desde adentro.

Miró por encima del hombro mientras Pano activaba la serie de reflectores sobre el estrecho parabrisas, y la mitad del asfalto se bañó de inmediato en una frenética ráfaga de fotones.

—Voy a mirar el hangar para ver si hay baterías adicionales que podamos... —comenzaba a decir, pero apenas se movió para circunnavegar el aerodeslizador, se interrumpió.

Allí, a menos de dos metros de ella, estaba el sargento Eversman, con una mirada vacía en el rostro y su rifle de asalto apuntando al suelo. Ágata se detuvo en seco como si quedara clavada en el suelo y observó al soldado. A la luz de su linterna, su rostro parecía una máscara de cera brillante.

—¿Sargento? —dijo ella, con voz cautelosa y expresión escéptica. —¿Dónde estabas? ¿Está todo bien?

Eversman la miró un momento con esa expresión vacía, hasta que pareció caérsele un velo y asintió.

—Sí, señora. Yo...

Miró a su alrededor, mordiéndose los labios, que estaban agrietados por la exposición.

—No sé qué está pasando aquí. Estaba parado en la rampa y luego, de repente, estaba en uno de los edificios. Cuando volví al avión, encontré a Lockwell y Marks dormidos.

—¿Lockwell y Marks? ¿Los dos pilotos?

—Sí, señora. No pude despertar a ninguno de ellos. Créame, lo intenté. Luego traté de hacer contacto por satélite, pero solo recibí un mensaje de error. Y no parece haber nadie en el rango de radio.

Seguían parados a la misma distancia el uno del otro, apenas a dos metros de separación. No se habían movido, y permanecieron donde estaban incluso cuando Pano salió por la puerta que estaba arriba de ellos.

—Bueno, entonces, ¿dónde estabas? —preguntó Ágata.

—Eversman —dijo Pano, sorprendido.

—Hola, Capitano. Qué encontraros a ambos aquí. Empezaba a

pensar que yo... que yo...

—¿Que estabas solo? —terminó Pano por él—. Nosotros también, amigo mío. Me alegra verte.

—Gracias. ¿Alguna idea de qué carajo está pasando aquí?

—Aquí no queda nadie —dijo Ágata, señalando con la cabeza las luces de la estación a su derecha—. Parece que todos estuvieron aquí en un instante, y desaparecieron al siguiente.

—O huyeron —agregó Pano.

—O tal vez huyeron. Pero, ¿a dónde se fueron todos? El barco sigue amarrado en el embarcadero y no había aviones aquí. Y la pista de aterrizaje es demasiado pequeña para un avión que pudiera transportar a tanta gente. Y ahí afuera —dijo ella, señalando hacia la oscuridad al otro lado de la pista—, no hay nada.

—Al menos nada a poca distancia —coincidió Pano.

—¡Tienen que estar en alguna parte! —La voz de Eversman se volvió penetrante y contundente, lo que sorprendió a Ágata. En Namibia y durante su vuelo, se había presentado ante ella más como un soldado casual; simplemente hacía un trabajo y seguía órdenes. Pero ahora, de repente, sonaba no solo comprometido, sino insistente. Su tono de voz le recordó a Miller cuando comenzaba uno de sus infames interrogatorios de empleados que estaban bajo la protección de uno de sus rivales políticos.

Probablemente como yo; cuando pierdes seis horas de vida, algo cambia en ti, pensó sombríamente.

—Eso es lo que vamos a tratar de averiguar —respondió evasivamente, e intercambió una mirada rápida con Pano.

Este levantó las cejas levemente, aparentemente tratando de decirle sin palabras, “Eres demasiado paranoica”, mientras ella intentaba señalarle que no deberían confiar en este hombre ni en nadie.

Sin embargo, al final, supo que probablemente tenía razón, y asintió con un suspiro. En cualquier caso, no estaban dispuestos a dejar solo a un soldado estadounidense, y aunque no fuera estadounidense, no podían abandonar a nadie. No en este lugar. Ni a su peor enemigo le haría eso.

—Puede que tengamos una pista. Solo necesitamos encontrar una batería de repuesto para que el aerodeslizador nos lleve allí —explicó, señalando primero el hangar detrás de Eversman y luego a Pano.

—De acuerdo —dijo Eversman, y pareció tranquilizarse—. Os ayudaré. Y una vez que encontremos a todas esas personas, es posible que puedan decirnos por qué diablos Lockwell y Marks están en coma y nuestro enlace satelital no funciona.

—¿Puedes al menos apagar los motores? —le preguntó Ágata—. Si siguen funcionando, no tendremos suficiente combustible para

regresar.

Eversman hizo una pausa y luego asintió lentamente.

—Sí, puedo hacerlo. ¿Cuánto tiempo hace falta para... llegar a donde dijiste que íbamos?

—Es difícil saberlo. Son unos doscientos kilómetros —respondió Pano—. Básicamente no tenemos carga, así que calculo un par de días, si nos turnamos para conducir.

—¿Esa cosa no tiene piloto automático? —preguntó el sargento.

—Bueno, no creo que haya ninguna señal GPS aquí, y ciertamente no hay mapas de calles para esta área en el sistema.

—Entendido. Voy a ocuparme del avión. No os vayáis sin mí, ¿de acuerdo? —dijo Eversman, y una breve expresión de miedo cruzó el rostro del soldado.

La pregunta entristeció un poco a Ágata, porque aún se sentía un poco culpable por lo que había estado pensando hace un momento.

—Por supuesto que no —le aseguró ella—. De todos modos, tenemos que conseguir esas baterías de repuesto si vamos a cubrir esa distancia.

—¡Entendido! —Eversman asintió, se puso las gafas de esquí y la máscara y salió corriendo por la pista.

—¿De dónde vino? —preguntó Pano mientras observaban la luz del arma del sargento mientras se alejaba.

—No lo sé. De repente estaba parado allí. Probablemente nos vio cuando salimos del avión —dijo Ágata—. Para ser honesta, me alegro de que al menos apareciera. Creo que tal vez lo vi antes, cuando estaba mirando por las ventanas del centro de control. Creí ver a alguien en el barco.

—Además, puede manejar un arma, y eso me da un poco más de tranquilidad.

A pesar de decir esto, Pano parecía preocupado, sus ojos recorrían la oscuridad que asaltaba su pequeña isla de iluminación.

—Voy a buscar esas baterías —dijo ella. Cuando trató de seguirla, ella negó con la cabeza—. Es mejor si te quedas aquí y empiezas a familiarizarte con los controles y todo. Sin duda, tendremos que resolver la mayor parte sobre la marcha, pero un poco de ventaja no nos iría mal.

Dicho esto, Ágata corrió hacia la pequeña puerta lateral del hangar y la levantó. En el interior había un pequeño interruptor de luz al lado de la puerta. Lo activó antes de dar un solo paso más. Era como si hubiera desarrollado un miedo patológico a la oscuridad en las últimas horas, algo que no habría creído ayer. De hecho, probablemente se habría burlado de la idea. Pero algo en este lugar, con su absoluta oscuridad más allá de los límites de cualquier fuente de luz humana, la sacudió profundamente. Podría haber sido el hecho

de que todas las personas aquí habían desaparecido sin dejar rastro, o tal vez solo necesitó volar hasta el fin del mundo para descubrir que tenía un lado vulnerable que era irracional y asustadizo.

Cuando lo irracional se convierte en parte de lo racional, ¿alguien actuaría de manera diferente? se preguntó a sí misma, mirando el hangar mientras un tubo LED tras otro se encendían en el techo. Prácticamente no había lugar bajo su luz fría para que una sombra se escondiera entre los dos aerodeslizadores de aspecto solitario, que aún estaban conectados a sus cables de carga.

La sobrecarga podría potencialmente destruir las baterías, entonces, ¿por qué tenían tanta prisa por salir de aquí que dejaron los cables conectados? También había otra pequeña área de trabajo con escritorios y ordenadores anexada al resto del edificio. Había ocho centrales eléctricas, cuatro cables de carga se extendían desde cada una de ellas como los tentáculos de una especie de pulpo cibernético. En los escritorios encontró sándwiches a medio comer, barras de soja sin envolver y tazas de café a medio terminar, como en los otros edificios.

—Bien, bien, baterías de repuesto, baterías de repuesto —murmuró Ágata, y se apresuró hacia los estantes grises de almacenamiento en la parte trasera del hangar, que tenía docenas de cajas apiladas sobre ellos. Cada una estaba marcada en el frente con una tira de cinta adhesiva con el contenido escrito con marcador negro.

—Herramientas, pegamento, cinta, cables, bridas para cables, linternas, relés... —leyó las etiquetas en voz alta mientras avanzaba, y luego—, Ajá. Bingo. Baterías móviles.

Tiró de una de las tres cajas etiquetadas con esa descripción y casi se cae cuando saltó del estante, la golpeó en el pecho y se estrelló en el suelo.

Refunfuñando, se enderezó y revisó la pesada caja de plástico duro, en busca de señales de daños, pero no vio ninguno. Quitó la tapa y miró dentro.

Dos baterías recargables, cada una del tamaño de un niño pequeño, colocadas allí, en un moldeado de espuma que se ajustaba a la forma. Eran blancas y no tenían botones ni etiquetas, solo un conector en un lado.

—Se ven en perfecto estado.

Volvió a colocar la tapa y la cerró con un simple mecanismo, y luego arrastró la caja, arrastrándola por una de las manijas hasta que llegó a la puerta. Se colocó detrás de la caja, la empujó el resto del camino hacia el aerodeslizador, antes de correr de regreso al hangar y regresar con la caja marcada como “Cables”.

Con la ayuda de Pano, arrastró ambas cajas a la cabina del conductor, donde había un asiento para el conductor y otro para el

pasajero, y un banco detrás de ellos. Todo en la cabina estaba atestado. El techo era bajo y parecía sólido, las ventanas eran diminutas, no más grandes que la ventana de un asiento de avión comercial, y prácticamente no había espacio para las piernas. Era un vehículo que había sido construido con un propósito, y la comodidad no formaba parte de él.

Justo encima del pequeño parabrisas, que recordaba a la ventanilla de un tanque blindado, había unos cuantos botones parpadeantes de varios colores del arcoíris, y frente al asiento del conductor había una palanca de dirección, nada más que dos manijas que sobresalían de cada lado de una armadura.

—¿Serás capaz de conducir esta cosa? —le preguntó a Pano con escepticismo.

—Me las arreglaré. He conducido un Caterpillar en los Alpes un par de veces. ¿Habrá mucha diferencia?

—Bueno, para empezar, los Caterpillar se mueven sobre orugas y esta cosa se mueve sobre un colchón de aire —respondió con sarcasmo.

—Será pan comido. Aunque hay algo que me preocupa —dijo Ágata con el ceño fruncido. Señaló a través del parabrisas delantero a una figura solitaria que corría hacia la luz de sus faros—. Ha regresado.

Un momento después, Eversman trepaba la corta escalera del lado del pasajero. Arrojó tres carabinas en el asiento trasero.

—Nunca se sabe —dijo, cuando ambos le lanzaron una mirada de soslayo.

Probablemente tenía razón. Ágata se sintió mucho más tranquila con un poco de potencia de fuego para el viaje, aunque lo que más le preocupaba, el terror que acechaba en la oscuridad, no podía combatirse con armas.

No podía evitar la sensación de que había algo ahí fuera esperándola, y que estaba a punto de arrepentirse de haber dejado el único lugar en la Antártida donde podían esconderse y sobrevivir por un tiempo, o al menos tenían una posibilidad remota de contactar con el mundo exterior. Y aquí había un avión además de un barco, aunque ninguno de los presentes podía pilotar ninguno de los dos.

De repente recordó algo. McMurdo no era lo único que había en la Antártida. Antes de que el cambio climático se volviera dramático, a partir de 2020, cuando cada nuevo impacto parecía desencadenar otro, más significativo y más rápido en una especie de efecto dominó, docenas de naciones habían instalado estaciones de investigación en el continente, por lo que recordaba. ¿Quizás la tripulación de la Fundación Humana se había mudado, o había huido, a una de ellas? Pero si ese fuera el caso, ninguna estaba en las inmediaciones y no

tenía sentido dejar todo tirado por aquí, definitivamente no el vehículo, para tratar de llegar a una de ellas.

—Muy bien —dijo Pano después de una pausa, y accionó dos palancas en el banco de interruptores sobre su cabeza antes de presionar el botón INICIO. La cabina se llenó instantáneamente con una sorprendente cantidad de ruido para un vehículo eléctrico. A continuación, Pano movió la palanca que estaba entre él y el asiento del pasajero, donde estaba sentada Ágata, a la posición intermedia, y comenzaron a deslizarse sobre el colchón de aire a través de la pista, en dirección norte.

Eversman, en el banco detrás de ellos, se inclinó hacia adelante entre ambos y miró a través del parabrisas delantero como si estuviera hechizado, observando el área de luz cónica que los faros arrojaban en la oscuridad. Para Ágata, parecía una ola de proa reluciente mientras navegaban hacia un mar de color negro puro.

La pista estaba en el extremo norte de la base, por lo que flotaron directamente desde las losas de hormigón hasta el terreno rocoso, que día les había parecido muy árido y frío, pero que ahora parecía tan incoloro como un paisaje lunar.

Pano había introducido los datos satelitales del centro de control en el ordenador de a bordo y ahora estaba siguiendo las coordenadas en una cuadrícula de navegación superpuesta en el mapa integrado que se mostraba en una amplia pantalla en el panel frontal. Su objetivo, en las profundidades de la Antártida, parecía tan lejano que Ágata no podía creer que alguna vez lo pudieran alcanzar.

El viaje fue monótono durante las primeras dos horas y los tres miraban en silencio al frente, a los interminables, homogéneos e inmutables cientos de metros de terreno antártico que tenían justo enfrente.

De repente, Ágata notó algo.

—¡Detente! —gritó, tan fuerte que Pano dio un respingo.

—¿Qué pasa? —dijo, asustado.

—¿Ves eso?

Señaló delante de ellos después de que él detuviera el aerodeslizador. A apenas veinte metros por delante había un objeto alargado y brillante en su camino.

—Sí.

—¿Qué... qué está pasando...? —murmuró Eversman en un estado de estupor soñoliento, mientras se enderezaba en el banco. Aparentemente se había quedado dormido.

—Hay algo ahí. O alguien —le dijo Ágata, cogiendo su arma. Revisó la cámara y abrió la puerta del lado del pasajero.

—No estoy seguro de que esto sea...

El resto de las palabras de Pano se perdieron cuando cerró la

puerta detrás de ella.

Bajó con cuidado la escalera y rodeó el corto morro del vehículo, manteniendo las luces delanteras en su espalda para no quedar ciega. Pano apareció junto a ella, con la pistola en la mano. Nervioso, miró la oscuridad a izquierda y derecha y se apretó la capucha alrededor de la cara. Allí, al aire libre, el viento era mucho más fuerte y golpeaba implacablemente contra sus ropas.

Después de intercambiar una mirada rápida y un asentimiento, se acercaron lentamente a la figura que yacía en el suelo frente a ellos. Cuando se acercaron, vieron que tenía brazos y piernas. La ropa azul pálido que pudieron identificar, posiblemente una chaqueta de plumas, despejó cualquier duda de que se trataba de un ser humano.

Por un último y tenso momento, miraron alrededor en la oscuridad y luego recorrieron los últimos metros hasta la figura en el suelo.

Pano, con el arma en alto, cubría la escena, mientras Ágata se arrodillaba y, con un brazo extendido, volteaba el cuerpo.

Estaba mirando el rostro congelado de una mujer joven, de unos treinta años, su piel azulada y pálida estaba cubierta con una fina capa de cristales de hielo. Sus ojos probablemente habían sido oscuros en vida, pero ahora estaban pálidos. Ágata no pudo ver señales de heridas tras una rápida inspección del cuerpo.

—Congelada —determinó, mirando hacia la pared de oscuridad más allá de los faros. Con un movimiento rápido de la mano, bajó el cuello de la chaqueta de la desafortunada mujer y se la mostró a Pano. En el interior, la palabra “McMurdo” era claramente visible.

—Esta mierda se vuelve cada vez más rara —gruñó, y nerviosamente se mordió el labio inferior agrietado y congelado.

—Sí. ¿Por qué abandonó McMurdo para morir congelada aquí?

—No lo sé.

—Eh, ¿agentes? —escucharon a Eversman gritar detrás de ellos. El soldado estaba parado en la puerta abierta del pasajero y agitaba la mano desde su posición. Cuando lo miraron, señaló hacia la izquierda e iluminó el suelo con su linterna. Donde aterrizó el rayo de luz, vieron otro cuerpo. Luego pasó a otro, y luego a otro. Había docenas.

—Dios... mío. —Pano tosió, se atragantó y se santiguó.

—No creo que tu Dios venga mucho por aquí —dijo Ágata con gravedad. Se levantó, irguió los hombros y, luchando contra todos sus instintos, se adentró en la oscuridad hacia donde brillaba la linterna de Eversman.

Los otros cadáveres que examinó estaban, por lo que podía ver, en el mismo estado, congelados hasta morir o colapsados por el agotamiento. Al regresar al vehículo, nuevamente tuvo la desagradable sensación de que la oscuridad la seguía, como si tuviera ojos. Reprimió el impulso de huir presa del pánico y se obligó a

regresar a la escalera sin mostrar ningún signo de terror.

—Vamos —dijo cuando regresó al asiento del pasajero y respiró hondo.

Durante las siguientes dos horas encontraron dos cuerpos más que también examinaron, pero no había nada inusual en ellos, aparte del hecho de que, al igual que el resto, aparentemente se habían escapado sin tener en cuenta sus vidas, para morir congelados en el lugar más remoto de la tierra.

Ni ella ni Pano hablaron al respescto, por lo que el viaje transcurrió mayormente en silencio. Después de todo, ¿qué había que decir? Cualquier mirada preocupada, cualquier expresión de confusión sobre lo que habían visto aquí, habría sido redundante y solo habría empeorado las cosas.

Después de un rato, Eversman volvió a dormirse y, finalmente, Pano estaba tan cansado que también se quedó dormido, Ágata tuvo que sacudirlo para despertarlo.

—Yo me encargo —dijo, en un tono de voz que no dejaba lugar a discusión.

—Estoy bien —respondió él—. Es solo que este viaje resulta increíblemente monótono, mirar el mismo terreno frente a nosotros, sin cambiar nunca.

—Y, sin embargo, a menos que estemos completamente concentrados, podríamos encontrar un obstáculo que rompería nuestro colchón de aire. Podría suceder en cualquier momento —dijo, y le indicó que iba a sustituirle.

Pano suspiró, y cedió al fin. Movió la palanca para reducir la velocidad para que ella pudiera cambiar de lugar con él.

Ágata se aseguró al asiento del conductor, miró a Eversman, que parecía estar dormido, y volvió a poner el aerodeslizador en marcha.

Después de otra hora, el terreno frente a sus faros cambió, volviéndose cada vez más helado, hasta que finalmente estaban viajando sobre nieve y hielo de un blanco puro. En el espejo retrovisor podía ver una nube roja de cristales de hielo arremolinándose, levantada por su paso.

—Oh, vaya —exclamó Pano somnoliento, bostezando y estirándose mientras se frotaba los ojos—. Llegamos a la línea de nieve.

—Sí, eso significa que estamos haciendo un buen progreso.

—¿Te imaginas cuánto tiempo les tomó a Jackson y a los estudiantes llegar hasta aquí, en 2018, con vehículos oruga, cuando todo el camino estaba cubierto de hielo? —preguntó, bostezando tan fuerte que su mandíbula se desencajó.

—Bueno, estoy bastante segura de que el camino que tomaron en ese entonces no estaba pavimentado con los cuerpos de investigadores suicidas.

—Ojalá hubiéramos pedido, al menos, refuerzos —suspiró Pano, y su rostro se puso triste cuando se volvió para verla.

Ella lo miró.

—¿Qué pasa?

—Yo... oh, no es nada.

—¡Dime! Me mantendrá despierta —insistió Ágata, comprobando el nivel de la batería. Aún mostraba cuarenta y cinco por ciento.

—Bueno... Hoy es el cumpleaños de mi hermana. Tiene cáncer en estadio 4. Probablemente sea el último cumpleaños que podría haber pasado con ella...

Pano se quedó en silencio por un momento, mirándose las manos. Luego añadió, en un susurro:

—Debía pasarlo con ella.

Ágata no sabía qué decir, porque nunca sabía qué decir en este tipo de situaciones. Solía pensar que lo sabía, pero siempre se equivocaba porque las convenciones sociales generalmente no permitían sus argumentos pragmáticos y con visión de futuro.

—¿Recuerdas cuando se me ocurrió un análisis de tus antecedentes? ¿Tenía razón?

—¿Eh?

—En la sala de conferencias del CTD —dijo.

—Oh. Bueno, no estabas tan equivocada como me gustaría desear, digámoslo de esa manera —respondió, y miró a lo lejos. Después de un momento, continuó—: Cuando tenía seis años, mi padre intentó arrojar a mi madre por la ventana de nuestro apartamento. En el décimo piso. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque habían estado peleando, y él la golpeó con tanto ímpetu que su cabeza chocó contra el marco de una puerta tan fuerte que sufrió una conmoción cerebral. Ya había estado en la cárcel una vez y no quería volver por nada, así que pensó en lanzarla por la ventana y decir que era un suicidio. —Pano resopló y negó con la cabeza—. Nunca se puede saber lo que sucede en la mente de un alcohólico.

—Eso es... Lo siento —dijo, y él le dirigió una mirada de soslayo que ella no correspondió. Siguió mirando por el parabrisas, examinando la interminable extensión de blanco delante de ellos.

—Lo detuve. Lo detuve gritando tan fuerte que los vecinos se asustaron, y la policía llegó antes de que pudiera hacerlo. Toda mi vida me he dicho a mí mismo que salvé a mi madre, pero creo que la verdad es que él estaba demasiado borracho para hacerlo.

Ágata vio que su compañero se llevaba una mano a la sien, del lado que estaba frente a ella, y se apartaba el pelo rizado para que ella pudiera ver una cicatriz abultada que le iba desde la oreja hasta la frente.

—Este es mi recuerdo de ese día. Lo tengo porque salté frente a mi hermana, cuando él pensó que era ella la que gritaba.

—¿Qué fue de él?

—¿Mi padre? Volvió a prisión.

—Y decidiste estudiar derecho, porque creíste que su sentencia no era lo suficientemente severa, ¿verdad? —supuso Ágata.

Pano asintió.

—Sí. Y después de eso me uní a la fuerza policial, porque aprendí que ahí es donde tenía más posibilidades de arreglar eso.

—¿Cómo terminaste en antiterrorismo?

—No tuve elección. Me pusieron allí, hace cuatro años. Y me dijeron que después de seis años podría elegir el puesto que quisiera.

—Bueno, me alegro de que te hayan puesto allí —dijo Ágata, sorprendida por sus propias palabras.

Pano no respondió al principio, solo la miró por un momento.

—Gracias —dijo al fin, e hizo lo correcto, sin avergonzarla diciendo nada más—. Y, ¿cuál es tu historia? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿qué tal si me cuentas cómo creciste? Si somos las únicas personas en este continente y estamos conduciendo a través de un mar de oscuridad sin fin, me gustaría saber a quién le estoy confiando mi vida cuando todo se vaya a la mierda —dijo.

—Crecí en un orfanato en Maine. Mis padres me dieron en adopción cuando tenía un año. Supongo que nadie me quería —le dijo.

Los ojos de Pano se abrieron desmesuradamente y pareció realmente sorprendido.

—¡Dios mío! No creí que lo tuvieras peor que yo. Lo lamento.

—No te preocupes. —Ella hizo un gesto desdeñoso—. Me acostumbré a que no me quisieran y me reconcilié con el hecho de que todos mis pensamientos al respecto eran solo eso: pensamientos. No tenía forma de saber cuál era la situación de mis padres. ¿Estaban en problemas? ¿Tuvieron que mantener mi nacimiento en secreto por los problemas que les habría causado? Pasar las noches en un dormitorio con otros veinte niños, mirando al techo y repasando por todos los medios que ser rechazado por tus propios padres es traumático, no hace nada más que angustiarte y cansarte de la vida.

»Luego llegó una noche en la que estaba despierta en ese dormitorio y me pregunté: "¿Qué es lo que realmente sé con certeza? ¿Qué es verdaderamente real y qué es solo ficción?" Lo real era que vivía en una gran casa, con otros niños, siempre tenía compañeros de juego a mi alrededor y probablemente tenía más contacto con niños de mi edad que los llamados niños normales en el exterior. Si lo piensas bien, tenía docenas de hermanos y hermanas y muchas

madres, todos cuidándome.

»Los cuidadores de nuestro orfanato se ocupaban de todas nuestras necesidades. Un pastor de Indonesia y su esposa dirigían el lugar. Fueron muy cálidos y amorosos. Claro, eran estrictos y conservadores con cosas como la televisión, lo que comíamos y las estupideces que hacíamos. Pero la verdad del asunto fue que me cuidaron, me amaron, tal vez no de la manera en que los padres verdaderos me hubieran amado, pero fue real, y nunca pasé hambre.

»La ficción era la historia que había creado en mi cabeza sobre unos padres que no me querían. No sabía nada de ellos, y nunca descubriría nada, así que, ¿por qué estaba dejando que los pensamientos sobre ellos dieran vueltas y vueltas en mi cabeza? En esa noche, algo cambió en mí y automáticamente comencé a cuestionar cada pensamiento. Me preguntaría a mí misma, ¿Qué acaba de suceder? ¿Qué imaginé que sucedió? ¿Y qué era un hecho real que podía ver y juzgar objetivamente? Pensé en un pájaro.

—¿Un pájaro?

—Sí, un pájaro. Aquí, mira. —Ágata extendió su brazo derecho hacia él—. Súbeme la manga.

Pano hizo lo que le dijo. En el interior de la parte superior de su brazo vio un tatuaje, una simple imagen de un gorrión posado en una rama.

—Mmm. Debo decir que no te entiendo.

—Un pájaro posado en una rama no se pregunta a sí mismo: ¿Cómo sé si esta rama sigue siendo adecuada para mí? ¿Debo volar lejos? ¿Hay alguna otra rama por ahí mejor que esta? ¿Qué pasa si aterrizo en otra y no puede sostenerme y se rompe? En ese caso, ¿qué dirán todos los demás pájaros sobre mí?

Pano rio.

—¿Ves? —espetó Ágata, riéndose y señalando al hombre que estaba sentado a su lado—. Crees que es absurdo que un pájaro esté pensando cosas como esta, ¿no? ¿Sabes por qué? ¡Porque es absurdo! Pero si el pájaro tuviera lo que llamamos sentido común, ¡estaría pensando todas esas cosas! Pero un pájaro no piensa. Simplemente hace lo que hay que hacer. Lo que ve frente a él. Ve el mundo y actúa en armonía con lo que es. Cuando me di cuenta de eso, decidí ser un pájaro. Para el resto de mi vida.

—Entonces, después de todo, no eres un robot —dijo Pano, y ella instintivamente examinó su rostro en busca de signos de sarcasmo, pero no encontró ninguno—. Eres iluminada.

—No, solo soy alguien que se dio cuenta de que el sufrimiento psicológico requiere dos cosas: renunciar al control de los pensamientos y cerrar los ojos al mundo. Todo ese dolor, todo ese estrés, todo lo relacionado con las emociones negativas que van más

allá de las respuestas de defensa físicas normales, son solo tus propias elecciones. De eso estoy convencida.

—Sabes, tengo que admitir que al principio pensé que todo era bastante raro —dijo Pano después de un rato—. Pero cuanto más lo pienso, más sentido tiene.

—Estudié psicología en Harvard, sabes. En algún momento del tercer semestre de psicología clínica, aprendimos que las emociones son una respuesta física y químicamente cuantificable a los pensamientos. Tus emociones medibles siguen a tus pensamientos. ¿No es un descubrimiento increíble? Muchas personas con las que he trabajado a lo largo de los años han asumido que soy una persona emocionalmente fría. Pero no lo soy. Simplemente dejé de permitir que mis pensamientos me controlaran. Prefiero tener el control de mi vida.

»Estoy segura de que encaja en el perfil de algún tipo de neurosis, pero ¿quién no tiene algo de neurosis? Así que también podría admitir que no quiero participar de los juegos emocionales humanos. “Oh, qué bonito vestido llevas hoy, pero en realidad estoy celosa de que tus caderas no se vean tan gordas como las mías”. “Estoy tan feliz por ti porque hoy es tu cumpleaños, solo que me importa una mierda porque es solo un día más para mí” —continuó Ágata, con una voz exageradamente femenina. —No, gracias.

—Bueno, ahora sí quiero llevarte a la cama —dijo Pano secamente, a lo que Ágata respondió con una mirada. Ya no podía ocultar su desprecio, así que ni siquiera lo intentó.

Cuando él solo sonrió y se encogió de hombros, ambos rieron. Era un sonido liberador que salía de sus gargantas, una pequeña victoria contra la oscuridad que descendía ominosamente sobre ellos, y a través de la cual se abrían paso a la escasa luz de su vehículo, a miles de kilómetros del puesto de avanzada más cercano de la humanidad.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio solo estuvo una noche en la enfermería de la Base de la Fuerza Aérea de Cabo Cañaveral. El coronel le había explicado que aparentemente se había golpeado la cabeza contra el asiento delantero, lo que le causó una leve conmoción cerebral. Le habían quitado los fragmentos de vidrio de los antebrazos y la mejilla derecha y las heridas habían sido selladas con plastigel. Putram y Tatyana estaban en la misma habitación que ella, pero no hablaban mucho, ya que ambos estaban en coma inducido. Hue también fue colocada en la habitación, pero pasó las primeras horas después del incidente en radiología y luego en cirugía.

Filio fue trasladada de regreso al centro de entrenamiento en Nevada a la mañana siguiente porque la Fuerza Aérea quería sacar a todos los civiles de la base para darle al CTD de Seguridad Nacional el mayor espacio posible para su investigación.

Un pequeño avión privado la transportó a ella y a una veintena más, todos, personal de la NASA y la ESA. Durante el vuelo, vio todas las noticias en un par de gafas RA. El ataque terrorista contra el proyecto titánico de la humanidad era lo único de lo que se hablaba en todas las estaciones, en todas partes: el proyecto de Filio, *Mars Two*. Imágenes del cohete explotando, de piezas volando en todas direcciones, de soldados disparándose unos a otros, y el caos absoluto en Cabo Cañaveral se mostraban una y otra vez, desde todos los ángulos. Los expertos analizaban la táctica de utilizar más de 6.000 mini-drones para desbordar las defensas militares. Era una forma de terrorismo completamente nueva, una que nadie esperaba. Una reminiscencia de los kamikazes de Japón en la Segunda Guerra Mundial, cuando los propios aviones se utilizaron como armas ofensivas por primera vez, y el ataque terrorista a las Torres Gemelas en la ciudad de Nueva York el 11 de septiembre de 2001. Antes de 1944, nadie había considerado el concepto kamikaze. Hasta entonces, nadie lo creía factible.

Ahora, la misión era historia. Ciento catorce muertos, y el mundo en caos.

Poco después de que ocurriera, un video comenzó a circular en las noticias, mostrando nada menos que al cazador de tesoros perdido hace mucho tiempo, Workai Dalam, visiblemente envejecido, reivindicando la responsabilidad del ataque.

—Me criticaréis a mí y a mis hermanos, los Hijos de Terra, pero llegará el día en que me agradeceréis por evitar que la humanidad cometa un grave error. ¡No podemos dejar este planeta, porque eso es lo que El Enemigo quiere! ¡Mientras nos clavamos en nuestras pantallas y nuestros dispositivos RA, paralizados por los milagros del espíritu humano de la invención, estamos demasiado ciegos para ver que El Enemigo es el que dirige todos nuestros destinos! —Había proclamado Dalam en el video, de pie frente a la bandera de los Hijos de Terra—. ¡Vuestros gobiernos son juguetes en sus manos, vuestros representantes electos no son más que marionetas en su espectáculo de títeres que concluye con la extinción de la raza humana! Hoy, muchos hermanos y hermanas valientes ofrendaron sus vidas, miembros del ejército de los Estados Unidos que apoyaron nuestra lucha por la humanidad y que se vieron obligados a enfrentarse a sus camaradas por la causa. Su sacrificio no será olvidado. Nunca debemos renunciar a la resistencia. Contra El Enemigo. Por Terra, porque no somos los gobernantes de este planeta.

Al escuchar a este hombre, que había sido idolatrado en todos los barcos chatarreros, un ícono literal de los chatarreros en todas partes, Filio estaba demasiado confundida para estar sorprendida. La idea de que él era el autor intelectual de la organización terrorista más peligrosa del mundo era tan absurda que convencerse de que se había vuelto loca era más fácil que creer que esto estaba sucediendo.

Más tarde, durante el vuelo, las noticias comenzaron a informar sobre operaciones militares en curso en todo el mundo, desmantelando campamentos de entrenamiento y escondites sospechosos de terroristas. Pero Filio sabía lo poco que eso lograría. Cuando el público había visto su sueño convertirse en fuego y humo ante sus ojos, en vivo y en ultra alta definición, los poderes fácticos tuvieron que recurrir a una acción decisiva para tranquilizar a un mundo asustado e inseguro. Así era como funcionaban las cosas. En realidad, era casi seguro que los terroristas estaban preparados para esta respuesta.

Aun así, se cerraron aeropuertos, se intensificaron los controles fronterizos y se llevaron a cabo redadas con impunidad, en todo el mundo, y así seguiría siendo durante mucho tiempo. Todos los portavoces de todas las agencias de seguridad del mundo prometieron localizar y neutralizar a los Hijos de Terra y mostrar los resultados en el momento adecuado. Eso significaba, en pocas palabras, “No tenemos ni idea de lo que debemos hacer exactamente, pero estamos trabajando en una estrategia”.

En cierto punto, Filio había escuchado suficiente y se quitó las gafas RA de la cabeza, arrojándolas al asiento de al lado con frustración. Se frotó los ojos somnolientos. Sus párpados estaban

pesados y su cabeza se sentía hueca. Deseaba poder llorar, pero después de pasar la noche bañada en lágrimas mientras golpeaba el colchón con frustración, no le quedaban más lágrimas.

Los terroristas, con su fanatismo y tácticas tan simples que nadie esperaba, habían destruido el sueño de toda una generación: construir un futuro en el sistema solar.

Peor aún, significaba esperar al menos dos años más para tener la oportunidad de corregir el desastre del *Mars One*, y la mera idea la desquiciaba. Aún no tenía respuestas sobre por qué sus amigos murieron en 2040. Aún no sabía lo que había sucedido en Marte. Aún no tenía explicación para su amnesia.

Filio había vuelto al punto de partida. La tortura a la que se había sometido, traicionando a sus amigos en el Ocean's Bitch, había sido en vano. Su segunda tripulación, con la que había dado su primer paso tentativo para crear un vínculo, estaba muerta, asesinada a sangre fría ante sus ojos, o gravemente herida. Era un desastre para el que nunca podría haberse preparado. Había estado tan cerca, y luego vio todo arder en llamas.

Unas horas más tarde desembarcó del avión como en trance. En la pista había microbuses esperándola a ella y a los demás pasajeros. Los rostros de las personas de la NASA que los recibieron estaban lívidos. La conmoción de los acontecimientos recientes estaba inscrita en las arrugas de esos rostros que habían aparecido de la noche a la mañana y que probablemente nunca desaparecerían.

El viaje al complejo de entrenamiento transcurrió en silencio, todos estaban completamente absortos en sus pensamientos sombríos. Al salir de los vehículos, caminaron como en una procesión fúnebre hasta el centro de los tres cubos de cemento, donde esperaba la asistente de Jones, Morris, como la última vez que Filio había estado aquí. Pero esta vez sus hombros mostraban su desesperanza, su cabello no tenía ningún estilo y sus ojos estaban rodeados por círculos oscuros.

—Bienvenida de nuevo —dijo con voz tensa, con un cansado asentimiento a Filio.

—Hola —respondió Filio secamente, y se abrió paso hacia el área de recepción. Los demás avanzaron arrastrando los pies y se dirigieron a varios ascensores, aparentemente sabían a dónde ir. Filio se detuvo en medio de la habitación.

¿Y qué camino debía tomar ahora que *Mars Two* ya no existía? ¿Qué dirección la llevaría ahora hacia la meta de llegar a Marte? Ya no veía ningún camino hacia él.

—¿Doctora?

Era Morris. Había aparecido junto a Filio y la miraba con simpatía. La obvia compasión de la mujer sacó a relucir en Filio la tristeza que su rabia y confusión habían reprimido hasta ahora.

—¿Mmm?

—Creo que es mejor si le muestro sus aposentos, ¿de acuerdo?

Filio apartó la mirada de la asistente para no revelar su lucha por mantener la compostura. Después de algunas respiraciones, al fin dijo:

—Me gustaría hablar con Jones. ¿Está aquí?

—Sí, pero ha estado hablando por teléfono todo el día y está a punto de ser recogido por un helicóptero para ir a Los Ángeles —respondió Morris a modo de disculpa—. Lo lamento.

—De todos modos, ¿Podría hacerme el favor de preguntarle si se tomaría el tiempo para verme?

La rubia miró a Filio tratando de descifrar sus intenciones. Suspiró, retrocedió y comenzó a comunicarse con alguien. No pasó mucho tiempo antes de que regresara y asintiera.

—La llevaré con él. Pero tiene que ser breve.

—Por supuesto.

Sintiendo pesadez en sus miembros, Filio se arrastró detrás de la asistente y entró al ascensor, que estaba tan vacío como se sentía ella. El ascensor se detuvo en el décimo piso con un suave "pling" y las puertas se abrieron. Salió sola del ascensor. Morris se despidió y apretó el botón para volver a bajar.

Al llegar a la puerta de la oficina de Jones, Filio llamó dos veces y entró.

Jones estaba sentado detrás de su escritorio y acababa de arrojar su terminal sobre una pila de papeles. Sus ojos estaban rojos, su traje desordenado, y cuando la miró, ella vio que la tranquila compostura que una vez emanaba de él había desaparecido. En vez de eso, se encontró mirando a un hombre quebrantado y envejecido prematuramente, como si acabara de enterarse de que sus nietos habían muerto. Y en cierto modo, lo habían hecho.

—Por favor, siéntate, Filio —dijo, señalando una de las tres sillas disponibles, todas las cuales parecían más funcionales que cómodas.

—Gracias, Señor.

—Estoy encantado de que hayas superado el ataque relativamente ilesa. Me han dicho que algunos de los otros salieron mucho peor... los que sobrevivieron. —El director negó con la cabeza con tristeza—. Es impensable que algo así pueda pasar. En un complejo militar, con todo el mundo observando.

—Sí… fue…

Filio trató de continuar pero no podía respirar, así que solo bajó la mirada al suelo. La sensación de estar indefensa, de estar a merced de los caprichos de un destino despiadado, la conmovió. Pero mientras tuviera algo por lo que luchar, algo por lo que trabajar, aún había esperanza. Y esa esperanza era: *Mars Three*.

Sabía que le llevaría mucho tiempo procesar lo que había

sucedido, pero había algo en lo que aún podía concentrarse. Una vez más, había sobrevivido a un desastre y tenía que verlo como una señal de que no podía darse por vencida. Ya casi se había convencido a sí misma de esto.

—No deberíamos hablar de eso ahora, Filio. Estoy a punto de volar a Los Ángeles. Será mejor si hablamos pasado mañana, cuando esté de vuelta. Jones alcanzó una terminal y estaba a punto de hacer una entrada en ella cuando volvió a mirarla, levantando las cejas como si estuviera sorprendido de que ella siguiera allí.

—¿Hay alguna esperanza de que *Mars Three* sea financiada? —preguntó Filio directamente.

—La verdad no lo sé —admitió Jones, y cruzó las manos sobre la terminal.

Filio tembló ligeramente.

—Al menos el Ministro asume que la comunidad se unirá después de esto —continuó Jones—, porque no querrá que parezca que se están rindiendo ante los terroristas. Solo obtendremos una respuesta a esa pregunta en las próximas semanas y meses. Pero he estado en la política el tiempo suficiente para saber que siempre es así.

—Eso es bueno —suspiró Filio, el temor que la embargaba se aligeró un poco.

—Pero no serás parte de ella —agregó Jones de repente, y Filio sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. No logró emitir ningún sonido, así que solo miró al director hasta que sus ojos se encontraron. No parecía que estuviera bromeando.

—Pero... No entiendo... —balbuceó, atónita.

—El contrato que firmaste —dijo él, invocando un documento en su terminal y girando el dispositivo ultradelgado hacia ella—, dice que estarías en la siguiente misión a Marte. La siguiente misión a Marte fue, en este caso, *Mars Two*. Y ha terminado.

Los labios de Jones parecieron endurecerse como piedra cuando dijo esa última frase.

Filio no sabía cómo responder, así que solo miró al director, sintiendo como si alguien hubiera accionado un interruptor y apagado la totalidad de su energía vital. Débilmente, se hundió en su silla.

—Pero el... Yo... no hay otra forma de llegar a Marte. ¡Tengo que llegar a Marte!

—Bueno, tuviste tu oportunidad. Y puedo garantizarte que para esta misión no se repetirá el truco que hiciste —dijo Jones con calma, y se puso de pie—. Lo siento, pero tengo que irme. Descansa un poco. En unas pocas horas, un conductor te estará esperando para llevarte al aeropuerto de Reno.

El director rodeó el escritorio y le tendió la mano, pero Filio ni siquiera se dio cuenta de que estaba allí. Él esperó un momento y

luego salió por la puerta y la dejó abierta.

Algún tiempo después —Filio ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado—, Morris apareció en la puerta, mirándola con una expresión de lástima.

—¿Doctora? —preguntó gentilmente, antes de entrar lentamente a la oficina y moverse hacia Filio, como si estuviera acercándose a un perro perdido que podría ser agresivo.

—¿Eh?

Filio solo pudo hacer un sonido de desconcierto y levantó la cabeza con una mirada resignada.

Así que eso era todo. Había llegado al punto en que no sabía cómo continuar. No había obstáculo que superar con su fuerza de voluntad y su perseverancia. Solo había un final. Nada más que un final, sin alternativas. Era un vacío en su cabeza lo que la asustaba tanto que la empujó a un lugar al que no quería ir: la autocompasión. No tenía a quién acudir. No tenía familia, ni amigos. Aquí, al final del camino, miró hacia atrás y vio que había sacrificado todo en su vida por sus sueños de Marte. La primera víctima había sido su vida social, que aún existía en algún nivel durante sus estudios, aunque había aceptado un flujo constante de nuevos trabajos en nuevos lugares para llegar a donde se dirigía.

Completamente alienada del mundo, siguió a Morris desde la oficina hacia la vivienda, pero todo el tiempo estuvo negando con la cabeza en silencio. No quería quedarse allí ni un momento más de lo necesario, porque cada centímetro del lugar le recordaba las dos misiones fallidas a Marte en las que había estado.

Finalmente, la asistente la condujo fuera del complejo hacia el sol del desierto de Nevada. Un coche estaba esperando.

—Bueno, este caballero la llevará al aeropuerto —dijo Morris, y sus labios carnosos se fruncieron en un puchero cordial—. Yo... Lo siento mucho.

—Sí, yo también —dijo Filio, y se subió al auto. Ni siquiera había llegado a la valla que rodeaba un amplio radio alrededor del sitio, cuando notó que había olvidado su bolso. Pero no dijo nada. No importaba si traía sus pocas pertenencias con ella o no.

"¿A dónde se supone que debo ir?" pensó. Lo primero que le vino a la mente fue Romain y la tripulación del Ocean's Bitch. Pero Romain había sido muy claro: no quería volver a hablar con ella nunca más.

¿Tomás, Jane y Alberto sentían lo mismo? Ella no les había hablado directamente. Pero no podía imaginar que sintieran otra cosa.

El conductor hizo algunos intentos de romper el opresivo silencio del vehículo eléctrico con una pequeña charla, pero no respondió. En circunstancias normales, odiaba las conversaciones triviales porque no tenían ningún propósito y solo se trataban de cosas irrelevantes, pero

en este caso era principalmente porque estaba perdida en sus pensamientos y registraba las preguntas demasiado tarde.

En 2042, tener un conductor se consideraba una señal de lujo. Desde que los autos se volvieron completamente autónomos, no había ningún propósito en tener un hombre sentado detrás del volante que no fuera mostrarles a todos los demás que el pasajero tenía dinero. Pero para Filio, no era más que una distracción.

Cuando llegaron al aeropuerto de Reno una hora más tarde, salió del coche en silencio y, como si estuviera borracha, atravesó las puertas automáticas de la terminal dando tumbos.

Todos los rostros a su alrededor parecían irreales, como si fueran figuras de una ópera surrealista sin historia ni significado.

Cuando se detuvo para mirar las cortas filas frente a los mostradores de facturación, un pensamiento repentino apareció en su cabeza. La petrificó. “Hubiera sido mejor si me hubieran matado en el ataque”.

No era el pensamiento en sí lo que la impactaba, sino que se adhería a ella como algo pegajoso, y supo que así era como se sentía. Nunca había sentido nada tan doloroso como saber que no tenía adónde ir, ni hogar, ni contactos, ni meta. Filio se había vuelto redundante y ya no servía para nada, solo era un lastre para la sociedad, porque no le quedaba nada por hacer.

Estaba tan absorta en estos pensamientos que no se dio cuenta de los dos hombres que se acercaban a ella desde diferentes lados: uno desde el baño de hombres cercano y el otro desde el control de seguridad que conducía a las puertas. Vestían ropas civiles anodinas y se destacaban principalmente por sus botas, que parecían zapatos de montaña o botas militares.

Tampoco se dio cuenta de que los dos policías armados con armas automáticas, que momentos antes habían estado patrullando atentamente, habían desaparecido.

Su sentido del peligro solo se activó cuando la agarraron por ambos lados. Ella levantó la vista con horror. Alguien tiró de ella y le forzó los brazos detrás de la espalda, lastimándole el hombro.

—¡Suélteme! —gritó, enfadada, asustada, luchando por liberarse del potente control. Pero no pudo.

Algunos pasajeros en los mostradores se volvieron al oír sus gritos, pero ya la estaban empujando hacia la salida. Luchó por mirar a izquierda y derecha para ver a sus secuestradores, pero solo logró vislumbrar vagamente dos rostros angulosos coronados con cabello corto y los ojos ocultos detrás de unas gafas de sol. Sus expresiones eran fríamente serias mientras la arrastraban fuera de la terminal.

Filio se retorció y pataleó. Ahora estaba gritando por ayuda y por la policía, pero los oficiales habían desaparecido sin dejar rastro. Los

pasajeros parecían preocupados y sacaban sus terminales, pero nadie parecía preparado para interferir con los hombres de aspecto peligroso.

—¿Qué están haciendo? ¡Déjeme ir! ¡Ayuda! —gritó Filio, justo cuando logró enganchar su pie izquierdo en la parte posterior de la rodilla de uno de los hombres para hacerlo tropezar. En ese momento, el hombre del otro lado la agarró con más fuerza y le dio un fuerte golpe en la espalda, sacándole todo el aire de los pulmones.

—¡Policía! ¡Ayuda! —gritó más fuerte, tan pronto como pudo respirar de nuevo. Uno de ellos la golpeó tan fuerte que vio estrellas cuando su cabeza volteó hacia la izquierda. Por el rabillo del ojo, le pareció ver a dos mujeres policía que subían por la acera frente a la terminal, con las armas en la mano.

Las apuntaron a Filio y sus secuestradores.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó una de ellas, ante lo cual sus secuestradores se detuvieron por un momento. Pero entonces una de las agentes se volvió y le disparó a su compañera en la cabeza. La fuente de sangre salpicó un taxi estacionado, y al instante siguiente la gente gritaba de pánico y corría en todas direcciones.

—¡No! —jadeó Filio con todo el aliento que pudo reunir, recordando a los soldados que se habían enfrentado entre sí en Cabo Cañaveral. Solo podían ser los Hijos de Terra. Tan pronto como lo comprendió, comenzó a chillar inarticuladamente como un cerdo atrapado, sorprendiéndose con los sonidos extraños y penetrantes que salían de su propia boca.

Pero lo que sucedió a continuación confundió a Filio aún más. La policía que acababa de disparar a sangre fría a su compañera se detuvo, se estremeció levemente y cayó sin vida al suelo. Detrás de ella, otras dos personas al otro lado de los autos estacionados también colapsaron como marionetas a las que les habían cortado los hilos.

Sus dos secuestradores aceleraron el paso hasta que llegaron a una camioneta negra parada en la acera. Uno abrió la puerta y el otro la empujó dentro, con fuerza.

Filio se estrelló en uno de los asientos delanteros con el hombro derecho y se habría golpeado la frente contra la puerta del otro lado si no se hubiera abierto de repente. Las manos se estiraron para agarrarla.

Antes de que supiera lo que estaba pasando, la sacaron bruscamente del vehículo, con el sonido entrecortado de disparos. Apenas logró vislumbrar a uno de los hombres que la había arrastrado fuera de la terminal. Estaba tirado en la acera, sangrando por un agujero en la cabeza, sus ojos muertos miraban hacia el cielo. Entonces sintió un pequeño pinchazo en un lado de su cuello.

—¿Qué…? —apenas logró decir antes de que una bolsa negra

descendiera sobre su cabeza y perdiera el conocimiento.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Ágata siguió mirando al hielo que tenían delante. Era de un blanco puro, pero de alguna manera se veía sucio a la luz de sus faros. Pano se había quedado dormido, como Eversman, y los ronquidos la estaban desesperando. Pero siendo que este era su tercer turno al volante, al menos los abominables ruidos de la boca de Pano ayudaban a mantenerla despierta. El reloj mostraba que habían estado viajando durante catorce horas desde que abandonaron McMurdo cuando algo en la consola le llamó la atención. Parecía algo en la transmisión de la cámara del espejo del lado derecho.

Irritada, pulsó el botón de *zoom* y observó que, lo que había tomado primero por un píxel puntual defectuoso, se convertía paulatinamente en un punto brillante del tamaño de una cabeza de alfiler.

Instintivamente, detuvo el aerodeslizador y apagó el motor. Silencio. Silencio sepulcral porque Eversman rodó sobre su costado y Pano se despertó.

En el silencio avasallador que dominaba la Antártida, podrían oír caer un copo de nieve.

—¿Qué sucede? —susurró Pano, las arrugas profundas surcaron su frente antes de frotarse las mejillas y los ojos y luego mirar hacia la oscuridad.

—Vi algo en la transmisión del espejo —respondió, señalando la pantalla. El punto de luz ahora se había hecho más grande, fuera lo que fuera, se acercaba. Ahora vio que no era una luz constante, que estaba parpadeando a una frecuencia rápida.

—¡Creo que es una luz de posición! —dijo Pano sorprendido, inclinándose cerca de la pantalla y entrecerrando los ojos como si eso pudiera revelar la solución al misterio—. ¿Un avión? ¿O un helicóptero?

—Tal vez. Parece demasiado alto para un vehículo terrestre, aunque es difícil decirlo en esta oscuridad.

—Pero, ¿quién podría ser?

—Tal vez sea uno de esos ovnis sobre los que los Hijos de Terra siguen advirtiendo a todos —dijo secamente, pero Pano solo la miró con una combinación de preocupación e incredulidad—. Se suponía que eso era una broma —aclaró ella.

—Francamente, aquí nada me sorprendería. ¿Quieres que pruebe

el fotómetro en la cámara exterior, o use el radar, para averiguar su distancia?

—¡No! —respondió rápidamente—. Preferiría no usar ningún sensor activo. Sea lo que sea, podría ser capaz de detectarlos. Tengo la sensación de que es mejor permanecer sin ser descubierto.

—Probablemente tengas razón —aceptó, asintiendo—. ¿Quién estaría volando por aquí tan lejos de la costa y tan lejos de, bueno, cualquier cosa?

—¿Alguien de McMurdo?

Pano la miró con incredulidad.

—¿Te refieres a los pilotos? No se veían listos para volar la última vez que los vi.

Ágata se encogió de hombros.

—Tal vez alguien besó a esas bellas durmientes. Después de todo lo que he visto aquí, no descarto nada.

—Ya lo has dejado claro. Bueno, cualquier cosa sería preferible a un maldito OVNI.

Ágata pudo ver en los ojos de Pano que, aunque se reía de la posibilidad de que hubiera extraterrestres detrás de ellos, no podía disimular la preocupación de su rostro.

A estas alturas, el punto de luz en la pantalla se había vuelto mucho más grande y pulsaba a un ritmo constante. Escucharon con tensión, pero no oyeron nada. Casi nada.

Probó el control de la ventana, pero no tenía energía, así que abrió la puerta un poco. El helado aire polar entró silbando y las ventanas se empañaron de inmediato. Ahora podía escuchar lo que antes solo había adivinado: el sonido de los rotores. Lejos, pero no había duda de que el sonido cíclico apenas audible era el ruido de los rotores girando.

—¡Un helicóptero! —susurró Pano. Parecía irritado, como si hubiera preferido el OVNI.

—Sí. —Ágata volvió a cerrar la puerta y la batería en el suelo del vehículo se esforzó por elevar la temperatura de la cabina hasta donde había estado.

Exactamente cuatro minutos después, un largo helicóptero de transporte de dos rotores pasó por encima de ellos. En el silencio absoluto que los rodeaba, el volumen era tan tremendo que pensaron que el aerodeslizador podría despedazarse.

Mientras ambos miraban hacia delante, encorvados para mirar a través del estrecho parabrisas, vieron cómo las luces de posición se alejaban de ellos y desaparecían lentamente.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Eversman desde el asiento trasero, en un estupor soñoliento.

—Acabamos de ser sobrevolados por un helicóptero —explicó

Pano. Ante estas palabras, el sargento de inmediato cogió su arma.

—¡Joder! ¿Nos vieron?

—No tenemos idea de quiénes eran, y no, no creo que nos estuvieran buscando. No vi ningún reflector y volaban con iluminación pasiva, solo una luz de posición. Nuestro motor estaba apagado, por lo que no estábamos irradiando mucho calor, y desde allí arriba no habrían visto nada en la oscuridad —explicó Ágata con confianza.

—Parecía que alguien volaba con un destino claro. Tenían mucha prisa —dijo Pano, asintiendo con ella y señalando hacia adelante—. Sí, y exactamente en la misma dirección en la que vamos.

—Y eso es bueno —dijo Ágata, volviendo a encender el motor.

—¿Estás segura de eso? —preguntó su compañero con el ceño fruncido.

—Bueno, parece un lugar que vale la pena visitar. Y cualquiera que pueda llevar su propio helicóptero a la Antártida tiene dinero y recursos.

—Sí, eso es lo que me preocupa.

Cuando ya no pudieron ver la luz de posición, Ágata comenzó a conducir de nuevo. Menos de una hora más tarde, pudieron ver aparecer los débiles comienzos de una línea de horizonte azul oscuro, que pronto se convirtió en un lapislázuli acuoso. A medida que el horizonte se hizo más evidente, la oscuridad a lo largo de él parecía moverse lentamente hacia arriba a medida que el suelo se volvía más brillante y más blanco. Si Ágata hubiera sido una turista y en la seguridad de algún grupo de viajes de aventura, le habría parecido hermoso, incluso impresionante. Tal y como estaban las cosas, solo se sumaba a la sensación opresiva y desconcertante de estar en el fin del mundo.

Pero a pesar de lo sobrenatural que era, este extraño amanecer lento, como si el sol no tuviera la fuerza para separarse del horizonte, había algo que la algo inquietaba más más adelante.

—¿Pano? —preguntó ella, girándose para mirarlo cuando no obtuvo una respuesta. Se había vuelto a dormir.

—¡Oye! ¡Pano! —repitió ella, poniendo una mano en su hombro y sacudiéndolo.

—¿Mmm? ¿Qué? —El italiano negó con la cabeza mientras se sentaba en su asiento—. ¿Me volví a dormir? No me di cuenta.

—¿Estás viendo eso? —preguntó, señalando la forma triangular en el horizonte, que solo podía ver porque el sol en realidad no estaba saliendo por ahí. Más bien, solo estaba siguiendo un arco poco profundo, y pronto volvería a ponerse. Pero debido a su ángulo oblicuo, cuando el sol estaba detrás de ese triángulo, proyectaba una sombra larga y oscura que sobresalía del resto del terreno.

—Sí, lo veo —dijo Pano con asombro, y se giró para agarrar una de las armas que había traído Eversman. Cerró el ojo izquierdo y, con el derecho, observó por la mirilla.

—Es una montaña.

—¿Una montaña? La naturaleza aborrece la simetría, ¿recuerdas? —dijo ella, aludiendo a lo que Jackson había escrito.

—Sí, pero es eso o nos dirigimos directamente a una pirámide. Una gran pirámide. —Pano bajó el rifle corto y lo volvió a guardar en la bolsa detrás del asiento—. Hasta donde yo sé, si quieres ver una pirámide tienes que ir a Egipto.

—Incorrecto. Deberías haber prestado más atención cuando leías a Jackson. Hay pirámides en Mesopotamia, Sudamérica, Europa y Asia.

—Pero no en la Antártida.

Ágata no supo qué responder. Tenía una verdadera urgencia de estar de acuerdo con él, pero al mismo tiempo le costaba creer que una formación rocosa natural pudiera ser tan triangular como lo que estaba mirando.

—Tal vez aún no estamos lo suficientemente cerca —dijo al fin, y Pano se encogió de hombros.

Siguieron conduciendo durante otra media hora, hasta que ella tuvo que detenerse porque miraba incrédula a través del parabrisas. Ahora no podía haber ninguna duda al respecto. Frente a ellos había una pirámide gigantesca que se elevaba hacia el cielo. Parecía una montaña, con bordes ásperos y ángulos irregulares que se parecían a las pirámides de Giza en su forma general, pero tenía pocas similitudes con sus superficies uniformes. Parecía que había crecido de piedra tal como era, en lugar de haber sido construida, lo cual era absolutamente imposible.

—Esto no puede ser real —dijo en un susurro. Junto a ella, Pano parecía no poder encontrar ninguna palabra mientras evaluaba la estructura, que tenía dos mil, tal vez incluso tres mil metros de altura.

—¡Me estoy volviendo loco! —dijo una voz detrás de ellos. Era Eversman, y el repentino sonido de su voz sobresaltó a Ágata porque se había olvidado por completo de él—. ¿A qué distancia se encuentra esa cosa?

Miró la pantalla detrás de su control de dirección.

—Tres kilómetros.

—¿Hay algo en el radar?

—No, nada. No detecta la montaña, ni nada más. De acuerdo con estas lecturas, no debería haber nada aquí.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó el sargento.

—Mira por ti mismo si quieres —respondió ella bruscamente—. Pero mis ojos están bien, y puedo leer, y no hay nada en las lecturas.

—Está bien, de acuerdo —dijo Eversman, retrocediendo un poco.

—Bueno, sigamos adelante y echemos un vistazo —propuso Pano. Se retorció por un momento como si estuviera incómodo, luego se mordió el labio brevemente y de repente levantó la mano para rascarse la oreja izquierda.

—¿Sucede algo? —preguntó ella mientras pisaba el acelerador para que se movieran de nuevo sobre el hielo interminable, hacia la pirámide.

—Oh, no es nada —dijo Pano con un gesto desdeñoso—. Es solo que mi audífono está fallando un poco... ¡Ay!

Se tensó de repente y se golpeó la oreja con la palma de la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con más insistencia esta vez, y lo miró con genuina preocupación. Su cara estaba contraída por el dolor, y podía escuchar chillidos mecánicos y zumbidos. Parecía una radio vieja que no estaba en la frecuencia correcta.

—No sé, esto se está descomponiendo —gruñó. Tiró de un cable y luego sostuvo un diminuto auricular moldeado en la mano. Suspiró, claramente aliviado—. Vaya, eso dolió.

—¿Te ha pasado antes?

—No, nunca.

—Eso es raro, porque yo... ¡Cielos! Espera.

De repente, Ágata se quedó mirando la pequeña pantalla sobre el control de dirección. Todas las lecturas se estaban volviendo locas. Las agujas se deslizaron de un extremo al otro del dial, el radar se apagó y todo en el panel de control comenzó a parpadear.

—¿Qué está sucediendo?

—Los instrumentos también se están volviendo locos —dijo, y detuvo el aerodeslizador antes de soltar el control de dirección y negar con la cabeza.

—¿Tal vez hay algún tipo de campo de interferencia aquí, como el escudo magnético que usa el ejército? —sugirió Pano—. Los potentes imanes pueden tener un efecto en los sensores.

—¿Te refieres a los prototipos chinos? ¿Los has visto? Contenedores gigantes. No creo que haya ninguno de esos aquí —respondió.

—Tal vez no, pero los ruidos de mi audífono empeoraron a medida que nos acercábamos.

—Tal vez podamos usar tu audífono para localizar la fuente —propuso.

Pano pensó por un momento y luego asintió.

—Si realmente hay una fuente de interferencia, debe estar cerca, muy cerca —dijo, sosteniendo el dispositivo que aún chirriaba y que colgaba de su dedo índice como un insecto.

—Probablemente tengas razón. Bien podríamos salir, de todos modos, los instrumentos son inútiles. Eversman, prepárate para...

¿Eversman?

Ágata se giró en su asiento y vio al soldado acostado en los asientos detrás de ellos. Sus ojos estaban cerrados. Excepto porque su pecho subía y bajaba, parecía que acababa de caer fulminado.

—¿Qué le sucede? —preguntó Pano.

Se estiró y trató de despertar a Eversman. No reaccionó y simplemente se tambaleó donde Pano lo tocó, como un trozo de carne muerta.

—No sé tú, pero a mí esto me parece inquietantemente familiar.

—Los pilotos —siseó Pano—. Tal vez había un campo de interferencia similar allí, y algunas personas son particularmente sensibles a él. Sabemos que hay efectos similares que se pueden lograr con pulsos electromagnéticos en ciertos espectros, que pueden provocar náuseas, mareos o incluso desmayos en las personas.

—Yo tampoco lo sé —admitió Ágata, frunciendo el ceño severamente mientras tomaba su chaqueta del asiento y se la ponía, al igual que la capucha sobre su cabeza. Luego se puso el casco, las gafas y el pasamontañas.

—Vamos a buscar el transmisor de interferencia.

Salieron de la cabina y se dejaron caer sobre la superficie cubierta de nieve. Cristales de hielo completamente secos crujieron bajo sus botas calientes. Rodearon los costados del aerodeslizador y se encontraron en el frente, Pano sostenía su audífono frente a él como un escáner.

No había nada que ver en ninguna dirección, excepto la montaña piramidal que se elevaba ante ellos como una presencia malévola de piedra. Su forma era tan surrealista que Ágata se sintió como si estuviera en un sueño, y cuando despertara todo se desvanecería en una bocanada de humo. Excepto por la pirámide, el terreno aquí era relativamente plano. Lejos, al norte, se alzaban las suaves laderas de una imponente cadena montañosa, y más allá, los picos rocosos sobresalían de la capa de nieve como coronas negras.

Un viento cortante soplaba a su alrededor, tirando de sus trajes militares para la nieve como un niño impaciente, un molesto niño capaz no solo de molestar a su madre sino de matarla después de solo unos minutos de exposición, aunque llevara ropa térmica. Como en cualquier otro lugar de la Tierra, el cambio climático había llegado a este lugar, y sus efectos no siempre fueron los esperados. Por ejemplo, ni siquiera los expertos entendían bien por qué, a pesar de que la capa de hielo de la Antártida se había derretido de adentro hacia afuera y el Océano Antártico se había calentado, las temperaturas en el continente del sur continuaban descendiendo.

—Es irónico —le gritó Pano a Ágata por el aullido del viento, sosteniendo su audífono en el aire—. Sin esta pieza de tecnología

obsoleta, habríamos pensado que el software del aerodeslizador estaba fallando y ni siquiera consideraríamos un transmisor de interferencia.

—Así es —dijo Ágata y esbozó una sonrisa detrás de su máscara, pero inmediatamente sintió el dolor de sus labios congelados, partiéndose—. Supongo que tengo que admitir que en este caso tu... insistencia valió la pena.

—En realidad estabas a punto de decir testarudez, ¿no?

—Sí, pero en este punto te has ganado algo de respeto, así que puedo hacer una excepción a mi enfoque general aquí y allá.

Pano sonrió.

Avanzaron unos pasos y fueron abrazados por el crepúsculo gris, pues parecía que el débil sol en el horizonte ya había alcanzado su patético cénit, y ni siquiera la tenue luz duraría mucho más. A pesar de que la ropa de alta tecnología de Ágata estaba trabajando para calentarla, podía sentir el frío arrastrándose por cada extremidad.

—Se vuelve más fuerte aquí —observó Pano, y su voz parecía subir y bajar con el viento. Después de unos pasos más, negó con la cabeza —. Más débil otra vez.

Volviendo al lugar donde el audífono chillaba con más fuerza, probaron a derecha e izquierda. Se volvió más intenso hacia la derecha, por lo que se movieron de esa manera hasta que se calmó nuevamente y regresaron al punto donde era más fuerte. Allí se detuvieron.

El chirrido estático del diminuto dispositivo era tan extremo que Ágata podía oírlo bien a pesar del viento, a pesar de los minúsculos altavoces.

—Tiene que ser aquí —anunció Pano, señalando vagamente hacia abajo.

—¡Pero no hay nada aquí!

—Tal vez la fuente está debajo del hielo y el campo de interferencia apunta hacia arriba —sugirió, gritando a pesar de que estaban uno al lado del otro—. Eso tendría sentido si estuvieras tratando de ocultar algo.

—Mmm. ¿No trajimos una pala? —gritó, señalando el aerodeslizador que zumbaba suavemente a unos veinte metros detrás de ellos—. Quédate aquí, para que no perdamos este lugar. ¡Iré a buscar esa pala!

Ágata se alejó a buen paso de regreso al aerodeslizador y rodeó el vehículo cuadrado hasta que llegó a la puerta del módulo de servicio en la parte trasera. Giró la manija y levantó.

Detrás, en algo parecido a un armario de pared que estaba empotrado a medio metro de profundidad en la parte trasera del vehículo, había algunas herramientas pesadas: un cortador de fisión, dos palas, un pico, algunas palas más pequeñas, una antorcha de

plasma, dos cuerdas reforzadas con nanotubos de carbono y un taladro manual. Cogió el cortador de fisión y las dos palas y cerró la puerta con llave antes de emprender el regreso.

Cuando pasó por la cabina del conductor, se detuvo, dejó las herramientas y subió para hurgar en la bolsa de Eversman. Encontró lo que buscaba, volvió a salir, recogió las herramientas y se apresuró hacia Pano, que contra la luz mortecina parecía una estatua oscura en un mar gris.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el cinturón en su mano izquierda.

—¡Granadas! —respondió, señalando detrás de ella—. Las tomé prestadas de Eversman. Podría ser más fácil que cavar.

—¿Prestadas? ¡Sí, por supuesto! —dijo Pano riendo—. ¡Pero también son bastante ruidosas!

—El viento viene de allá —dijo, señalando al norte—. La pirámide está ahí abajo. El viento ahogará el ruido. Además, serán fáciles de enterrar.

—¿Qué tal si intentamos cavar primero y solo usamos las granadas si no llegamos a ningún lado? —gritó, y Ágata asintió. Le entregó una de las palas y tomó la otra, clavándola en el hielo a sus pies.

El suelo resultó ser bastante duro y difícil de romper. Después de unos quince minutos de extenuante excavación, y aproximadamente a un metro de profundidad, el borde de metal de su pala golpeó algo aún más fuerte que no cedió. Lo golpeó varias veces con la pala. No podía escuchar nada por el aullido constante del viento, pero imaginó un sonido metálico resonante.

Pano notó sus movimientos y se miraron durante unos segundos que parecieron más largos antes de arrodillarse dentro del hueco e intentar rascar el contorno del objeto con sus guantes. Fue difícil, y tuvieron que usar el cortador de fisión para hacer algún progreso, pero después de un tiempo descubrieron un objeto esférico del tamaño de la cabeza de un niño. Era liso, hecho de metal oscuro y estaba sujeto en la parte inferior a una gruesa barra de metal que se adentraba más.

—¿Alguna vez has visto algo como esto? —preguntó Ágata. No tuvo que gritar tan fuerte como antes, porque estaban relativamente protegidos del viento en el hueco, aunque el audífono chillaba más fuerte que nunca.

Pano negó con la cabeza.

—No —dijo.

Luego señaló las cremalleras de su traje. Todos los tiradores de las cremalleras apuntaban hacia la esfera y parecían vibrar ligeramente.

Ágata abrió los ojos desmesuradamente y de repente sintió un dolor en la parte posterior de su cabeza.

—Saquemos esto —sugirió Pano a pesar de las protestas de su

audífono.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —preguntó Ágata con escepticismo—. Ni siquiera sabemos qué es. Lo único que sabemos es que alguien creyó que era lo suficientemente importante como para ponerlo aquí. Si es un bloqueador magnético, es extremadamente avanzado. Va mucho más allá del prototipo chino.

—En cualquier caso, está destinado a disuadir a los vehículos. Tal vez incluso desactivarlos —sugirió él. —Así que...

—…así que eso te hace sentir aún más curiosidad sobre lo que pretende ocultar. —Ágata terminó su frase y miró hacia la pirámide que tenían delante. Detrás de ella, el sol estaba a punto de ponerse de nuevo.

Pano asintió.

—Sí, tienes razón —dijo ella, y le entregó una de las granadas.

—Creo que preferiría probar el cortador de fisión. Estoy bastante seguro de que muchas de las estaciones de investigación tenían equipos sísmicos. No conozco su sensibilidad, pero podrían captar las vibraciones. Mejor ir a lo seguro.

Ágata volvió a asentir. Su capacidad para pensar con claridad estaba muy comprometida por la falta de sueño, y eso no le gustaba. Tenía que mantener la cabeza fría y mantenerse alerta, porque tenía la sensación de que este día se iba a alargar. Mucho.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio despertó en una cama en medio de una habitación perfectamente cúbica, quizás cinco metros en cada dimensión. No podía ver nada más en la habitación.

Se sentía cansada, pero no agotada. Era como si hubiera dormido demasiado y ahora necesitara algo de tiempo para recuperar la circulación.

"¿Dónde estoy?" pensó, frotándose los ojos. Se quitó la fina manta de microfibra y balanceó las piernas por el borde de la cama mientras se sentaba. Las paredes a su alrededor parecían haber sido talladas en piedra, pero eran extremadamente lisas. No había ventanas, solo una puerta de metal en un gran marco. Arriba, en medio del techo, había un agujero con un diámetro de aproximadamente la longitud de un brazo.

—¿Hola? —inquirió tímidamente, mirando un par de botas que habían sido colocadas en el suelo al lado de la cama. Parecían botas de buceo, estrechas y ceñidas. Notó que tenía los pies bastante fríos, así que se las puso y luego se fijó en la ropa que llevaba puesta: un par de pantalones de fibra táctica y una camiseta de manga larga a juego con rayas reflectantes a los lados.

De repente, el recuerdo del aeropuerto y de haber sido raptada por hombres extraños volvió a ella. Comprendió que había sido secuestrada, y de repente la habitación pareció mucho más oscura y pequeña.

—¿Dónde estoy?

—Estás a salvo —una voz resonante le respondió de inmediato, y ella se volvió para mirar a la puerta.

Cuando vio quién estaba parado ahí, lo reconoció, pero se frotó los ojos con incredulidad. Era Luther Karlhammer, con la sonrisa que solo un hombre que efectivamente es dueño del mundo puede mostrar. Llevaba el corto pelo gris con mechas negras, con los bordes recortados a navaja con minuciosa precisión. Su rostro era ligeramente redondo para su cuerpo extremadamente delgado, y estaba dominado por una nariz aguileña. Su tamaño, o tal vez su carisma, que flotaba a su alrededor como una nube, parecía funcionar como un imán, orientándolo todo en su dirección, como parece que lo hacía en la vida.

—Aquí está a salvo, Doctora Amorosa —reiteró el fundador y

director ejecutivo de la Fundación Humana, acercándose a la cama donde estaba sentada.

—Señor Karlhammer... —Filio trató de comenzar, pero solo pudo tartamudear—. Yo...

Sacudió la cabeza en un intento final por determinar si estaba soñando o tomando algún tipo de droga, pero era real. Era tan difícil de creer.

—Es sorprendente lo rápido que una vida puede dar cambiar, ¿no? —dijo, mostrando esa sonrisa de nuevo.

—Sí. ¿Cómo llegué aquí?

—Oh, un par de amigos de mi fundación te trajeron a mí. Esto de aquí —hizo un gesto brusco a todo el espacio que la rodeaba —, es nuestro... bueno, llamémoslo nuestra habitación de huéspedes.

—Se parece más a una celda de interrogatorio —respondió ella, mirando a su anfitrión con sospecha.

Karlhammer levantó las manos a la defensiva.

—No quiero interrogarla, Doctora, quiero entrevistarla. Pero nunca respondió a nuestras ofertas de trabajo. Verá, en realidad he estado buscando una oportunidad para conseguir una entrevista durante bastante tiempo. Entonces, cuando supe que terceros iban a intentar secuestrarla, bueno, difícilmente puede culparme por aprovechar mi oportunidad, ¿eh?

—Pero fue usted quien me secuestró —dijo al recordar lo sucedido, tocándose involuntariamente el lugar del cuello por donde había entrado la aguja de la jeringa. Su piel estaba un poco sensible alrededor del sitio de la inyección.

—Bueno, sí. Sabía que iban a intentar secuestrarla, así que tuve que adelantarme —respondió Karlhammer disculpándose y cruzando las manos—. Y lamento haberla asustado. Pero le aseguro que es libre de irse en cualquier momento. Dicho esto, preferiría que permaneciera bajo mi protección y escuchara mi oferta de trabajo.

—¿Es una oferta que tengo la opción de rechazar? —preguntó ella, entrecerrando los ojos.

—Siempre tenemos una opción —respondió Karlhammer.

—¿Significa que podría levantarme y salir por esa puerta ahora mismo, y nadie me detendría?

—Sinceramente, preferiría que escuchara lo que tengo que decir, pero... sí.

Dio un paso a un lado y señaló la puerta.

En un instante Filio había saltado de la cama y, en tres grandes zancadas, llegó a la puerta y la abrió. Más allá había un pasillo largo y oscuro con muy poca iluminación. Esperaba ver un entorno de alta tecnología y personal de seguridad, pero parecía más como si estuviera retenida en el espeluznante sótano de alguien.

Ahora pensativa, se volvió hacia Karlhammer. Aún estaba de pie junto a la cama, mirándola con desconcertado interés. No podía evitar la sensación de que estaba en algún tipo de experimento, y él era como el científico que supervisa a la rata de laboratorio.

—Bueno, dado que ya se ha tomado la molestia de "salvarme" —dijo, poniendo deliberadamente un énfasis irónico en la palabra y señalando el entorno poco hospitalario—, estaré encantada de escuchar lo que tenga que decir.

Estás hablando con el verdadero Luther Karlhammer, pensó, y a medida que recuperaba gradualmente su capacidad de reflexionar, sintió que crecía en su interior una combinación de excitación, irritación e incredulidad. Todo en los últimos dos días había sucedido muy rápido y no había tenido tiempo de procesar nada de lo que había sucedido mientras sucedía.

O proyectar las consecuencias que todo ello tendrá, agregó, solo para sí misma.

—Fantástico —dijo Karlhammer, y su sonrisa se hizo aún mayor.

Aún no parecía forzada, pero cada gesto y cada expresión facial parecían estar cuidadosamente administrados, como si los midiera en una escala muy precisa.

—Lo que me gustaría ofrecerle es participar en una misión a Marte.

Filio se congeló. Sin palabras, incapaz de mover ni siquiera un dedo, se limitó a mirar a Karlhammer.

—Bueno, la verdad, esperaba que estuviera complacida.

—Pero yo... Yo... Yo… no entiendo —logró tartamudear, su cerebro se sobrecalentó y sus pensamientos se detuvieron, humeantes. ¿La Fundación Humana iba a sacarse de la manga una misión a Marte como se saca un conejo de un sombrero? Karlhammer nunca se había interesado por los viajes espaciales y nunca había financiado ningún proyecto de investigación internacional.

—¡Y como líder del equipo, por supuesto! —continuó Karlhammer, y luego agregó—: Déjeme explicarle.

Abrió su chaqueta marrón para revelar su camiseta, adornada con el lema de la Fundación Humana, "Salva al Planeta, sálvate a ti", un eslogan que se había convertido en una de las marcas registradas del ejecutivo e inventor, usado por millones de personas en todo el mundo para mostrar su solidaridad con la fundación.

—Verá, he decidido salvar el mundo con una misión a Marte.

—Pero ¿cómo? ¿Va a construir su propia nave espacial? ¿Comprará la tecnología de la Agencia Espacial Internacional?

Filio negó con la cabeza con incredulidad y siguió diciéndose a sí misma que debía proceder con precaución. Lo que le estaba ofreciendo sonaba muy parecido a lo que ella había deseado, probablemente

demasiado bueno para ser verdad. Tenía que estar alerta si iba a encontrar la trampa o para no dejarse engañar por la ilusión.

—Se podría decir que ya tengo mi propia nave. Es algo en lo que he estado trabajando durante más de veinte años.

—¿Está tratando de decirme que ha estado trabajando en su propia nave espacial interplanetaria durante veinte años, y nadie en el mundo se ha dado cuenta? —Filio no podía dejar de negar con la cabeza—. Usted. Probablemente la persona más fotografiada del mundo. ¿Le importaría decirme cómo lo logró?

—Oh, engaños, distracciones, apariciones públicas... Sabe, la verdad, el secreto es simplemente darle a la gente una imagen creíble. Entonces todo lo que ven se filtrará a través de esa imagen, y ni siquiera creerán las otras posibilidades —dijo Karlhammer encogiéndose de hombros—. Además, como sabe, tengo mis recursos.

—¿Y cuándo se supone que se lanzará esta trascendental misión a Marte? —preguntó Filio, todavía cautelosa.

—Esta semana.

—¿Esta semana?

Toda apariencia de precaución se desvaneció. Se cubrió la boca abierta con la mano tan pronto como se dio cuenta de que había gritado.

—Sí. Esa es otra razón por la que, desafortunadamente, no tuve la opción de esperar más para esta entrevista —explicó Karlhammer, su voz de barítono seguía relajada. Levantó las palmas de las manos.

—Quería aprovechar el mismo intervalo de lanzamiento para el viaje a Marte, cuando nuestras órbitas alrededor del sol están tan cerca —pensó en voz alta, pero Karlhammer negó con la cabeza casi imperceptiblemente.

—Sí y no. Tenemos un lapso temporal que debemos cumplir, pero no es el que cree.

—Bueno, no puedo decir que eso me lo aclare —respondió ella con el ceño fruncido.

—Es bastante complejo. La tecnología que hemos desarrollado para este viaje es un poco diferente de lo que conoce. Pero tenemos un experto local que la desarrolló él mismo. Por supuesto, es un proyecto multimillonario y quiero asegurarme de que sea un éxito total.

—Como todo lo demás que hace.

—Precisamente —dijo, sin rastro de ironía, y algo en sus ojos de repente parecía como si estuviera mirando con orgullo un futuro lejano que solo él podía ver—. Puede que sea solo la mitad del hombre que el mundo ve o quiere ver en mí, pero trato de estar a la altura de esa mitad aparente tanto como sea posible, para nuestra Tierra. Aun si eso suena melodramático. Pero el objetivo de cambiar el mundo, de salvarlo, el objetivo que he tenido desde niño, exige mucho

más que visión y algunos ingeniosos inventos. Exige rodearse solo de lo mejor de lo mejor, porque cualquier paso en falso en el camino hacia la cima puede conducir a un colapso fatal, ya sea un colapso del mercado, un colapso informático, un colapso de un cohete o una inversión que explote en la cara. Esa es una de las razones por las que establecimos y financiamos los campus de la Fundación en todo el mundo. Quiero que usted, Doctora Amorosa, dirija la misión, porque creo que es la mayor experta en Marte que posee la humanidad.

—Bueno, muchas gracias. Asumo que dice eso porque soy la única persona viva que ha estado allí. No hay mucha competencia por ese título —protestó.

No le gustaban mucho los halagos, pero tampoco estaba segura de que él estuviera tratando de halagarla. Todo lo que salía de su boca sonaba tan absoluto, como si simplemente estuviera explicando cómo funcionaba el mundo.

Karlhammer respondió con otra sonrisa perpleja, esta vez con el ceño fruncido. Aunque con esa camiseta, vaqueros y chaqueta, todos los cuales sin duda habían sido confeccionados por los principales diseñadores para que lucieran lo más informales posible, podría no haber sido más que un estudiante algo acaudalado, era como si cada uno de sus movimientos fuera hecho desde una posición de superioridad, como si se moviera en esferas más elevadas. Filio estaba teniendo dificultades para resistir su magnetismo. Su voz, sus ojos, sus palabras, todo parecía susurrarle que debía relajarse y decir "sí" a lo que fuera que él le estuviera pidiendo.

—Tiene razón. Pero considere que no voy a apostar por un caballo que nunca ha cruzado la línea de meta. Al contrario de lo que dicen algunos libros y películas sobre mí, no soy un gran fanático del riesgo cuando este se puede evitar. Por supuesto, algunos riesgos son necesarios, pero no tan a menudo como la gente piensa. Ha estado en Marte antes, por lo que debe dirigir la misión. Para mí es tan simple como eso. ¡Sin mencionar la historia de su vida, que debo decir, también me impresionó mucho! —añadió Karlhammer, asintiendo pensativo como si revisara un recuerdo.

Filio frunció el ceño. "¿Cómo sabe la historia de mi vida?"

—Usted, Doctora Amorosa, ha demostrado que tiene una voluntad indomable de triunfar y que no existen problemas ni obstáculos que le impidan alcanzar sus metas —prosiguió el sudafricano—. Esta es una cualidad que compartimos, y me dice que la entenderé mejor que los superiores que ha tenido hasta ahora. Y soy alguien que tiene muchas ganas de entender a mis empleados.

—Si es una entrevista de trabajo, ciertamente sabe cómo hacer que un lugar de trabajo suene atractivo —comentó Filio.

Karlhammer una vez más sonrió con su levemente distante pero

contagiosa sonrisa.

—Me alegra escucharlo. Sin embargo, debo advertirle. Si acepta este trabajo, no habrá vuelta atrás para usted, y todo lo que haga estará fuera del ojo público. Oficialmente, figurará como desaparecida, secuestrada por terroristas.

De repente, pareció muy serio, mirándola gravemente.

—Me ha asignado en la "misión a Marte" —confesó finalmente Filio con un suspiro—. Si va a llevarme a Marte, puede establecer las condiciones que quiera.

—Entonces está acordado. —Karlhammer juntó sus manos bronceadas y mostró otra sonrisa, revelando sus dientes blancos—. Ahora lo único que tiene que hacer es firmar el contrato de doscientas páginas.

Cuando los ojos de Filio se abrieron con incredulidad, se llevó la mano a la boca y rio.

—Estoy bromeando.

—¿Puedo ver su nave? —preguntó de la nada, echando una mirada anhelante al pasillo detrás de ella.

—Pronto —le aseguró—. Antes de eso, tengo un poco de información sobre su última misión que me gustaría compartir con usted. Sin embargo, primero necesito que me asegure que una vez la conozca, contendrá su angustia.

—Eso hace que suene bastante angustioso.

—Quiero ser completamente honesto. No le gustará lo que le voy a mostrar. Podría odiarme por ello. No porque se lo mostré, sino porque debería habérselo mostrado mucho antes. Pero me gustaría que entendiera por qué no pude hacer eso.

—Si no hubiera tenido mi atención ya, la tendría ahora —dijo Filio —. Pero no creo que algo pueda ser tan malo como para arriesgar mi oportunidad de ir a Marte.

—Yo no me apresuraría a llegar a esa conclusión —respondió Karlhammer con una expresión que era difícil de interpretar. No parecía inseguro (no parecía capaz de eso) pero parecía evidenciar señales de incomodidad—. Creo que antes de mostrarle de qué se trata esto, es mejor que le cuente un poco de historia. En los años veinte, cuando comencé a desarrollar el sistema de lotería que convirtió a la Fundación Humana en lo que es hoy, había una gran cantidad de sitios de construcción en mis manos. Y necesitaba una nueva inyección de efectivo para encargarme de todos ellos. Para eso era la lotería. Pero no solo estaba tratando de luchar contra el cambio climático, también estaba combatiendo los pecados de la humanidad.

»Como las granjas industriales. La primera vez que vea un matadero industrial con sus propios ojos; cómo se mantiene, mata y descuartiza a los animales, de manera fría, mecánica, inhumana, le

aseguro que sentirá náuseas. No digo esto como un vegano militante, de hecho, como con gusto todo lo que nuestro planeta tiene para ofrecer; lo digo como ser humano, lo que significa que tengo capacidad para la empatía y la compasión.

»Todo el mundo tiene esta capacidad, pero estas emociones no se desencadenan cuando se está en el supermercado, mirando un paquete, con una etiqueta que muestra un cerdito alegre que sonríe. La crueldad de la granja industrial siempre fue demasiado abstracta. Alrededor de la mesa, todos asienten y dicen: "Sí, hay que hacer algo, esto no puede continuar, no podemos permitir que los animales sean tratados de esta manera". Pero casi nadie mueve el único tornillo que podría haber marcado la diferencia: su propio consumo.

»Esto, en pocas palabras, es exactamente cómo veo la condición humana. "Ojos que no ven, corazón que no siente", o "Es problema de alguien más", o "Roma no se construyó en un día". Elija su aforismo favorito, todos son perfectamente aptos. Mientras un animal de granja industrial que haya vivido una vida brutal y haya pasado por una muerte aún más brutal sea más barato que un animal tratado con dignidad, la gente seguirá haciendo fila para comprarlo. Verá, nuestros cerebros miran el precio en la etiqueta, pero realmente no pueden percibir toda la cadena detrás de él. Nunca culpé a la gente por esto, porque puedo entenderlo completamente.

»La solución, como para tantas otras cosas, fue el sistema de lotería. Es mucho más fácil para las personas pagar diez dólares al mes, o incluso a la semana, si saben que se está haciendo algo bueno con eso y que podrían ganar algo a cambio. Las personas son malas para las matemáticas y buenas para la esperanza, y eso me lleva a un punto muy importante: las personas son buenas por naturaleza, solo tiene que mostrarles las formas de vivir correctamente. Luego aprenderán. El egoísmo no se puede erradicar, pero si lo canaliza en la dirección correcta, puede ser una fuerza para el bien.

—El sistema de lotería —asintió Filio—. Tienen la oportunidad de ganar algo para sí mismos, algo que los distinga de los demás y, mientras tanto, pueden justificar su intento porque saben que están apoyando una buena causa, que llevan como una insignia de honor.

Tenía sentido. El sistema era tan simple que resultaba ingenioso.

—Correcto. Les da la opción de demostrar que están muy preocupados, que son altruistas. ¿No es emocionante? Es tan simple, es decir, la forma en que la gente funciona. A mí me pareció una solución elegante al problema fundamental de la asocialidad de las grandes comunidades. Cuando las sociedades humanas aún se construían alrededor de tribus, no luchábamos con problemas como el egoísmo, el engaño de la individualidad, la autorrealización, todas esas cosas. Vivíamos en comunidades de cincuenta a cien personas, y

todos dependíamos del grupo social. Era nuestra vida y nuestro hábitat.

»Pero desde que millones y millones de personas se han amontonado en las ciudades, estos mecanismos han dejado de funcionar y buscamos alienarnos de nosotros mismos. La lotería fue la solución, aunque, irónicamente, también es la estafa más grande jamás impuesta a la raza humana. —Karlhammer hizo una pausa por un momento y pareció medir el sabor de sus próximas palabras antes de continuar—. Pero es una estafa benévola. Nunca traté de decirle a la gente, o mostrarle, de dónde provenía su carne, porque nunca habría funcionado. La solución consistía en dar con la idea adecuada en el momento adecuado.

Filio se estaba confundiendo.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con lo que tiene que mostrarme?

—Todo. Le he ocultado información, información que ha estado en mi poder durante dos años y que no podía compartir con nadie. De hecho, aún no puedo —explicó, mirando a Filio como un halcón que, volando en círculos, acecha a su presa.

La mente de Filio se aceleró febrilmente, preguntándose qué podría estar a punto de decirle. ¿Durante dos años? ¿Tenía algo que ver con el desastre del *Mars One*? ¿Sabía algo sobre el accidente que ella no? ¿Que nadie sabía?

Cuando Karlhammer vio que ella no iba a decir nada, comenzó a hablar de nuevo con su voz de barítono.

—Sé lo que pasó en Marte, y también sé por qué se accidentó.

Filio dio un paso atrás y levantó un dedo índice en señal de advertencia. Sus labios comenzaron a temblar y sintió que sus rodillas se doblaban.

—Tenga cuidado —susurró débilmente.

—Tengo imágenes satelitales de usted y su antigua tripulación. Tengo imágenes de lo que encontró allí y tengo todas las transmisiones que enviaron a Control de Misión —continuó Karlhammer, sin inmutarse.

—¿Qué? Eso... no... es posible... —La cabeza de Filio comenzó a temblar frenéticamente—. ¡Control de Misión no recibió ninguna transmisión nuestra! Toda la misión, todo el vuelo de regreso de cuatro meses, nunca recibimos una respuesta porque nunca recibieron nada en Darmstadt. —Negaba con la cabeza—. No hay forma de que pueda tener estas transmisiones. Eso es imposible.

—No es imposible, porque yo fui quien las interceptó —dijo Karlhammer.

Se abstuvo de decir más cuando las rodillas de Filio se doblaron y ella se derrumbó en el suelo, con las manos sosteniendo su cabeza

como para detener el temblor.

—Pero ¿cómo? ¿Y por qué?

—Tengo mis recursos y los instalé antes del lanzamiento del *Mars One*, para poder influir en la misión —dijo, completamente impasible, como si estuviera leyendo un informe de auditoría aburrido.

Filio levantó la cabeza, lanzándole una mirada feroz mientras la rabia hervía dentro de ella. Sus siguientes palabras salieron de su boca de manera infalible y directa, como el disparo de un arma.

—¿Es responsable del accidente?

—No —dijo Karlhammer sin dudarlo, mirándola directamente a los ojos—. No lo soy. Al contrario, instalé vigilancia para protegerla a usted y a su tripulación, precisamente por razones de interés público. Encontraron algo en el Planeta Rojo que nunca debieron encontrar. Traté de derribar su nave porque tenía que evitar a toda costa que regresara a la Tierra, pero nuestro misil fue interceptado por el Escudo de Defensa de la OTAN, y tan pronto como sucedió, estuvimos hasta arriba de trabajo ocultando nuestra participación. Me temo que tiene que agradecer a su piloto, Timothy Knowles, por el accidente.

—¿Está tratando de decirme que él nos estrelló deliberadamente? —preguntó ella, enderezándose. Su rabia estaba al máximo ahora, y apretaba los puños.

—Sí —respondió él, y esa mirada de acero se suavizó un poco. Podría haber algo parecido a la compasión, pero no pudo encontrar rastro de tristeza o arrepentimiento—. Estaba tratando de salvarnos... a la humanidad, de ser erradicados.

—¿Qué? ¿De qué está hablando? Está empezando a sonar como los terroristas, como los Hijos de Terra con todo ese discurso sobre El Enemigo.

Ahora estaba gruñendo, mientras los intensos recuerdos de Timothy y los demás que habían sido incinerados en la atmósfera terrestre multiplicaban su ira.

—Bueno, eso es porque tienen razón, y los estoy financiando, en parte. Los Hijos de Terra conocen al Enemigo porque Workai Dalam lo encontró en el fondo del mar. El Enemigo es muy real, Doctora Amorosa, se lo aseguro. Y usted lo trajo, desde Marte.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Pano sostuvo la esfera de metal en sus manos y miró a Ágata con expresión inquisitiva. Ella respondió encogiéndose de hombros. Pano soltó el objeto extraño y luego levantó su audífono y lo movió a su alrededor. No hizo ningún sonido.

—Bueno, sea lo que sea esa cosa —dijo, señalando el extremo cortado de la barra de metal, de la que sobresalían algunos cables—, ya no funciona.

—¿Está completamente apagada? ¿O más débil?

Pano se aflojó la capucha lo suficiente como para colocar el diminuto dispositivo en su oreja izquierda y miró a lo lejos.

—Aún puedo escuchar algo de ruido, pero no es tan fuerte como antes.

—Así que hay más de esas cosas, a la izquierda y a la derecha de nosotros —observó ella, y asomó la cabeza por el borde del hueco para mirar alrededor—. No me sorprendería si hubiera un círculo completo de ellas alrededor de esa cosa. —Hizo un gesto hacia la pirámide.

—Ajá. ¿Por qué no vemos lo que indica la electrónica?

Pano salió del hueco y le tendió la mano a Ágata, quien después de un momento de vacilación aceptó y permitió que Pano la ayudara a salir del agujero. Tan pronto como estuvieron de vuelta sobre el hielo, el viento los atacó, silbando en pequeños vórtices alrededor de sus cascos en un coro de gemidos ahogados.

Agacharono las cabezas y volvieron corriendo al aerodeslizador, arrojaron las herramientas en el compartimento trasero donde Ágata las había encontrado y subieron a la cabina del conductor, donde encontraron a Eversman despierto pero confundido.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó.

Tenía los ojos inyectados en sangre y parecía haber pasado una gran noche en la ciudad.

—Te desmayaste —le dijo Ágata, mientras se aseguraba al asiento del pasajero. Mientras tanto, Pano se había quitado los guantes y se frotaba las manos. Luego asió la palanca de control y empujó la palanca de potencia hacia adelante.

—¿Y? —preguntó ella.

—Todos los sistemas están funcionando normalmente. Y ahora puedo ver la montaña en el radar.

Con el dedo índice, ingresó algo en la pantalla detrás de su módulo de control y luego levantó el pulgar.

—¿Podría uno de ustedes decirme qué está pasando? —intervino Eversman, perturbado.

—Bueno, perdiste el conocimiento cuando comenzamos a acercarnos a esta... montaña. Creemos que tiene algo que ver con un transmisor de interferencia que encontramos enterrado allí. Lo hemos dejado inoperativo —explicó Ágata con paciencia.

—Gracias. Ahora sé tanto como antes, o tal vez menos.

El soldado frunció el ceño y se hundió en su asiento en visible confusión.

—Estamos en la misma situación.

Dirigiéndose al italiano, Ágata preguntó:

—Pano, ¿puedes distinguir alguna abertura en algún lugar?

—No con los sensores. Hay un par de binoculares en la guantera. Tal vez puedas ver algo con realce de luz residual.

Hizo un gesto vago hacia el tablero de instrumentos frente a ella.

Ella abrió la tapa de plástico y sacó los pesados binoculares electrónicos. Amplificó con aumento digital y buscó en la base de la pirámide, que parecía teñida de verde y ligeramente pixelada por la mejora de la luz residual. Examinó de arriba abajo la tosca superficie en busca de algún punto negro revelador. Encontró uno, justo en medio de la pirámide al nivel del suelo mezclado con la blancura del hielo. Un agujero, probablemente del tamaño de un pequeño coche.

—Allí —anunció Ágata, señalando a través del parabrisas en línea recta—. Justo en el centro. Dirígete al centro.

—Allá voy. Solo unos dos kilómetros hasta.... —Pano no terminó su frase, porque fue interrumpido por un fuerte traqueteo, y luego el aerodeslizador se detuvo abruptamente. El frenado fue tan repentino que solo fueron retenidos por sus cinturones de seguridad.

—¡Joder! ¿Qué fue eso? —gimió Ágata, frotándose la clavícula por el dolor—. ¿Se apagó el motor?

—Seguro que lo hizo. Ya no hay energía. Todas las pantallas están muertas —respondió Pano.

Presionó el botón de inicio, luego lo presionó unas cuantas veces más, pero el vehículo no emitió ningún sonido y las luces y las pantallas no dieron señales de vida.

—¿Qué narices? ¿Tenemos un sobrecalentamiento?

—Tal vez pasamos por encima de algo —sugirió Eversman desde el asiento trasero.

Ágata resopló un poco más fuerte de lo que pretendía.

—Es un aerodeslizador. Estamos encima de un colchón de aire gigante. Si estuviéramos a punto de chocar con algo, uno de los sensores de colisión se habría activado, y si hubiéramos pasado por

encima, el colchón se habría desgarrado.

Volvió a bajarse el pasamontañas y se puso el casco.

—Vamos a echar un vistazo.

Abrió la puerta y bajó por la escalera hasta el hielo. Tuvo que sujetar con fuerza el cuello de su chaqueta térmica alrededor de su cuello, escondiendo su boca detrás de la piel. Luego caminó por el costado del vehículo buscando... ¿qué? Ni siquiera estaba segura. Por su flanco, todo era normal, y tampoco se veía nada en la parte trasera.

—¡Ágata! —escuchó la voz de Pano llamar al viento—. Será mejor que vengas a ver esto.

Se dio la vuelta rápidamente y corrió hacia el otro lado del aerodeslizador, donde vio a su compañero enmarcado en la oscuridad que se aproximaba, de pie en la parte delantera del aerodeslizador y apuntando con su linterna a un agujero del tamaño de un puño en el costado del vehículo, justo encima del colchón inflado que descansaba sobre el hielo.

El metal alrededor del agujero se había partido y doblado hacia adentro. La luz de la linterna viajó un metro completo dentro del cuerpo hasta la batería, de la cual se elevaba un humo azulado. Había un fuerte olor a plástico y ozono.

—¡Es un maldito agujero de bala! —escupió, tocando el metal humeante del casco exterior con una mano enguantada. Podía sentir que estaba caliente, incluso a través de los gruesos guantes.

Levantándose lentamente, se dio la vuelta y miró incómodamente a su alrededor a través del interminable paisaje de hielo que desaparecía rápidamente en la oscuridad que se extendía.

—¿No crees que deberíamos ponernos a cubierto? —preguntó Pano sombríamente, pero Ágata no parecía preocupada.

—Dondequiera que esté el tirador, nos tiene en la mira ahora mismo. Si hubiera querido matarnos, habría disparado al parabrisas, para hacerlo rápido. Justo ahí —dijo, señalando detrás de ella sin apartar los ojos del oscuro horizonte, como si un movimiento en falso pudiera hacer que la mataran—, fue un disparo de una bala perforante calibre .50. Ya sabes, un arma antitanque.

—¿Entonces alguien quiere que nos demos la vuelta?

—Y parecen bastante insistentes al respecto. Supongo que será mejor que también entiendan que no podemos hacer eso ahora porque han disparado a nuestro único medio de transporte —gruñó ante el frío punzante.

Ágata levantó los binoculares y escudriñó el oscuro horizonte, apretando los dientes con frustración, luego, de repente, se detuvo y miró a Pano.

—Si conectamos la batería de repuesto, podríamos encender la radio.

—Bueno, cuando se enciendan las luces, estoy seguro de que tendremos un segundo disparo, y esta vez probablemente no solo en la batería —puntualizó Pano con una mirada preocupada.

—¿Tienes una idea mejor?

—No.

—De acuerdo, entonces.

Le arrojó los binoculares, que él atrapó en el último segundo, y volvió a subir a la cabina, agarrándose con fuerza en cada peldaño.

—Oye, Eversman —dijo, volviéndose hacia el sargento mientras cerraba la puerta—. ¿Sabes cómo conectar la batería de repuesto?

—Por supuesto que sí —le aseguró el soldado asintiendo—. Para hacer eso, debes abrir el capó delantero para poder llegar al motor.

—¿No puedes hacerlo desde aquí?

Eversman negó con la cabeza.

—No. La cabina del conductor está bastante aislada, a causa del frío y todo eso.

—¡Mierda! Si el tirador me ve arrastrando una batería de repuesto, también le disparará a esa.

—¿Tirador? —preguntó el sargento, repentinamente alarmado y alcanzando instintivamente su carabina.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Ágata, tratando de calmarlo—. Hay un francotirador en alguna parte, y le disparó a la batería.

—Puedo salir y tratar de ocuparme de él. ¿Lo viste?

—No, y apuesto a que si saltas con un arma, será lo último que hagas.

—Podríamos probar con la radio. Parece que no quería matarnos, solo hacer que nos detuviéramos —sugirió Eversman, y Ágata sonrió con tristeza.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando. Pero necesitamos algo de energía para encender la radio.

—Si puede vernos, tal vez podamos dejarle en claro, o a ellos si hay más de uno por ahí, que estamos tratando de conectar la batería para que la radio funcione.

Pano había regresado mientras hablaban y estaba sentado en el asiento del pasajero mirando nerviosamente por el parabrisas.

—Pero si querían hablar con nosotros, ¿por qué no nos llamaron por radio en lugar de mandar nuestro motor al infierno? —preguntó.

—Vamos a averiguarlo —dijo Ágata sucintamente, abrió la puerta y luego bajó la escalera de nuevo. Cuando llegó al frente del aerodeslizador, agitó ambos brazos y luego se quitó el guante derecho para hacer la señal internacional de “llamada telefónica” con la mano derecha en el costado de la cabeza. Con la otra mano, que parecía un bulto sin forma en el pesado guante, señaló vagamente delante de ella y luego a su boca.

—Baja con la batería, Eversman, y conéctala —gritó tan fuerte como pudo a causa del viento, el esfuerzo de gritar ayudó a alejar el pensamiento de que en cualquier momento podría sentir un dolor punzante que la atravesaba para lanzarla al suelo.

"¿Cómo sabemos que el tirador querrá hablar?" se preguntó a sí misma. "Bueno, si dispara a la batería de reemplazo tendremos nuestra respuesta" pensó, apretando los dientes como si eso pudiera prepararla para la bala que sin duda estaba apuntando hacia ella en este momento. Casi podía sentirla desgarrando su cuerpo ya.

El sargento bajaba lentamente por la puerta, arrastrando consigo una de las baterías. La arrojó a la nieve y luego saltó tras ella. Al caer al suelo, miró a su alrededor y luego arrastró la gran y pesada batería, del tamaño de un cojín de asiento, hacia el frente, donde abrió la cubierta del motor.

Ágata contó cada segundo que pasaba sin que un tiro de castigo atravesara el aire nocturno, con la esperanza de que Eversman también supiera lo valioso que era cada segundo y pudiera hacerlo lo más rápido posible.

—Hazlo rápido —le instó en voz alta, sin apartar los ojos de la pirámide, cuyo contorno apenas era visible ahora. No quería pensar en cómo sería estar aquí en la oscuridad sin ninguna fuente de luz. Sin puntos de referencia, ni siquiera encontrarían la pirámide, aunque estaba a menos de dos kilómetros de distancia.

—Trabajo tan rápido como puedo —se quejó el sargento detrás de ella, y decía la vedad.

Escuchó un chillido metálico que apenas llegó a sus oídos antes de que se lo llevara el viento.

Pano apareció junto a ella con las manos en el aire, como si se estuviera rindiendo.

—Nada tan malo como saber que hay alguien ahí afuera apuntándote con un anti tanques —refunfuñó.

—Podría ser peor.

—Ah, ¿de verdad? ¿Cómo?

—Podría ser más de un francotirador.

Pano se volvió hacia ella y le dedicó una sonrisa atribulada.

—Me gustabas más cuando no hacías bromas.

—No era una broma —le aseguró, y asintió hacia la oscuridad—. Cualquiera que pueda enterrar un sistema avanzado de interferencia remota aquí, y que reciba visitas de helicópteros de transporte, no tendrá un comité de bienvenida de uno solo. Van a tener un equipo completo.

—¿Y qué? Parece que uno es suficiente para inmovilizarnos.

—Ajá. Por un minuto pensé que podíamos esperar hasta que oscureciera, pero estoy segura de que están usando infrarrojos o

ultrasonidos, que nosotros no tenemos.

—¡Terminé! —gritó Eversman, un instante antes de que los reflectores iluminaran sus espaldas y se extendieran frente a ellos como una alfombra que se despliega.

—Y, ¿qué vas a decir? —preguntó Pano, con los brazos levantados.

—Voy a empezar con "por favor, no hay necesidad de disparar".

Ágata se volvió y, con pasos lentos y deliberados, llegó a la escalera. Antes de tocarla, volvió a hacer la señal de llamada telefónica y señaló la cabina. Luego subió y se dejó caer en el asiento del conductor. Agarró la radio de encima de su cabeza y esperó hasta que Pano y el sargento la siguieron, entraron y cerraron las puertas detrás de ellos.

—Muy bien, aquí va —dijo, y presionó el botón para el escaneo automático de frecuencia, que envió una solicitud automática de contacto hasta que alguien o algo la captara.

No pasó nada excepto que la estática llenó la cabina. En el espacio cerrado, sonaba más fuerte y siniestra de lo que era.

Ágata hizo una mueca, luego presionó el botón Transmitir mientras se llevaba el micrófono del tamaño de un puño a la boca.

—Esta es la agente especial Ágata Devenworth del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, División Antiterrorismo. Mis superiores han sido informados de mi ubicación. Si no informo en los próximos treinta minutos, esto se llenará de agentes. Por lo tanto, le sugiero que hable conmigo.

—¿Te estás tirando un farol? —preguntó Pano sorprendido, cuando quitó el pulgar del botón de transmisión.

El rostro de Ágata estaba sombrío mientras esperaba una respuesta.

—Vale la pena intentarlo. Quiero decir, no tengo nada más.

—¡Mirad! —los interrumpió el sargento, metiendo su brazo entre ellos y señalando hacia adelante. Los últimos destellos de la luz del día desaparecieron más allá del horizonte, y el mundo se oscureció en un instante.

—Genial —murmuró Pano. Simultáneamente, el altavoz rugió con estática y luego silencio.

—Salid del vehículo, dejad todos los artículos adentro y os quiero boca abajo en el suelo. Después, poned vuestras manos detrás de la cabeza y esperad hasta que os recojamos —ordenó una voz monótona a través de la radio, hablando sin emoción y con tanta precisión que Ágata se estremeció. Por el sonido, el hombre de la radio estaba listo para acabar con ellos, y lo haría sin dudarlo y sin remordimiento.

—¿Con quién estoy hablando? —dijo Ágata en la radio.

—Salid del vehículo, dejad todos los artículos adentro y os quiero boca abajo en el suelo. Después, poned vuestras manos detrás de la cabeza y esperad hasta que os recojamos —repitió la voz—. ¡Esta es la

última advertencia!

Luego un estallido de estática, y después se perdió la frecuencia.

Ágata y Pano se miraron y asintieron.

—Parece que no tenemos otra opción —dijo Pano.

—Ajá —se quejó Ágata, y luego suspiró, hinchando sus mejillas—. Detesto no tenerla. Muy bien, ¿qué estamos esperando? Salgamos.

—Se suponía que íbamos a resolver una desaparición, no a desaparecer nosotros.

—¿Y nuestras armas? Las llevaremos, ¿verdad? —preguntó Eversman.

—¡No! —respondieron al mismo tiempo Ágata y Pano y luego volvieron a mirarse.

Sin más palabra, sacaron sus pistolas de sus fundas debajo de los trajes de nieve y las colocaron, lentamente, en el panel de control donde podían verse desde afuera. Luego abrieron las puertas, bajaron y se dirigieron hasta el sitio iluminado por los faros del aerodeslizador, donde la pequeña batería de reserva seguía unida a un cable que desaparecía en el agujero del motor.

Cuando los tres estuvieron ahí y se pusieron de rodillas; un solo disparo silbó a través de la oscuridad, hubo un estallido y las luces se apagaron de nuevo. Todo quedó completamente oscuro.

—¿Alguien está herido? —preguntó Ágata mientras se acostaba boca abajo, tensando el cuello para que su nariz no tocara el hielo.

—Negativo —respondió la voz de Eversman.

—No —dijo Pano. Ambos sonaban muy lejanos, aunque sabía que debían estar justo a su lado. *Debe ser el viento*, pensó, y esperó.

Durante algún tiempo no pasó nada, y todo estuvo terriblemente silencioso. Cada sonido que no era absorbido por la voraz oscuridad era arrancado y llevado por el aullido del viento que barría sin piedad sobre ellos e impregnaba el frío más y más en sus ropas.

Cuando de repente fue agarrada por varias manos, sucedió tan rápido que gritó de terror antes de que alguien le pusiera algo en la cabeza y la pusiera de pie bruscamente.

—¡Oye! —protestó en voz alta, luchando por resistir las poderosas manos. La agarraron con tanta fuerza que sintió que los dedos casi le perforaban los huesos.

Nadie habló mientras la arrastraban en una dirección desconocida.

—¿Pano? ¿Puedes oírme?

Respondió con un gemido ahogado:

—Sí, estoy aquí.

Parecía que también le habían puesto un saco sobre el casco y la cabeza, pero se escuchaba cerca. El aire se estaba volviendo muy desagradable, congestionado por su propia respiración.

—Silencio —dijo una voz flemática, y Ágata dedujo que era la

misma que había hablado en la radio.

Frenéticamente, trató de estimar cuánto tiempo había pasado entre el disparo a la batería de reserva y el momento en que los atraparon. ¿Un minuto? ¿Quizás dos?

De cualquier manera, fue tan rápido que tuvo que preguntarse cómo era que el tirador, y el equipo que evidentemente lo respaldaba, habían estado tan cerca sin que ella o Pano los vieran.

—¿Quién eres? ¿Sabes cuál es la sanción por... ? ¡Aaaah! —gritó cuando recibió un golpe violento en la zona del riñón. Era tan duro, y el dolor tan irritante, que necesitó toda su fuerza de voluntad para evitar orinarse.

—Dije: ¡silencio! —repitió la voz apática, y Ágata obedeció.

Sintió la necesidad de gemir y enroscarse en un ovillo mientras una ola tras otra de dolor abrasador emanaba de la parte baja de su espalda y se expandía incontrolablemente por todo su cuerpo. Pero ni siquiera podía hacer eso, porque estaba siendo arrastrada implacablemente mientras el viento tiraba violentamente del saco sobre su cabeza. Unas cuantas veces, la fina tela se le quedó atrapada entre los labios agrietados y se humedeció. Creyó estar babeando, pero no tenía certeza porque todo su mundo no era más que dolor.

Tomó aire y trató, sin éxito, de concentrarse en ocultar lo mucho que le dolía. Después de lo que pareció una eternidad, se dio cuenta de que el viento se había detenido y luego el frío desapareció repentinamente como si se hubiera accionado un interruptor. Todo estaba en silencio excepto por el eco de las botas. Escuchó maquinaria zumbando en alguna parte, y olió moho y ozono, una combinación extraña.

¿Dónde habremos ido a parar?

FILIO AMOROSA, 2042

Filio siguió a Karlhammer en un silencio atónito a través de la oscuridad que provocaba claustrofobia en los pasillos del edificio en el que se encontraban. No pudo pronunciar una sola palabra mientras luchaba por digerir lo que le acababan de revelar. Todo era demasiado increíble para ser verdad. ¿Los Hijos de Terra tenían razón, y su teoría de la conspiración sobre un extraterrestre que maneja los hilos de la humanidad era correcta? ¿Y Karlhammer los estaba financiando? Lo que significaba que él fue indirecta, o tal vez muy directamente, responsable del ataque a *Mars Two*. Y eso significaría que había enviado a los hombres y mujeres que acabaron con su nuevo equipo y casi la mataron a sangre fría. Eso significaría que acababa de firmar con el hombre más peligroso y asesino del planeta.

Y ya me dijo que no había vuelta atrás, recordó, frotándose las manos sudorosas mientras estos pensamientos daban vueltas en su cabeza.

Un asesino y terrorista... excepto... excepto que... tiene razón. Pero, ¿cómo podría ser él? ¿Cómo pudimos haber traído un extraterrestre a la Tierra? Filio solo pudo negar con la cabeza cuando entraron en una habitación donde hombres y mujeres con uniformes rojos sin adornos estaban trabajando en pantallas de pared, todos ellos con gafas de datos de última generación, completamente absortos en sus gestos silenciosos. En las pantallas vio filas interminables de números y diagramas que se desplazaban en un alboroto confuso y desconcertante. No podía entenderlos, y solo podía imaginar que eran significativos en combinación con lo que se mostraba en el espacio de realidad aumentada de las gafas de datos.

Cuando giraron a la derecha para ir por otro pasillo, Karlhammer se detuvo tan abruptamente que casi tropieza con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Filio.

—Posiblemente nada —dijo después de una breve pausa, y luego siguió adelante sin darse la vuelta.

Como claramente no quería hablar de eso, ella permaneció en silencio y lo siguió mientras aceleraba, giraba a la izquierda dos veces y finalmente irrumpía en una gran habitación. Era gigantesca, tal vez tan grande como un campo de fútbol, y el techo era una concha arqueada muy por encima de ellos. Las paredes estaban cubiertas con paneles transparentes, lo que le daba la sensación de estar en un

invernadero.

El suelo también estaba cubierto con paneles transparentes, y en el medio había cuatro áreas separadas llenas de escritorios, bancos de trabajo y varios tipos de maquinaria. Tal vez un centenar de hombres y mujeres con los mismos uniformes rojos que había visto antes se apresuraban a trabajar aquí. El aire era claro, casi estéril, y zumbaba con conversaciones en murmullos y ruido de equipos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó con asombro. Karlhammer, que había seguido caminando, solo se detuvo y se dio la vuelta cuando notó que ella se había detenido.

—Investigación y desarrollo —respondió casualmente, y luego—, Oh... cierto.

La mirada de Filio se posó en cuatro personas en la parte trasera de la enorme sala. Sacaban un gran objeto parecido a un ataúd. Karlhammer, mientras tanto, había llegado al centro de la habitación y estaba de pie en un espacio vacío entre cuatro rejillas de metal altísimas de las que colgaba un laberinto de sensores y cables. Frente a él había seis figuras que vestían trajes blancos como la nieve cubiertos de hilos blancos que colgaban. Todos portaban armas largas al hombro, y en parejas sujetaban a otras tres personas que parecían tener las manos atadas a la espalda. Sus cabezas estaban cubiertas por bolsas negras, pero por su ropa, parecía que también eran soldados.

Filio estaba tan curiosa como alarmada. Se apresuró a alcanzar a Karlhammer.

—¿Quiénes son esas personas? —preguntó.

—Eso es algo que me gustaría mucho saber —dijo, tanto para sí mismo como para cualquier otra persona—. Bueno, capitán, ¿quiénes son?

Uno de los hombres con camuflaje de nieve se bajó el pasamontañas blanco hasta la barbilla, revelando un rostro severo y curtido con una nariz aguileña y labios estrechos.

—Parece que esta es la agente especial Ágata Devenworth de la Sección Antiterrorista —respondió con frialdad.

—*División Antiterrorismo* —corrigió una voz femenina desde debajo de la bolsa negra. El soldado sacó una varita Taser y estaba a punto de usarla.

Karlhammer lo detuvo con un gesto.

—¡Quitadles esas cosas de la cabeza! —ordenó.

El hombre al que Karlhammer acababa de llamar “capitán” se encogió de hombros e hizo un gesto a sus hombres. Quitaron las bolsas negras de las cabezas de las tres figuras arrodilladas, revelando a dos hombres y una mujer. Ella tenía el pelo largo y rubio, fibroso y enmarañado donde era visible por debajo del casco. Su rostro era atractivo pero acerado, y había un espíritu de lucha en sus ojos.

Arrodillado junto a ella había un hombre con barba de tres días y una mandíbula marcada. Tan pronto como le quitaron la bolsa, miró la habitación tratando de asimilarlo todo, y cuando vio a Karlhammer, sus ojos se desorbitaron. Parecía tener unos cuarenta años, como la mujer a su lado.

La tercera figura, un hombre, era notablemente más joven y se veía pálido, como si no hubiera dormido en mucho tiempo. Sus ojos fueron primero a Filio y luego a Karlhammer, pero si estaba sorprendido no lo demostró.

—No… esto no puede ser real —balbuceó Pano, mirando al sudafricano como si fuera la Octava Maravilla del Mundo.

—Oh, puedo asegurar que soy muy real y estoy verdaderamente aquí —dijo, mostrando una sonrisa gélida—. Pero desafortunadamente, me tenéis en desventaja. ¿Quizás podríais ayudar a un anciano y decirme quiénes sois?

—Soy la agente especial Ágata Devenworth, de la División Antiterrorismo de los Estados Unidos —dijo, lanzando una mirada enfadada al hombre que hace un momento estaba a punto de electrocutarla, y luego se volvió hacia Karlhammer—. Este es el Capitano Pano Hofer, y ese es el Sargento Eversman del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos.

—Hmm —reflexionó el hombre mayor, frotándose la barbilla pensativamente, y luego dijo de nuevo—, Hmm.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Ágata sin rodeos.

—Eso es exactamente lo que estaba a punto de preguntarle —respondió Karlhammer, haciendo una pausa en sus movimientos para cruzar los brazos sobre el pecho—. Después de todo, fue usted quien irrumpió en mi casa. Capitán, ¿dónde encontró a nuestros invitados?

—Justo al borde del perímetro de seguridad. Vinieron en un aerodeslizador. Uno de los de McMurdo —respondió el hombre impávido.

—Ah —dijo Karlhammer, y volvió a mirar a Ágata—. Entonces, ¿qué es lo que están haciendo aquí?

—No le gustaría saberlo.

—Pues sí, me gustaría.

—Bueno, se lo diré —respondió Ágata. Respiró hondo antes de continuar—. Se lo diré cuando me haya explicado qué narices está haciendo en una pirámide en la Antártida y dónde está Dan Jackson —replicó. Volvió a respirar profundamente—. Entonces, tal vez, se lo diga.

Con los brazos aún cruzados, Karlhammer se palpó la sien derecha con el dedo índice a un ritmo constante y sonrió a los tres recién llegados.

—¿Los registraste? —le preguntó al capitán, quien asintió.

—Sin armas, sin virus.

—¿Virus? —Pano y Ágata preguntaron al mismo tiempo.

Karlhammer no les prestó atención y, en vez de eso, miró al sargento Eversman.

—Este es un soldado. —Su mirada volvió a los dos agentes—. Pero estos dos son oficiales de inteligencia. Explíqueme eso.

—Básicamente, nos trajo aquí.

—Entiendo. Capitán, por favor acompañe al joven infante de marina a una de nuestras... habitaciones de huéspedes.

Mientras levantaban a Eversman y lo sacaban a rastras, Karlhammer miraba intensamente a Ágata y Pano, como si intentara medir su reacción. Pero solo le devolvieron la mirada. Después de que este concurso de miradas se prolongara durante un rato, Karlhammer asintió, como si acabara de entender algo.

—Entonces, estuvieron en McMurdo —comenzó—. ¿Qué paso ahí? No hemos tenido ningún contacto por radio con ellos desde ayer, y el helicóptero que envié aún no ha regresado. ¿Están teniendo otro problema de energía?

—Díganos lo que queremos saber, luego le diremos lo que quiere saber —respondió Ágata en un tono frío y mesurado.

Esa sonrisa siniestra de nuevo, con una ligera mueca en las comisuras de su boca.

—Muy bien. Desafortunadamente, debo informarles que no podrán abandonar este lugar durante al menos una semana, tal vez más, y debo colocarles dispositivos de rastreo.

Cuando Ágata abrió la boca para responder, él la hizo callar levantando la mano.

—Me temo que no es negociable. Considérelo su primer gesto para enmendar el haber irrumpido en mi casa.

—¡Ay! —gritó Pano enfadado, mientras uno de los soldados sostenía un dispositivo similar a una pistola en su cuello y apretaba el gatillo. Hubo un breve silbido. Hicieron lo mismo con Ágata, pero ella solo hizo una mueca y le lanzó a Karlhammer una mirada fulminante.

—Bien —dijo Karlhammer, aparentemente satisfecho. Con un movimiento de su mano, les dio una señal a sus hombres armados que se movieron detrás de los dos agentes. Un momento después, sus manos estaban libres. Ambos se frotaron las muñecas mientras se ponían de pie.

—Muy bien, es su turno de darnos algunas respuestas —dijo Pano —. ¿Qué está haciendo aquí?

Filio no lograba ubicar su extraño acento. Su inglés sonaba un poco alemán, pero pronunciaba las R de una manera más española.

—Para explicar eso, tendré que llevarlos directamente a Dan Jackson —respondió Karlhammer, señalando el otro extremo de la

vasta caverna.

El personal uniformado de rojo que pululaba por la caverna parecía totalmente absorto en su trabajo, ignorándolos.

—Es por eso que están aquí, ¿verdad?

—Así es —respondió Ágata sin rodeos.

—Si puedo preguntar, ¿por qué, después de veinticuatro años, al fin envían a alguien a buscar a mi viejo amigo? —Karlhammer ahora miraba a la agente femenina con entusiasmo, y cuando dijo la palabra "amigo" sus ojos destellaron con un brillo extraño que Filio no supo cómo interpretar. ¿Quizás una punzada de arrepentimiento?

—Lléveme con él, y se lo diré. Ese era el trato, ¿no?

Karlhammer respondió con un rápido asentimiento e hizo un gesto para que lo siguieran.

Pasaron por varias estaciones de trabajo separadas por tabiques a la altura de un hombre. Mientras pasaba, Filio apenas podía ver las cabezas de las personas que trabajaban en ellas, y le hubiera encantado mirar por encima de las paredes y ver lo que estaban haciendo. Pero necesitaba respuestas, así que se obligó a seguir caminando sin causar problemas. Los dos agentes aparentemente creyeron lo mismo. *La estadounidense, en particular*, pensó Filio, *parecía extremadamente concentrada, incluso obsesionada*. Si había alguien que pudiera sacarle respuestas al hombre más poderoso del mundo, probablemente era ella.

—Y bien, ¿cómo es que está aquí, Doctora? —preguntó Ágata de repente—. ¿No debería estar de camino a Marte ahora mismo?

Filio no esperaba que la agente se dirigiera a ella, por lo que ni siquiera lo comprendió al principio. Cuando vio que la mujer la miraba, se sobresaltó y la miró confundida.

—¿Me reconoce?

—Por supuesto. Estuvo en todos los medios de comunicación la semana anterior al lanzamiento. Eso fue anteayer, ¿no? Estoy sorprendida de verla aquí.

Filio escudriñó el rostro afable de la agente en busca de una indicación de que podría estar haciendo algún tipo de broma maliciosa, pero no vio nada más que curiosidad genuina.

—Debe haber tomado un tiempo llegar aquí, ¿verdad?

—Sí —asintió Ágata—. ¿Por qué lo pregunta?

—Hubo un ataque terrorista al *Mars Two* —explicó Filio, y se dio cuenta de que su voz temblaba. Los recuerdos regresaron, y luchó para no dejar que se notara, pero aún eran tan frescos e intensos que no tuvo éxito.

—¿Qué? —preguntaron Ágata y Pano simultáneamente, ambos conmocionados.

—Sí. Los Hijos de Terra atacaron el sitio de lanzamiento con miles

de drones y tenían infiltrados entre los soldados que se suponía que debían protegernos.

—Malditos cerdos —gruñó Pano, y siguió con un torrente de palabrotas en alemán que, si Filio no hubiera pasado dos años de su vida en el mar, se habría sonrojado.

Ágata no habló, pero parecía igualmente afectada y solo podía mirar hacia atrás confundida.

—Sí. Yo... —Filio comenzaba a decir algo.

Karlhammer la interrumpió en voz alta.

—¡Casi llegamos!

Señaló un pasadizo brillantemente iluminado que, como el resto de la gran cámara, estaba revestido con placas transparentes, pero detrás de ellas las paredes parecían ser de piedra labrada con minuciosidad.

—Después de ustedes.

Ágata no confiaba en él, y la mirada que le dirigió a Karlhammer lo demostró. Pero se adelantó de todos modos, y Pano la siguió. Él se quedó allí un momento más y luego le hizo un gesto a Filio. Parecía que ella también estaba destinada a entrar. Él se encogió de hombros y entró tras los dos agentes, dejando atrás a Filio. Pero los dos soldados con los trajes de camuflaje para la nieve dejaron claro con movimientos cortos de sus ametralladoras que no había vuelta atrás para Filio, solo adelante.

ÁGATA DEVENWORTH, 2042

Ágata estaba de pie, con un dolor agudo pero negándose a reconocerlo, ante una gigantesca puerta de metal. Había estado orinando sangre desde el puñetazo en el riñón. La puerta parecía el acceso a una bóveda de un banco importante. En el centro exacto había un teclado, obviamente destinado a la entrada de un código, y encima había una especie de boquilla similar a un micrófono que sobresalía unos pocos centímetros de la superficie de la puerta. Arriba, había un LED en miniatura que brillaba en rojo.

—Permítanme —dijo Karlhammer detrás de ellos. Dio un paso adelante, tecleó una breve secuencia de números y colocó su boca sobre la boquilla para exhalar en ella. El LED cambió a verde y la puerta se abrió pesadamente hacia adentro.

Karlhammer se apartó y les indicó que continuaran. Ágata y Pano intercambiaron miradas y luego cruzaron la puerta y entraron en una gran habitación con un techo alto, revestida con paneles transparentes como la primera cámara que habían visto. En la pared izquierda había dos habitáculos RA en los que el personal uniformado estaba ocupado procesando datos invisibles con gestos rápidos. Ágata miró la habitación, pero cuando vio lo que había en el centro, se quedó helada. Dentro de un cubo de vidrio —estimó una longitud de cinco metros—, vio una figura gigante con piel color caramelo. Llevaba pantalones tácticos rojos y una camiseta ajustada.

A primera vista, Ágata pensó que era el hombre más grande del mundo, pero casi de inmediato notó algunas diferencias: piel de color caramelo, brazos que parecían demasiado largos, como los de un chimpancé, y una cara increíblemente larga con la nariz inclinada hacia abajo. Y luego estaban los grandes ojos de color negro azabache, que estaban enfocados en ella, a pesar de que estaba a unos diez metros del centro de la caja de cristal en la que se encontraba la figura. Tenía la sensación de que le estaban haciendo una radiografía.

—¿Qué… qué es eso…? —tartamudeó Pano, mientras a su lado Filio, la astronauta, jadeaba y se llevaba la mano a la boca.

—Esto, amigos míos, es un Constructor —explicó Karlhammer—. Aunque se refiere a sí mismo como Xinth.

—¿Un Constructor? —preguntó Ágata.

Estaba teniendo problemas para ordenar sus pensamientos y, mientras lo hacía, avanzó unos pasos con vacilación. La figura no se

movió, pero sus ojos seguían todos sus movimientos. Simplemente estaba allí, observándolos.

—Los Constructores fueron la civilización que Jackson menciona en su obra. Se suponía que vivieron millones de años antes de nuestra era.

—Eso es correcto.

—¿Es ese... es este el extraterrestre del que estaba hablando? —preguntó Filio.

Karlhammer negó con la cabeza.

—No. El Enemigo no está bajo nuestro control. Al menos no todavía. Técnicamente, Xinth no es un extraterrestre, porque nació en la Tierra, como usted y como yo. Solo que nació más de 60 millones de años antes que nosotros.

—Pero ¿cómo puede ser eso? —susurró Ágata, incapaz de apartar los ojos del gigante musculoso en la caja de cristal.

—Parece que Dan lo encontró en una especie de cámara de estasis a la que pudieron acceder algunas antiguas civilizaciones avanzadas.

Lo despertaban cada vez que necesitaban su ayuda.

—¿Su ayuda?

—Sí. Cumple más o menos todos los criterios de un dios, excepto que puedes verlo y tocarlo.

—¿Por qué está en esta caja de cristal? ¿Es su prisionero? —preguntó Pano.

Parecía que había visto un fantasma, y le había quitado todo el color de la cara.

—Oh, no, no es un prisionero —respondió Karlhammer, negando con la cabeza—. Las paredes de vidrio son para su protección. Cuando caminó por la Tierra, las condiciones atmosféricas eran bastante diferentes. Por ejemplo, el contenido de oxígeno del aire era mucho más alto, tan alto que nos mataría. Y nuestras condiciones de hoy lo matarían a él.

—No puedo creer lo que estoy viendo —confesó Ágata—. Esto es... No sé lo que se supone que debo decir.

—Dan Jackson tenía razón todo el tiempo —dijo Karlhammer en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo.

—¿Dónde está? —preguntó ella. En respuesta, el sudafricano señaló al Constructor.

—Dan ahora es parte de Xinth.

—Espere, ¿qué?

—El contacto con Xinth fue un proceso muy curioso —dijo una tercera voz, y Ágata se dio la vuelta para ver a la persona que había hablado viniendo hacia ellos desde una especie de panel de control instalado a la derecha. Ágata entrecerró los ojos. Sentía que conocía a esta persona de alguna parte, pero no podía decir exactamente de

dónde. Su cabello era completamente plateado, pero inmaculadamente peinado, y vestía un elegante traje a rayas que de alguna manera parecía fuera de lugar en este entorno.

—Creo que ya conoce a Peter Gould —preguntó Karlhammer, y por tercera vez en el día Ágata sofocó un grito y contuvo la respiración.

Por eso me resultaba familiar. Es mucho mayor que en las fotos de los archivos, pensó. Entonces preguntó con incredulidad:

—¿Es usted Peter Gould?

—Sí —respondió, tendiéndole la mano. Le pareció como si se encontrara con alguien en un sueño. Gould también estrechó cortésmente la mano de Pano y Filio.

—Tengo que confesar que creímos que había organizado el secuestro de Jackson.

Gould enarcó una ceja.

—Bueno, me complace poder informar que no fue así. Solo tuvimos que tomar ciertas precauciones para mantener este lugar en secreto. Al principio, por cuestiones económicas propias de la Fundación, claro, y después por... razones obvias. —Hizo un gesto hacia el Constructor, que seguía observando, esperando, inmóvil.

—¿Qué pasó? —preguntó Pano.

Gould miró a Karlhammer, quien asintió levemente, apenas perceptible.

—Jackson desapareció repentinamente, como si se hubiera desvanecido de la faz de la tierra. Lo buscamos durante casi dos días completos, pero no encontramos nada, solo su radio, tirada en la caverna principal, por la que acaban de pasar —explicó Gould—. Luego, al tercer día, apareció ante nosotros —dijo, con un movimiento de cabeza hacia Xinth. Después de que todos miraron, continuó—: Uno de los estudiantes entró en pánico y lo atacó con un cortador de plasma. Bueno, eso no terminó bien para el estudiante, os lo aseguro, pero fue mucho peor para todos nosotros.

—¿Qué quiere decir?

—Xinth mató al estudiante instantáneamente. Simplemente lo miró, y el estudiante se convirtió en una especie de... bueno, todos sus componentes biológicos se disolvieron en una especie de nube, que permaneció allí por unos momentos, como si hubiera tomado las partes de un modelo de barco y las hubiera arrojado al aire, y simplemente flotaran allí, rotando. Fue bastante aterrador, puedo asegurarlo. Y me atrevo a decir que le debemos nuestra supervivencia a mi... bueno, llamémoslo mi naturaleza no combativa, en lo que respecta a eso. Otra estudiante llamada Dana y yo estábamos allí y lo vimos suceder, e inmediatamente nos arrodillamos en señal de rendición y levantamos los brazos, cuando de repente nos habló. Sabía

nuestros nombres y todo sobre la expedición.

—¿Y Jackson?

—Bueno, parece que Jackson fue quien encontró a Xinth. Pero se había caído en la antecámara y yacía agonizante. Su cuerpo fue destruido por la saturación de oxígeno, y Xinth... bueno, como él lo describió, lo asimiló. —Gould no parecía muy cómodo con la palabra.

—Todos los milagros tecnológicos —dijo Ágata, sin apartar los ojos del Constructor—, los aprendió de él, ¿no es así?

—Sí —admitió Karlhammer sin rodeos.

Aún no podía creer que todo esto fuera real. Parecía demasiado fantástico. ¿Un antiguo antepasado de la humanidad, en una pirámide en la Antártida, transmitiendo nuevas tecnologías al tecnócrata más poderoso de la Tierra? ¿Cómo podría ser cierto?

—Ahora, agente Devenworth —dijo Karlhammer, adoptando un tono más serio mientras se dirigía a ella—, he cumplido mi palabra y la he traído ante Dan Jackson, tal como es. Ahora es el momento de que cumpla con su parte del trato. Dígame cómo nos encontró y por qué vino a McMurdo.

—Solo una cosa más —respondió, y dio dos pasos hacia adelante hasta que estuvo de pie justo en frente del vidrio y miró hacia el imponente Constructor, quien también avanzó un paso. De no haber sido por la pared de cristal que los separaba, podría haber extendido sus largos brazos para tocarla. Frente a él, se sentía pequeña y frágil.

—¿Puedo hablar con él?

Gould intervino antes de que Karlhammer pudiera responder.

—Pero por supuesto que puede. Hay una conexión de altavoz y micrófono entre nosotros. Ha escuchado todo lo que hemos dicho todo este tiempo.

Ágata se lamió los labios secos y agrietados antes de hablar.

—Hola —dijo, sin saber qué más decir, y sintiéndose bastante estúpida tan pronto como lo dijo.

—Te saludo, agente Devenworth —habló una voz de bajo profundo, y las palabras parecieron reverberar hasta el infinito. Los labios oscuros del Constructor apenas se movieron, pero no había duda de que las palabras venían de él.

—¿Ya me conoces?

—Te presentaste en la Caverna Uno, y estoy conectado a todos los sistemas de supervisión en esta instalación.

—¿Tu nombre es Xinth?

—Es mi primer nombre.

—¿Tu primer nombre?

—A lo largo de los siglos, la humanidad me ha dado muchos nombres. Una vez, la gente de tu sistema de creencias me llamó Caín —retumbó la voz del ser. Era tan poderosa que Ágata se sentía más

pequeña con cada palabra.

—¿Caín? ¿Te refieres al Caín que mató a su hermano Abel? —preguntó, lanzando una mirada nerviosa por encima del hombro a Pano, quien estaba de pie junto a Filio. Ambos miraban, boquiabiertos, lo que pasaba frente a ellos.

—Sí. No maté a mi hermano, lo desterré. Pero el registro histórico de la nueva humanidad es... imperfecto.

—¿Por qué nos ayudas? Todas las tecnologías para proteger el clima de la Tierra, todos los avances en medicina, provienen de ti, ¿no es así? —preguntó ella.

—Porque sois dignos.

—El sistema de lotería —agregó Karlhammer, acercándose a ella —. Así fue como le demostré que los humanos podemos, con ciertos medios, compensar nuestras debilidades con el bien que hay en nosotros. Cuando hice eso, nos mostró las soluciones tecnológicas más fantásticas.

—¿Y Dan Jackson? ¿Qué has hecho con él? —le preguntó Ágata a Xinth, volviéndose para mirarlo. No podía interpretar sus ojos de color negro intenso sin iris o pupila visibles.

—No eres capaz de comprender el proceso por completo —bramó, y por primera vez se movió para abrir su mano derecha. El movimiento fue fluido, casi meditativo. Ágata no pudo evitar la sensación de que la forma en que el Constructor le hablaba era amable, pero claramente condescendiente, como un padre que habla con un niño en términos deliberadamente infantiles—. Es verdad que su... ser fue absorbido por mí. Sin embargo, su cuerpo físico ya no existe.

—Muy bien —dijo Karlhammer—. ¿Ha escuchado ya lo suficiente? Porque debo saber qué…

Ágata levantó una mano.

—¿Por qué eligió este lugar para su base? —le preguntó al sudafricano—. ¿Y qué es exactamente lo que está haciendo aquí? ¿Por qué no se lo llevó a otro lugar?

—Con la ayuda de Xinth, estamos desarrollando un sistema de transporte que nos llevará a Marte. Eso está sucediendo unos niveles por debajo de este. Está casi listo, y tan pronto como lo esté, la Doctora Amorosa —dijo, señalando a Filio, quien estaba estupefacta por el Constructor—, dirigirá el equipo que hará el viaje.

—¿Para hacer qué, exactamente?

—Para recuperar la evidencia de la existencia del Enemigo y destruir el Obelisco.

—¿El Obelisco?

Filio gritó y se apresuró a pararse junto a Karlhammer.

—¿Se refiere al monolito de Marte?

—Sí. Usted misma estuvo allí —explicó, y Filio palideció.

—Tú lo trajiste aquí. Lo liberaste de su destierro —vociferó el Constructor. La voz penetrante no dio señales de si había alguna emoción detrás de este pronunciamiento.

—Pero... Yo... No lo recuerdo —dijo Filio.

Parecía confundida, y sus ojos parecían estar enfocados en algo muy lejano.

—Eso es porque te está haciendo olvidar. Es un maestro del engaño.

—¿De quién estamos hablando? —preguntó Ágata—. No estarán hablando del Enemigo al que los Hijos de Terra siempre mencionan, ¿verdad?

—Sí, agente Devenworth —respondió el Constructor, mirándola desde arriba—. Tus antepasados lo conocían como Abel por los registros que dejé, pero entendieron mal la historia. Fui yo quien lo desterró a su tumba eterna en el planeta hermano, y por lo tanto yo quien le ocasionó la muerte. Bajo mi eterna vigilancia, nunca más volvería a ser un peligro para Tsanth.

—¿Tsanth?

—La Tierra —tradujo Karlhammer.

Luego agarró a Ágata por los hombros para girarla hacia él y la miró directamente a los ojos con insistencia.

—¡Escuche! Necesito que me diga ahora mismo cómo llegó aquí y qué pasó en McMurdo, ¿entendido?

Ágata respiró hondo y asintió.

—Estábamos siguiendo el rastro desde una pequeña pista de aterrizaje privada en Sudáfrica...

—¿Malmesbury? —la interrumpió Karlhammer con el ceño fruncido—. ¿Por qué los dejaron llegar tan lejos?

—Bueno, si se refieres a la policía y a los agentes de inteligencia que intentaron secuestrarnos en su nombre: fueron eliminados. Por un desconocido. Un francotirador.

El ceño fruncido de Karlhammer se convirtió en sorpresa, y había una nueva expresión en su rostro que Ágata no pudo interpretar de inmediato.

—Luego volamos directamente a McMurdo porque nos enteramos de que aparentemente Jackson había viajado a Hobart. Y no hay nada de interés allí excepto barcos de transporte para expediciones antárticas —continuó—. Cuando aterrizamos en McMurdo...

Intercambió una mirada con Pano.

—Bueno, no sé cómo explicarlo. No había nadie allí. Más tarde, a un par de horas de la estación, encontramos muchos cuerpos. Suponemos que eran el personal.

—¿Estaban muertos? —preguntó Karlhammer, alarmado.

Ella notó que el destello que vio en sus ojos expresaba preocupación, tal vez incluso miedo, y eso la puso muy nerviosa.

—Sí. Lo lamento.

—¿Los siguieron?

—¿Desde Sudáfrica?

Karlhammer asintió.

—No —Ágata negó con la cabeza—. Íbamos en un avión militar, solo con los dos pilotos, yo, mi compañero y el sargento Eversman.

—¿Está segura?

—Bueno, no revisé la cabina o la bodega de carga, pero...

—¿Pasó algo más en el vuelo o en McMurdo? —Karlhammer la presionó e intercambió una mirada con el Constructor, que aún los miraba impasible desde arriba—. ¿Algo extraño?

—Bueno, ya que pregunta, hubo un momento durante el vuelo en el que perdimos el contacto por radio con la cabina, pero fue solo una interferencia temporal. Sin embargo, lo extraño fue que después de que salimos a la pista en McMurdo, aparentemente tuvimos algún tipo de desmayo. Hofer y yo descubrimos que habíamos perdido unas seis horas que no podíamos recordar.

Karlhammer ahora estaba agitado y la miraba con insistencia.

—Cuando llegaron aquí, ¿qué otra cosa pasó?

—Nos topamos con su campo de interferencia. Tuvimos suerte de darnos cuenta de lo que era, y no asumimos que el aerodeslizador se había averiado. Da la casualidad de que Pano usa un audífono anticuado porque es sordo del oído izquierdo.

—Gracias a Dios —suspiró Karlhammer—. El campo sigue intacto...

—Bueno, sobre eso… Me temo que desactivamos uno de los nodos de bloqueo —confesó Ágata.

Karlhammer se puso rígido de inmediato.

—¿Qué... ha … dicho?

El color desapareció de su rostro. Era la primera vez que lo había visto temeroso y sin control.

—Bueno, no podíamos ir más lejos, porque el campo también parecía dejar fuera de combate al sargento Eversman, al igual que a los dos pilotos. Ellos...

Karlhammer ya no escuchaba.

—Rogers —llamó a uno de los soldados que los había escoltado—. Alerta roja. Cierra toda la instalación y asegúrate de que no entre nada.

El soldado asintió, pero antes de que pudiera moverse, el suelo bajo sus pies tembló levemente y una alarma dolorosamente potente comenzó a escucharse en toda la instalación. Las luces se atenuaron automáticamente y las luces de emergencia bañaron toda el área en

un rojo amenazador.

—Demasiado tarde —jadeó Gould—. Él ya está aquí.

EL INTRUSO, 2042

El hombre del traje negro aún tenía un leve dolor de cabeza. La vulneración en el campo de interferencia que habían creado los dos agentes le había permitido entrar, pero no lo había dejado completamente ileso.

De pie frente a la entrada de la pirámide, cerró los ojos y vio en su mente cómo el sargento Eversman estaba matando a los dos guardias que lo escoltaban y luego corría por las instalaciones.

Con impulsos precisos, el hombre del traje negro lo guio por dos pasillos. En el camino tuvo que matar a una mujer con un uniforme rojo que le bloqueó el paso al mirarlo en estado de shock. Luego había llegado al largo pozo de acceso, ocupado por otros cuatro soldados que estaban sentados alrededor de una mesa jugando a las cartas.

El hombre del traje negro esperó el momento exacto para empujar el dedo contra la enorme puerta compuesta de acero que lo mantenía en el frío. No pudo atravesarla, pero el material se dobló contra la fuerza de su voluntad y gimió tan fuerte que todos los hombres de abajo levantaron la vista. Fue en ese momento exacto cuando Eversman estuvo en posición de descolgar uno de los rifles automáticos de las abrazaderas a lo largo de la pared para derribar a los cuatro hombres con una ráfaga de fuego. Luego agarró un cinturón de granadas, se subió al pesado montacargas que corría en diagonal hacia arriba y se dirigió a la parte superior del pozo.

Tardó medio minuto en llegar a la puerta que los separaba. Ahora el hombre del traje negro se apartó unos pasos. En el interior de la puerta, Eversman quitó los pasadores de todas las granadas y se inmoló.

El suelo tembló ligeramente y las rocas cayeron sobre el hielo que lo rodeaba. Sorprendentemente, la puerta aguantó; en lugar de salir volando de sus goznes, se había doblado hacia afuera, más que suficiente para que el hombre del traje negro la agarrara y la liberara por completo con un violento tirón.

—Bueno, hagamos esto, ¿de acuerdo? —se dijo a sí mismo con una sonrisa, y echó a andar por el pozo, sobre los montones de escombros y los restos dispersos del sargento Eversman.

FILIO AMOROSA, 2042

Filio escuchó el crepitar de los disparos y los gritos de los moribundos, y nada de eso se escuchaba tan lejos como le hubiera gustado.

—Habla Karlhammer —dijo el director de la Fundación Humana, hablando en voz alta a un pequeño dispositivo en su muñeca—. Plan de Evacuación Delta. Repito. ¡Plan de Evacuación Delta! Todo el personal civil a los niveles inferiores de inmediato. ¡Personal de seguridad a la sala del trono!

—¿El Enemigo está aquí? —Peter Gould seguía tartamudeando y mirando a su alrededor presa del pánico, como si las mismas paredes pudieran tragárselo en cualquier momento.

—Siento su presencia —masculló Xinth, y la figura gigante del Constructor ladeó un poco la cabeza, como si estuviera notando algo muy interesante—. Es... extraño.

—Ocupad vuestras posiciones —ordenó Karlhammer a los dos soldados, y corrieron hacia los lados de la vitrina, luego se arrodillaron y apuntaron sus ametralladoras hacia las puertas blindadas por las que habían entrado Filio y los demás.

—Nos vendrían bien algunas armas —comentó Pano.

Karlhammer puso los ojos en blanco e hizo un gesto de impaciencia a sus agentes de seguridad, quienes sacaron pistolas y se las arrojaron a los dos agentes.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Ágata.

Filio pensó que la agente parecía asombrosamente tranquila, aunque sus ojos miraban a todas partes y a ninguna en todo momento.

—Cualquier cosa. El Enemigo tiene exactamente un objetivo: matar a Xinth, porque es el único que se interpone entre él y su plan.

—¿Cuál es su plan?

—No lo sabemos. Ni siquiera Xinth lo sabe con certeza. Lo que sí sabemos es que creó una especie de virus que muta las células cerebrales —resumió Karlhammer. Siguió lamiéndose los labios mientras hablaba—. Los Hijos de Terra pudieron aislar el virus después de que mataron a algunos de sus agentes.

—¿Hay alguna otra forma de salir de aquí? —preguntó Filio, mientras los sonidos de la batalla se hacían más fuertes.

—No —negó con la cabeza—. Solo a través de su cámara.

Karlhammer señaló la caja de cristal en la que estaba el Constructor quien los miraba, aparentemente interesado y tranquilo,

como si no pasara gran cosa.

—Debajo de él. En medio de la cámara, hay un pasadizo que desciende.

—Es lamentable —retumbó la voz del Constructor, y ahora sonaba con mucho eco—. Parece que ya ha atacado la red eléctrica. El pasadizo ya no se abre.

Estaba señalando el centro de su cámara de cristal cuando las luces se apagaron. La señal de alarma desapareció en un instante, reemplazada por un repentino y ensordecedor silencio subrayado por los crecientes sonidos de gritos y alaridos, acercándose demasiado.

—¡Mierda! —maldijo Pano.

Un instante después, se encendieron una serie de bombillas en el techo y un pálido sistema de iluminación de emergencia, bañó la habitación con un difuso resplandor crepuscular.

La puerta de seguridad fue sacudida por un tremendo golpe, y luego otro. Las linternas de los soldados brillaban en el frío metal, que ahora estaba muy distorsionado en el centro.

Karlhammer y Gould retrocedieron hacia la pared, con cautela, paso a paso. Ágata y Pano los siguieron, con las armas apuntando a la puerta.

Filio se movió rápidamente tras ellos, su corazón latía violentamente y su respiración se hacía cada vez más corta.

En ese momento, la puerta salió volando de sus goznes hacia la habitación, impactando la caja de vidrio y agrietándola. El Constructor se puso un poco rígido, pero por lo demás permaneció inmóvil. Al principio, Filio no vio nada más que humo en la abertura donde había estado la puerta, y luego los fogonazos de las ametralladoras de los guardias de seguridad iluminaron la entrada. Mientras cambiaban de cargador, vio dos cuerpos perforados pegados a las placas transparentes frente a la puerta, desplomados en charcos de sangre que crecían rápidamente.

Luego, a través del humo, un hombre con un impecable traje negro entró en la habitación y miró a su alrededor, sonriendo. Su cabello era corto, negro y recortado con ridícula precisión, y sus rasgos eran suaves y anodinos. Si no fuera por la malicia indescriptible que emanaba de sus ojos, habría parecido un agente de seguros. Miró uno a uno a los hombres armados. Justo cuando estaban a punto de disparar, se detuvieron.

—Oh, oh —amonestó el intruso, su sonrisa se volvió decepcionada, como si estuviera increpando a una mascota y eso lo hiciera sentir culpable. Entonces los dos soldados comenzaron a girar, lentamente, el uno hacia el otro, y cuando alguien gritó "¡NO!" apretaron sus gatillos simultáneamente, y ambos colapsaron.

Las siguientes palabras fueron pronunciadas hacia Filio y los

demás, quienes se sujetaban mutuamente contra la pared del fondo.

—No me vais a disparar —ordenó. Ágata y Pano apuntaron sus armas al intruso, pero no apretaron los gatillos.

—¡Disparad, joder! —chilló Filio, pero no pasó nada. Sus manos temblaban violentamente y gotas de sudor brotaban de sus frentes.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —dijo el hombre del traje negro, moviéndose hacia Xinth—. Así que aquí es donde te has estado escondiendo. La antigua finca familiar. Admito que nunca lo hubiera imaginado. Me parece tan...

—¿Obvio? —retumbó la voz del Constructor—. Parece que tomé la decisión correcta para esta ubicación. ¿Qué forma adoptaste?

—Oh, lamentablemente, no pude venir en persona. Este es un simple recipiente. Pequeño, restrictivo... pero útil.

—Esto es incorrecto.

—¿Esto? No tanto como el hecho de que un ser humano se coma un animal. Tiene un propósito. No hay nada de malo en ello.

—¿Dónde estás? —preguntó Xinth, impasible.

—No, no, no —resopló el hombre del traje negro, meneando un dedo índice levantado en señal de reprimenda—. No estoy aquí para decirte dónde está mi cuerpo, el cuerpo que condenaste a muerte.

El intruso caminó lentamente hacia el cuerpo del soldado de la derecha y se agachó para recoger su ametralladora.

—¡No! —gritó Gould y abandonó su posición en la pared junto a Filio, abalanzándose al intruso.

Completamente imperturbable, el hombre del traje negro levantó la vista y dijo con calma:

—Quédate ahí.

Como si alguien hubiera accionado un interruptor, Gould se congeló en el acto. Solo sus ojos continuaron moviéndose, mirando a su oponente con incredulidad.

—No me gusta que me interrumpan.

El intruso apuntó la ametralladora a Gould y disparó. Gould echó la cabeza atrás y cayó al suelo, sin vida. Luego, el hombre levantó el arma hacia Xinth.

—Recuerdo muy bien tus últimas palabras antes de que me desterraras —le dijo al Constructor—. Las recuerdo exactamente. Me dijiste: “Ya no hay lugar para ti en el Viejo Mundo como lo hay en el Nuevo”. Palabras que elijo devolverte ahora.

Una pequeña sonrisa, luego apretó el gatillo y descargó una ráfaga de tiros en el lugar exacto del cristal donde la enorme puerta de acero lo había fracturado.

Astillas y fragmentos de vidrio volaron por todas partes, pero la estructura de vidrio resistió.

Apenas.

Filio estaba segura de que no soportaría mucho más.

Mientras aún pensaba en esto y observaba conmocionada el espectáculo que se desarrollaba ante ella, Karlhammer gritó y corrió hacia el intruso asesino. Estuvo a punto de llegar a él, pero justo antes de que se encontraran, el hombre del traje negro balanceó casualmente su arma y golpeó a Karlhammer en la cabeza con la culata del rifle, tan fuerte que giró varios metros hacia un lado, donde cayó, sangrando, al suelo para quedar inmóvil.

—Yo... No puedo dispararle —gruñó Ágata con voz ronca, levantando una mano para frotarse la sien. Su rostro estaba contraído por el dolor.

—Lo sé —le respondió Pano, luchando—. Creo que nos está controlando de alguna manera.

—El oficial de seguridad —Filio escuchó susurrar a Ágata—. Hay un cuchillo en su cinturón. Tal vez pueda alcanzarlo.

—No, déjame intentarlo. Tengo una idea —le respondió Pano, mientras el extraño vaciaba el resto de su cargador en el vidrio y cargaba uno nuevo. El Constructor seguía de pie, tan inmóvil como siempre, mirando estoicamente a su muerte a los ojos desde el interior de la caja de cristal que se había convertido en su perdición.

—¡Oye! —le gritó Ágata al intruso, disparando una bala en la placa transparente bajo sus pies. Incapaz de penetrarla, la bala rebotó sin hacer nada.

—¿Sabe dónde está su bazo, agente Devenworth? —preguntó el hombre del traje negro con una sonrisa malévola.

Ágata asintió, aunque parecía que luchaba por no hacerlo.

El intruso apuntaba con su arma directamente a Xinth a través del agujero que acababa de crear en el cristal.

—Quiero que apunte su arma allí y apriete el gatillo, para que vea lo que se siente el interrumpirme —dijo escuetamente.

Pano gritó de rabia cuando Ágata apuntó el arma contra su propio torso y apretó el gatillo. Gritando, cayó al suelo, soltó su arma y se agarró el costado. Filio saltó hacia ella y presionó sus manos en la herida sangrante.

Entonces muchas cosas sucedieron muy rápido. Pano levantó su arma y la sostuvo muy cerca de su oreja derecha, apuntando hacia el cielo. Apretó el gatillo y gritó cuando sonó el disparo. Una fina película de sangre le corría por el lóbulo de la oreja. En el mismo instante, el intruso volvió a disparar la ametralladora. Tres balas atravesaron el cristal e impactaron a Xinth en el pecho; el Constructor se estremeció con cada una.

Se escuchó un lamento, tan penetrante y profundo que estremeció a Filio.

Pano corrió hacia adelante y el intruso lo miró.

—¡Detente! —ordenó, pero el Capitano no se detuvo. Se lanzó hacia el cuerpo del oficial de seguridad y sacó el cuchillo de combate de su cinturón.

El hombre del traje negro giró con su arma y disparó, pero falló, y Pano en el mismo instante extendió su brazo y arrojó el cuchillo al desconocido. Luego, una bala atravesó la pierna derecha de Pano y cayó, gritando de sorpresa, pero el cuchillo voló por el aire como un relámpago y acertó al intruso en el ojo izquierdo.

Durante un tiempo no pasó nada, y el hombre se quedó allí, como paralizado. Luego, al fin, su ametralladora se inclinó, se le escapó y él cayó hacia atrás.

Pano se puso de pie, con el rostro contraído por el dolor, y se acercó cojeando a Filio y Ágata, cuya boca estaba abierta en un silencioso grito de agonía.

Filio miraba de un lado a otro entre Ágata y el Constructor, quien estaba de rodillas como un árbol talado, la sangre de color rojo oscuro manaba de su pecho.

—Cuídala —le dijo al agente, pero él no respondió, como si no la hubiera escuchado. En vez de eso, se arrodilló junto a Ágata y le dijo a Filio que lo dejara hacerse cargo.

—Yo lo haré —dijo a gritos, y de repente ella entendió.

"No puede oír".

Con dos rápidos gestos, le mostró cómo mantener la presión sobre la herida y luego corrió hacia Karlhammer, quien estaba inconsciente o muerto. Sin pensar, miró su muñeca derecha, donde había pronunciado sus órdenes, y trató de recordar su último anuncio.

—Intruso neutralizado —gritó a la pequeña banda alrededor de la muñeca de Karlhammer—. Paramédicos al... a la sala del trono. ¡De inmediato!

Luego se puso de pie y corrió hacia la caja de cristal, donde el Constructor aún estaba encorvado en el suelo y parecía jadear por aire.

Filio cogió el arma del hombre del traje negro, ahora muerto, y comenzó a golpear frenéticamente el agujero en el vidrio con ella, para hacer un pasaje lo suficientemente grande para que ella pasara. Le tomó demasiado tiempo, pero no se detuvo hasta que escuchó voces gritando detrás de ella. Al voltear, notó que traían dos camillas. Cuando entraron en la habitación, los paramédicos con sus uniformes rojos y blancos miraron a su alrededor conmocionados y luego se dispersaron entre las personas que yacían en el suelo. Dos se acercaron a Filio y comenzaron a ayudarla con el vidrio. Trabajando juntos, los tres crearon una abertura por la que podían pasar.

—Tenemos que salvarlo —gritó, jadeando, y las paramédicas, dos mujeres morenas de ojos claros, asintieron.

—Hagamos nuestro trabajo —le dijo una.

—Soy médico —respondió Filio, ayudándolas a poner al Constructor sobre su espalda. Era increíblemente pesado y casi lo soltaron, pero al final lograron colocarlo en una posición reclinada. Sus ojos estaban muy abiertos, al igual que su boca, parecía un pez en tierra jadeando por aire.

—¡Se está asfixiando, conseguidle algo de oxígeno! —indicó Filio, pero una de ellas ya se había alejado y regresaba con un dispositivo de oxígeno. Presionó la boquilla demasiado pequeña sobre la boca y la nariz del ser lo mejor que pudo y luego presionó algunas teclas para iniciar el flujo de oxígeno.

—¿Tenéis un quirófano? —preguntó Filio.

—Sí —respondió una de las mujeres, apartando un mechón de cabello que le había caído sobre la cara—. Pero, ¿cómo se supone que vamos a operarlo? Ni siquiera sabemos si su anatomía es como la nuestra.

—Bueno, tenemos que intentarlo. Preparad el quirófano. Llamad a todos los médicos disponibles. Tenemos que actuar rápido. Lo mismo para esa agente —dijo Filio, apartando a la paramédico y rasgando su propia camisa para presionar las heridas que sangraban abundantemente en el poderoso pecho del Constructor.

Su cabeza se volvió en su dirección. Sus párpados revoloteaban ligeramente y levantó una mano hacia su cabeza. Ella quiso retirarse, pero algo le dijo que no lo hiciera. Era difícil alejarse de los ojos, como ópalos negros, que la miraban hipnóticamente.

Cuando la tocó, Filio sintió un ligero hormigueo en la piel y luego, en un instante, desapareció.

EPÍLOGO

Filio estaba una vez más de pie, en un acantilado rocoso. Junto a ella, Xinth se elevaba como un coloso. Estaba ileso y vestido con algún tipo de ropa extraña. Era ceñida y brillante, y parecía fulgurar desde dentro, como tiras reflectoras iluminadas.

Debajo de ellos se extendía un amplio valle lleno de exuberantes praderas verdes, delimitado por tres pirámides distantes, una en cada uno de los tres puntos cardinales en el horizonte. Al darse la vuelta, vio otra pirámide justo detrás de ella.

Salpicando el paisaje cubierto de hierba había varias docenas de formas planas y grises como las pistas de aterrizaje de hormigón para helicópteros que conocía de Cabo Cañaveral y el Centro Espacial de Guyana. Los más alejados de ellos eran diminutos puntos grises apenas perceptibles en la distancia.

Docenas de naves gigantes despegaban de las plataformas grises. Eran esferas ligeramente aplanadas que le recordaron a escarabajos. Mientras se elevaban majestuosamente, como si la gravedad no existiera, su tren de aterrizaje se retrajo y luego desaparecieron, una por una.

Después de unos segundos de retraso, Filio fue asaltada por una serie de estruendos tan fuertes que tuvo que taparse los oídos con las manos por miedo a desmayarse.

—¿Qué fue eso? —preguntó, una vez que todas las naves se fueron, como si nunca hubieran estado allí, y los fuertes estruendos hubieron dejado de reverberar.

—Este es el amanecer de nuestra civilización, hace más de sesenta millones de ciclos solares —anunció Xinth, su voz de bajo retumbante lo hizo sonar como una especie de proclamación. Había algo triste en él, una impresión que ni siquiera su poderosa figura podía ocultar—. Cuando desentrañamos los secretos de las doce dimensiones, descubrimos nuestro camino hacia las estrellas. Y después de que un virus casi nos aniquilara, muchos decidieron abandonar la Tierra —explicó, mirando hacia las ahora idílicas praderas salpicadas de puntos de lanzamiento.

—¿Las... doce dimensiones? —preguntó Filio, confundida.

—Sí. Las cuatro dimensiones del espacio-tiempo en las que se ha centrado tu especie son solo el comienzo. Pero esta no es la razón por la que te traje aquí.

Xinth hizo un gesto, y todo frente a ellos cambió.

Surgió un nuevo paisaje. El verde de las colinas tenía un tinte ligeramente amarillo y el sol en el cielo era algo más pequeño.

—¿Dónde estamos?

—En Marte.

—¿En Marte?

—Sí. En nuestro tiempo lo llamábamos Goldan, que significa algo así como "Hermano menor". Era nuestro planeta hermano, que tuvimos que abandonar por un desastre nuclear. Abandonar por la Tierra —le dijo el Constructor, y mientras lo decía, un sonido sordo escapó de su garganta.

—¿Eso… eso significa que no somos originarios de la Tierra, sino de Marte? ¿Somos siquiera descendientes de vosotros?

Su mente pasó rápidamente de este pensamiento a miles de posibilidades diferentes, y todas comenzaron a dar vueltas en su cabeza en una maraña impenetrable.

—Sí y no. Surgisteis de los mismos aminoácidos, pero no directamente de nuestro acervo genético evolutivo. Pero también pasamos por el mismo ciclo de desarrollo, desde los primates hasta los humanoides en los que finalmente nos convertimos.

—Creo que necesito tiempo para asimilar todo esto. Si alguna vez puedo. ¿Por qué me trajiste aquí?

—Porque necesitas entender, antes de que muera.

—Pero podemos salvarte —protestó, y se preguntó qué estaba pasando en realidad en ese momento. ¿Pasaba el tiempo de manera diferente en esta... visión? ¿O aún estaba acurrucada sobre su cuerpo y los demás habían tratado de separarlos?

—No lo creo. Así que entiéndelo.

En el cielo sobre el antiguo Marte, apareció un punto brillante y comenzó a hacerse más y más grande, hasta que pudo ver que era una de las naves espaciales que acababa de ver ascender de la Tierra y desaparecer. Aterrizó frente a una larga cadena montañosa, y cuando los apéndices de aterrizaje tocaron la hierba, su sección trasera, donde estaban sus grandes góndolas en forma de plato, explotó. La nave se inclinó hacia atrás y se quedó allí, como un cacharro humeante a la luz del sol. Pequeños incendios aparecieron en la hierba y comenzaron a extenderse.

—No lo entiendo.

—Algunos miembros de mi pueblo decidieron no hacer el Éxodo, porque no confiaban en el sistema de propulsión que conduce a la Dodecasfera. Nunca más pudimos contactar con nuestra flota, por lo que nos sentimos reivindicados en nuestra elección. Pero llegó el día en que una de las naves regresó. Era la nave de un capitán llamado Hortat, quien contó los milagros de la Dodecasfera. Muchos de los que

se quedaron lo siguieron como criaturas indefensas y yo, como su líder, percibí que algo andaba mal. Es una historia muy larga, pero logré colocar una carga explosiva en su nave y manipulé la IA de su nave para llevarla a Marte. Sabía que Hortat nunca podría salir de allí sin un motor funcional y que la radiación allá lo destruiría. —Xinth volvió a hacer ese sonido de sorber, que a Filio le pareció algo parecido a un suspiro—. Pero era demasiado tarde. Había dejado algún tipo de virus, y pronto devastó nuestra civilización. En su transmisión final, me reveló que la cura para la muerte de la mente, como él la llamaba, se encontraría en la Dodecasfera, y él me llevaría allá si yo lo traía de vuelta de su tumba en Marte. Creí que estaba fanfarroneando y no mordí su anzuelo.

La figura del Constructor pareció parpadear por un instante, como un holograma defectuoso, pero se estabilizó de nuevo y se volvió hacia ella.

—Aun no entiendo —reiteró ella. Todo había ido tan rápido. ¿Qué estaba tratando de decirle el ser?

—No dispongo de más tiempo. Encontrarás los restos de la nave en la ubicación del monolito, donde recuperaste los restos fósiles de Hortat.

Filio quería responder, pero Xinth levantó una mano poderosa y la silenció.

—Hortat, a quien llamáis El Enemigo, de alguna manera ha logrado sobrevivir y asumir otros cuerpos. Si hay una respuesta a la pregunta de cómo lo ha hecho y cómo se le puede detener, se encuentra allá.

El Constructor señaló los restos de la nave.

—No tienes mucho tiempo. Ya ha puesto bajo su control a muchos de los más poderosos de vuestro mundo, como temía. Sea cual sea su juego, no es el mismo Hortat que conocí antes de su salto a la Dodecasfera.

—¿Dodecasfera? No entiendo —dijo Filio, y negó con la cabeza con nerviosismo—. ¿Qué significa todo esto?

Tenía la sensación ineludible de que estaba mirando algo que tenía que entender a toda costa, y estaba indefensa, sin entender nada en absoluto, ni lo que estaba viendo, ni lo que estaba escuchando.

—Busca en la nave. En mi cámara, debajo de la caja de cristal, hay un globo de datos que contiene la clave de la flota. Esa clave te dará acceso a la IA en la nave de Hortat si puedes conectarla a una fuente de energía. Si hay alguna información sobre lo que pretende hacer aquí y lo que realmente sucedió en su misión, la encontrarás allí. Pero tienes que llegar antes que él, cueste lo que cueste. De lo contrario, será demasiado tarde.

Antes de que Filio pudiera responder, la visión se disolvió y volvió

a mirar el rostro del Constructor, pero su rostro real, físico, con su enorme cuerpo debajo de ella. El rostro se había puesto pálido y los ojos ahora estaban cubiertos por poderosos párpados.

—¿Doctora? ¡Doctora! —Un hombre que había pasado inadvertido para ella le gritaba. Era como si hubieran venido de mundos diferentes. Se volvió hacia él, atónita.

—¡Tiene que soltarlo, para que podamos subirlo a la camilla!

Filio lo soltó y cayó, tambaleándose hacia un lado, aterrizando con la espalda en la placa de vidrio. Su mente divagaba como si se hubiera vuelto loca, las imágenes que el Constructor le había mostrado nadaban ante sus ojos mientras trataba de encontrarles sentido.

Marte había sido su objetivo todo el tiempo, pero no en la forma en que había pensado. El Planeta Rojo era una tumba, la tumba del Enemigo, que en ese momento estaba tratando de apoderarse de la Tierra.

Por el rabillo del ojo, vio que seis paramédicos sacaban a Xinth por el agujero en el cristal y lo subían a una camilla. Detrás de ellos, vio que Ágata y Karlhammer eran sacados a toda prisa de la habitación. Pano sostenía la mano de Ágata y corría junto a ella mientras desaparecían por la puerta del pasillo.

“No es demasiado tarde, aún no”, se dijo Filio.

Necesitó toda su fuerza para ponerse de pie. Su trabajo aún no había terminado.

POSTFACIO

Y para terminar…

La Trilogía del Fósil continuará con el segundo volumen: El Fósil 2, cuya publicación tendrá lugar en junio de 2023 y con el tercero, El Fósil 3, que se publicará en agosto de 2023.

Si te gustó este libro, considera dejar una reseña en Amazon. Esa es la mejor manera de apoyarme como autor independiente.

¿Notaste algún error o inconsistencia en la trama? ¿Te gustaría contactarme con críticas o comentarios, positivos o negativos? ¡Estaré encantado de responder a todos los correos!

Por favor, escríbeme a joshua@joshuatcalvert.com
Atentamente,
Joshua T. Calvert

Marzo de 2023, La Palma

ÍNDICE DE PERSONAJES

LISTADOS POR FORMA COMÚN DE REFERENCIA

Alberto (Angulo Camacho): Cazador de tesoros e ingeniero en el Ocean's Bitch.
Aluwi, Tombatu: Agente del servicio de inteligencia sudafricano.
Audrey (Burton): Miembro de la misión *Mars Two*, ingeniera.
Brown, Bárbara: Esposa de Bob Brown.
Brown, Bob: Senador republicano de los Estados Unidos.
Dana (Pickert): Estudiante en LMU Múnich.
Degeunes, Liza: Secretaria de Jenning Miller.
Devenworth, Ágata: Agente especial de la División Antiterrorismo (CTD), ciudadana de los Estados Unidos.
Enemigo, El: Entidad alienígena hipotetizada por la organización terrorista Hijos de Terra que mueve en secreto los hilos de los asuntos mundiales, y que se ha infiltrado en instituciones nacionales en todo el mundo.
Engels, Jakob: Guardaespaldas contratado para Filio Amorosa.
Filio Amorosa: Miembro y única sobreviviente de la primera misión a Marte, *Mars One*, y miembro de la tripulación del Ocean's Bitch.
Gould, Peter: Ex director financiero de la Fundación Humana.
Greulich, Alexander: Canciller de la República Federal de Alemania.
Hortat: Capitán que se convirtió en El Enemigo.
Hue Tao Xing: Miembro de la misión *Mars Two*, médica.
Jackson, Dan: Profesor de Arqueología, Antropología y Lingüística.
Jane Sarandon: Cazadora de tesoros y primera oficial del Ocean's Bitch.
Johnson, Betty: Secretaria de Jenning Miller.
Jones, Hugh: Director de SETEF (Instalación de Entrenamiento y Evaluación de Exploración Espacial) en Nevada.
Karlhammer, Luther: Ingeniero, inventor y tecnócrata sudafricano, director de la Fundación Humana.
Knowles, Timothy: Piloto de la misión *Mars One*. Murió en el desastre de *Mars One* de 2040.
Longchamps, Michel: Comandante de la misión *Mars Two*.
Marcello (Bonimba): Recepcionista del albergue Cape House Green en Ciudad del Cabo.
Marcello (Bordotta): Miembro de la misión *Mars Two*, xenobiólogo.

Marks, Heinrich: Geofísico en la primera misión a Marte, *Mars One*. Fallecido.
Miller, Jenning: Director de la División Antiterrorismo (CTD).
Mombatu, Mitchu: Secretario General de las Naciones Unidas.
Moosbech, Petr: Agente del servicio de inteligencia sudafricano.
Morris, Laura: Asistente de Hugh Jones, Director de SETEF.
Nikitu, Mayuka: Enviado japonés a las Naciones Unidas.
Pano Hofer: Oficial de policía italiano con el rango de Capitán (Capitano), adscrito a Europol. De la región (de habla alemana) del Tirol del Sur.
Patchuvi, Mitra: Arqueólogo indio y profesor de la Universidad de Delhi.
Phelps, Montgomery: Presidente de los Estados Unidos de América.
Revi, Putram: Miembro de la misión *Mars Two*, botánico.
Richter, Nicole: Ex miembro de *Mars Two*, retirada de la misión.
Rietenbach, Manfred: Director General de la ESA (Agencia Espacial Europea).
Romain (Alhy): Capitán del Ocean's Bitch.
Ross, James: Doctor en Arqueología, asistente del Profesor Patchuvi.
Shapiro, Warren: Subdirector de la CTD (División Antiterrorismo).
Solly Shoke: Ex recepcionista del albergue Cape House Green en Ciudad del Cabo.
Spärling, Regina: Secretaria del Director General de la ESA, Manfred Rietenbach.
Tatyana Kalashnikova: Miembro de la misión *Mars Two*, química.
Tomás (Bergensen): Cazador de tesoros en el Ocean's Bitch.
Vlachenko, Dimitry: Comandante de la primera misión a Marte, *Mars One*. Fallecido.
Wittman, James: Miembro de la misión *Mars Two*, geofísico.
Workai Dalam: Legendario cazador de tesoros, desaparecido.
Xinth: Constructor.

GLOSARIO

ACV: Aerodeslizador.
Aliento Terrestre Uno: Sistema de "alfombras" de algas construidas por la Fundación Humana y ubicadas en el Océano Pacífico para filtrar el CO_2 de la atmósfera y convertirlo en oxígeno.
Aliento Terrestre Dos: Sistema de "alfombras" de algas construidas por la Fundación Humana y ubicadas en el Océano Atlántico para filtrar el CO_2 de la atmósfera y convertirlo en oxígeno.
Análisis de fluorescencia de rayos X: Un método de análisis de materiales basado en la fluorescencia de rayos X. Es uno de los métodos más utilizados para el análisis cualitativo y cuantitativo de la composición elemental de una muestra.
Andesita: Forma de roca volcánica ígnea.
Arnés RA: Exoesqueleto que, en combinación con la Realidad Aumentada, se puede utilizar para realizar un trabajo en un objeto de forma remota a través de un robot que recibe las señales del arnés.
Barredora: Enorme barco autónomo que barre los océanos del mundo para recolectar desechos plásticos, que luego descompone en dióxido de carbono e hidrógeno.
Basalto: Forma de roca volcánica ígnea.
BCD: Dispositivo de Control de Flotabilidad. Compensador de flotabilidad portátil, es decir, un chaleco que un buzo puede inflar o desinflar con gas flotante con solo tocar un botón.
BND: Bundesnachrichtendienst, el servicio de inteligencia exterior alemán.
C-220 Albatross: Avión militar de transporte turbohélice diseñado para carga pesada o para mover grandes contingentes de tropas.
Cape House Green: Albergue en Ciudad del Cabo.
Chatarrero: Término que denota a un cazador de tesoros que busca restos del *Mars One* en el Océano Índico.
Conector universal: La arquitectura de interfaz universal que reemplazó al sistema USB.
Cortador de fisión: Hoja monoligada hecha de una sola capa molecular, capaz de cortar los materiales más duros.
CTD: División Antiterrorismo. Unidad de inteligencia bajo la autoridad del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos.
Desertec: Proyecto solar en el noroeste del Sáhara operado bajo una colaboración entre la UE y los estados del Magreb.

Detector de muones: Sistema detector que utiliza rayos cósmicos para detectar y localizar cavidades subterráneas.
Dron naval: Vehículo de transporte autónomo que recolecta automáticamente las algas de los barcos barredores y las agrega a las alfombras de algas en el Pacífico y el Atlántico.
EDI: IA de la nave en la misión *Mars One*.
E.E.M.: Evento de Extinción Masiva.
ESA: Agencia Espacial Europea.
Espectrometría de masas con acelerador: Técnica utilizada para fechar fósiles y hallazgos arqueológicos mediante un acelerador de partículas.
Furiosos Cincuenta: Región de la Corriente Circumpolar Antártica (Viento del oeste) entre 50 y 60° S de latitud. Caracterizado por tormentas violentas.
Gafas de datos: Gafas de realidad aumentada con auriculares y un área visual completamente cerrada.
Gafas RA: Gafas de Realidad Aumentada.
Génesis Solar: Proyecto de la Fundación Humana en su fase de planificación para utilizar gigantescas velas solares en órbita cercana a la Tierra para suministrar energía limpia al planeta.
Gloucester: Barco chatarrero registrado en Gran Bretaña.
GMC E-Falcon: SUV eléctrico fabricado por el fabricante de automóviles GMC de los Estados Unidos.
Habitáculo RA: Área cerrada equipada con gafas de Realidad Aumentada, traje háptico con sensores de retroalimentación y cinta de correr multidimensional para una experiencia de realidad virtual completamente inmersiva.
Hijos de Terra: Una organización terrorista cuyos objetivos incluyen advertir a la humanidad contra una presencia alienígena conocida como El Enemigo, que afirman, ha tomado el control de las potencias mundiales.
Iridio: Elemento químico, metal precioso y metal perteneciente al grupo del platino. Conocido por ser el elemento más resistente a la corrosión.
Jet: Sispositivo portátil con un sistema de hélice que utilizan los buzos para moverse más rápido en el agua.
Maglock: Sistema de bloqueo que utiliza imanes polarizados para cerrar y abrir.
Maglocksmith: Dispositivo que se utiliza para forzar cerraduras magnéticas.
McMurdo: Estación de investigación antártica operada por primera vez por los Estados Unidos (y más tarde por la Fundación Humana).
MMR 3: Misión de Reconocimiento de Marte 3. La tercera misión robótica a Marte enviada para preparar el aterrizaje de la tripulación

humana.
Montaña Pirámide: Una montaña en forma de pirámide de 2.800 metros de altura en la Antártida.
NASA: Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio, la agencia espacial de los Estados Unidos de América.
Ocean's Bitch: Antiguo barco chatarrero bajo el mando de Romain Alhy.
Okamalé: Barco perteneciente a la Guardia Costera de las Islas Maldivas.
Paleoceno: Época geológica de la Tierra que comenzó hace unos 66 millones de años y finalizó hace unos 56 millones de años.
Paleógeno: Una época geológica de la Tierra, que dura desde hace aproximadamente 66 millones de años hasta el comienzo del Neógeno hace aproximadamente 23,03 millones de años.
Pleistoceno: Época geológica de la Tierra que comenzó hace alrededor de 2,59 millones de años y finalizó hace unos 12.000 años con el amanecer de la era actual.
Proyecto Agujero Azul: Proyecto de investigación que explora el misterioso "agujero azul" en la Antártida, el lugar donde la capa de hielo antártica exhibió el fenómeno de derretimiento de adentro hacia afuera.
Proyecto Globo: Proyecto de la Fundación Humana para usar microondas con el propósito de transmitir energía desde sistemas de energía solar ubicados en el espacio hacia la Tierra.
Proyecto Herencia: Un proyecto ultrasecreto de la Fundación Humana.
Proyecto Océano Limpio: Proyecto de la Fundación Humana diseñado para eliminar los desechos plásticos de los océanos.
Red transductora: Una malla de electrodos que se puede usar en la cabeza y que mide e interpreta las ondas cerebrales para producir la salida del habla a través de un sistema informático.
Regolito: Capa de recubrimiento de material suelto sobre un material fuente subyacente, que se formó en planetas rocosos del sistema solar como resultado de varios procesos geológicos.
Robot de limpieza: Robot autónomo que realiza procesos de limpieza tanto en interiores como en exteriores.
Roskosmos: Agencia Espacial de la Federación Rusa.
Rotor Flettner: Cilindro giratorio expuesto a un flujo de aire que genera una fuerza propulsora perpendicular al flujo de aire utilizando el efecto Magnus. Es la base de un sistema de propulsión de cero emisiones patentado y utilizado por primera vez como sistema de propulsión de naves por Anton Flettner.
Rugientes Cuarenta: Región de la corriente circumpolar antártica (Viento del oeste) entre los 40° y los 50° de latitud sur. Caracterizado

por tormentas violentas.
Servicio Nacional de Inteligencia: El servicio de inteligencia nacional de Sudáfrica.
SETEF: Instalación de Entrenamiento y Evaluación de Exploración Espacial. Centro de entrenamiento de astronautas ubicado al norte de Reno, Nevada, en Estados Unidos.
Sharkskin: Traje de neopreno ceñido que se usa para proteger a los buzos de lesiones menores.
Software de conducción autónoma: Inteligencia artificial responsable del control y la seguridad de un vehículo, y capaz de actuar de forma autónoma.
Sueño Espacial: Lotería operada por la Fundación Humana que promete al ganador un lugar en una futura misión a Marte.
Terrícola: Nombre coloquial de un partidario de la Fundación Humana y participante en el sistema de lotería.
Thiruvanamthapuram: Una ciudad metropolitana en el sur de la India.
Tomografía de muones: Un método para obtener imágenes tridimensionales de objetos de gran volumen utilizando muones que se encuentran en los rayos cósmicos.
Tratado Antártico: Acuerdo internacional que establece que la Antártida deshabitada entre los 60 y los 90° S quedará reservada exclusivamente para uso pacífico y específicamente para la investigación científica.
TSA: Administración de Seguridad en el Transporte. La agencia federal estadounidense encargada de la seguridad del sector del transporte.
Volkswagen E: El coche eléctrico más vendido del mundo.